



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN HISTORIA  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

LA REPRESENTACIÓN VISUAL DE LOS RARÁMURI:  
IMÁGENES FOTOGRÁFICAS (1892-1911)

TESIS  
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE  
DOCTORA EN HISTORIA  
PRESENTA:  
MARÍA ESTHER MONTANARO MENA

DIRECTORA DE TESIS:  
DRA. EUGENIA WALERSTEIN D. DE MEYER  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

CIUDAD DE MÉXICO, NOVIEMBRE DE 2018



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## Índice general

Índice de cuadros, mapas y figuras.....	p. 4
Dedicatoria.....	p. 10
Agradecimientos.....	p. 11
1. Introducción.....	p. 14
2. Capítulo 1. La Sierra Tarahumara: territorio y pobladores.....	p. 46
2.1. Geografía, clima e hidrografía.....	p. 50
2.2. Minería y explotación forestal.....	p. 55
2.3. Los rarámuri, su historia.....	p. 68
3. Capítulo 2. Los tarahumaras como objeto de estudio. La obra del viajero Frederick Schwatka, una primera aproximación.....	p. 84
3.1. Viajes a la Nueva España en tiempos de prohibición.....	p. 86
3.2. Frederick Schwatka y su relato de viaje en <i>In the Land of Cave and Cliff Dwellers</i> .....	p. 103
4. Capítulo 3. Aquiles Gerste, la representación fotográfica de los rarámuri y la Exposición Histórico-Americana de Madrid de 1892.....	p. 140
4.1. La Junta Colombina y Aquiles Gerste.....	p. 150
4.2. Un jesuita en la Tarahumara: la expedición de Aquiles Gerste.....	p. 151
4.3. Los rarámuri en la lente de Aquiles Gerste, y su presencia en la Exposición Histórica-Americana de 1892.....	p. 155
5. Capítulo 4. Los rarámuri en la lente de Carl Lumholtz.....	p. 183
5.1. De las razones de Lumholtz para estudiar a los rarámuri.....	p. 185
5.2. Lumholtz en la Sierra Madre Occidental.....	p. 195
5.3. Los rarámuri en la lente del noruego.....	p. 200
6. Capítulo 5. <i>La Revista de Chihuahua</i> , 1895-1897.....	p. 240
6.1. <i>La Revista de Chihuahua</i> .....	p. 242
6.2. Los fotograbados de tarahumaras en la <i>Revista de Chihuahua</i> .....	p. 249
7. Capítulo 6. Los rarámuri, preocupación vigente en los albores del siglo XX...p.	266
7.1. La Ley Creel: corolario de los esfuerzos asimilacionistas.....	p. 268
7.2. <i>La Revista Chihuahuense</i> , 1909-1911.....	p. 275

7.3. A manera colofón: el fugaz testimonio fotográfico de los tarahumaras en la Revolución Mexicana.....	p. 291
8. Epílogo.....	p. 308
9. Archivos y bibliotecas consultados.....	p. 320
10. Bibliografía general.....	p. 321
Anexo 1. Listado de artículos de Luis Vargas Piñera sobre la “raza tarahumara” en la Revista Chihuahuense, 1909-1911.....	p. 334
Anexo 2. Luis Vargas Piñera, “Convocatoria á todos los maestros de la República para la escritura de una guía del profesor y texto del alumno, para la enseñanza de la Escritura-lectura de tarahumares”, en Revista Chihuahuense, t. 1, núm. 10, 31 de mayo de 1909, pp. 18-20.....	p. 335

## Índice de cuadros, mapas y figuras

Cuadro 1. Proyectos de representación gráfica y fotográfica de los rarámuri entre 1892 y 1911

Mapa 1. Sierra Tarahumara.

Cuadro 2. Las temáticas presentes y ausentes en las representaciones gráficas y fotográficas de los rarámuri entre 1892 y 1911.

Cuadro 3. Ediciones del relato de viaje de Frederick Schwatka, *In the Land of Cave and Cliff Dwellers* durante el siglo XIX.

Cuadro 4. Expediciones de Carl Lumholtz durante las cuales estuvo en la Sierra Tarahumara

Imagen 1. Landeau, Cueva de habitación de Tarahumaris [sic] [Cave-dwelling tarahumaris], grabado.

Imagen 2. Landeau, Casa de los habitantes de las cuevas [Home of cave dwellers], grabado.

Imagen 3. Landeau, Casa de los habitantes de cuevas [Home of cave dwellers], grabado.

Imagen 4. Landeau, Vista de las montañas con acantilados, cerca del Cerro Colorado [View in mountains, with cliff dwellings near Cerro Colorado], grabado.

Imagen 5. Landeau, Indígena Tarahumari [sic] de mayor edad [Old tarahumari indian], grabado.

Imagen 6. Landeau, Indígena civilizada moliendo maíz [Indian woman grinding corn], grabado.

Imagen 7. Landeau, Forma civilizada de cocinar de una Tarahumari [sic] [A civilized tarahumari cooking Indígena civilizada moliendo maíz], grabado.

Imagen 8. Landeau, Una casa civilizada de un Tarahumari [sic] [A civilized tarahumari house], grabado.

Imagen 9. Landeau, Una casa de montaña de un Tarahumari [sic] [A tarahumari mountain home], grabado.

Imagen 10. Krabner, Hogar de tarahumaras semi-civilizados [Homes of semi-civilized tarahumaris], litografía.

Imagen 11. Landeau, Pueblo Tarahumari [sic] de Churo [Tarahumari town of Churo], grabado.

Imagen 12. Munro, Métodos de guerra [Methods of warfare], litografía.

Imagen 13. Munro, En la tierra de aquellos que habitan en los acantilados [In the land of the living cliff dwellers], litografía.

Imagen 14. Munro, Niña indígena apaleando frijoles [Indian girl winnowing beans], litografía.

Imagen 15. Munro, Curtidor indígena [Indian tannery], litografía.

Imagen 16. Munro, Casa de un indígena Tarahumari [sic] [The home of tarahumari indian], litografía.

Imagen 17. Velarde, Serie indígenas del norte, 1890 ca., SINAFO-Fototeca Nacional INAH, Núm. inv. 430745.

Imagen 18. “1 y 2 INDIOS TARAHUMARES [sic] de los pueblos cristianos: traje común. Uno con faja bordada y escapulario”. Aquiles Gerste, Serie indígenas, placa de vidrio, 1892, SINAFO-Fototeca Nacional INAH, núm. 466878.

Imagen 19. “1 y 2 INDIOS TARAHUMARES [sic] de los pueblos cristianos: traje común. Uno con faja bordada y escapulario”. Aquiles Gerste, Serie indígenas, placa de vidrio, 1892, SINAFO-Fototeca Nacional INAH, núm. 466879.

Imagen 20. “3 JOVEN TARAHUMAR, GENTIL [sic], con taparrabo por único vestido”. Aquiles Gerste, Serie indígenas, placa de vidrio, 1892, SINAFO-Fototeca Nacional INAH, núm. 466874.

Imagen 21. “7 INDIO TROGLODITA tarahumar, gentil, cubierto con taparrabo solamente, recostado en la entrada de la gruta”. Aquiles Gerste, Serie indígenas, placa de vidrio, 1892, SINAFO-Fototeca Nacional INAH, núm. 466881.

Imagen 22. “8 FAMILIA TARAHUMARA CRISTIANA, de la Sierra; al fondo el bosque; en primer término una mujer vestida de saya y huipil, rodeada de tres pequeñuelos, cargando su criatura y con el telar á sus pies”. Aquiles Gerste, Serie indígenas, placa de vidrio, 1892, SINAFO-Fototeca Nacional INAH, núm. 466875.

Imagen 23. “9 y 10 TARAHUMARES GENTILES EN CONSEJO. Son dos copias en que una continúa el asunto de la otra. Quedan los indios sentados formando semicírculo”. Aquiles Gerste, Serie indígenas, placa de vidrio, 1892, SINAFO-Fototeca Nacional INAH, núm. 466873.

Imagen 24. “TRES INDIOS TARAHUMARES CRISTIANOS en grupo. Son de condición paupérrima: su traje se compone solamente de mastate ó taparrabo. Revelan su creencia por la

cruz, escapulario y rosario que llevan”. Aquiles Gerste, Serie indígenas, placa de vidrio, 1892, SINAFO-Fototeca Nacional INAH, núm. 466888.

Imagen 25. Carl Lumholtz, “Santa Anita Mayo 1893”, Santa Anita, Morelos, Chihuahua, núm. 200 354. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 26. Carl Lumholtz, s. t., Santa Anita, Morelos, Chihuahua, mayo de 1893, núm. 200 353. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 27. Carl Lumholtz, s. t., Santa Anita, Morelos, Chihuahua, mayo de 1893, núm. 200 217. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 28. Carl Lumholtz, s. t., Santa Anita, Morelos, Chihuahua, mayo de 1893, núm. 200 215. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 29. Carl Lumholtz, s. t., Tuaripe, Guadalupe y Calvo, Chihuahua, octubre de 1892, núm. 200 576. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 30. Carl Lumholtz, s. t., La Cumbre, Chihuahua, noviembre de 1892, núm. 200 625. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 31. Carl Lumholtz, “Tecorachi”, Tecorachi, Guachochi, Chihuahua, noviembre de 1892, núm. 200 324. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 32. Carl Lumholtz, “Tarahumares de Pino Gordo, Tuaripa”, Guadalupe y Calvo, Chihuahua, octubre de 1892, núm. 200 480. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 33. Carl Lumholtz, s. t., La Cumbre, Chihuahua, noviembre de 1892, núm. 200 298. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 34. Carl Lumholtz, “Mujeres tarahumares bailando jículi en Guajóchic”, Guachochi, Guachochi, Chihuahua, agosto de 1892, núm. 200 487. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 35. Carl Lumholtz, “Tribunal de Cusarare en sesión”, Cusárare, Guachochi, Chihuahua, marzo de 1892, núm. 200 552. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 36. Carl Lumholtz, s. t., La Cumbre, Chihuahua, noviembre de 1892, núm. 200 407. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 37. Carl Lumholtz, “Rubio preparando peyote”, Nararachi, Nararachi, Chihuahua, agosto de 1892, núm. 200 426. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 38. Carl Lumholtz, “Una alfarera y sus vasijas”, Tierras Verdes, Morelos, Chihuahua, mayo de 1892, núm. 200 434. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 39. Carl Lumholtz, s. t., Chihuahua, ca. 1892, núm. 200 173. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 40. Carl Lumholtz, “Tarahumaras comiendo”, s. f., núm. 200 501. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 41. Carl Lumholtz, “Corredores tarahumares, fotografiados de la carrera”, Tuaripa, Guadalupe y Calvo, Chihuahua, octubre de 1892, núm. 200 551. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 42. Carl Lumholtz, “Familia Tarahumar descansando bajo un árbol”, Santa Anita, Morelos, Chihuahua, ca. 1892, núm. 200 130. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 43. Carl Lumholtz, “Acompañantes de Carl Lumholtz”, Barranca de San Carlos, Chihuahua, noviembre de 1892, núm. 200 397. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 44. Carl Lumholtz, s. t., Chihuahua, s. f., núm. 200 268. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 45. Carl Lumholtz, “Nuestros cargadores y el gobernador”, Barranca del Cobre, Chihuahua, marzo de 1892, 200 185. D.R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 46. Carl Lumholtz, “Habitantes de cueva Man-por-te-sar”, Chihuahua, s. f., núm. 200 533. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 47. Carl Lumholtz, “Exterior de la gruta del Dr. Rubio”, Nararachi, Nararachi, Chihuahua, agosto de 1892, núm. 200 566. D.R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 48. Carl Lumholtz, s. t., Tecorichi, Guachochi, noviembre de 1892, núm. 200 410. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 49. Carl Lumholtz, s. t., Barranca de San Carlos, Chihuahua, noviembre de 1892, núm. 200 270. D.R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 50. Carl Lumholtz, “Uno de mis compañeros en la Barranca de San Carlos”, La Cumbre, Chihuahua, noviembre de 1892, núm. 200 408. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 51. Carl Lumholtz, “Barranca del Cobre”, Barranca del Cobre, Chihuahua, abril de 1892, núm. 200 654. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 52. Carl Lumholtz, “Barranca del Cobre”, Barranca del Cobre, abril de 1892, Chihuahua, núm. 200 658. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Imagen 53. Franklin Co. Chicago, “Indios farahumares [sic]. Chihuahua”, en *Revista de Chihuahua*, Chihuahua, núm. 9, tomo II, año 2, 1º octubre de 1896, Colección Hemeroteca Nacional, UNAM.

Imagen 54. Franklin Co. Chicago, “Indios farahumares [sic] ma nejando [sic] el arco”, en *Revista de Chihuahua*, Chihuahua, núm. 10, tomo II, año 2, noviembre, 1896, Colección Hemeroteca Nacional, UNAM.

Imagen 55. Franklin Co. Chicago. “Indios Farahumares [sic] cazando con el arco”. Portada, en *Revista de Chihuahua*, Chihuahua, núm. 10, tomo II, año 2, noviembre, 1896, Colección Hemeroteca Nacional, UNAM.

Imagen 56. Franklin Co. Chicago, “Indios farahumares [sic] después de una jornada”, en *Revista de Chihuahua*, Chihuahua, núm. 11, tomo II, año 2, diciembre, 1896, Colección Hemeroteca Nacional, UNAM.

Imagen 57. Franklin Co. Chicago, “Indios de la Farahumara [sic] en descanso”, *Revista de Chihuahua*, Chihuahua, núm. 12, tomo II, año 2, enero, 1897, Colección Hemeroteca Nacional, UNAM.

Imagen 58. Franklin Co. Chicago, “Indios de la Farahumara [sic]. Estado de Chihuahua”, en *Revista de Chihuahua*, Chihuahua, núm. 13, tomo II, año 2, enero, 1897, Colección Hemeroteca Nacional, UNAM.

Imagen 59. Anónimo, “Procesión de tarahumares en el pueblo de Norogáchic”, en *Revista Chihuahuense*, t. 1, Chihuahua, México, 15 de abril de 1909, entre pp. 16-17. Archivo Histórico del Centro de Investigación del Estado Chihuahua.

Imagen 60. A. D.W. Hoffman, “Indígenas con el ejército de Madero”, Postcard 3.5” x 5.5”, UTEP Library Special Collections Department, Leigh W. Osborn Photograph Collection, PH 026-1-1-013.

Imagen 60 B. D.W. Hoffman, “Indígenas con el ejército de Madero” [Indians with Madero’s Army], tarjeta postal, PH 026-1-1-013, Library Special Collections Department, Leigh W. Osborn Photograph Collection, Universidad de Texas, El Paso.

Imagen 61. Alexander phot., “Indígenas con el ejército de Madero” [Indians with Madefro army], Mc G1001-Mc1100, 1105, Mc Gaw Collection.

Con todo mi afecto dedico este trabajo:

a don Carlos Meneses por su ánimo en momentos cruciales.

A mi abuela, Ángela Vincenti Chacón (1912-2013), por su amorosa presencia.

A mi tía Elizabeth Mena Vincenti y, a su esposo,  
mi querido tío Salvador Mainieri Solano, *in Memoriam*,  
porque fueron, son y serán inspiradores ejemplos en mi vida,  
y porque gracias a sus generosas decisiones hicieron posible que  
una parte de la familia Mena Vincenti trazara caminos propios  
mediante el acceso a la educación que ellos, con convicción, apoyaron.

A Rodolfo Jiménez Solé por su lúcido y constante acompañamiento.

Finalmente, y no por eso menos importante, a las mujeres y a los hombres rarámuri,  
quienes desde su cosmovisión y regidos por el principio de caminar con rectitud y “de  
hacer bien las cosas” colaboran con Onorúame, Dios padre y madre, en la labor de  
preservar el orden cósmico y de sostener el mundo.

## **Agradecimientos**

Son muchas las personas a quienes debo mi sincera gratitud por haber recibido de ellas valioso apoyo a lo largo de este extenso trayecto por el cual he tenido que caminar para llegar a la meta propuesta. En primera instancia reconozco a la Dra. Eugenia Walerstein D., quien me animó de manera entusiasta, después de haber dirigido mi tesis de maestría, a continuar con mis estudios doctorales. Su lectura atenta y rigurosa de los avances de mi investigación al tiempo que el ánimo y la confianza que me transmitió a lo largo de todos estos años simplemente fueron determinantes para mí. Ha sido muy aleccionador y un honor haber trabajado con ella durante todos estos años. De igual forma, le agradezco el haberme puesto en contacto con la Dra. Claudia Canales Ucha, de quien tuve la dicha de ser alumna en varias ocasiones en su seminario “La fotografía como objeto y fuente de la historia”. La Dra. Canales mostró genuino interés por mi investigación; de su parte recibí de principio a fin agudas observaciones y recomendaciones producto de lecturas profundas de mis avances de tesis, por tal razón, siento especial gratitud hacia ella.

Al Dr. Ricardo Pérez Montfort agradezco las críticas y recomendaciones planteadas a lo largo de este proceso, en especial aquellas planteadas en el marco de mi Examen de Candidatura. La Dra. María del Carmen Collado hizo una lectura interesante de mi trabajo y me ayudó a enmendar errores y a pulir el trabajo. Desde la disciplina antropológica, el Dr. Andrés Medina Hernández hizo aportes clave para mi estudio. Justamente, una de las cosas que más le agradezco al querido maestro François Lartigue, q.e.p.d., fue el haberme aconsejado contactar al Dr. Medina Hernández.

De la misma atinada manera, el Mtro. Lartigue tuvo el tino de contactarme con la Dra. Teresa Rojas Rabiela, quien sembró en mí la inquietud de prestar atención a quienes y las razones por las cuales habían fotografiado al pueblo tarahumara a finales del siglo XIX. A ella le reconozco, además, haberme puesto en comunicación con el Mtro. Ignacio Gutiérrez Ruvalcaba. Las múltiples y generosas colaboraciones que Nacho me brindó desde entonces fueron de enorme importancia para mi tesis. De igual manera, hago mi reconocimiento a la Dra. María Esther Pérez Salas por haberme guiado en el análisis de los grabados y litografías publicadas en el libro de Frederick Schwatka, a Reidez Mendoza por haber compartido generosamente materiales documentales importantes, a Gabriela Montano por haber buscado y localizado fotografías en El Paso, Texas; a Carlos González Herrera, a Dizán Vázquez Loya y a Ricardo Melgar Bao por el apoyo a lo largo del tiempo.

En el Posgrado de Historia de la UNAM, encontré el constante y paciente apoyo de parte de Guadalupe Mata y de Guillermina Mata, el cual fue crucial. De igual modo,

menciono el gentil apoyo recibido por parte del Dr. Jorge E. Traslosheros Hernández, Coordinador del Programa.

Con el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACTI) me siento profundamente agradecida por haberme otorgado una beca, sin la cual no habría sido posible realizar mis estudios doctorales.

Expreso mi agradecimiento al Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), de España, por haberme otorgado una beca para asistir al curso “Cuestión indígena, indigenismo, cooperación y medio ambiente en la América Latina contemporánea”, impartido en la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de dicho centro, en noviembre de 2008, en Sevilla, España. Dicho viaje fue también posible por el respaldo recibido por parte del Posgrado de Historia de la UNAM.

Dejo constancia de mi agradecimiento al Teresa Lozano Long Institute of Latin American Studies de la Universidad de Texas en Austin, Estados Unidos, por haberme otorgado una Beca de Viaje para Investigación con la finalidad de consultar materiales en la extraordinaria Colección Latinoamericana Nettie Lee Benson.

Del Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericana (CIICLA) de la Universidad de Costa Rica (UCR), unidad académica para la cual trabajo desde el año 2013, he recibido apoyos múltiples. Pude inscribir en dicho centro el proyecto de investigación “Racismo y representación de los pueblos indígenas en los albores del siglo xx. La obra de dos intelectuales latinoamericanos: Alcides Arguedas y Luis Vargas Piñera”, el cual me permitió profundizar en algunos aspectos importantes de mi tesis, en especial del capítulo 4. De igual forma, de parte de este centro, a través tanto de sus dos directoras: Dra. Eugenia Zavaleta Ochoa (2012-2016) y Dra. María de los Ángeles Acuña León (2016-), como por parte de las funcionarias Ana Iris Segnini, jefa administrativa, y Yaskira Alemán, compañeras muy queridas, recibí valioso respaldo para realizar los trámites administrativos necesarios para viajar a México y presentar mi examen de grado.

A riesgo de cometer omisiones, quiero expresar mi sentido agradecimiento a personas muy queridas en México, Alemania, Hungría y Costa Rica. En primera instancia a la familia Díaz Vázquez y Vázquez Blake por todo el amor y apoyo que siempre he recibido de su parte. En especial agradezco el apoyo de María del Carmen Díaz Vázquez y de Alberto Díaz Blake, quienes me ayudaron en más de una búsqueda documental y a resolver varios trámites administrativos. De igual manera, mi sentida gratitud a Consuelo Palacios (por haberme contactado con la Tarahumara y las Hermanas Mínimas en Sisoguichi), a la Hna. Lupita García Ramírez por su amistad de tantos años y que me sigue vinculando con la Tarahumara; a mi gente amiga en la Ciudad de México: Bertha Garduño Sansube, Marina Reyes, Fabiola Espejel, Eva Cortés Montejano, Guillermo Vega Vilchis, Paty Román Nava, Beatriz Trejo, José Antonio Cervera Jiménez (quien leyó con detenimiento el capítulo 1 de mi tesis), Edwin Alcántara (mi querido compañero y amigo del Posgrado de Historia de la UNAM por su fraterno acompañamiento), Fernando Hernández Sánchez (una maravillosa “herencia” de mi

paso por El Colegio de México). A Torsten y Lilo Ehmcke (por el atento seguimiento que desde la bella ciudad de Münster le han dado a todo este proceso y por el cariño transmitido), a Katalin Jacsó, a mi tía Cecilia Vincenti Chacón, a mi amiga del alma Laura Ortiz Rodríguez y a sus retoños, Juan Diego y Amanda Mena Ortiz (quien generosamente me regaló su computadora después de que la mía fuera robada), a Hugo Pineda Villegas (quien me ayudó a mejorar la calidad de las imágenes y preparar la presentación Power Point), Carlos Badilla, Robert Rodríguez, Juan Pablo Cambronero, Adriana Montanaro, a Guidon Milman; a Soili Buska y a Alejandra Boza (por el respaldo constante y afectuoso, y porque leyeron la Introducción de mi tesis; Alejandra dedicó varias horas para analizar críticamente conmigo algunos de mis planteamientos), a Felicia Camacho Rojas (porque -a petición mía- se animó a traducir el informe de Aquiles Gerste con colaboración de Carolina Castillo), a Gabriela Carrión (una cordobesa radicada en Cartago, revisó con esmero y cariño el estilo de mi tesis), a Anita Rivera, a doña María Elena Céspedes (quienes con tacto me ayudaron en los momentos de desánimo). A Ivannia Ortiz Rodríguez y a Andrea Vargas Ortiz por haber realizado las primeras traducciones del inglés de las citas incluidas en este trabajo, a Mónica Gómez Hendricks (por sus cuidadosas traducciones). Obtuve inspiración del admirable e incansable trabajo realizado por mis queridas y admiradas amigas ambientalistas Miki Bors, Ciska Raventós Vorst y Paulina Mata Monge. Entusiastas palabras de aliento las recibí de parte de doña Silvia Castro Sánchez, Jorge Rovira Mas, Florencia Quesada Avendaño, Giseller Marín Araya, Paula Garro, Sujey Solera, Flor Alicia Rojas, Julia Handres, Gerardo Badilla, Grettel Saavedra, entre otras personas.

Cierro este largo apartado de agradecimientos -no podía ser de otra forma-, reconociendo el apoyo profesional del Dr. Fernando Domínguez Vello, quien en su momento y con muy buen tino me puso en contacto tanto con la Dra. Eugenia Meyer, como con la Dra. Olga Granados. De igual modo, agradezco el apoyo de Randall Urbina, de Pepe Bayona y de Pacho Mejía. Reconozco los valiosos aportes que recibí de tres maestros muy queridos y admirados, quienes lamentablemente ya no están entre nosotros, me refiero a: Juan Luis Sariego, Ignacio del Río y François Lartigue; los tres con entrañable generosidad me acompañaron y ayudaron de diversas maneras en distintos momentos de este periplo académico.

Finalmente, agradezco a mis padres, Olga Martha Mena Vincenti y Óscar Montanaro Meza, por su incondicional apoyo, y a mi sobrino por su cariño y su constante presencia a pesar de la distancia geográfica.

El conocimiento de las imágenes, de su origen, sus leyes es una de las claves de nuestro tiempo[...]. Es el medio también de juzgar el pasado con nuevos ojos y pedirle esclarecimientos acordes con nuestras preocupaciones presentes, rehaciendo una vez más la historia a nuestra medida, como es el derecho y el deber de cada generación.

Pierre Francastel, *La realidad figurativa*  
(Citado por Boris Kossoy, 2001).

## INTRODUCCIÓN

La presente investigación analiza la representación que hiciera de la sociedad indígena tarahumara o rarámuri<sup>1</sup> un grupo diverso de viajeros, hombres de ciencia, sacerdotes, políticos e intelectuales, a través de la fotografía y de los textos escritos que las acompañaban, durante el periodo comprendido entre 1892 y 1911. La importancia de este estudio radica, por un lado, en el análisis de un corpus de imágenes pioneras en la representación visual y fotográfica (Frederick Schwatka, Aquiles Gerste, Carl Lumholtz, B. Velarde, fotografías de los estudios Chicago Co., Alexander Phot. [sic], D.W. Hoffman, entre otros) de este pueblo indígena del norte de México, por entonces considerado uno de los pueblos más primitivos de este país, e incluso más allá. La faceta de la sociedad tarahumara

---

<sup>1</sup> Juan Luis Sariago sostiene: “Una de las significaciones más comúnmente asignadas al término ‘rarámuri’ (utilizado desde principios del siglo XIX y probablemente relacionado con el de tarahumara) es la de ‘corredores a pie’ y aunque esta traducción tiene dudosas bases etimológicas, lo cierto es que ha contribuido a forjar el mito de los tarahumaras como corredores de grandes distancias con una notoria resistencia”. Juan Luis Sariago, *El indigenismo en la Tarahumara. Identidad, comunidad, relaciones interétnicas y desarrollo en la Sierra de Chihuahua*, México, Instituto Nacional Indigenista-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2002, p. 73, nota 9. Ana Paula Pintado señala que este vocablo es traducido por los rarámuri como “‘gente’ en oposición al ‘mestizo’, al hombre de barba, el chabochi o yori”. Ana Paula Pintado Cortina, *Tarahumaras*, México, Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas-PNUD, 2004, p. 5.

como residente de cuevas resultó especialmente atractiva para los coleccionistas, expedicionarios y estudiosos de las poblaciones indígenas, tanto en México como en Estados Unidos, durante la llamada “era de los museos” (1880-1920).<sup>2</sup>

Este corpus de imágenes, al parecer, no ha sido examinado de manera conjunta con anterioridad. Su estudio ha permitido establecer que, si bien es cierto durante estas casi dos décadas existió una visión compartida de que era necesario civilizar a la sociedad rarámuri, las vías específicas que se propusieron para lograr ese objetivo no fueron homogéneas. Las diferencias se detectan en la representación gráfica (grabados y litografías) y fotográfica de los tarahumaras. Además, la investigación coadyuva en la comprensión del tipo de relación que existía por entonces entre este pueblo indígena y la élite modernizante mexicana, tanto local como nacional. Asimismo plantea los vínculos establecidos entre esta última y los intereses empresariales y científicos estadounidenses, que veían con buenos ojos la posibilidad de ampliar sus inversiones en el norte de México.

Este pueblo indígena que se autodenomina rarámuri, vocablo que significa, aproximadamente, “corredor a pie” o “de pies ligeros”,<sup>3</sup> es uno de los cuatro pueblos que han habitado desde tiempos ancestrales el actual estado de Chihuahua.<sup>4</sup> Los tarahumaras<sup>5</sup> sobrevivieron, junto con los *ódami* o tepehuanes, los *warijó* o warojíos y los *o’oba* o pimas

---

<sup>2</sup> Este tema ha sido estudiado por la antropóloga Regina Lira Larios, “Carl Lumholtz y la objetualización de la cultura indígena de la Sierra Madre Occidental”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 50, 2015, p. 9. También, Mechthild Rutsch es un referente sobre esta temática. Mechthild Rutsch, *Entre el campo y el gabinete. Nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Antropológicas, 2007, p. 20.

<sup>3</sup> De esta manera, se hace referencia a la notable resistencia física que poseen los hombres y las mujeres rarámuri para recorrer largas distancias.

<sup>4</sup> Se estima que la Sierra Tarahumara empezó a ser poblada hace 15.000 años, durante el Pleistoceno.

<sup>5</sup> Conviene advertir que el vocablo “tarahumara” es de dominio tanto coloquial como académico, y constituye una deformación de “tarahumar”. En este estudio, se emplean como equivalentes los términos rarámuri y tarahumara.

bajos, al violento proceso de conquista cuyas raíces se ubican en los albores del siglo XVII. A lo largo de dicho siglo, los rarámuri resistieron de múltiples formas, incluyendo la rebelión (la primera de ellas se produjo en 1646), la pérdida de sus territorios, los intentos de los misioneros (jesuitas y franciscanos) de reducirlos en pueblos y someterlos al trabajo forzado.<sup>6</sup>

Tras la derrota que asestó el gobierno mexicano a los apaches a mediados de la década de 1880, surgieron condiciones favorables para que la Sierra Tarahumara se convirtiera en territorio de expedición. También, para que los tarahumaras fueran “descubiertos visualmente” y dados a conocer al mundo por viajeros, hombres de ciencia, sacerdotes, intelectuales y políticos. Cada uno de ellos llegó al territorio rarámuri con intereses particulares y con el fin de desarrollar proyectos individuales que contemplaban la necesidad de representar gráfica y fotográficamente a estos indígenas. Si bien las diferentes miradas fotográficas presentes entre 1892 y 1911 transmiten la idea común de que era necesario “civilizar” a los tarahumaras, éstas expresan diferencias importantes y valoraciones particulares en las representaciones fotográficas.

Tal proceso de “redescubrimiento” arranca en el marco de la “edad de oro” de las expediciones de la “era de los museos”.<sup>7</sup> Contó con el esencial financiamiento de instituciones museísticas estadounidenses, tales como el American Museum of Natural History de Nueva York, el Smithsonian Museum y el Peabody Museum de Harvard. Asimismo, cabe señalar que este grupo de benefactores privados brindó su apoyo para financiar expediciones tan importantes como la de Carl Lumholtz, a fin de que pudiese estudiar el noroeste y el occidente de México. Además, el aumento de las inversiones

---

<sup>6</sup> Ricardo León García, *Misiones jesuitas en la Tarahumara, siglo XVIII*, México, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1992, p. 38.

<sup>7</sup> R. Lira Larios, “Carl Lumholtz...”, *op. cit.* p. 8.

provenientes de los Estados Unidos en el estado de Chihuahua, así como las alianzas entre inversionistas estadounidenses y chihuahuenses, se tornaron igualmente en factores determinantes para respaldar proyectos cuyo objetivo, entre otros, fue registrar fotográficamente a los “pueblos primitivos”, uno de ellos, el tarahumara.

Durante el periodo que cubre este estudio (1892-1911), los tarahumaras constituían -al igual que ocurre hoy-, el pueblo indígena más numeroso en el estado de Chihuahua. Tal condición, aunada a las particularidades culturales que les definen e identifican históricamente (el patrón de poblamiento disperso, el seminomadismo, el uso de cuevas como viviendas durante determinados periodos del año, la semidesnudez, el aprovechamiento común de los espacios, entre otros), atrajeron la atención de diversas miradas, tanto nacionales como extranjeras.

A finales del siglo XIX, en Estados Unidos, el estudio de los llamados “pueblos primitivos” y las “culturas sin escritura” había despertado gran interés ante la inquietud de que llegaran a desaparecer a consecuencia del avance de la modernidad.<sup>8</sup> Tal fue el caso de los tarahumaras, pueblo cuya cultura estaba sustentada en la tradición oral y que por entonces era poco conocido, en buena medida, por la prolongada guerra apache que había hecho muy peligroso internarse en esos territorios. Debido al carácter oral de su cultura, los tarahumaras no produjeron documentos escritos durante el periodo “prehispánico”, el colonial, ni durante buena parte del nacional, así como tampoco elaboraron imágenes de sí mismos. Dicho rasgo, sin embargo, empezó a modificarse desde finales del siglo XIX.

---

<sup>8</sup> Lira Larios señala que, a partir de la década de 1880, en los Estados Unidos se impulsó un proyecto científico -de tintes nacionalistas- que aspiraba a distinguirse del desarrollado en Europa. Para ello, recursos y esfuerzos se enfocaron en el estudio del resto del continente americano. “En este proyecto nacionalista, la élite neoinglesa y de la costa este se distinguiría como precursora de las artes y la ciencia”. R. Lira Larios, “Carl Lumholtz...”, *op. cit.*, p. 10.

Esta investigación surge de mi deseo de comprender las complejas, al tiempo que tensas, relaciones construidas a lo largo de los siglos XIX y XX entre los pueblos indígenas y los Estados-nación en América Latina. En la elección de esta temática, también se encuentra presente un componente autobiográfico significativo: soy bisnieta, por línea materna, de un indígena de la reserva indígena de Quitirrisí, en el Valle Central de Costa Rica, de quien sé poco más que nada. Dicha situación contrasta con la orgullosa identificación que prevalece, en el ámbito de mi familia, en relación con las otras ascendencias conocidas: la francesa y la italiana. Tal asimetría la asocio con mi identificación con las poblaciones indígenas, en general.

Mi interés se manifestó más claramente desde el inicio de mi estancia en México, en el año 2000. Durante el otoño de ese año, y de manera azarosa, tuve un primer y fugaz acercamiento a la cultura tarahumara cuando encontré en una de las grandes librerías de la Ciudad de México un interesante ejemplar de la revista de viajes *México desconocido*.<sup>9</sup> Se trataba de la edición número 277 de marzo del 2000. En aquel entonces, ignoraba por completo las implicaciones que tenía el nombre de dicha publicación, que alude, de manera directa, al clásico libro de Carl Lumholtz, *El México desconocido*.<sup>10</sup> El atractivo número de dicha revista contenía un reportaje profusamente ilustrado sobre la Semana Santa rarámuri.

---

<sup>9</sup> El publicista y explorador Mayo Müller (también conocido como Harry Müller) fundó en 1977, *México desconocido*, una de las principales y más conocidas revistas de viaje de México. Las fotografías y línea editorial de este proyecto le han otorgado reconocimiento durante casi cuatro décadas de trabajo ininterrumpido. El artículo al que se hace referencia va de la página 26 a la 35. Agradezco la información proporcionada por la propia revista el 9 de julio de 2015.

<sup>10</sup> Carl Lumholtz, *El México desconocido. Cinco años de exploración entre las tribus de la Sierra Madre Occidental; en la tierra caliente de Tepic y Jalisco, y entre los tarascos de Michoacán*, publicado en dos tomos (la primera edición en inglés del I volumen es de 1902 y la del II volumen, de 1903. La primera edición en castellano data de 1904). La versión en inglés fue publicada en Londres por Macmillan and Co., Limited, mientras que la castellana lo fue en Nueva York por Charles Scribner's Sons. La traducción al castellano estuvo a cargo del diplomático mexicano Balbino Dávalos (1866-1951).

De manera inmediata, el texto y la buena calidad de las fotografías que lo acompañaban despertaron mi curiosidad por este pueblo indígena.

Poco tiempo después, establecí contacto con un matrimonio mexicano, amigo de mis padres, los Martínez Palacios, quienes casualmente conocían muy de cerca la cultura tarahumara. Su hijo Bruno, siendo estudiante de ingeniería de la Universidad Iberoamericana, había realizado varias estancias en la Sierra Tarahumara, en el marco de proyectos coordinados por sacerdotes jesuitas, de quienes depende aquella reconocida institución de educación superior. Las experiencias y anécdotas, casi surrealistas, que compartieron conmigo Consuelo Palacios y José Rafael Martínez (qepd), padres de Bruno, acrecentaron mi deseo por conocer más acerca de este pueblo y me inspiraron -sin ellos saberlo- a visitar la región. Fue así como, a finales del 2001, permanecí durante dos meses como voluntaria en el Hospital de la Tarahumara,<sup>11</sup> ubicado en Sisoguichi, Municipio de Bocoyna (en la Alta Tarahumara), uno de los 67 municipios del estado de Chihuahua.

Esta pequeña y antigua localidad se encuentra en el corazón de la Sierra Tarahumara, también llamada Sierra de Chihuahua. En la actualidad, se encuentra habitada por poco más de 1.000 personas. La Compañía de Jesús fundó Sisoguichi en 1676 con el propósito de evangelizar a los tarahumaras, labor que se vio interrumpida con su expulsión de la Nueva España en 1767. A partir del regreso de los jesuitas a la región en 1900 y a lo largo del siglo XX, Sisoguichi se convirtió en asiento de la misión jesuítica y de otras órdenes y congregaciones religiosas católicas, entre las que se encuentran: las Hermanas Siervas del Sagrado Corazón de Jesús, las Adoratrices, los Hermanos Maristas y las Hijas Mínimas de

---

<sup>11</sup> La Congregación de las Hijas Mínimas de María Inmaculada fue fundada el 25 de marzo de 1886 por el padre Pablo de Anda Padilla y, desde entonces, su misión se ha centrado en la evangelización, educación y atención de los enfermos.

María Inmaculada. Esta última congregación ha tenido a cargo el Hospital de la Tarahumara desde 1957, al que llegué como voluntaria a finales de octubre de 2001.<sup>12</sup>

Aquel viaje consolidó mi propósito por ahondar en la historia de esta región y del pueblo rarámuri. Tres aspectos me impactaron durante mi estancia: el contraste entre el mundo indígena del norte de México y el mundo indígena que había tenido oportunidad de conocer en los estados de Guerrero, Morelos y Oaxaca; el majestuoso paisaje serrano; así como los rituales, ceremonias y festividades religiosas, especialmente la del 12 de diciembre -día de la Virgen de Guadalupe- y la Misa de Gallo del 23 de diciembre. En ambas, los rarámuri participan de manera protagónica acompañados tanto por los sacerdotes jesuitas como por religiosas de diferentes denominaciones y por la comunidad mestiza.

Fue así que mi tesis para optar por el grado de maestra en Historia, en 2008 en esta misma casa de estudios, se ocupó del análisis del contexto social, político y económico que hizo posible la creación y posterior aprobación en el estado de Chihuahua de la *Ley para el mejoramiento y cultura de la raza tarahumara* (1906), también conocida como Ley Creel. Esta disertación fue publicada bajo el título *¿Exclusión o integración? La promulgación de la Ley Creel en la Sierra Tarahumara*.<sup>13</sup>

En dicha investigación, analicé los factores políticos, ideológicos y económicos que explican la creación y promulgación de esa legislación, la primera de contenido indigenista

---

<sup>12</sup> El origen del Hospital de la Tarahumara se encuentra en un modesto dispensario que ofrecía atención básica a los habitantes indígenas y mestizos de este pueblo. En 1947, y por iniciativa de dos médicos pasantes de la Universidad de Monterrey, fue fundado este hospital, el cual continúa prestando servicios de salud indispensables para la población serrana (indígena y mestiza) de Sisoguichi y lugares aledaños. Dicha población, en su mayoría, sufre los efectos de la pobreza y el olvido por parte del Estado. Con el pasar de los años, han sido incorporados saberes propios de los usos y costumbres rarámuri e incluso coordinando algunos tratamientos con los Owirúames (médicos tradicionales) para la atención de la salud de los habitantes. Recuperado de <http://www.hospitaldelatahumara.org/index.php/historia/>. Lamentablemente, durante los últimos años y como resultado del incremento de la violencia asociada al narcotráfico, esta institución ha dejado de recibir el apoyo de personal especializado que en el pasado ofrecía sus servicios de voluntariado.

<sup>13</sup> María Esther Montanaro, *¿Exclusión o integración? La promulgación de la Ley Creel en la Sierra Tarahumara*, Ciudad Juárez, Chihuahua, El Colegio de Chihuahua, 2010.

de Chihuahua, misma que se distinguía de los mecanismos utilizados durante el porfiriato para normar el problema indígena (desplazamientos forzados, represión, guerra e, incluso, el olvido). Dejé constancia de que la autoría de dicho documento legal fue compartida entre un grupo de destacados políticos e intelectuales liberales, positivistas y vinculados al grupo de los “científicos”. Ese grupo planteó -en un contexto local marcado por el auge económico, la modernidad y el progreso- una salida *sui generis* a la cuestión indígena en Chihuahua. Todo ello asumido como una cuestión de Estado, secularizándola y entendiéndola como un problema agrario, al tiempo que delineaban una cruzada educativa dirigida a la población rarámuri con la que se pretendía lograr su integración a la sociedad chihuahuense y nacional.

Sin embargo, debo admitir que quedaron sin profundizar aspectos clave, por ejemplo: el aporte que brindaron expedicionarios y hombres de ciencia como el jesuita Aquiles Gerste<sup>14</sup> y el noruego Carl Lumholtz<sup>15</sup> en el proceso de elaboración de la Ley Creel. De igual forma, quedó pendiente profundizar en el estudio de la red de intelectuales y políticos que estaban haciendo de la Sierra Tarahumara -seguramente sin proponérselo- “un laboratorio para la antropología profesional naciente”.<sup>16</sup>

Ahora me he propuesto ahondar en los temas anteriores, concentrándome en el estudio de las primeras representaciones gráficas (grabados y litografías), a manera de antecedente y fotográficas de los tarahumaras y, cuando esto es posible, de los textos escritos que acompañaban a aquellas imágenes. Se exploran las posibilidades discursivas de este corpus conformado por 367 fotografías (47 grabados y litografías de Schwatka, 300 fotografías de Lumholtz, 10 de Gerste, 1 de B. Velarde, 6 de Franklin Co. Chicago aparecidas en la *Revista*

---

<sup>14</sup> El sacerdote fue consultado vía epistolar por Victoriano Salado Álvarez, uno de los autores intelectuales de la propia ley.

<sup>15</sup> Cuya célebre obra *El México desconocido* aparece citada también en la Exposición de Motivos.

<sup>16</sup> R. Lira Larios, “Carl Lumholtz...”, *op. cit.* p. 10.

de Chihuahua, 1 sin autor publicada en la *Revista Chihuahuense* y 2 anónimas de tarahumaras integrados a las filas maderistas). Asimismo, se visibilizan las distintas miradas que cada uno de los viajeros y observadores promovieron en relación con la esperada civilización de los rarámuri (Cuadro 1).

Abordaré igualmente el desarrollo de los círculos académicos y/o científicos, nacionales e internacionales, que estuvieron detrás del interés por estudiar, clasificar y registrar gráficamente a este pueblo indígena. Así como las que estuvieron presentes en las imágenes fotográficas estudiadas y se señalan cuáles fueron las posibles razones por las que los fotógrafos optaran por unos u otros temas. El análisis atiende también al proceso de consolidación del Estado-nación mexicano que aspiraba a concretar la anhelada homogeneización de la población.

El principal objetivo que guió mi trabajo fue el estudiar las imágenes fotográficas de los tarahumaras producidas durante el periodo comprendido entre 1892 y 1911, paralelamente a las miradas de quienes las capturaron, así como también, los significados y usos sociales que tuvieron las fotografías estudiadas.<sup>17</sup> De interés fundamental fue analizar la estrecha relación existente entre la fotografía y los textos escritos<sup>18</sup> presentes en los relatos o informes de viaje,

---

<sup>17</sup> En el epílogo se hará alusión a los usos sociales de las imágenes posteriores a 1911.

<sup>18</sup> José Antonio Rodríguez, “Lo fotográfico mexicano. Fotografía, violencia e imaginario en los libros de viajeros extranjeros en México, 1897-1917”, tesis para optar por el grado de doctor en Historia del Arte, Universidad Nacional Autónoma de México, septiembre de 2013, p. 8.

cédulas museográficas, pies de foto y artículos de revista. Para ello, realicé un trabajo de contextualización histórica que permitiese dar respuesta a algunas interrogantes iniciales. A saber: por qué, cuándo y quiénes se ocuparon de capturar estas fotografías.

A las interrogantes antes mencionadas, se suman otras de carácter más puntual: ¿por qué existía, durante el periodo señalado, interés en los círculos académicos y/o científicos nacionales e internacionales por la población rarámuri, en general, y por las representaciones gráficas de esta población, en particular? ¿Cuáles fueron las temáticas representadas en estas fotografías? ¿Hubo diferencias y similitudes entre los distintos exploradores y fotógrafos? ¿Cuáles aspectos de los rarámuri no fueron representados en estas imágenes? ¿Qué factores incidieron para que los exploradores prefirieran ciertas temáticas sobre otras? ¿Fueron sus preferencias personales en términos políticos, estéticos, sociales o culturales, o fueron más bien las demandas hechas por círculos académicos y/o científicos nacionales o internacionales a los que estaban vinculados los autores? ¿O las temáticas respondieron más bien a las demandas de los círculos políticos, estatales o nacionales, que apoyaban sus actividades en la zona? ¿Qué explicaciones acompañaban a esas fotografías al ser publicadas en los diferentes medios, y cómo esos textos modificaron o matizaron el significado de las imágenes? Por último, ¿qué tipo de imaginarios de los indígenas rarámuri surgieron del uso de las imágenes y de los textos?, ¿qué tan presente estuvo el mito del salvaje en la representación fotográfica de este pueblo durante este periodo?

Así también se recuperan para la historia social los aportes realizados por personas que hasta ahora han sido poco atendidas desde una perspectiva historiográfica que ha favorecido el estudio del peso de los grandes acontecimientos. Entre ellas, se incluye al viajero estadounidense y exmilitar Frederick Schwatka (1849-1892), autor del relato de viaje *In the Land of Cave and Cliff Dwellers* (1ª ed. 1893, 2ª ed. 1895 y 3ª 1899); al jesuita belga Aquiles

Gerste (1854-1920), principal autor de las fotografías de tarahumaras enviadas a la Exposición Histórico-Americana de Madrid de 1892 y del *Rapport sur un voyage d'exploration dans la Tarahumara (Mexique Nord-Ouest)* (1914)<sup>19</sup>; y al normalista chihuahuense Luis Vargas Piñera (1881-1954), quien destacó por ser el autor de 15 artículos relacionados con los proyectos educativos que se vislumbraban, por entonces, para garantizar la integración de los rarámuri. Los artículos de Vargas Piñera aparecieron publicados en la importante *Revista Chihuahuense* (1909-1911).

El mencionado proyecto editorial ha sido también objeto de análisis, al igual que la *Revista de Chihuahua* (1895-1897), publicación ilustrada y literaria cuyos contenidos temáticos abarcaban: ciencia, literatura, política, entre otros temas. Esta última revista publicó una serie de seis fotograbados, entre octubre de 1896 y diciembre de 1897, que aparecen firmados por la Franklin Co. Chicago.

Esta investigación se basa en el análisis de la imagen fija, particularmente la fotografía, como fuente primaria privilegiada. La fotografía es hija de la Revolución Industrial y desde su nacimiento ha tenido un impacto cultural sustancial y ha ejercido un papel central en la difusión del conocimiento. Destaca tanto por ser un valioso instrumento para las labores de investigación científica como por su capacidad de expresividad artística.<sup>20</sup> Se significa como una porción detenida de tiempo y espacio,<sup>21</sup> obtenida mediante un proceso

---

<sup>19</sup> Aquiles Gerste, *Rapport sur un voyage d'exploration dans la Tarahumara (Mexique Nord-Ouest)*, Roma, Italia, Tipografía Pontificia Nell'Istituto Pio IX, 1914. Con el propósito de contar con la versión castellana de este informe, solicité su traducción al castellano, trabajo que fue realizado por la historiadora Felicia Camacho y la antropóloga Carolina Castillo y luego revisada a profundidad y completada por el historiador chihuahuense Dizán Vázquez. Dicha traducción fue publicada y aparece acompañada de un par de estudios sobre la vida y obra de Gerste, de la autoría de Vázquez y mía. Agradezco públicamente el interés y apoyo del Gobierno de Chihuahua al financiar la publicación impresa de dicha obra.

<sup>20</sup> Boris Kossoy, *Fotografía e historia*, Buenos Aires, La Marca, 2001, pp. 16 y 21.

<sup>21</sup> Susan Sontag, *Sobre la fotografía*, Madrid, Santillana, 2007, p. 41.

óptico-químico.<sup>22</sup> Es también un fragmento de la realidad circundante, un instante tomado del continuo.<sup>23</sup> Phillippe Dubois ofrece una definición técnica y puntual de la imagen fotográfica. La caracteriza “como una *huella luminosa*, más precisamente *como el rastro, fijado sobre un soporte bidimensional sensibilizado por cristales de halogenuro de plata, de una variación de luz emitida o reflejada por fuentes situadas a distancia en un espacio de tres dimensiones*”.<sup>24</sup>

Parto de la premisa de que la fotografía es “un testimonio histórico”,<sup>25</sup> así como un “instrumento de investigación e interpretación de la vida histórica”.<sup>26</sup> Se reconoce el potencial contenido en este tipo de fuente primaria para adentrarnos en la comprensión de nuestro pasado, toda vez que en la fotografía pueden quedar registrados fragmentos de un determinado momento. Así, este tipo de investigación constituye, siguiendo a Inés Yujnovsky, “un ejercicio de práctica historiográfica que privilegia la comprensión histórica de las imágenes como dispositivos culturales de un sistema de dominación”.<sup>27</sup> La fotografía presenta retos particulares para la investigación en perspectiva histórica. Por ello, resulta imprescindible que sea interrogada de manera adecuada.

Desde sus inicios en 1839, a la fotografía se le atribuye un “valor de espejo, de documento exacto, de semejanza infalible”, de ser “realista por esencia”<sup>28</sup> y ser “el modelo de veracidad y [de] objetividad”.<sup>29</sup> Ello es así, en buena medida, dada la capacidad que tiene

---

<sup>22</sup> Philippe Dubois, *El acto fotográfico*, Barcelona, Paidós, 1986, p. 54.

<sup>23</sup> Getsemaní Barajas Guzmán, *El fotomontaje de propaganda política en la revista Futuro (1933-1946)*, tesis para optar por el grado de licenciada en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009, p. 16.

<sup>24</sup> Las cursivas son del original. Dubois, *El acto...*, *op. cit.*, p. 55.

<sup>25</sup> Eugenia Meyer (coord.), *Imagen histórica de la fotografía en México*, México, Museo Nacional de Historia-Museo Nacional de Antropología-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1978, p. 7.

<sup>26</sup> B. Kossoy, *Fotografía...*, *op. cit.*, p. 15.

<sup>27</sup> Inés Yujnovsky, “La conquista visual del país de los araucanos (1879-1881)”, en *Takwá*, 14, otoño 2008, p. 105.

<sup>28</sup> P. Dubois, *El acto...*, *op. cit.*, p. 39.

<sup>29</sup> Pierre Bourdieu citado por Dubois, *Ibidem.*, p. 37.

de transmitir la sensación de ser el nivel último posible de reflejo de la realidad. Débora Dorotinsky recuerda que esta particularidad se explica por su característica de *análogo* visual de la realidad y por su “calidad mimética”, que le otorga a la fotografía valor documental y testimonial. Además, la autora señala que la fotografía es ante todo una representación, es decir, “una construcción codificada de aquello que aparentemente reproduce”.<sup>30</sup> Asimismo Feliciano Victoriano y Claudia Darrigrandi definen la representación como la acción de “volver a presentar, poner nuevamente en el presente aquello que ya no está aquí ni ahora, encontrándose así restituido en su re-presentación [...]”. La representación sería, en este caso, un acontecimiento a través del cual algo es repetido, re-producido en el presente y, por lo tanto, restituido artificialmente en y por la representación”.<sup>31</sup> En suma, las fotografías no son ni inocentes, ni neutrales. Además, en términos generales, “las imágenes son irremediabilmente mudas”<sup>32</sup> (en cuenta la fotografía), por lo tanto, para poder interpretarlas de manera apropiada se torna indispensable considerar, en palabras de Panofsky, que éstas “forman parte de una cultura total y [que] no pueden entenderse si no se tiene un conocimiento de esa cultura. [De modo que] para interpretar el mensaje es preciso estar familiarizado con los códigos culturales”.<sup>33</sup>

En consecuencia, el manejo de la fotografía como fuente para la investigación histórica requiere de un trabajo de deconstrucción de los códigos, discursos y mensajes en ella contenidos. Es indispensable, por tal razón, analizar el papel que ejerce quien oprime el

---

<sup>30</sup> Déborah Dorotinsky Alperstein, “La puesta en escena de un archivo indigenista: el archivo México indígena del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM”, *Cuicuilco*, Vol. 14, Núm. 41, septiembre-diciembre, 2007, p. 44.

<sup>31</sup> La cursiva es del original. Felipe Victoriano y Claudia Darrigrandi, “Representación”, en *Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos*, Mónica Szurmuk y Robert Mckee Irwin, México, Fondo de Cultural Económica, 2009, p. 249.

<sup>32</sup> Peter Burke, *Visto y no visto*. El uso de la imagen como documento histórico, Barcelona: Crítica, 2001, p. 41.

<sup>33</sup> *Ibidem.*, p. 46.

obturador y luego “trabaja o manipula” la foto en el laboratorio. Por lo tanto, quien realiza la fotografía, como persona testigo de su tiempo, debe ser examinada en relación con su formación, sus compromisos, su visión de mundo y su ideología para, de esta manera, comprender la conformación de su mirada. Paralelamente, y cuando sea el caso, es preciso valorar el papel ejercido por quienes encargan las imágenes y el de quienes editan las publicaciones en las que aparecen, pues las imágenes no son sólo producto de quienes las realizan, sino que también están influenciadas por las necesidades de quienes las encargaron, financiaron e, incluso, por el público previsto para que las mire. Las imágenes, en general, y la fotografía, en particular, pueden contribuir a captar y a reconstruir lo que Burke define como “la sensibilidad colectiva de una época pretérita”.<sup>34</sup>

El proceso inicial de selección de los materiales fotográficos para la presente investigación requirió del empleo de tres fases de búsqueda. La primera consistió en indagar si hubo, o no, representaciones gráficas de los tarahumaras correspondientes al periodo colonial; no obstante, los primeros materiales de este tipo que hasta ahora han podido ser localizados corresponden a las litografías y grabados publicados en el relato de viaje de Frederick Schwatka. La segunda fase se focalizó en una revisión amplia de fotografías, la cual cubrió desde la última década del siglo XIX hasta la de 1970. Este amplio rastreo resultó ser muy útil, no sólo para definir el periodo de estudio, sino porque también permitió comparar los temas y estéticas presentes en fotografías de otros momentos. La última ubicó las publicaciones impresas en las que aparecieran fotografías de tarahumaras: relatos de viaje, revistas, memorias, álbumes conmemorativos seculares y religiosos, informes de gobierno, entre otros.

---

<sup>34</sup> *Ibidem.*, pp. 38-39 y 57.

El análisis posterior del corpus de fotografías requirió igualmente de su organización por autores, por temas y por tipo de fotografía. A partir de ello, fue factible identificar tendencias del material fotográfico. En total, fueron consultadas cerca de 2.000 imágenes. Este trabajo de revisión inicial permitió, a su vez, identificar cuatro etapas en la manera de representar a los tarahumaras desde finales del siglo XIX hasta la década de 1970. A saber, la fotografía que corresponde al porfiriato, que incluye la etnográfica, antropométrica y de tipos humanos, y que presenta rasgos como la atemporalidad, los planos americanos y las poses rígidas. Luego, la fotografía previa a la Revolución mexicana, que da paso a la representación de masas indígenas y la que corresponde propiamente a la revolución en las que los tarahumaras aparecen en contacto con la tecnología moderna. Finalmente, la fotografía posrevolucionaria (1920-1950), que se significa como la etapa temática y estilísticamente más diversa.

Después de haber tenido la posibilidad de revisar tantas imágenes y de establecer comparaciones entre los temas y el volumen de las fotografías, llegué a la conclusión de que el periodo que convenía estudiar era el comprendido entre 1892 y 1911, pues sobre éste se conoce menos. Además, porque durante este periodo es factible identificar un cierto rasgo de uniformidad tanto desde el punto de vista del desarrollo teórico de la antropología como desde el ambiente político e intelectual. Se trata de una época en la que están presentes tanto la expansión capitalista como los proyectos nacionalistas, y la configuración de un racismo respaldado por las investigaciones científicas. Específicamente, la teoría evolucionista de Charles Darwin y el darwinismo social de Herbert Spencer, las cuales impactarán de manera notable en el mundo social, cultural y político en el que se sitúan las exploraciones de viajeros lanzados a la búsqueda de los recursos humanos y naturales del resto del mundo. Además, a partir de la década de 1920 fue posible identificar que la cantidad de fotografías de estos

indígenas era mucho más voluminosa, y se detectaron proyectos, temas, estéticas y medios de difusión que demandaban un tipo de análisis distinto al que se había concebido originalmente.

Una vez determinada la delimitación temporal, se inició el correspondiente análisis formal de las imágenes (Cuadro 1) y se llegó a la conclusión de que, durante los años estudiados, el tema de la resistencia física de estos indígenas al medio agreste de la Sierra Tarahumara no estuvo presente en este periodo de la fotografía pionera de los tarahumaras, como sí lo ha llegado a estar de manera recurrente hasta nuestros días. La ausencia de la representación de este tema está relacionada con un contexto histórico marcado profundamente por las ideas evolucionistas. No tenía tanto sentido, por consiguiente, atribuirles a los rarámuri tales atributos, pues habría significado endosarles características positivas que hubieran entrado en contradicción con los pronósticos de que los rarámuri estaban por desaparecer.

**Cuadro 1**  
**Proyectos de representación gráfica y fotográfica de los rarámuri entre 1892 y 1911**

Nombre de quien/quienes realizaron el proyecto	Nacionalidad, periodo o año de desarrollo del proyecto	Tipo de representación	Medio de circulación
Frederick Schwatka	Estadunidense de origen polaco.  2 expediciones a Sonora y Chihuahua entre 1889-1890	Grabados del artista Landeau, quien acompañó a Schwatka en sus recorrido. Litografías de Munro (en 2da. ed.).	<i>In the Land of Cave and Cliff Dwellers</i> , 1893, 1895, 1899.
Aquiles Gerste, S. J.	Belga, residente en México por nueve años.  1 única expedición a la Sierra Tarahumara, de abril a julio de 1892.	Fotografías de su autoría.  Fotógrafo <i>amateur</i> .	Exhibición en la Exposición Histórico-Americana, Madrid, España, inaugurada en noviembre de 1892.

			Informe de sobre un viaje de exploración en la Tarahumara, Roma, Italia, 1914.
Carl S. Lumholtz	Noruego, realizó 4 expediciones a la Sierra Tarahumara entre 1890-1898.	Fotografías de su autoría.  Fotógrafo experimentado.	<i>El México desconocido...</i> , 1902 (ed. en inglés) y 1904 (ed. castellana).
B. Velarde	Mexicano, fotógrafo chihuahuense. 1890 ca.	Fotografía de “Indio jorobado”, en estudio fotográfico.  (1 fotografía)	Exposición Histórico-Americana, de Madrid, España, 1892.
Chicago, Co.	Publicación periódica del estado de Chihuahua, 1896-1897.	Fotografados de dos indígenas tarahumaras, en estudio fotográfico.  (6 fotografados)	Revista de Chihuahua, las imágenes fueron publicadas entre 1896 y 1897.
D.W. Hoffman	Estadounidense, Toma de Ciudad Juárez, 1911.	Fotografía  (1 fotografía)	Tarjeta postal
Alexander Pho.	Estadounidense, Toma de Ciudad Juárez, 1911.	Fotografía  (1 fotografía)	Tarjeta postal
Elaboración propia.			

Cabe advertir que en las representaciones de indígenas tarahumaras del periodo posrevolucionario abundan las fotografías etnográficas, antropométricas y de tipos humanos. Es decir, no se produjo una drástica sustitución de las formas de representación, por el contrario, hubo coexistencia entre ellas. A partir de la década de 1920, el abanico temático, el tipo de pose y encuadres se ampliaron notablemente. También es pertinente señalar que las imágenes de tipos humanos con fuerte influencia pictorialista y costumbrista, en su lugar, tendieron a desaparecer.

En el contexto mexicano, se identifica al porfiriato (1877-1911) como un periodo significativo desde el punto de vista político, económico y del proceso de construcción del Estado-nación. Por entonces, se formuló un discurso que reforzaba la imagen de una nación “integrada” y unida. Todo ello se vio interrumpido por el violento estallido de la Revolución mexicana en 1910.

En lo que respecta al estado de Chihuahua, se detecta la consolidación de un periodo de paz a partir de la segunda mitad de la década de 1880, tras la derrota de los apaches y el fortalecimiento de la élite local encarnada en el denominado clan Terrazas-Creel, con sus vínculos cada vez más fuertes con inversionistas estadounidenses. Tal clima de bonanza creó condiciones favorables para que se realizaran expediciones como las de Schwatka, Gerste y Lumholtz. Las dos últimas contaron, además, con el apoyo del régimen de Porfirio Díaz, interesado en llevar “agua a su molino” y reforzar su propio proceso de colonialismo interno, entendido éste como el fenómeno que reproduce, en el marco de un Estado nacional, las condiciones semejantes a las que están presentes en el colonialismo.<sup>35</sup> Así, la información generada por estos expedicionarios contribuyó a identificar, clasificar y controlar a los pueblos indígenas de la nación mexicana.

Schwatka llamó la atención al insistir en que los tarahumaras merecían ser estudiados a profundidad. Gerste los describió como aquéllos “de carácter bueno, dócil, pacífico y leal, naturalmente afables y dulces”. Lumholtz los calificó como los “trogloditas modernos”. En cambio, en la *Revista de Chihuahua*, los tarahumaras aparecen representados como indígenas neutralizados, no amenazantes e, incluso, se podría decir, folclorizados. Por su parte, en la *Revista Chihuahuense*, la única fotografía que aparece retrata a un grupo numeroso de

---

<sup>35</sup> Pablo González Casanova, “Colonialismo interno [Una redefinición]”, en *Teoría Marxista de hoy*, p. 416. Recuperado de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/campus/marxis/P4C2Casanova.pdf>

tarahumaras, mientras que en las captadas en el contexto de la Toma de Ciudad Juárez, estos indígenas son mostrados como capaces de manejar, simultáneamente, su tecnología tradicional (arcos y flechas) y la moderna (rifles tipo *mausers*) para la defensa de un proyecto político.

La investigación inicia en 1892, toda vez que, como ya se mencionó, fue ese año en que se llevó a cabo la Exposición Histórico-Americana en Madrid, España. Dicho evento tenía el propósito de conmemorar el cuarto centenario de la llegada de Colón a América. En dicha ocasión, fueron exhibidas 15 fotografías de indígenas tarahumaras capturadas por el jesuita belga Aquiles Gerste.<sup>36</sup>

Francisco del Paso y Troncoso, por entonces Director del Museo Nacional de México y miembro de la Junta Colombina (instancia responsable de la participación de México en dicha exposición), había encomendado a este estudioso de las culturas “prehispanicas” que realizara una expedición a la Sierra Tarahumara, con el propósito de reunir materiales arqueológicos relacionados con el sitio de Casas Grandes y materiales etnográficos sobre los tarahumaras. Aquella fue la primera expedición financiada con recursos del gobierno mexicano en dicha región, hasta ese momento todavía poco integrada al país. Cabe señalar que el recorrido de Gerste coincidió en el tiempo con el segundo recorrido realizado por el noruego Carl Lumholtz a la Sierra Tarahumara.

El estudio concluye en 1911 porque fueron localizadas dos fotografías que documentan con claridad la participación de tarahumaras apoyando al maderismo. En el contexto de la Toma de Ciudad Juárez se inicia, sin duda, una nueva era en la vida de estos indígenas en el

---

<sup>36</sup> Una fotografía capturada por B. Velarde, de quien lamentablemente no se ha podido obtener mayor información.

contexto nacional.<sup>37</sup> En consecuencia, hube de revisar el planteamiento inicial de la investigación, según el cual los rarámuri se habían mantenido al margen del proceso revolucionario. Ambas fotografías rompen, además, con la atemporalidad intencionada que caracterizó a las anteriores fotografías de los tarahumaras, toda vez que se aprecian artefactos propios de la tecnología moderna. Esta diferencia marca una pauta importante, pues a partir de la década de 1920, elementos distintivos de la modernidad estarán cada vez más presentes en las fotografías de tarahumaras. Asimismo, pareciera ser que a partir de 1911 se inicia un nuevo paréntesis durante el cual estos indígenas dejaron de ser objeto de estudio. No será sino hasta la década de 1920 cuando los rarámuri volverán a ser retratados, ahora de manera mucho más frecuente y diversa.<sup>38</sup>

En pleno ocaso del siglo XIX, se identifica como telón de fondo una fase de creciente desplazamiento de viajeros procedentes especialmente de Europa y de Estados Unidos. Aquellos viajeros recorrieron distantes (y por entonces, aún poco conocidas) regiones del planeta con el propósito de reunir registros fotográficos de los pueblos primitivos. América Latina ocupó un lugar relevante en sus itinerarios, siendo el septentrión de México un destino que despertó gran curiosidad. Los intereses de disciplinas aún en formación, tales como la

---

<sup>37</sup> Debo resaltar el hallazgo de un par de fotografías que documentan la participación de indígenas tarahumaras durante la fase inicial de la Revolución Mexicana, concretamente en la Toma de Ciudad Juárez en 1911. Ambas imágenes comparten un rasgo en común: revelan la presencia de tecnología moderna (rifles tipo *mausers* y una edificación moderna que expide humo),<sup>37</sup> lo que las hace diferenciarse de manera notable de las fotografías anteriores.

<sup>38</sup> En la década de 1920, no se produjo una sustitución radical en las formas y estilos de fotografiar a los tarahumaras. Se trata de una coexistencia de fotografías antropométricas y etnográficas, profundamente marcadas por la atemporalidad y por el uso de planos americanos, con otro tipo de fotos influenciadas por el esteticismo, el vanguardismo y el indigenismo de la época. Déborah Dorotinsky, “La construcción del indio en la fotografía 1910-1950”, en *La vida de un archivo “México Indígena” y la fotografía etnográfica de los años cuarenta en México*, tesis para optar por el grado de doctora en Historia del Arte, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003, pp. 183-254.

etnología y la etnografía, y la antropología,<sup>39</sup> estimularon el desarrollo de ese tipo de desafiantes empresas. Por entonces, la fotografía era considerada como una herramienta de gran utilidad para el estudio, clasificación e inventario del Otro.<sup>40</sup> En este contexto, los pueblos indígenas de México atrajeron el interés de una significativa variedad de miradas externas y, particularmente, los rarámuri se convirtieron en objeto de estudio.

Durante esta vuelta del siglo XIX al XX, la industria editorial se desarrolló de manera notable. Avances técnicos, como el medio tono (1880),<sup>41</sup> permitieron que la producción de libros ilustrados se incrementara y que sus costos -excesivamente altos en sus inicios- fueran disminuyendo de manera paulatina. La fotografía impresa irrumpió en el mundo editorial gracias a la invención de las imprentas rotativas, contribuyendo igualmente a disminuir los costos de los libros. Cabe subrayar que, para entonces, el acceso a este tipo de tecnología no era generalizado.

En esa misma dirección, el análisis llevado a cabo busca dar cuenta de cuáles eran los elementos que conformaban la mirada de los hombres que se ocuparon de capturar las fotografías de tarahumaras aquí estudiadas y quienes, a su vez, mantenían vínculos con sectores prominentes del ámbito científico, político, económico y religioso mexicano en

---

<sup>39</sup> Se debe aclarar que, por entonces, la antropología en su sentido evolucionista estaba consolidada institucionalmente tanto en Inglaterra, Francia, Alemania como en los Estados Unidos; no así en México, donde esta disciplina se encontraba aún en formación.

<sup>40</sup> Empleo los conceptos de Otro y otredad, ampliamente utilizados en las ciencias sociales, para hacer referencia al que es considerado como diferente y diverso. Este concepto moderno, lo aplico al pasado, pues es la manera como, desde el presente, entiendo las culturas distintas.

<sup>41</sup> El 4 de marzo de 1880 apareció en el *Daily Graphic* de Nueva York la primera reproducción gráfica por medio de la técnica del medio tono (o *halftone*), la cual consiste en “reproducir una fotografía a través de una pantalla tramada que la divide en multitud de puntos. Se pasa luego el cliché así obtenido a partir de una fotografía bajo una prensa, al mismo tiempo que un texto compuesto”. Si bien la calidad de la imagen no era lo suficientemente nítida por entonces, cerca de dos décadas después las prensas editoriales eran capaces de llevar a cabo reproducciones con este tipo de técnica a gran velocidad. “Hasta entonces, rara vez salían reproducciones en la prensa [de fotografías], dado su carácter enteramente artesanal; reposaban sobre la técnica del grabado en madera; hasta las fotos se vieron reproducidas por ese medio con la mención ‘sacado de una fotografía’”. Gisèle Freund, *La fotografía como documento social*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 2008, p. 95.

pleno periodo de entre siglos. Es decir, se procura comprender cómo estaban conformadas las miradas de estos fotógrafos, depositarias de esquemas de pensamiento preconcebidos y de arquetipos. Julio Caro Baroja define el arquetipo como el “modelo original o primario de algo [...] las ideas precisamente conforme a las cuales aparecen los géneros, tipos y leyes de todas las cosas”.<sup>42</sup> Por su parte, el Diccionario de la Real Academia de la Lengua en su tercera y cuarta acepción, respectivamente, lo define como una “representación que se considera modelo de cualquier manifestación de la realidad” e “imágenes o esquemas congénitos con valor simbólico que forman parte del inconsciente colectivo”.<sup>43</sup>

Buena parte del arquetipo de los tarahumaras existente hacia finales del siglo XIX se encuentra asociado al hombre *salvaje* que, de acuerdo con Roger Bartra, “fue inventado tanto en su expresión maligna y feroz, como en su vertiente noble y pura”.<sup>44</sup> El hombre *civilizado*, agrega Bartra, “inventa constantemente al salvaje”, pues su existencia como Otro es necesaria “para definirse y para identificarse tanto en su individualidad como en su grupo”.<sup>45</sup> Así, desde la antigüedad, pasando por la edad media, el salvaje fue preparándolo para recibir la modernidad,<sup>46</sup> por lo tanto, su papel ha sido fundamental en “el proceso de constitución de la identidad occidental”.<sup>47</sup>

Lo anterior cobra sentido en tanto permite ser consciente de que el esquema arquetípico del pueblo tarahumara estaba signado por el salvaje, así como por la compleja

---

<sup>42</sup> Julio Caro Baroja, *De los arquetipos y leyendas*, Madrid, Ediciones Istmo, 1991, p. 21.

<sup>43</sup> Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, vigesimotercera edición, 2017. Recuperado de <http://dle.rae.es/?id=3diOqEt>

<sup>44</sup> Roger Bartra, El salvaje en el espejo, en *El mito del salvaje*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011, p. 22.

<sup>45</sup> *Ibidem.*, p. 39. Lo salvaje, advierte Bartra, no es lo que está fuera del alcance del hombre, sino lo que está en los márgenes de la actividad humana”, *Ibid.*, p. 137.

<sup>46</sup> *Ibidem.*, p. 153.

<sup>47</sup> *Ibidem.*, p. 154.

dualidad establecida entre lo indómito y lo noble. En efecto, las caracterizaciones atribuidas a este pueblo son contradictorias, resultado de miradas que oscilan entre la idealización, el prejuicio, la condescendencia y la desconfianza. El pueblo rarámuri estaba considerado -y en buena medida lo sigue siendo en el presente- como inferior, particularmente atrasado desde el punto de vista evolutivo por su seminomadismo, por su patrón de poblamiento disperso, por su semidesnudez, por habitar en cuevas, y por no haber legado vestigios arqueológicos monumentales al estilo mesoamericano. Estos indígenas también estaban señalados como personas retraídas, tímidas y propensas al alcoholismo, al tiempo que eran consideradas pacíficas -aunque con un pasado violento-, provistas de herramientas básicas (uso de arcos y de flechas, por ejemplo), de comportamiento pueril, dotadas de una gran resistencia física, aunque carentes de actitudes emprendedoras, miserables desde el punto de vista material, víctimas del hambre y vulnerables ante las condiciones agrestes del medio serrano.

De modo que, en el ocaso del siglo XIX e inicios del XX, prevalecía una mirada del tarahumara sumamente arcaica. Es probable que ésta fuera resultado de la fuerte resistencia mostrada por estos indígenas, a lo largo de cuatro siglos, ante el cambio y la modernización. Habría que decir que tal rasgo iba más allá de las características atribuidas al mundo indígena mexicano que, entre otras cosas, enfatizaba en el exotismo de estos pueblos considerados “herederos de culturas pasadas”, al tiempo que objetos de estudio,<sup>48</sup> sin llegar a considerarlos como contemporáneos ni como sujetos de la historia. Así pues, si bien estos aspectos de igual forma estaban presentes en la caracterización de los indígenas rarámuri, a ellos se sumaban algunos atributos del salvaje que acentuaban su arcaísmo.

---

<sup>48</sup> Alejandra Moreno Toscano, “Identidad perdida”, en Armando Bartra, Alejandra Toscano y Elisa Ramírez Castañeda, *De fotógrafos y de indios*, México, Tecolote, 2000, p. 17.

Lo señalado hasta aquí cobra relevancia en tanto permite comprender el valor simbólico del cual están provistas las fotografías estudiadas, a su vez influenciadas -en distinto grado- por la idea del *homo sylvestris*. Si bien es cierto, y siguiendo a Bartra, que durante siglos el salvaje vivió “casi exclusivamente en la conciencia mítica de las clases populares”, producto del desprecio que tanto la teología como la ciencia le confirieron,<sup>49</sup> tal condición no provocó su desaparición, todo lo contrario, pues éste estará presente de nueva cuenta “en las ciencias políticas y naturales del siglo XVIII bajo la forma, por ejemplo, del buen salvaje de Rousseau y del *homo ferus* de Linneo”.<sup>50</sup> Lo anterior corrobora lo poderoso que ha sido el mito del salvaje, el cual no sólo logró sobrevivir al proceso de colonización europea de “los salvajes americanos”, sino que también fue capaz de contribuir a su transformación.<sup>51</sup> Es decir, la vigencia del salvaje se explica, en buena medida, por su permanencia “en la imaginación colectiva europea”.<sup>52</sup> Así pues, la persistencia de este mito no es sólo el resultado del colonialismo, su historia es mucho más antigua y compleja dada su naturaleza polivalente.<sup>53</sup> Al respecto, Bartra sostiene:

Es posible reconocer la presencia de un profundo impulso mítico en el seno de la cultura occidental: un antiguo horror y al propio tiempo una gran fascinación por el salvajismo. Es preciso escapar, huir de la bestialidad natural del hombre salvaje. Al mismo tiempo aparece la tentación, la atracción por el buen salvaje poseedor de tesoros y secretos invaluable.<sup>54</sup>

Esta contradictoria dualidad que acompaña a la imagen del salvaje pareciera estar presente en la mirada de quienes se ocuparon por registrar a los tarahumaras durante esta primera etapa de su representación fotográfica. De ahí la necesidad de que sea tomada en

---

<sup>49</sup> R. Bartra, *El salvaje...*, *op. cit.*, p. 157.

<sup>50</sup> *Ibidem.*, p. 157.

<sup>51</sup> *Ibidem.*, p. 172.

<sup>52</sup> *Ibidem.*, pp. 213-214.

<sup>53</sup> *Ibidem.*, p. 214.

<sup>54</sup> *Ibidem.*, p. 216.

consideración, pues, en efecto, “cada época [...] elabora su hombre salvaje, con sus peculiaridades distintivas”.<sup>55</sup> Corresponde entonces a esta investigación identificar algunos de los rasgos rescatados del salvaje de acuerdo con la “sensibilidad cultural” de la época, que bien pueden dar cuenta de las amenazas simbólicas percibidas por parte de un pueblo como el rarámuri hacia el “sistema occidental”.<sup>56</sup>

El principal marco de referencia que tiene este estudio es la historia social. Su foco de atención está puesto en la representación fotográfica de los tarahumaras durante la transición del siglo XIX al XX. Para abordar esta temática, se procuró reunir apoyos múltiples con miras a enriquecer el trabajo heurístico y el hermenéutico, propiamente el de interpretación. A la metodología empleada la defino como ecléctica,<sup>57</sup> toda vez que no me he guiado por una sola. Así pues, he intentado conciliar las ideas y abordajes de dos marcos de referencia importantes, a saber: el de la historia de la antropología y el de la fotografía.<sup>58</sup> Aunque también se ha prestado especial atención a la estrecha relación que la fotografía mantuvo, en el ocaso del siglo XIX, con la etnología, la etnografía y la antropología. En este contexto, la fotografía se convirtió en “instrumento para el estudio y la categorización del otro”.<sup>59</sup> Además, utilizo distintas fuentes que incluyen grabados, litografías, fotografías, relatos de viaje, documentos hemerográficos, documentos legales, epístolas, informes de gobierno, documentales, películas y entrevistas.

---

<sup>55</sup> *Idem.*

<sup>56</sup> *Ibidem.*, p. 217.

<sup>57</sup> Deborah Dorotinsky, *La vida de un Archivo. México indígena y la fotografía etnográfica de los años cuarenta en México*, México, tesis para obtener el grado de Doctora en Historia del Arte, Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, 2003, p. 17. Rebeca Monroy Nasr, “La filigrana en la lectura fotográfica”, en *La fotografía: imagen y materia*, Pedro Ángeles Jiménez, Cecilia Gutiérrez Arriola, Ernesto Peñaloza Méndez y Mariana Planck González Rubrio, 2010, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Estéticas, p. 256.

<sup>58</sup> Para explorar el vínculo entre la antropología y la fotografía, véase Juan Naranjo (ed.), *Fotografía, antropología y colonialismo (1845-2006)*, Barcelona, Gustavo Gil, 2006.

<sup>59</sup> *Ibidem.*, p. 9.

La literatura de viaje constituye otro recurso fundamental para comprender cómo se fueron construyendo imaginarios acerca de los tarahumaras, los cuales llegaron a expresarse a través de las fotografías. Este género literario permite establecer un ligamen con otro tema relevante para la investigación, como lo es el desarrollo de la cultura visual, que desde inicios del siglo XIX se fue enriqueciendo con los avances experimentados en la industria editorial. Estos adelantos contribuyeron a incrementar la circulación de las imágenes impresas y el desarrollo de proyectos editoriales que le asignaban a la imagen visual, en general, y a la fotografía, en particular, un lugar relevante.

La contextualización histórica de los viajes, investigaciones y narrativas desarrolladas por este diverso grupo de viajeros, fotógrafos e intelectuales interesados por registrar, conocer y divulgar la situación en la que se encontraban por entonces los tarahumaras ha permitido detectar que estos produjeron saberes sobre esta población indígena, los cuales fueron considerados por los intelectuales y políticos de la época como “saberes autorizados”, como fuentes transmisoras de “verdad”, así como “referentes indispensables para sus propias reflexiones sobre las subjetividades culturales que nos pueblan”.<sup>60</sup>

Asimismo, he considerado como objeto de análisis tanto las expresiones del colonialismo europeo y estadounidense propios de la época como también las expresiones del colonialismo interno, este último se caracteriza porque en él las “clases dominantes rehacen y conservan las relaciones coloniales con las minorías y las etnias colonizadas que se encuentran al interior de sus fronteras políticas”.<sup>61</sup> Esta perspectiva nos permite comprender

---

<sup>60</sup> Patricia Alvarenga Venutolo y Mauricio Menjívar Ochoa, “Introducción general”, en Patricia Alvarenga Venutolo, Mauricio Menjívar Ochoa y María Esther Montanaro Mena, *Miradas tramposas. Visiones antropológicas de viajeros por Centroamérica y México, siglos XIX y XX*, San José, Costa Rica, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2018.

<sup>61</sup> P. González Casanova, “Colonialismo interno...”, *op. cit.*

cómo, durante el régimen porfiriano, fueron impulsadas políticas específicas que apuntaban al control e integración de los rarámuri tales como la Ley Creel.

El trabajo heurístico que permitió desarrollar este estudio fue realizado a partir de la consulta de diversas fuentes de primera mano, localizadas en archivos, bibliotecas y fototecas ubicados en diversos lugares: las ciudades de México, Chihuahua y Pachuca (Hidalgo) en la República Mexicana, y en Estados Unidos, en las ciudades de El Paso<sup>62</sup> y Austin (Texas).

Uno de los primeros acervos consultados fue el archivo etnográfico de la Fototeca Nacho López de la Comisión Nacional para el Desarrollo para los Pueblos Indígenas (antes Instituto Nacional Indigenista). En este archivo, consulté y analicé poco más de 800 fotografías de Carl Lumholtz, de las cuales aproximadamente 300 corresponden a tomas de tarahumaras. Una parte de estas imágenes ilustró las diferentes ediciones de la clásica y monumental obra *El México desconocido*, y ha sido empleada para el montaje de gran cantidad de exposiciones temporales. En este acervo también fue posible tener acceso a interesantes fotografías correspondientes al periodo del indigenismo posrevolucionario.

El archivo México Indígena del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México permitió acceder a buena parte de su colección, y de revisar detenidamente las 67 de fotografías correspondientes a los tarahumaras. Estas corresponden a dos periodos: 59 fotografías de entre 1938 y 1946, las cuales fueron captadas por el fotógrafo hondureño Raúl Estrada Discua, y 8 correspondientes a 1959 de autor anónimo.

La Fototeca Nacional del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) en Pachuca, realicé una consulta del “Fondo Étnico”, en donde se encuentran las fotografías

capturadas por Aquiles Gerste, así como las “Series Indígenas del norte y tarahumaras”. Esta última colección contiene una importante cantidad de fotografías capturadas por Nacho López en la década de 1950 y de Gustavo Casasola en 1930-1950. Asimismo, tuve acceso a las fotografías más antiguas de los tarahumaras y a las más contemporáneas. Algunas de las fotografías de Nacho López, que habían sido localizadas en la Fototeca de la CDI, están también reproducidas en la Fototeca Nacional.

En la Biblioteca Nacional de México, consulté los materiales relacionados con la Exposición Histórico-Americana de Madrid de 1892, así como bibliografía de inicios del siglo XX relacionada con los tarahumaras. El Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional me permitió acceder a los dos tomos que contienen la totalidad de los artículos de la *Revista de Chihuahua* publicados entre 1895 y 1897.

En la Fototeca de Chihuahua, pude consultar el “Fondo de las Siervas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Pobres”. Fue ésta una de las primeras congregaciones religiosas femeninas instalada en la Sierra Tarahumara, la cual continúa su labor en la región y atiende como internas a niñas rarámuri. Las fotografías de dicho fondo se significan por su gran riqueza, toda vez que documentan ampliamente la vida cotidiana y las dificultades materiales en medio de las que fueron construidos los primeros conventos-internados para niñas y algunas de las iglesias serranas. Asimismo, registran el proceso de evangelización impulsado luego de la Revolución mexicana y representan el ánimo y la mística que había en estas primeras religiosas, lo mismo que en un sector de la comunidad mestiza involucrado en la labor de “aculturación” de los tarahumaras.

En el Archivo Histórico del Centro de Investigación del estado de Chihuahua (CIDECH), fueron consultados materiales como los informes de Gobierno (1904-1940), la *Revista Chihuahuense* (1909-1911), y boletines del Instituto Indigenista Interamericano y del

Instituto Nacional Indigenista. Cabe mencionar que en algunos de los informes de gobierno de la década de 1930 había interesantes fotografías, las cuales también se localizan en la Fototeca Nacional.

La Biblioteca “Guillermo Bonfil Batalla” de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH)-Unidad Chihuahua (marzo-abril 2011) tiene bajo su resguardo el “Fondo Filiberto Gómez”, destacado maestro de Educación Física, quien en la década de 1930 viajó a la Sierra Tarahumara para involucrarse directamente con la población rarámuri. Este fondo es voluminoso y contiene gran cantidad de materiales fotográficos, muchos de los cuales fueron capturados por el propio profesor. También, resguarda audiovisuales que, lamentablemente y por razones técnicas, no pudieron ser consultados durante la visita de investigación realizada. Las imágenes consultadas van desde la década de 1920 (muy pocas) hasta la década de 1950, aunque hay materiales de fechas posteriores. Además, fue posible consultar parte del acervo documental escrito. Se tuvo acceso a cartas, documentos oficiales y transcripciones de entrevistas radiofónicas, entre otros.

La Biblioteca Digital de la Biblioteca Nacional de México permitió ubicar algunos materiales hemerográficos sobre la Exposición de Madrid, así como también de la labor realizada por el funcionario indigenista Carlos Basauri.<sup>63</sup>

En abril de 2012 obtuve la “Beca de viaje para investigación,” otorgada por el Teresa Lozano Long Institute of Latin American Studies de la Universidad de Texas en Austin. En este instituto, pude acceder a la “Colección Latinoamericana Nettie Lee Benson”, así como

---

<sup>63</sup> Carlos Basauri fue un maestro normalista y antropólogo mexicano. D. Dorotinsky, *La puesta...*, *op. cit.*, p. 47. Este funcionario indigenista había publicado con anterioridad dos artículos en la connotada revista bilingüe *Mexican Folkways*, ambos textos contienen fotografías de su propia autoría. El primero de ellos, “The Resistance of the Tarahumares”, apareció en 1926 e incluye cinco fotografías. C. Basauri, “The resistance...”, *Mexican Folkways*, vol. 5, núm. 2, octubre-noviembre, 1926, pp. 40-47. En 1927, circuló un artículo más extenso titulado “Beliefs and Practices of the Tarahumares”<sup>63</sup> e ilustrado con 13 fotografías. C. Basauri, “Beliefs...”, *Mexican Folkways*, vol. 3, núm. 4, agosto-setiembre, 1927, pp. 218-234.

consultar bibliografía más reciente. Logré reproducir de manera íntegra el informe de viaje a la Sierra Tarahumara que escribiera el jesuita Aquiles Gerste. Esta estancia me permitió consultar también la sección de “Libros raros” de dicha colección, entre los cuales encontré diferentes ediciones de *El México desconocido* de Carl Lumholtz, relatos de viaje de algunos viajeros que recorrieron la Sierra Tarahumara y regiones cercanas a finales del siglo XIX, así como la colección completa de *Mexico Folkways*. Cabe mencionar que también pude consultar el libro *Das Heimliche Volk. Erlebnisse eines Forschungsreisenden am Lagerfeuer und vor den höhlen des Urvolker der Tarahumare-Indianer* [El pueblo misterioso. Vivencia de un viaje de exploración del antiguo pueblo tarahumara de las fogatas y las cuevas]<sup>64</sup> (1928) del etnógrafo, periodista y explorador alemán Rudolf Zabel, con prólogo de Leo Frobenius. El libro incluye 106 fotografías de Gertrud Zabel, su esposa. También, se encuentra la *Monografía de los tarahumaras*<sup>65</sup> (1929) de Carlos Basauri, quien fue además el autor de las 72 fotografías que acompañan dicho texto.

El presente estudio contiene seis capítulos. En el primero, se ofrece una descripción sucinta, a partir de fuentes secundarias, sobre la geografía humana y los principales recursos naturales de la Sierra Tarahumara. Se hace alusión, además, a aspectos centrales de la larga historia del estado de Chihuahua. Lo anterior tiene el afán de ofrecer elementos que contribuyan a comprender mejor el devenir de la historia de sus pobladores tarahumari, y a estimular la capacidad de comprensión del complejo proceso de “convivencia” entre el pueblo tarahumara y la sociedad hegemónica. El capítulo concluye con una descripción de los tarahumaras basada en estudios etnográficos.

---

<sup>64</sup> Rudolf Zabel, *Das Heimliche Volk. Erlebnisse eines Forschungsreisenden am Lagerfeuer un vor den höhlen des Urvolks der Tarahumare-Indianer*, Berlin, Deutsche Buch-Gemeinschaft, 1928.

<sup>65</sup> Carlos Basauri, *Monografía de los tarahumaras*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1929.

El siguiente se construye a partir de fuentes primarias y secundarias, y ofrece un repaso de la presencia de viajeros, quienes dejaron una impronta en una larga tradición de viajes en México. El énfasis se da en aquellos viajeros que visitaron el estado de Chihuahua y, muy particularmente, la Sierra Tarahumara. El capítulo cierra con el análisis del relato de viaje de Frederick Schwatka titulado *In the Land of the Cave Dwellers* (1899) y, particularmente, de las litografías y grabados contenidos en su obra, las cuales constituyen las primeras representaciones gráficas con que se cuenta hasta ahora sobre los rarámuri.

En el tercero, se analiza la fotografía como novedad tecnológica y se pondera su valor instrumental al servicio de la disciplina antropológica. A partir de fuentes primarias y secundarias, se examina la participación de México en la Exposición Histórico-Americana realizada en 1892 en Madrid, España. También se alude a la expedición realizada por el jesuita belga Aquiles Gerste a la Sierra Tarahumara a inicios de dicho año, a propósito de la solicitud que le hiciera el Museo Nacional para que reuniera materiales arqueológicos, etnográficos y fotográficos *in situ*, los cuales serían exhibidos en el mencionado evento museográfico. El capítulo cierra con el análisis de una parte de las fotografías de indígenas tarahumaras que Gerste capturó durante su recorrido de dos meses, las cuales fueron exhibidas en Madrid.

En el capítulo siguiente, se analizan los materiales fotográficos relacionados con los tarahumaras capturados por Carl Lumholtz durante las cuatro expediciones que realizó a la Sierra Tarahumara entre 1890 y 1898. Se concluye que el noruego procuró invisibilizar a sus pares, específicamente, a Schwatka y a Gerste, con el propósito de atribuirse el haber sido el “descubridor” de los “trogloditas modernos”. De igual forma, se demuestra que la representación fotográfica de los rarámuri llevada a cabo por Lumholtz fue más diversa de

lo que se consideraba y que, específicamente, las fotografías antropométricas no fueron los tipos de representaciones más recurrentes de este explorador.

El quinto capítulo se ocupa de la *Revista de Chihuahua*, publicación ilustrada que circuló entre 1895 y 1897, y del notable impacto que ella tuvo en la vida cultural del estado. En sus páginas aparecieron seis fotografías de hombres tarahumaras capturadas por el estudio Franklin Co. de Chicago, que expresan una ambigua curiosidad que la élite local tenía por conocer más acerca de los tarahumaras.

En el último capítulo, se examina puntualmente la *Ley para el mejoramiento y cultura de la raza tarahumara*, y su correspondiente Exposición de motivos, de 1906. Este código legal si bien no contiene imágenes fotográficas de los tarahumaras, sí alude a las contribuciones de los saberes producidos tanto por Gerste como por Lumholtz en relación con este pueblo indígena. De igual forma, se analiza otro proyecto editorial de relevancia para la vida cultural y el debate de ideas en el estado de Chihuahua: la *Revista Chihuahuense. Ciencias, Letras e Información general* (1909-1911). Dicha publicación se asemeja a la *Revista de Chihuahua* (1895-1897) tanto por el nombre, como por sus contenidos y por el tipo de público lector al que estaba dirigida. En esta revista, el pedagogo chihuahuense Luis Vargas Piñera publicó 15 artículos, desde el punto de vista pedagógico y del mestizaje, sobre el reto de incorporar a los tarahumaras a la nación y a la senda de “progreso”. Una única imagen fotográfica de tarahumaras fue publicada en esta revista. Se ubica en el primer artículo de Vargas Piñera que apareció en ésta en abril de 1909, titulado “Invocación a la raza tarahumara. A propósito del fotograbado que la representa”. El capítulo concluye con el análisis de dos fotografías en las que quedó registrada la participación de los tarahumaras en las filas del maderismo, en el contexto de la Toma de Ciudad Juárez.

En el epílogo, se subrayan los principales hallazgos de la investigación y se da cuenta, a grandes rasgos, de los cambios producidos a partir de la década de 1920 en la representación fotográfica de los rarámuri. Para ello, se parte de la influencia de las nuevas estéticas, las vanguardias y la influencia del indigenismo posrevolucionario. Finalmente, se hace referencia a la realidad actual de este pueblo y los nuevos desafíos a los que se enfrenta en este inicio de siglo.

## **CAPÍTULO 1. LA SIERRA TARAHUMARA: TERRITORIO Y POBLADORES**

Inmersa en el extenso, diverso y complejo corredor fronterizo del norte de México, se erige la Sierra Tarahumara.<sup>66</sup> Está ubicada al suroeste del estado de Chihuahua, la entidad más grande del país (de los 67 municipios que la comprenden, 17 corresponden a dicha región).<sup>67</sup> El término Sierra Tarahumara alude a la porción chihuahuense de la Sierra Madre Occidental,<sup>68</sup> la cual abarca cerca de 60.000 kilómetros cuadrados con una longitud de 600 kilómetros y 250 kilómetros de ancho. Posee una amplia gama de alturas que van desde los 500 metros hasta superar los 3.000, uno de sus principales atractivos son sus monumentales

---

<sup>66</sup> En el presente estudio se emplearán los términos Sierra de Chihuahua y la Tarahumara de manera indistinta.

<sup>67</sup> Se calcula la superficie del estado de Chihuahua en 247.087 km<sup>2</sup>, la cual equivale al 12.5 % del territorio nacional. La Sierra Tarahumara comprende 17 municipios en los cuales se concentra más del 90 % de la población indígena de toda la entidad. Los municipios son: Balleza, Batopilas, Bocoyna, Carichí, Chínipas, Guachochi, Guadalupe y Calvo, Guazapares, Guerrero, Maguarichi, Morelos, Moris, Nonoava, Ocampo, Temósachi, Urique y Uruachi. Juan Luis Sariago, *El indigenismo en la Tarahumara. Identidad, comunidad, relaciones interétnicas y desarrollo en la Sierra de Chihuahua*, México, Instituto Nacional Indigenista–Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2002, p. 11.

<sup>68</sup> La Sierra Madre Occidental ocupa la sexta parte del territorio mexicano, se extiende a lo largo de la franja subtropical entre los 25° y los 30° de latitud norte, cubriendo poco menos de la tercera parte de la superficie del estado de Chihuahua. Su orientación noroeste/sureste la ubica como frontera natural entre las llanuras de Sonora y Sinaloa al oeste, y los grandes llanos semiáridos de la parte norte del Bolsón de Mapimí en Chihuahua.

barrancas que ocupan cerca de 35.000 kilómetros cuadrados.<sup>69</sup> Algunas de las más importantes son: las del Cobre, las de Batopilas, las de Urique, las de San Carlos y las de la Sinforosa (Mapa 1).

Se trata de un territorio diverso desde el punto de vista geográfico, ecológico y cultural. Desde el momento del contacto con los europeos, a inicios del siglo XVII, la Sierra de Chihuahua se convirtió en tierra de misión y de conquista.<sup>70</sup> A partir de entonces, así como durante la Colonia, gran parte de la población indígena (conformada por pueblos cazadores, recolectores y agricultores) que habitaba la región que más tarde será denominada la jurisdicción de la Nueva Vizcaya,<sup>71</sup> fue diezmada. Lo anterior a causa de cruentas rebeliones, de la represión militar a manos de los conquistadores, de la captura o cacería de indios formalizada (tanto por gobernadores como por misioneros) bajo la apariencia de encomiendas y repartimientos, para asegurar con ello la fuerza de trabajo estacional y mano de obra forzada para minas y haciendas de españoles y mestizos. También, a consecuencia de las enfermedades de origen europeo.<sup>72</sup>

---

<sup>69</sup> Se puede encontrar información geográfica sobre la Sierra Tarahumara en varias obras, véase, por ejemplo, Luis González Rodríguez, *Tarahumara. La Sierra y el Hombre*, México, Camino, 1994. J. L. Sariago, *El indigenismo...*, *op. cit.*; Carlos González y Ricardo León, *Civilizar o exterminar. Tarahumaras y apaches en Chihuahua, siglo XIX*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Instituto Nacional Indigenista, 2000.

<sup>70</sup> Juan Luis Sariago, “Los pueblos indios de Chihuahua”, en *La Sierra Tarahumara: travesías y pensamientos*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia-CONACYT-INAH, 2008, p. 49.

<sup>71</sup> La Nueva Vizcaya fue creada a mediados del siglo XVI (1562), llegando a abarcar los actuales estados de Durango, Chihuahua, Sonora, la parte norte de Sinaloa y sur de Coahuila. Hacia finales del siglo XVIII y tras la segregación de varias provincias, la Nueva Vizcaya comprendía sólo las provincias de Guadiana o Durango y Chihuahua. Aunque perteneciente al virreinato de la Nueva España, debido a su lejanía con la Ciudad de México, la Nueva Vizcaya tuvo un alto grado de autonomía. Graziella Altamirano y Guadalupe Villa (comps.), “Del tutelaje a la libertad”, en *Chihuahua. Una historia compartida 1824-1921*, México, Chihuahua: Gobierno del Estado de Chihuahua-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1988, p. 14.

<sup>72</sup> Margarita Urías, “Rarámuris en el siglo XVIII”, en Luis González Rodríguez *et al.*, *Derechos culturales y derechos indígenas en la Sierra Tarahumara*, México, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1994, p. 74.

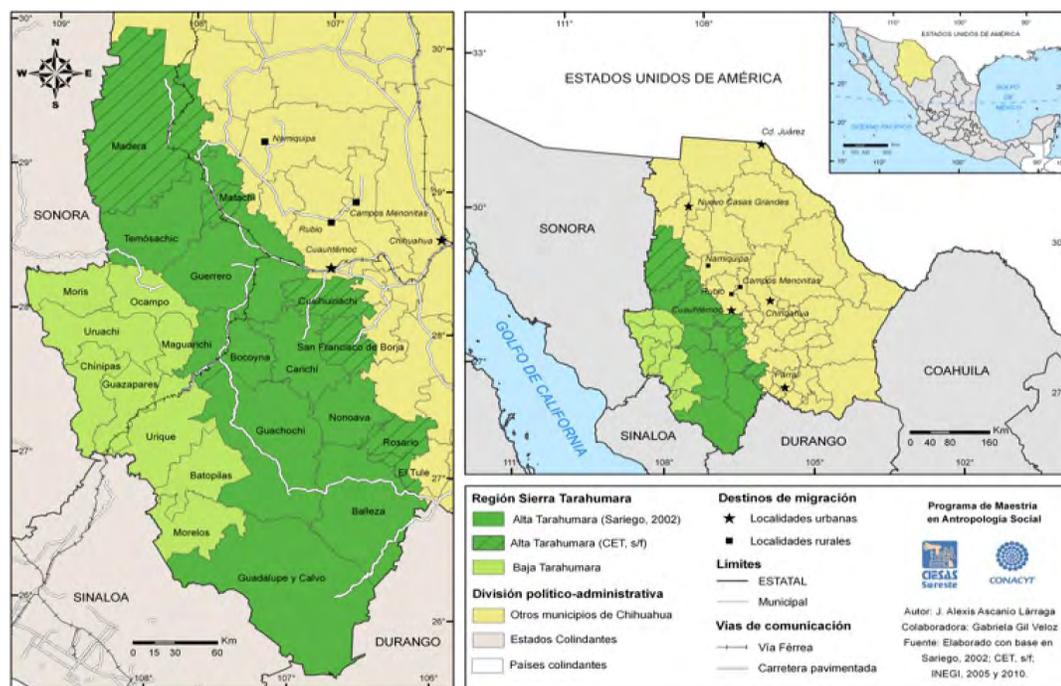
Del diverso mundo indígena prehispánico que habitaba buena parte del territorio que hoy corresponde al estado de Chihuahua (salineros de las llanuras, conchos, tobosos, tarahumaras, tepehuanes, pimas, sumas o jumanos, chisos, janos, entre otros),<sup>73</sup> sólo cuatro grupos indígenas sobreviven hasta nuestros días, ellos son: los rarámuri o tarahumaras, los *ódami* o tepehuanos, los *warijó* o warojíos y los *o'oba* o pimas bajos. Cabe advertir que resulta sumamente difícil identificar y caracterizar a los grupos indígenas que existían al momento del contacto.<sup>74</sup>

---

<sup>73</sup> Los grupos indios, señala Chantal Cramaussel, fueron “bautizados” de manera azarosa por los colonizadores a partir de diferentes criterios: aspecto físico, características del lugar donde vivían, las actividades que realizaban, o bien, vocablos indígenas escuchados por los conquistadores. Algunos nombres provenían del náhuatl y otros eran traducciones del apelativo con el que los mismos indígenas de determinado lugar se autonombraban. Pero tal parece que fue el régimen de trabajo impuesto a los indios lo que influyó en la manera de nombrar a los grupos de indios de la Nueva Vizcaya. Por ello, en las zonas donde la encomienda funcionaba -las llanuras del altiplano y las barrancas de la sierra- las “naciones” más grandes fueron fragmentadas en una gran cantidad de “parcialidades” o “naciones”. Chantal Cramaussel, “De cómo los españoles clasificaban a los indios. Naciones y encomiendas en la Nueva Vizcaya central”, en Marie-Areti Hers *et al.*, *Nómadas y sedentarios en el norte de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000, pp. 280 y 290-292.

<sup>74</sup> Considerando que fue durante la época colonial que los grupos indígenas del norte fueron nombrados, Chantal Cramaussel subraya la importancia que tiene profundizar en el conocimiento acerca de “cómo los españoles clasificaban a esos indios, con qué objeto y bajo qué criterios lo hacían”. La autora advierte sobre la diferencia entre el uso dado al criterio de “nación” durante los siglos XVI, XVII, y XVIII y el moderno concepto de “etnia” o “grupo indígena”. C. Cramaussel, “De cómo...”, *op. cit.*, pp. 275-277.

## Mapa 1. Sierra Tarahumara



Fuente: Gabriela Gil Veloz, “Desde las barrancas hasta la sierra: extensión del narco en la Alta Tarahumara”, en blog Drogas, política y cultura. Perspectivas Brasil-México. Recuperado de <http://goo.gl/EDuVMb>

En la actualidad, la población mestiza a la que los indios llaman *chabochis* o *yoris*<sup>75</sup> constituye las dos terceras partes de la población serrana.<sup>76</sup> La historia de su arribo a la Tarahumara se remonta a los albores del siglo XVII. Desde su llegada, la presencia de los *chabochis* resultó amenazante para la población originaria, la cual se vio orillada, primero, a optar por la rebelión y, posteriormente, por el desplazamiento a las zonas altas de la sierra donde las condiciones para la vida son aún más agrestes. A pesar de las duras circunstancias,

<sup>75</sup> Ambos términos son despectivos. El vocablo *chabochi* viene de *chabó* que significa “pelusa”, mientras que el sufijo *chi* en este caso significa “en”, el significado aproximado sería “los que tienen pelusa en la barba”, y es utilizado por los tarahumaras. A. P. Pintado, *Tarahumara, op. cit.*, p. 5. Por su parte, el vocablo *yori* se refiere también a “los no indios” y es empleado entre guarijíos y pimas. María Teresa Valdivia Dounce, *Entre yoris y guarijíos. Crónicas sobre el quehacer antropológico*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Antropológicas, 2007, p.13.

<sup>76</sup> J. L. Sariego, “Los pueblos...”, *op. cit.*, p. 50.

lo consideraban preferible a aceptar las reglas del juego impuestas por el sistema colonial, las cuales abarcaban el ámbito económico, político, religioso y cultural.

De manera casi inevitable, indígenas serranos y mestizos han permanecido en contacto durante más de cuatro siglos. No basta calificar a los rarámuri de “pasivos”, pues no todos lo fueron, ni fueron considerados siempre “indios de paz”. Se trata de una historia mucho más intrincada, de ahí la necesidad de vincular los rasgos físicos y geográficos de la región con la historia social de este grupo indígena. Hacer un esbozo del espacio serrano permite comprender las circunstancias en que han vivido los rarámuri desde hace más de cuatro siglos, la manera como su visión de mundo y su cultura han sido trastocadas de diversas maneras, en tanto han debido relacionarse con la sociedad neovizcaína, la chihuahuense y la mexicana.

### **Geografía, clima e hidrografía**

La geografía de la Sierra Tarahumara está plagada de contrastes y para facilitar su estudio ha sido dividida en tres grandes zonas,<sup>77</sup> a saber: el macizo central, la vertiente occidental y la oriental. En el macizo central se encuentran las frías y boscosas cumbres de alta montaña. Es allí donde está la mayor parte de la riqueza forestal de la Tarahumara. Las altitudes superan los 2.000 metros sobre el nivel del mar y los suelos, enriquecidos con sedimentos de cenizas volcánicas, propician la formación de bosques de coníferas, diversas especies de pino, encino, táscate, álamo, fresno, roble y madroño. Regularmente, son las lluvias de verano las que hacen posible la agricultura de temporal.<sup>78</sup>

---

<sup>77</sup> Fernando Jordán se refirió a Chihuahua como “la tierra de los tres paisajes”. Fernando Jordán, *Crónica de un país bárbaro*, México, Edición de Centro Librero La Prensa, 6ª ed., 1981, p. 429.

<sup>78</sup> J. L. Sariego, “Los pueblos...”, *op. cit.*, p. 50.

La vertiente occidental de la Sierra es zona de barrancas y de laderas, conocida como tierra caliente. Allí las altitudes oscilan entre los 500 y los 1.200 metros sobre el nivel del mar. La actividad agrícola es menos benévola, pues las lluvias, además de escasas, pueden llegar a retrasarse. Además, los suelos son arenosos y por estar erosionados impiden retener la humedad. La zona de barrancas destaca por ser una importante reserva de yacimientos minerales, sobre todo de metales preciosos, los cuales dieron origen durante el periodo colonial al establecimiento de pueblos mineros, tales como: Batopilas, Morelos, Ocampo, Uruachi y Urique.<sup>79</sup>

La vertiente oriental, también conocida como “pie de monte”, es tierra de valles y de mesetas, con una importante presencia de bosques de pino y encino.<sup>80</sup> Antes de la invasión europea, esta región estuvo ocupada por población rarámuri, *ódami* y conchos, entre otros grupos indígenas. Era, además, la zona más poblada, codiciada y conflictiva.<sup>81</sup> Sus valles son de fácil acceso, susceptibles de ser aprovechados, y se ubican cerca de los ríos Conchos y Papigochi. Las condiciones climáticas son benignas y los suelos favorables para la actividad agrícola y la ganadería. Los primeros colonos españoles detectaron rápidamente estas propicias condiciones y las aprovecharon para abastecer los centros mineros.<sup>82</sup> Jesuitas y franciscanos fundaron allí las primeras misiones de la Antigua Tarahumara, en sitios como el valle del Papigochi, Carichí, San Francisco de Borja y Nonoava.<sup>83</sup> Por todo lo anterior,

---

<sup>79</sup> *Ibidem.*, p. 51.

<sup>80</sup> *Idem.*

<sup>81</sup> François Lartigue, *Indios y bosques: políticas forestales y comunales en la Sierra Tarahumara*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1983, p. 10.

<sup>82</sup> J. L. Sariago, “Los pueblos...”, *op. cit.*, p. 51.

<sup>83</sup> *Ibidem.*, pp. 51-52.

esta vertiente ha sido históricamente la de mayor densidad demográfica y de producción agrícola.

Con frecuencia, se alude a la Sierra como un territorio dividido en dos grandes zonas: la Baja y la Alta Tarahumara, ambiguos términos usados desde el siglo XVII por los misioneros jesuitas, los cuales tenían la finalidad de distinguir el territorio donde habían sido instauradas las primeras misiones al sur de la Sierra (la Baja Tarahumara) de aquéllas fundadas tiempo después en el norte (la Alta Tarahumara).<sup>84</sup> Más recientemente, esta misma clasificación ha sido empleada con criterios topográficos. Con el término Alta Tarahumara, se hace referencia a la zona con mayores altitudes, coincidiendo con los municipios de Balleza, Guachochi, Nonoava, Bocoyna, Carichí y Guerrero. La Baja Tarahumara alude a la zona barranqueña, donde se encuentran los municipios de Guadalupe y Calvo, Morelos, Batopilas, Urique, Guazapares, Chínipas, Uruachi, Maguarichi, Moris, Ocampo y Temósachi.<sup>85</sup>

Los contrastes geográficos de la Sierra de Chihuahua determinan naturalmente las variaciones extremas de la temperatura. Los efectos del cambio climático se han hecho sentir en esta región. Prueba de ello es la disminución de lluvias y nevadas.<sup>86</sup> Estas últimas solían

---

<sup>84</sup> Esta división en particular estuvo basada, tal y como lo señala Chantal Cramaussel, en un criterio cultural y no en uno geográfico. Desde inicios del siglo XVII, se había dispuesto que a los franciscanos les correspondiera el trabajo con los conchos y grupos de las tierras bajas de la parte este, mientras que los jesuitas atenderían a los tarahumaras, los tepehuanos y algunos grupos nómadas del suroriente. En 1673 se celebró en la ciudad de Parral una junta para resolver las diferencias existentes entre ambas órdenes religiosas a propósito de una disputa por el dominio del valle de Papipochic (los franciscanos empezaron evangelizar a tarahumaras en esa zona, lo que provocó la reacción de los jesuitas). En aquella reunión, fueron ratificados los linderos jurisdiccionales de ambas órdenes. Así, los indios conchos y las tierras bajas quedaron bajo dominio de los primeros, mientras que los tarahumaras y las tierras altas quedaron en manos de los jesuitas. Lo anterior condujo a la consolidación de las misiones de la Alta Tarahumara en el norte de la Sierra. Luis Aboites, *Breve historia de Chihuahua*, México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, 2006, p. 39.

<sup>85</sup> J. L. Sariago, *El indigenismo...*, *op. cit.*, pp. 15-16.

<sup>86</sup> Las lluvias suelen caer entre junio y septiembre. Hacia 2002 el promedio de precipitación pluvial anual era de entre los 550 y los 1.200 milímetros. *Ibidem.*, p. 15. Es muy probable que este promedio haya disminuido dada la sequía agravada en México durante el 2011, siendo el estado Chihuahua una de las entidades más

caer con cierta regularidad durante el invierno en las partes altas de manera abundante. En general, las nevadas -no así las heladas- son consideradas benéficas por la población serrana porque contribuyen a limpiar las tierras agrícolas de parásitos, además, la tierra absorbe y contiene su humedad, favoreciendo de este modo las buenas cosechas. La disminución de nevadas y de lluvias se ha traducido en situaciones de severa carestía de alimentos para la población serrana, en el incremento de casos de desnutrición y otras enfermedades asociadas. Problemática que trascendió en los medios de comunicación en enero de 2012 y provocó la indignación de la sociedad al enterarse de la situación por la que estaban pasando varias comunidades indígenas.<sup>87</sup>

La hidrografía serrana se encuentra dividida en tres grandes vertientes, a saber: la del Golfo, cuyos ríos viajan en dirección oeste-este; la del Pacífico, en la que fluyen en sentido inverso; y la interior, que origina la formación de varias lagunas.<sup>88</sup> La vertiente del Golfo se forma gracias al río Conchos que nace en la Sierra de la Estancada, en el municipio de Bocoyna, y se nutre de los ríos Balleza, Florido y Chuvíscar, desembocando en el Bravo.<sup>89</sup>

La vertiente del Pacífico está conformada por cuatro sistemas fluviales. El primero corresponde al del río Petatlán o Sinaloa, el segundo es el del río Fuerte. En el estado de

---

afectadas por este fenómeno natural. Resulta imposible dejar de considerar la difícil situación experimentada en la Sierra durante los últimos años, al igual que en gran parte del norte de México, a razón del embate de una de las peores sequías de las últimas décadas. Aunque la ausencia prolongada de lluvias se presenta con cierta regularidad en la región serrana, los efectos de la última sequía se han agudizado dada la condición de pobreza y marginación que se encuentra sumida la población indígena, producto del fracaso de las políticas públicas puestas en marcha en la región en los ámbitos de la educación, de la salud, del empleo, del turismo, así como a causa de la violencia desatada por el narcotráfico y el crimen organizado.

<sup>87</sup> Algunas de las notas periodísticas que circularon por entonces fueron: “Ola de suicidios en la Sierra Tarahumara debido al hambre”, 15 de enero de 2012, *Excelsior*, recuperado de <http://www.excelsior.com.mx/2012/01/15/nacional/802298>; “Tarahumaras se suicidan por hambre”, 15 enero de 2012, *El Economista*. Recuperado de <http://eleconomista.com.mx/sociedad/2012/01/15/tarahumaras-se-suicidan-hambre>

<sup>88</sup> L. González, *Tarahumara...*, *op. cit.*, p. 55.

<sup>89</sup> *Idem*.

Chihuahua se le unen varios ríos, entre ellos: Chinatú, Batopilas, Urique, Cuiteco, Oteros y Chínipas, donde cruza la frontera con Sinaloa. Otro sistema fluvial está constituido por el río Mayo, que recibe las aguas del río Concheño y del Candameña. Finalmente, se encuentra el río Yaqui, formado por el río Aros o Papigochi.<sup>90</sup>

La vertiente interior se divide en tres zonas: una es la occidental, donde se localizan las lagunas de Arareco, Babícora, Chalchihuites, Ascensión, Guzmán, Santa María y de la Vieja. En la banda central, están las lagunas Mexicanos, Bustillos, Encinillas, Patos y otras de menor tamaño. Mientras que en la franja oriental se ubican las lagunas de Palomas, Gigantes, Temporales, Jaco, El Cuervo y varias más.<sup>91</sup> Cabe mencionar que en la Tarahumara nacen dos de las cuencas hidrológicas más importantes de la región septentrional del país: la del Conchos y la del Urique-Fuerte.

El desarrollo del poblamiento, de la minería y de la explotación forestal ha marcado el devenir de la historia del estado de Chihuahua. Tanto la minería como la actividad forestal han permitido la integración de la región serrana a la economía nacional y al mercado mundial.<sup>92</sup> Por ello, es indispensable hacer un esbozo de estas actividades, las cuales han experimentado cambios profundos en las últimas décadas,<sup>93</sup> afectando de manera directa las condiciones de vida de la población rarámuri.

---

<sup>90</sup> *Ibidem.*, pp. 55-56.

<sup>91</sup> *Ibidem.*, p. 57.

<sup>92</sup> Véase el preámbulo del libro de F. Lartigue, *Indios...*, *op. cit.*

<sup>93</sup> Sobre los cambios que la minería y la industria forestal han estado experimentando durante las últimas décadas en la Tarahumara, véase J. L. Sariago, "Recursos naturales, políticas ambientales y pueblos indígenas en la Tarahumara", en J. L. Sariago, *La Sierra Tarahumara...*, *op. cit.*, p. 69.

## Minería y explotación forestal

La historia de la minería en Chihuahua se remonta al periodo colonial. Los yacimientos de oro y de plata descubiertos durante la fase de exploración y conquista estimularon la creación de los primeros asentamientos españoles en la provincia de Nueva Vizcaya, entre ellos Santa Bárbara (1563) y San José del Parral (1630).<sup>94</sup> Se trata de dos ejemplos de reales de minas que fungieron también como puntos de partida para la avanzada hacia el norte novohispano y contribuyeron a la configuración del actual estado de Chihuahua.<sup>95</sup> El descubrimiento de las minas de Santa Eulalia (1707) y la inmediata creación de la villa de Chihuahua fueron claves en la consolidación de la entidad. El cronista Fernando Jordán describe de la siguiente manera las particularidades de esta ciudad:

Chihuahua fué la Meca en las peregrinaciones de la ambición. Creció con el desorden de Parral, de Santa Bárbara y de El Oro. La huella de su desarrollo hipertrófico se notará al cabo de los siglos en sus calles angostas y fuera de traza, tortuosas, como callejones de una fortaleza mal situada entre el desierto hostil y un cerro yermo y desolado que debe haber servido de atalaya a los indios enemigos. Pero en el mapa de todo el país, San Felipe el Real de Chihuahua tuvo desde el principio una posición estratégica de vital importancia. Fue la avanzada colonizadora y el punto de liga. Cortó en dos la distancia entre Parral y Casas Grandes y alentó con su presencia la

---

<sup>94</sup> Parral experimentó en 1631 un ciclo de bonanza sumamente intenso, dada la riqueza de sus depósitos de plata. Muy pronto se convirtió en un nuevo núcleo de población. La minería parralense fue de tipo extensiva y demandó gran cantidad de mano de obra. Arribaron hombres de diversas partes del país, entre quienes se encontraban indígenas tarascos y yaquis. La presencia de población indígena fue muy significativa; algunos llegaron por propia decisión, sin embargo, la historia fue muy distinta para otra parte de los indígenas, quienes fueron víctimas del sistema de “captura de indios”, método empleado sobre todo entre los indígenas de los alrededores (así ocurrió con los tobosos). Aunque también se recurrió al empleo -en menor grado- del sistema de repartimiento, especialmente entre tarahumaras y conchos. Lamentablemente, no contamos con cifras que documenten la cantidad de la población indígena que por entonces habitaba en Parral, no obstante, resulta significativo considerar que dentro de la ciudad fueron creados barrios étnicamente diferenciados. L. Aboites, *Breve...*, *op. cit.*, pp. 34-37.

<sup>95</sup> La historia de los primeros asentamientos españoles de la Nueva Vizcaya estuvo marcada en sus orígenes por la atracción de la existencia de ciudades legendarias, así como por el afán por cristianizar el territorio bárbaro. Aquella ilusión estimuló el desarrollo de empresas privadas tan importantes como la de Francisco de Ibarra (1544-1562), fundador de la ciudad de Durango en 1563, o la de Juan de Oñate (1598), quien pretendía llegar a Nuevo México. El estudio de este proceso de poblamiento deja ver la diversidad cultural que existía en esta vasta región antes de la llegada de los europeos. También, muestra lo pluriétnicas que eran aquellas expediciones compuestas por diversos grupos indígenas que provenían del centro de la Nueva España, así como por esclavos negros. *Ibid.*, pp. 17-28.

desmoralizada fe de los habitantes de El Paso, que sintieron protegida su retaguardia.<sup>96</sup>

Desde el siglo XVII hasta la actualidad, la fiebre por los metales preciosos ha persistido de manera intermitente. Chihuahua se encuentra atravesado por dos zonas geológicas: la de la Sierra Madre Occidental y la Oriental, conformada por los valles y el desierto. La primera posee ricos yacimientos en metales preciosos ubicados en los actuales distritos mineros de Madera-Dolores, Ocampo, Témoris, Batopilas, Guadalupe y Calvo, Parral y Cuauhtémoc. La parte oriental, además de poseer yacimientos de oro y plata, tiene depósitos de otros minerales, tales como plomo, cobre, zinc, hierro y uranio, ubicados en los municipios de Casas Grandes, Juárez, Aldama-Plomosas, Santa Eulalia, Camargo y Jiménez.<sup>97</sup> En la región, han coexistido unidades mineras de muy diverso tamaño: las operaciones a pequeña escala realizadas por buscones y por lavadores (buscan oro y plata en pequeños tamaños en el lecho de los ríos, además de dedicarse a otras actividades productivas de la economía campesina), por gambusinos (mineros propiamente dichos, grandes concededores de la exploración y explotación de los minerales), o bien, por medianas y grandes empresas.<sup>98</sup>

La organización social y económica de la Nueva Vizcaya estuvo influida por la producción minera.<sup>99</sup> El avance español estuvo determinado, en parte, por el hallazgo de nuevas vetas, las cuales demandaban mayor cantidad de mano de obra indígena, así como de

---

<sup>96</sup> F. Jordán, *Crónica...*, *op. cit.*, p. 159.

<sup>97</sup> J. L. Sariago, "Recursos naturales...", *op. cit.*, p. 73.

<sup>98</sup> J. L. Sariago, "Interpretaciones sobre la historia minera de Chihuahua durante el siglo XX", en III Reunión de Historiadores de la Minería Latinoamericana, Taxco, Guerrero, 1993, pp. 245-247.

<sup>99</sup> Salvador Álvarez sostiene que las minas no determinaron el ritmo de poblamiento sino que, por el contrario, fue el poblamiento el que fue definiendo la apertura de las explotaciones mineras. Salvador Álvarez, "Colonización agrícola y colonización minera: la región de Chihuahua durante la primera mitad del siglo XVIII", en Salvador Bernabéu Albert (ed.), *El septentrión novohispano: ecohistoria, sociedades e imágenes de frontera*, Madrid, CSIC, 2000, p. 78.

tierras para la agricultura y para la ganadería. Dicha avanzada fue posible a costa de la población originaria, la cual en su mayoría no fue integrada a la sociedad colonial debido a la resistencia que aquéllos mostraron a la evangelización. Los indígenas congregados alternaron periodos de estancia en las misiones con periodos de dispersión. En las misiones jesuitas, los tarahumaras obtenían alimentos -como maíz-, productos y animales de origen español (el hacha de acero y ovejas, burros, mulas y cerdos, respectivamente).<sup>100</sup>

La violencia indígena se expresó a lo largo del siglo XVII, provocando, en no pocas ocasiones, el abandono de poblados enteros por parte de españoles y mestizos.<sup>101</sup> Dentro de los grupos levantados estaban los tarahumaras, los tepehuanes y los conchos. No obstante, en los albores del siglo XVIII, un nuevo actor se incorporó al escenario de violencia del septentrión novohispano. Eran los grupos nómadas que venían del norte, los genéricamente llamados “apaches”, a quienes más tarde se unieron los comanches e incluso algunos tarahumaras. Éstos aprovecharon los espacios disponibles tras la extinción de los conchos y el desplazamiento de los tarahumaras hacia las partes altas de la sierra. Las correrías apaches aumentaron a partir de la segunda mitad de dicha centuria. Fue entonces que la Corona intervino, instalando nuevos presidios a lo largo de la frontera norte.

Los esfuerzos borbónicos emprendidos hacia el último cuarto del siglo XVIII tuvieron un éxito relativo. Por un lado, urgía la paz en la frontera y, por otro, a la Corona le interesaba estimular el desarrollo económico, en especial, la actividad minera. Para ello, fue preciso

---

<sup>100</sup> L. Aboites, “Nómadas y sedentarios en el norte de México. Elementos para una periodización”, Marie-Areti Hers *et al.* en *Nómadas...*, *op. cit.*, p. 617.

<sup>101</sup> En 1680, hubo un levantamiento indígena de grandes proporciones, el cual obligó a la Corona a establecer presidios desde Sonora hasta Texas, lo que le representó un enorme gasto. En el norte neovizcaíno funcionaban cinco presidios hacia 1730: Paso del Norte, Casas Grandes, San Francisco de Conchos, Valle de San Bartolomé y Janos. Mientras que en el sur se encontraban los de Cerro Gordo, Gallo, Pasaje, Santa Catalina Tepehuanes, Cuencamé y Mapimí. L. Aboites, *Breve...*, *op. cit.*, p. 63.

reforzar la expansión española hacia el norte, concertar tratados de paz y propiciar divisiones entre apaches y comanches. En consecuencia, en 1776 fue instaurada la Comandancia General de Provincias Internas. Aunque la amenaza nómada persistía, no obstaculizó el avance del comercio y la movilidad de las personas en la región.

Conviene advertir que el proceso de Independencia fue vivido de manera distinta en el escenario local. Los pobladores de la Nueva Vizcaya no mostraron mayor interés en involucrarse en los conflictos armados entre insurgentes y realistas. No obstante, aunque la figura del cura Hidalgo no despertó el apoyo decisivo de la sociedad neovizcaína, sí existió un grado de simpatía por el movimiento insurgente. Aún así, el respaldo a la Corona española fue mucho más generalizado. Al respecto, Fernando Jordán, en su *Crónica de un país bárbaro*, advierte que:

Chihuahua es realista. No por convicción; simplemente por costumbre y principalmente por lealtad. El ganadero del desierto y el minero de la sierra no pueden olvidar el apoyo de las tropas presidiales en la edificación de la provincia. El respaldo militar lo ha dado el virrey por órdenes del rey. Su Majestad ha sido el protector. Por eso cuando Fernando cae en manos de Bonaparte, la Nueva Vizcaya vacía sus bolsillos y contribuye generosamente en lo económico para la Independencia de España.<sup>102</sup>

La población incluso contribuyó al financiamiento de la lucha contra los rebeldes; así mineros y comerciantes apoyaron al gobierno colonial. Cabe agregar que existen evidencias de que hubo participación popular, incluso de población rarámuri. Al respecto, Luis Aboites agrega que el padre José Francisco Álvarez llegó a reclutar a 300 flecheros tarahumaras en la zona de Valle del Rosario.<sup>103</sup> La tropa de Álvarez estuvo conformada además por soldados que procedían de las compañías volantes y voluntarios de Cusihuiriachic, Parral y Valle de

---

<sup>102</sup> F. Jordán, *Crónica...*, *op. cit.*, p. 214.

<sup>103</sup> *Ibidem.*, pp. 215-216.

Olivos. Fue comandada por el teniente coronel José Manuel de Ochoa y enviada a combatir en Durango, Zacatecas y Guadalajara.<sup>104</sup> El apoyo brindado a la Corona se explica, en buena medida, por lo necesitada que estaba la sociedad neovizcaína de dejar atrás la larga guerra contra los nómadas. Resultaba prioritario conservar la paz, pues tal y como lo indica el historiador chihuahuense Víctor Orozco, “era demasiado el peso de los muertos y de la destrucción experimentada en las décadas previas”.<sup>105</sup>

Con todo, llama la atención la existencia de documentos en el Archivo del Arzobispado de Chihuahua<sup>106</sup> que refieren la participación de un indio apache en el bando insurgente. Se trata de una acusación promovida en la ciudad de Chihuahua el 15 marzo de 1811 por el “grave delito de insurgencia” del indio de “Nación apache llamado Fco. Garavilla”.<sup>107</sup> El caso de Garavilla demuestra que hubo algún grado de participación de indígenas nómadas en las filas insurgentes, lo cual podría ser un indicio que estimule el estudio de un tema poco explorado para el caso de Chihuahua: la participación indígena en la guerra de Independencia. Situación similar se repite con respecto a la invasión estadounidense<sup>108</sup> y a la Guerra de Reforma. Por ello, las seis fojas consultadas y relacionadas al caso de Garavilla permiten especular que sí llegó a haber presencia apache -aunque aislada-

---

<sup>104</sup> L. Aboites, *Breve...*, *op. cit.*, pp. 84-85.

<sup>105</sup> Víctor Orozco Orozco, *El estado de Chihuahua en el parto de la nación 1810-1831*, México, Plaza y Valdés, 2007, p. 47.

<sup>106</sup> Estos documentos forman parte del acervo del historiador local José Carlos Chávez, recientemente donados a esta institución.

<sup>107</sup> Ciudad de Chihuahua, 15 de marzo de 1811. Agradezco profundamente al historiador chihuahuense Reidez el Mendoza Soriano la gentileza de haber escaneado y compartido estos valiosos materiales.

<sup>108</sup> Durante la guerra con los Estados Unidos, el alemán Frederick Adolphus Wislizenus recorrió partes del estado de Chihuahua, de hecho, a causa de la inestabilidad política en que se encontraba la entidad y al ser considerado estadounidense, fue arrestado durante varios meses. Sus principales intereses estaban ligados a la botánica, la climatología, la geología y la astronomía; no obstante también en el ámbito de la arqueología hizo aportaciones importantes, particularmente sobre Casas Grandes. Al parecer, su trabajo estuvo influenciado por el jesuita Francisco Xavier Clavijero. Francisco Mendiola, *Las texturas del pasado. Una historia del pensamiento arqueológico en Chihuahua*, México, Chihuahua, Escuela Nacional de Antropología e Historia-Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2008, pp. 172-175.

en las filas insurgentes, esta presencia también pudo haber sido rarámuri. Ello cobra sentido si es considerado que los tarahumaras unieron esfuerzos con los nómadas a lo largo del siglo XVIII, incluso, llegaron a liderar ataques apaches en la Nueva Vizcaya.<sup>109</sup>

Luego de la consumación de la Independencia, se generalizó la guerra.<sup>110</sup> Ante la falta de respaldo del Gobierno Federal, el acecho apache debió ser enfrentado con recursos y apoyo de la población local. Durante las décadas de 1830 a 1880, la violencia interétnica se manifestó de manera reiterada en Chihuahua. Al vecino país del norte se le atribuye el haber dado armas a los apaches para su avanzada.<sup>111</sup> No fue sino hasta la década de 1880 que la derrota de los nómadas empezó a concretarse.<sup>112</sup> Este triunfo “civilizatorio” fue posible gracias al incremento de la ocupación del espacio, a un mayor control de la zona por parte de los gobiernos de Estados Unidos y de México, así como al arribo de inversiones de ambos países a la región.<sup>113</sup>

A pesar de la inestabilidad política, social y económica, fueron descubiertos nuevos fundos, algunos de ellos en la Sierra Tarahumara, a saber: Guadalupe y Calvo, Urique,

---

<sup>109</sup> Margarita Urías, “Rarámuris en el siglo XVIII”, en Luis González *et al.*, *Derechos culturales y derechos indígenas en la Sierra Tarahumara*, México, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1994, pp. 73-126. Aunado a ello, Sara Ortelli ha demostrado que durante el siglo XVIII algunos tarahumaras formaron parte de las cuadrillas apaches y se disfrazaban para hacerse pasar por nómadas. Así pues, el tema de la participación rarámuri en la lucha por la Independencia bien merecería un estudio puntual. Sara Ortelli, *Trama de una guerra conveniente. Nueva Vizcaya y la sombra de los apaches (1754-1790)*, México, El Colegio de México, 2007.

<sup>110</sup> Jordán comenta de la siguiente manera la situación de Chihuahua tras la Independencia: “Las concesiones territoriales, la soberanía y la libertad republicana, no bastan para hacer la felicidad de Chihuahua. La entidad siente desde el principio su soledad en el mapa monstruoso del norte de México, y como todos los chicos solitarios, se hace amargo y personalista”. F. Jordán, *Crónica...*, *op. cit.*, p. 22.

<sup>111</sup> Al respecto F. Jordán hace el siguiente comentario: “Chihuahua, marcado en los mapas de los estrategas como uno de los caminos de la invasión, tiene que ser debilitado. Los apaches cumplen indudablemente una consigna”. *Ibidem.*, p. 227.

<sup>112</sup> En octubre de 1880, el coronel Joaquín Terrazas mató al líder apache Vitorio en la célebre batalla de Tres Castillos. A partir de entonces, los ataques de los indios nómadas empezaron a disminuir.

<sup>113</sup> Desde finales del siglo XVIII y principios del XIX, se fue consolidando la frontera con los Estados Unidos. El septentrion novohispano dejaba así de ser el confín del sistema colonial español y el punto a partir del cual iniciaban territorios inmensos ocupados por diversos grupos indios, entre ellos los apaches y comanches. L. Aboites, “Nómadas y sedentarios...”, *op. cit.*, p. 618.

Cerocahui, Guazapares, Chínipas, Baborigame, Moris y Ocampo. La situación política del país una vez independizado era muy distinta a la vivida durante el periodo colonial. Más allá de ello, los gobernantes mexicanos buscaban estimular el comercio. Para entonces, se estaba consolidando una nueva ruta comercial que conectaba a San Luis Missouri, Santa Fe (Nuevo México) y Chihuahua. Por primera vez, esta entidad del norte de México lograba establecer intercambios y permitía la circulación de personas en lugares más al norte de Santa Fe. Se fortalecía así “el nuevo carácter de la frontera: del norte ya no sólo llegaban nómadas belicosos sino también mercancías e influencias ideológicas de un país vecino que empezaba a mostrar una gran fortaleza económica y demográfica”.<sup>114</sup>

Con la llegada del ferrocarril se amplió la frontera minera y de explotación forestal, ayudando a detonar un nuevo auge minero en la Sierra. Al respecto, Sariego sostiene:

La llegada del ferrocarril hasta el municipio de Bocoyna había acicateado a los inversionistas norteamericanos y europeos a resucitar los viejos distritos mineros de Ocampo, Batopilas, Urique, Uruachi y Guazapares a los que se sumaría la presencia de los ingleses en Guadalupe y Calvo y Chínipas. El caso más exitoso de este renacimiento minero habría de ser el de Batopilas en donde Alexander Robey “Boss” Shepherd y su Batopilas Mining Co. provocarían entre 1880 y 1902 una verdadera revolución tecnológica con la introducción de la electricidad en las minas, la implantación de modernas instalaciones metalúrgicas y el consecuente desarrollo de esta localidad, considerada a finales del siglo XIX la tercera ciudad más poblada del estado de Chihuahua.<sup>115</sup>

Fue así que durante las últimas décadas del siglo XIX, la Sierra Tarahumara se convirtió, nuevamente, en una región promisoriosa y generadora de riquezas. La participación

---

<sup>114</sup> Aboites advierte acerca de la gran importancia que esta red comercial representó para Chihuahua y para el norte del país. L. Aboites, *Breve...*, *op. cit.*, p. 95.

<sup>115</sup> Esa renovación tecnológica abarcó la extracción, el transporte, el beneficio y la fundición de los metales. J. L. Sariego, *Prólogo*, María Esther Montanaro, *¿Exclusión o integración? Promulgación de la Ley Creel en la Sierra Tarahumara*, México, El Colegio de Chihuahua, 2010, p. 15.

de la élite terracista, también conocida como clan Terrazas-Creel, fue clave en dicha coyuntura de la economía chihuahuense al mostrar una gran habilidad para sacar provecho de las nuevas circunstancias producidas tras el arribo de capitales extranjeros. Dicho crecimiento fue experimentado particularmente entre 1899 y 1906, cuando fue decretada la *Ley para el mejoramiento y cultura de la raza tarahumara*.<sup>116</sup> Se trató de un auge sin precedentes, generador de una concentración inusitada de la riqueza y de la tierra. La población indígena permaneció ajena a la bonanza extraída de sus propias tierras.

Desde la irrupción del movimiento armado de 1910 y hasta los primeros años de la década de 1930, la minería en Chihuahua entró en una etapa de profundo deterioro, dado que una cantidad importante de minas fue objeto de bandolerismo. La situación se agravó a causa de la parálisis de las vías férreas y por la crisis del mercado de los metales producida a finales de los años 20 del siglo pasado. Conforme avanzó la siguiente década y hasta el final de la posguerra, las cosas cambiaron para la minería chihuahuense al experimentar un crecimiento considerable.<sup>117</sup> Sariego advierte que:

También en esos años se consolidó una estructura de propiedad que perdura hasta nuestros días, claramente polarizada entre los grandes monopolios y los pequeños y medianos mineros. A partir de los años cincuenta y hasta el final de los ochenta, varios procesos paralelos afectaron la dinámica de la actividad minera en el estado. Por una parte, se operó una significativa diversificación productiva: Chihuahua, sin perder su liderazgo nacional en la extracción de metales tradicionales (oro, plata, plomo, cobre y zinc), comenzó a convertirse en un importante productor de fluorita, manganeso, barita, hierro y uranio, minerales todos ellos estratégicos en la industria nacional.<sup>118</sup>

---

<sup>116</sup> *Ibidem*. p. 14.

<sup>117</sup> J. L. Sariego, "Interpretaciones sobre la historia minera de Chihuahua durante el siglo XX", ponencia presentada en la III Reunión de Historiadores de la Minería Latinoamericana, Taxco, Guerrero, 1993, p. 241.

<sup>118</sup> Durante la década de 1950, los ejidos serranos empezaron a instalar sus aserraderos, de suerte que fuera "en forma independiente o asociada a empresas, incursionaron en el mercado tanto nacional como extranjero (durmientes para el ferrocarril, vigas para las minas, rejas, madera para muebles, celulosa, etc.)". J. L. Sariego, "Recursos naturales...", *op. cit.*, p. 69.

Entrada la década de 1990, un nuevo auge minero adquirió fuerza como resultado del hallazgo de nuevos yacimientos en la Sierra Tarahumara, región que continuaba siendo la más pobre del estado de Chihuahua y lo es aún hoy.<sup>119</sup> Tras la firma del Tratado de Libre Comercio entre México, Estados Unidos y Canadá en 1994, el capital canadiense tuvo vía libre para invertir, beneficiándose además del incremento del precio de algunos metales, así como del aumento de la introducción de modernas tecnologías y de la apertura de nuevas vías de comunicación. En palabras de Sariego, surgía “un nuevo panorama que expresa los signos de la globalización en las más apartadas regiones de la Sierra Tarahumara”.<sup>120</sup> En la actualidad, son las compañías mineras de capital canadiense las que llevan la estafeta de esta actividad en la región serrana.

En cuanto a la actividad forestal, se debe recordar que durante el régimen porfiriano esta producción fue impulsada en la Sierra de Chihuahua a escala industrial, particularmente durante las décadas de 1880 y 1890. La madera obtenida tenía como principal destino el mercado de los Estados Unidos. Para entonces, el vecino país había decretado las primeras regulaciones para detener la sobreexplotación de sus bosques, especialmente en los Apalaches, en las Rocallosas y en la costa del Pacífico.<sup>121</sup> La Tarahumara suplió entonces al mercado maderero estadounidense. Algunas de las localidades de mayor extracción fueron

---

<sup>119</sup> En lo referente al problema de pobreza y marginación que lamentablemente distingue a la Tarahumara, habría que señalar que esta región no sólo posee los índices más altos a nivel de la entidad, sino que según datos estadísticos es una de las regiones más pobres a nivel nacional. J. L. Sariego, *Indigenismo...*, *op. cit.*, p. 166.

<sup>120</sup> Sariego advierte el “inicio de una nueva etapa en la historia de la minería regional” a raíz del cambio de la legislación de 1961 que propició la mexicanización de los consorcios extranjeros: ASARCO, FRISCO Y PEÑOLES. Aquella disposición jurídica fue modificada en 1992 cuando se aprobó la nueva Ley Minera, la cual dio luz verde a la apertura total de las inversiones extranjeras en este rubro productivo, además de liberalizar los controles sobre las concesiones, organización del trabajo y sistemas laborales, entre otros asuntos. Estos cambios, aunados a la firma del TLC, estimularon el arribo de los capitales canadienses que desplazaron a los estadounidenses en esta actividad productiva. *Ibidem.*, pp. 69 y 74.

<sup>121</sup> En 1876, se creó en Minesota la primera asociación con el propósito de proteger el bosque. El Departamento de Agricultura de los Estados Unidos se había preocupado por las dimensiones alcanzadas por la tala de los bosques y se dispuso a controlarlas. *Ibidem.*, pp. 10-13.

Tomóchic y Temósachic, al oeste de la Sierra. Por ello, no sorprende que el avance de las vías férreas se diera paralelamente a la zona boscosa,<sup>122</sup> comunicándola y haciéndola más rentable.

El aprovechamiento de los bosques serranos también estuvo ligado desde sus orígenes a la minería. La presencia de capitales extranjeros fue fundamental, aunque también participaron poderosos inversionistas mexicanos, por ejemplo, Enrique C. Creel y los hermanos Limantour.<sup>123</sup> Los indígenas serranos incursionaron en la actividad extractiva hasta la década de 1940, tras la creación de ejidos indígenas, sobre todo entre los rarámuri, *ódame* y *o'oba*, como resultado de la inconformidad expresada por éstos ante el abuso indiscriminado de las empresas madereras.<sup>124</sup>

Sariego señala que, a partir de la década de 1950, el Instituto Nacional Indigenista (INI) puso en marcha un programa forestal que buscaba sacar de la pobreza a la población indígena. Sin embargo, éste no logró rendir los frutos esperados. Los altos costos de las inversiones requeridas y la complejidad de la administración y de la comercialización de la madera lo impidieron. El INI propuso entonces un modelo de autogestión forestal indígena consistente en asociar ejidos y empresas privadas. Las empresas seleccionadas tenían que aceptar la supervisión técnica por parte del INI. Este modelo se llamó de financiamiento o de “maquila”, pues las empresas financiaban la actividad (compra de equipo, la construcción de caminos, la asistencia técnica, entre otros asuntos) y los ejidos aportaban el bosque y la mano de obra, mientras que el INI se ocupaba de atender y supervisar la parte técnica. Este modelo con los años también fracasó.<sup>125</sup>

---

<sup>122</sup> *Ibidem.*, p. 20.

<sup>123</sup> *Idem.*

<sup>124</sup> J. L. Sariego, “*Recursos...*”, *op. cit.*, p. 88.

<sup>125</sup> Ni la creación de la empresa paraestatal PROFORTARAH a mediados de la década de 1970, ni el “Programa de Desarrollo Forestal Chihuahua-Durango” financiado por el Gobierno Federal y el Banco Mundial (vigente

La intervención del Estado mexicano en el modelo de desarrollo forestal de la Tarahumara fue enérgica, pero incapaz de garantizar que las comunidades rarámuri se beneficiaran. Desde mediados de la década de 1970 y en medio del descontento social por altas ganancias de las empresas, durante el gobierno de Luis Echeverría, decretó la creación de la empresa paraestatal Productos Forestales de la Tarahumara (PROFORTARAH).<sup>126</sup> Ésta pretendía asumir la gestión productiva y la intermediación comercial entre los ejidos y las empresas ejidales madereras más importantes de la Sierra.<sup>127</sup> Después de casi dos décadas de funcionamiento, esta empresa fracasó en su intento por transformar el tipo de relaciones desiguales existentes entre ambas partes. La paraestatal entregó descontroladamente gran cantidad de permisos forestales. Tras su disolución en 1988, sus activos fueron traspasados a varias uniones conformadas por más de un centenar de ejidos organizados. Entre 1989 y 1993, fue impulsado un nuevo plan denominado “Programa de Desarrollo Forestal Chihuahua-Durango”, financiado con recursos del Banco Mundial. Éste perseguía reactivar y modernizar la explotación forestal de la Sierra, sin embargo, no superó su etapa inicial.<sup>128</sup>

Con el inicio del nuevo milenio se produjeron cambios significativos. El gobierno federal promovió -con el apoyo de organizaciones ecologistas- políticas de corte conservacionista en la región, a saber, la introducción de sistemas de pago por la prestación de servicios ambientales hidrológicos y forestales, y el establecimiento de una reserva de la biosfera (cerca de 850.000 hectáreas). También propuso decretar una veda de la explotación forestal a escala industrial. En apariencia, la intención es fomentar el desarrollo de la

---

entre 1989 y 1993), lograron cumplir con el objetivo de beneficiar a los ejidatarios indígenas. J. L. Sariago, “Recursos naturales...”, *op. cit.*, pp. 88-93.

<sup>126</sup> *Ibidem.*, p. 91.

<sup>127</sup> *Idem.*

<sup>128</sup> *Ibidem.*, p. 93.

conservación del bosque, la disminución de la erosión de suelos e impulsar el ecoturismo, especialmente el Proyecto Barrancas del Cobre, el cual opera desde hace más de una década. No obstante, de nuevo los principales actores (es decir, la población indígena serrana) han quedado al margen de la toma de decisiones relativas al futuro de sus territorios y sus recursos naturales.<sup>129</sup> Por ello, las palabras de Augusto Urteaga cobran valor en este nuevo contexto de inserción de la Tarahumara en la economía global:

Proponer políticas de desarrollo en la región, en beneficio de los indígenas, debe contemplar nuevas formas de relación entre el Estado y la sociedad indígena a partir del reconocimiento de las propias formas de organización, liderazgo y representatividad de este sector de la población chihuahuense. El fomento de una relación de igualdad y respeto entre culturas significa reconocer la capacidad de los grupos indígenas y de sus propias formas de organización internas (la cosmovisión indígena del trabajo: obligatoriedad, reciprocidad y redistribución) en la planeación de su futuro.<sup>130</sup>

Durante las décadas de 1880 y 1890, y en consonancia con el proceso modernizador experimentado a nivel local y nacional, es que se efectuaron las expediciones realizadas por los tres viajeros objeto de estudio de esta investigación, a saber: Frederick Schwatka (1849-1892), Aquiles Gerste (1854-1920) y Carl Lumholtz (1851-1922). Estos observadores arriban a la Sierra Tarahumara persiguiendo fines muy variados, sin embargo, sus agendas no estuvieron ajenas a intereses de carácter económico, político e incluso religioso.

Encontramos así, en primera instancia, al experimentado expedicionario estadounidense Schwatka, cuya peculiar mirada quedó registrada, principalmente, en su libro de viajes dedicado a la descripción de las cavernas y habitantes de los acantilados de la Sierra Tarahumara. Esta publicación, profusamente ilustrada con grabados y litografías, posibilitó

---

<sup>129</sup> *Ibidem.*, p. 96.

<sup>130</sup> Augusto Urteaga, "Aspectos culturales del sistema político rarámuri", en Esteban Krotz (comp.), *El estudio de la cultura política en México: perspectivas disciplinarias y actores políticos*, México, CONACULTA-CIESAS, 1996, p. 306.

un acercamiento secular a la por entonces desconocida cultura tarahumara. Asimismo, este libro es, hasta ahora, el primero que incluye la representación visual de estos indígenas.

En segundo lugar, se encuentra la mirada híbrida del religioso belga y hombre de ciencia Aquiles Gerste, quien estableció una aproximación peculiar de la representación visual de los tarahumaras. Así, tanto las fotografías capturadas por este fotógrafo *amateur* con el propósito de ser exhibidas en la Exposición Histórico-Americana de Madrid, como el informe de su viaje a la Tarahumara que publicara 22 años después desde Roma, Italia, bajo el título *Rapport sur un voyage d'exploration dans la Tarahumara (Mexique Nord-Ouest)*, muestran una mirada sensible. Por un lado, sensibilidad ante la necesidad de cumplir con la objetividad científica pretendida por las autoridades del Museo Nacional, institución encargada de encomendarle la realización de la primera expedición a la Sierra Tarahumara, con la finalidad de reunir materiales etnográficos que pudieran ser exhibidos en Madrid. Y, por otro, ante la necesidad de dejar constancia de la imperiosa necesidad de que la Compañía de Jesús pudiera regresar a evangelizar a los rarámuri.

Por último, el noruego Carl Lumholtz, destacado hombre de ciencia y autor de la clásica obra en dos tomos *El México desconocido*, llega a México con una ambiciosa agenda de investigación, la cual fue posible llevar a cabo por el financiamiento de instituciones museísticas como el American Museum of Natural History de Nueva York y el Peabody Museum de la Universidad de Harvard. Estas instituciones se encontraban, por entonces, conformando sus colecciones “antropológicas”. De modo que, en este particular caso, se llegaron a conjugar intereses científicos, con el saqueo y con propósitos de coleccionismo.

Así pues, la presencia de estos tres viajeros se inserta en un momento de creciente auge económico que hizo viable la reactivación de la minería y el despegue de la actividad

forestal. Varios factores hicieron posible el despegue de esta última. De entrada, el ambiente favorable para las inversiones a gran escala a partir de la década de 1880 y la apertura del ferrocarril Central Mexicano que comunicó a la Ciudad de México con Ciudad Juárez, permitiendo el transporte de enormes cantidades de madera y, luego, la derrota de los apaches. Finalmente, los contratos que el gobierno mexicano estableció con compañías encargadas de medir y deslindar baldíos en la zona serrana.<sup>131</sup>

### Los rarámuri, su historia

La Sierra de Chihuahua fue el hogar durante siglos de diversos pueblos indígenas, Los cuatro sobrevivientes que habitan esta enorme región (rarámuri, *ódami*, *o'oba*, *warijos*) suman en la actualidad poco más de 100.000 habitantes de acuerdo con el Censo de Población y Vivienda de 2010. Este último indica que la población indígena del estado de Chihuahua corresponde al 3.5 % del total de habitantes, es decir, 119.227 indígenas, y la gran mayoría es rarámuri. El pueblo tarahumara forma parte de la región cultural llamada Oasisamérica,<sup>132</sup> una de las tres superáreas mexicanas propuestas por Paul Kirchhoff –las otras dos son Aridoamérica y Mesoamérica-<sup>133</sup> y específicamente pertenece a la subárea Mogollón, subdivida a su vez en Mogollón y Paquimé. Los tarahumaras son hablantes de lenguas

---

<sup>131</sup> F. Lartigue, *Indios...*, *op. cit.*, p. 16.

<sup>132</sup> La región Oasisamérica se encuentra localizada en medio del desierto: “en la zona noreste y noroeste de los estados de Sonora y Chihuahua respectivamente, extendiéndose también a los estados [...] actuales de Arizona y Nuevo México”. Pablo Escalante, *Mesoamérica, Aridoamérica y Oasisamérica*. Recuperado de [http://cvonline.uaeh.edu.mx/Cursos/Lic\\_virt/Mercadotecnia/IMMC208/Unidad%202/Mesoamerica.pdf](http://cvonline.uaeh.edu.mx/Cursos/Lic_virt/Mercadotecnia/IMMC208/Unidad%202/Mesoamerica.pdf)

<sup>133</sup> En su momento, la destacada arqueóloga Beatriz Braniff planteó el concepto Mesoamérica Marginal para referirse al Norte de México como unidad; sin embargo, lo desechó dado su contenido peyorativo. Optó por aceptar el concepto Gran Chichimeca propuesto por Charles Di Peso como alternativa a los tres planteados por Kirchhoff y propone considerarlo como un ecosistema y estudiarlo en relación con Mesoamérica. Marie-Areti Herz y María de los Dolores Soto, “La obra de Beatriz Braniff y el desarrollo de la arqueología del Norte de México”, en Marie-Areti Hers et al. *Nómadas y sedentarios en el Norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Antropológicas-Instituto de Investigaciones Estéticas-Instituto de Investigaciones Históricas, 2000, pp. 39 y 44.

pertenecientes al tronco uto-azteca, y se encuentran emparentados con los indígenas que han habitado los valles, los desiertos sonorenses, las grandes llanuras del suroeste norteamericano y el altiplano del centro de México.<sup>134</sup>

La información estadística relativa a la demografía y a las condiciones de vida de los pueblos indios serranos no es del todo confiable, ya que se suelen usar “criterios y definiciones ajenos a las poblaciones indígenas para la determinación de quiénes son y quiénes no son miembros de estas comunidades”.<sup>135</sup> Algunas referencias localizadas arrojan datos acerca de la demografía rarámuri correspondientes al periodo que abarca el presente estudio. Así, por ejemplo, a finales del siglo XIX, Frederick Schwatka advertía que, aunque los tarahumaras eran muy poco conocidos, se trataba de una población numerosa. Estaba convencido de que en caso de que hubieran habitado en Estados Unidos o en Canadá, países donde las estadísticas de los *savages* eran mucho mejores que en México, este grupo indígena hubiera sido conocido mundialmente. Pero la falta de datos de este tipo, agregaba, dificultaba establecer una estimación certera. Aun así, advertía que rondaban los 20.000 habitantes.<sup>136</sup>

Ya para 1906, en la exposición de motivos que acompañó a la Ley para el mejoramiento y cultura de la raza tarahumara, Enrique C. Creel mencionaba que calculaba la población en 53.000, señalando lo siguiente:

A principios del siglo pasado el censo que entre ellos se practicó no delataba más de 20.000 indios; en la actualidad, sólo los de raza pura suman más de 53.000 sin contar los que, mezclados con otras razas sobre todo con la

---

<sup>134</sup> J. L. Sariago, “Los pueblos indios...”, *op. cit.* p. 49.

<sup>135</sup> A. Urteaga, “Aspectos...”, *op. cit.*, p. 304.

<sup>136</sup> Frederick Schwatka, *In the Land of Cave and Cliff Dwellers*, Boston-New York-Chicago-San Francisco, Educational Publishing Company *The Cassell Publishing Co.*, 1893, pp. 173-174.

blanca, apenas pueden considerarse como ramificaciones de los primitivos indígenas.<sup>137</sup>

Nuevos cálculos estadísticos aparecen entre 1926 y 1927, cuando la Comisión Nacional Agraria realizó un recuento previo de este grupo al censo de 1930. Para entonces, fueron reportados cerca de 28.000 tarahumaras, aunque las estimaciones del total de la población rondaban los 40.000 habitantes.<sup>138</sup> El Censo Nacional de Población de 1970 arrojó el dato de 25.479 pobladores indígenas; no obstante, algunas posturas informadas sostenían que la cifra, en realidad, rondaba los 50.000.<sup>139</sup>

Los rarámuri se consideran a sí mismos las columnas que sostienen al mundo. Son colaboradores de *Onorúame*, Dios padre y madre, a quien ayudan a la preservación del orden cósmico, de las estaciones, de los astros y de la tierra. Por ello, deben caminar con rectitud en la vida. Se rigen por un principio fundamental: el “de hacer bien las cosas”.<sup>140</sup> Ello implica que deben ser respetuosos, participar en las fiestas y bailar, con lo cual contribuyen a que Onorúame siga dándoles lluvia, maíz y con éste, también *tesgüino*. La fiesta es un elemento clave para la identidad de este pueblo indígena. Así, quien no hace la fiesta no es rarámuri.<sup>141</sup>

---

<sup>137</sup> “Exposición de motivos que presentó el ejecutivo del estado sobre civilización y mejoramiento de la raza tarahumara”, en M. E. Montanaro, *¿Exclusión...?*, *op. cit.*, p. 238.

<sup>138</sup> Wendell C. Bennett y Robert M. Zingg, *The Tarahumara. An Indian Tribe of Northern Mexico*, Glorieta, New Mexico, The Rio Grande Press, 1976, p. vii.

<sup>139</sup> María Armida Estrada Gutiérrez y Enny Estrada Ordoñez, Aprendizaje de la lecto-escritura en la población tarahumara, *Boletín de Antropología y Educación*, año 5, núm. 7, 2014, p. 8.

<sup>140</sup> A. P. Pintado, *Tarahumaras*, *op. cit.*, p. 26.

<sup>141</sup> “Las fiestas de los tarahumaras pueden dividirse en dos grandes grupos: las que se realizan en los templos “católicos” o *riobachi*, construidos a partir de la Colonia, y las que se hacen en sus casas, llamadas también fiestas de patio o *awilachi*. En los templos festejan las celebraciones que coinciden con el calendario litúrgico cristiano. La más grande de ellas es la de la Semana Santa o *noririachi*; en esa ocasión, los rarámuri llegan desde sus rancherías al templo [...]. En este mismo grupo están las fiestas del santo patrón de la comunidad, de los Santos Reyes, del 24 de diciembre y de la Virgen de Guadalupe, entre otras. A pesar de realizarse en un templo católico y de la influencia de esta religión, las fiestas que coinciden con el calendario litúrgico cristiano tiene un sentido profundamente rarámuri”. *Ibidem.*, p. 28.

Son varias las fiestas que se realizan a lo largo del año para agradecer a Dios. Las festividades religiosas más importantes son aquellas llevadas a cabo durante la Semana Santa, el 12 de diciembre (día de la Virgen de Guadalupe, que también es patrona del estado)<sup>142</sup>, la Nochebuena y el festejo del santo patrono de la localidad. Además, celebran los momentos importantes del ciclo de la vida (nacimiento, el bautizo, matrimonio y muerte). La gente contribuye con reses, maíz, frijol, tortillas y *tónare* (cocido de res). El *tesgüino* es preparado con anticipación. Se llevan a cabo danzas de matachines. Otros festejos más modestos se realizan al término de trabajos colectivos (preparar la tierra para la siembra, por ejemplo), petición de lluvias, curación de campos, personas, animales, celebración del santo de las personas, en agradecimiento por las cosechas, o bien, oficios de iniciación y mortuorios. En buena parte de estas reuniones se realiza el rito del *tutuguri* “en el que se comparte con Dios y con los invitados los alimentos y la bebida sagrada”.<sup>143</sup> Antes de cada fiesta hay una cuidadosa distribución de las labores, ello garantiza su buena marcha. Se prepara *tesgüino*, tortillas de maíz y tamales. Suele ser sacrificado algún animal para preparar el *tónari* (puede ser un chivo, una vaca, una cabra, incluso pollo) y bailan. El hombre y la mujer rarámuri saben que “al mundo hay que cuidarlo siempre, no hay que permitir que se muera, que lleguen las aguas otra vez y se inunde la tierra; por eso deben hacer la fiesta, pisando fuerte y manteniendo todo lo malo abajo”.<sup>144</sup>

La manera de concebir y de interpretar el mundo rarámuri se encuentra estrechamente vinculada a la naturaleza. Durante siglos han hallado en ella los recursos necesarios para vivir: tierras, bosques, flora, fauna y agua. Se debe reconocer que han llegado a conseguir

---

<sup>142</sup> F. Jordán, *Crónica...*, p. 224.

<sup>143</sup> M. Heras, *El pueblo...*, *op. cit.*, p. 57.

<sup>144</sup> A. P. Pintado, *Tarahumaras*, *op. cit.*, p. 28.

una gran adaptación a su medio y eso ha sido gracias a un sinfín de saberes acumulados durante siglos y transmitidos por medio de la tradición oral, de generación en generación. Lo anterior explica en parte, porqué la relación con la tierra y el medio natural es tan estrecha y tiene un peso sustantivo en términos de la definición de su cultura. Sariego agrega al respecto:

Para los rarámuri, la tierra es donde los pusieron los *anayáwari* (los antepasados); es prestada, razón por la cual hay que trabajarla y respetarla. Toda la naturaleza es digna de respeto y hay que tratarla con amor, con el mismo amor con el que los *anayáwari* cuidan a los rarámuri. Por eso, no hay que matar a un animal nada más porque sí: hay que sacrificarlo y ofrecerlo a los *anayáwari*, como en el caso del chivo. Sólo deben matarse los animales que hacen daño: por ejemplo, las serpientes venenosas, los alacranes o los coyotes, que se comen a las despavoridas gallinas. Cuando se mata a una serpiente que no es venenosa se puede tener mala suerte en la cosecha, pueden llegar unos “animales chiquitos” y comerse la milpa.<sup>145</sup>

La Sierra Tarahumara ha sido un territorio culturalmente diverso. Resulta fundamental enfatizarlo, dado que se ha tendido a homogeneizar toda esta área geográfico-cultural.<sup>146</sup> Se ha dicho también que durante el periodo prehispánico, los rarámuri formaron parte de un mundo a todas luces multicultural, ya que compartían un mismo entorno geográfico con otros grupos y, posteriormente, también lo hicieron de manera forzosa con españoles, mestizos, negros, mulatos y con indígenas provenientes del centro y sur de la Nueva España.<sup>147</sup> Igualmente cierto es que al interior de este pueblo originario existen variantes culturales importantes, puestas de manifiesto en la lengua, en los matices existentes en torno a la cosmovisión entre una región y otra, así como en sus usos y costumbres. Así, por un lado, se encuentran los rarámuri *pagótuame*, los que han sido bautizados y que dan

---

<sup>145</sup> *Ibidem.*, p. 18.

<sup>146</sup> Augusto Urteaga, “Antropología y estereotipo de lo indígena en la Tarahumara”, en *Panorama de la cultura chihuahuense. Colección Jornadas Culturales José Fuentes Mares. Memoria de las Segundas Jornadas*, s.a., México, Gobierno del Estado de Chihuahua, 1992, p. 103.

<sup>147</sup> M. E. Montanaro, *¿Exclusión...?*, *op. cit.*, p. 58.

cuenta de la histórica influencia misionera en la región (grupo mayoritario),<sup>148</sup> y por otro, los gentiles o *cimaroni* (cimarrones), aquéllos que no aceptan este sacramento cristiano, se resisten a la cultura nacional y viven sobre todo en la parte sur de la Sierra.<sup>149</sup>

Tanto los *pagótuame* como los cimarrones comparten el gusto por vivir en asentamientos dispersos, por la elaboración de artesanías, las fiestas, las danzas y por su notable resistencia física. De igual forma, ambos mantienen el sistema de impartición de justicia a través de juicios en los cuales participan sus autoridades (gobernadores), la persona denunciante y la persona denunciada, así como la comunidad. Se trata pues de una “institución judicial, nacida quizá por la influencia de los primeros misioneros españoles, [la cual] se fue haciendo parte del pueblo de la sierra, hasta llegar a ser elemento de conformación y defensa de la comunidad”.<sup>150</sup> Esta instancia comunitaria está vigente y contribuye a la permanencia de los rarámuri como grupo diferenciado. Sobre la interesante y compleja relación entre misioneros e indígenas durante la Colonia, ya se ha hecho mención en este estudio. Sin embargo, resulta fundamental referirnos a la presencia de iglesias bautistas en la Tarahumara.

Claudia Molinari ha documentado que el arribo a Chihuahua de misioneros protestantes data de finales del siglo XIX. Refiere la autora que, aunque durante los últimos años de la década de 1880 y hasta la de 1910, surgieron misiones en Bocoyna, Temósachic, Namiquipa, Madera y Batopilas, congregando principalmente a rancheros y mineros

---

<sup>148</sup> La llegada de los misioneros católicos a la Sierra de Chihuahua y su labor evangelizadora fue ampliamente tratada en la introducción de esta tesis.

<sup>149</sup> Margot Heras Quezada, *El pueblo rarámuri*, México, Doble Hélice, 2005, p. 17; Claudia Molinari Medina, “Diamantes en bruto”, en Eduardo Gamboa (coord.), *El México desconocido cien años después*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996, p. 98.

<sup>150</sup> Ricardo Robles y Carlos Vallejo, “Los juicios rarámuri”, en Rosa I. Estrada Martínez y Gisela González Guerra, *Tradiciones y costumbres jurídicas en comunidades indígenas de México*, México, Comisión Nacional de Derechos Humanos, 1995, p. 71.

mestizos, sería hasta 1923 que la evangelización protestante fue dirigida propiamente a los indígenas serranos, cuando el pastor metodista Ezequiel Vargas inició su prédica entre los rarámuri de la localidad de Bocoyna en la Alta Tarahumara.<sup>151</sup> Más tarde, entre 1936 y 1940, el Instituto Lingüístico de Verano también se estableció en la región serrana,<sup>152</sup> de manera específica en el pueblo de Samachique, municipio de Guachochi. En este sitio fue traducido el Nuevo Testamento a una de las variantes del rarámuri; uno de los colaboradores fue el maestro tarahumara Ramón López.<sup>153</sup> En la actualidad, existe una amplia gama de iglesias protestantes en la Tarahumara, Bocoyna (desde 1923), Samachique (desde 1940) y Choguita (desde 1978) son los puntos más importantes de su difusión.<sup>154</sup> Un rasgo digno de mencionarse es que los tarahumaras, a pesar de la cercanía geográfica, no suelen migrar a Estados Unidos, la migración tiende a darse hacia otras ciudades tanto dentro como fuera del estado de Chihuahua.

---

<sup>151</sup> Sobre el desarrollo histórico del protestantismo en la Sierra Tarahumara, véase Claudia Molinari, *Protestantismo y explotación forestal en la Tarahumara*, tesis para optar por el grado de licenciada en Antropología Social, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 1998 y “El protestantismo en la Tarahumara”, en *Dimensión Antropológica*. Recuperado de <http://www.dimensionantropologica.inah.gob.mx/?p=1508>

<sup>152</sup> Lázaro Cárdenas autorizó el ingreso de los miembros del Instituto Lingüístico de Verano, ubicándose en diversas regiones indígenas del país. En teoría, el objetivo era estudiar las lenguas nativas con el fin de elaborar cartillas y otros documentos escritos, y así alfabetizar a la población india. *Ibidem*.

<sup>153</sup> Claudia Molinari describe de la siguiente manera a la población indígena que simpatiza con el protestantismo: “En su mayoría se trata de familias sedentarias (lo cual contrasta con la tradicional movilidad estacional cumbre-barranco de los rarámuri). Uno o más miembros de la familia perciben un salario fijo en la industria forestal o en las escuelas, pero continúan siendo agricultores. Muchos de ellos vivieron un tiempo de su vida en contextos urbanos o son migrantes temporales por razones económicas. Tienen mayor conocimiento del español y muchos saben leer y escribir. La mayoría de los asistentes a los cultos son jóvenes. Han tenido relación con el culto y las ideas protestantes desde pequeños. En la mayoría de los casos una crisis o un periodo de tensión emocional precede a la conversión. Esta crisis puede ser de identidad, en las relaciones familiares, o una enfermedad grave, por ejemplo”. *Ibidem*.

<sup>154</sup> La conversión al protestantismo ha ido dejando una huella en la cultura rarámuri, dado que el protestantismo estimula valores distintos, tales como la ética del trabajo, el ahorro, la idea de superación personal y, por otra parte, se censuran y prohíben prácticas tan centrales de esta cultura como lo es la ingesta de bebidas alcohólicas y el trabajo. Molinari sostiene que no es de extrañar que el protestantismo cobrara fuerza en las zonas dedicadas a la explotación forestal en la Tarahumara, lo que conllevó, entre otras cosas, a la industrialización del trabajo, al concepto de salario, la apertura de carreteras y el comercio. *Ibidem*.

La migración rarámuri al interior del estado se dirige principalmente hacia la capital del estado, Ciudad Juárez (donde existen varios asentamientos rarámuri como, por ejemplo, la Colonia Tarahumara), Hidalgo del Parral, Delicias, Ciudad Cuauhtémoc (en los campos menonitas), Casas Grandes y Nuevo Casas Grandes; mientras que fuera de la entidad, suelen migrar hacia Baja California, Sonora, Sinaloa, Durango, Coahuila y Tamaulipas.<sup>155</sup> En estos lugares los indígenas ofrecen su fuerza de trabajo en labores agrícolas, en el ramo de la construcción, en el aseo de las casas de los *chabochis*, entre otras ocupaciones. También llegan a pedir *córima*, que es una manera de compartir, es decir, se pide ayuda, pero ésta no es considerada como caridad. Una parte de la población tarahumara percibe ingresos por la pizca de la marihuana y de la amapola. Desde hace más de cinco décadas, la penetración del cultivo de estupefacientes ha estado presente en la región.<sup>156</sup> En el actual contexto de irrupción de la violencia vivida en el país, algunas partes de la Tarahumara han sido severamente afectadas, Bocoyna, Cuauhtémoc y Guadalupe y Calvo son ejemplo fehaciente de ello. Sin duda, el narcotráfico representa una nueva forma de conquista, no muy distinta a la que ha ocurrido a través de la minería, de la explotación forestal y, más recientemente, del ecoturismo.<sup>157</sup>

Durante siglos los rarámuri han optado por combinar la pesca, la caza, la recolección de frutos, raíces y cortezas silvestres, con la siembra de maíz, frijol y calabaza, entre otros productos. Sus conocimientos acerca de las medicinas tradicionales les han permitido, en ocasiones, superar la enfermedad. Con el paso del tiempo, la presión demográfica ha reducido

---

<sup>155</sup> A. P. Pintado, *Tarahumaras*, *op. cit.*, p. 6.

<sup>156</sup> A. Urteaga, "Antropología...", *op. cit.*, p. 104.

<sup>157</sup> En los últimos años, la Sierra Tarahumara ha sido promocionada, tanto por el Gobierno estatal como por el federal, para actividades turísticas. La existencia de grandes bellezas naturales en el entorno atrae cada año a miles de turistas, tanto mexicanos como extranjeros. Aunque el turismo es una fuente de desarrollo de esta zona, es innegable que el beneficio que ha aportado a las comunidades rarámuri es escaso o nulo.

la posibilidad de cazar y recolectar plantas silvestres, provocando cambios sustanciales al incrementarse paulatinamente la agricultura de temporal, al tiempo que la tala del bosque hacía lo propio.

La planta del maíz es considerada sagrada por los tarahumaras. Se trata de un alimento básico para la vida y la cultura de este pueblo, pues entraña un fuerte valor simbólico. A partir del maíz se elabora el pinole o *kobishi*, el esquiate, los tamales, el atole y el tesgüino o batari (*sugiki*), bebida fermentada que posee un alto valor nutricional, siempre presente en las celebraciones rituales y sociales llevadas a cabo por los pueblos indígenas serranos. Es del gusto de hombres, mujeres, ancianos, también de los muertos y de los dioses.<sup>158</sup>

Después de un largo diluvio que inundó la tierra -dicen los rarámuri- Dios envió a tres hombres y tres mujeres que sembraron juntos las tres especies de maíz que hasta hoy se cultivan: el maíz tierno, el maíz duro y el maíz amarillo. Y como Dios otorgó el maíz a los hombres, éstos, en reciprocidad, se lo ofrecen en cada una de las ceremonias, esparciéndolo a los cuatro puntos del universo y utilizándolo para pedir lluvia, curar las tierras, los animales y las enfermedades y para agradecer las cosechas. Porque, sin tesgüino no se obtiene la lluvia, sin la lluvia no crece el maíz y sin maíz no se puede hacer tesgüino.<sup>159</sup>

Por su parte, el patrón de poblamiento de los grupos indígenas destaca por su dispersión. Ni durante el periodo colonial, ni durante el republicano, tampoco durante la posrevolución, se logró que estos indígenas aceptaran vivir concentrados en pueblos. Los rarámuri han preferido vivir dispersos en pequeñas rancherías (*kawí* o *bitichi*) y, en algunos

---

<sup>158</sup> A partir de los 14 o de los 15 años, los rarámuri en edad casadera empiezan a tomar *tesgüino*, que es una cerveza de maíz consumida por diversos pueblos indígenas en el país. “Después ya no lo dejará durante toda su vida: en los trabajos colectivos, en el *tónari* o cocido de res de las fiestas religiosas, en las festividades del ciclo de la vida: nacimiento y bautizo, mayoría de edad y matrimonio, en la muerte de algún deudo o amigo. Igualmente en los bailes de *yimari*, matachines o pascola, en el ritual del peyote, de la cacería del venado y en el de la pesca”. L. González, *Tarahumara...*, *op. cit.*, p. 102. Aunque la embriaguez que se da entre los tarahumaras es de carácter ritual, los índices de alcoholismo entre la población se han incrementado en los últimos años. Hasta el momento no se ha encontrado una estimación oficial de este problema, aun así, no se puede hablar de que la rarámuri sea una cultura de la ebriedad.

<sup>159</sup> J. L. Sariego, “Los pueblos...”, *op. cit.*, p. 52.

casos, moverse en el territorio según las condiciones estacionales. Por ejemplo, durante el invierno algunas familias bajan a las barrancas, mientras que en el verano ascienden a las cumbres. La movilidad de este grupo se encuentra estrechamente relacionada con el tipo de territorio que prevalece en la Tarahumara, ya que las tierras cultivables se encuentran diseminadas.

Es común que el rancho se encuentre conformado por un terreno de labor. Muy cerca de éste se ubican la vivienda de la familia, los gallineros, los corrales de los animales, las trojes, el patio (lugar de descanso y donde se realizan las celebraciones rituales). En algunas ocasiones también existe un área destinada al cultivo de hortalizas y frutas.<sup>160</sup> Aunque puede darse el caso del rancho donde habita una familia aisladamente, lo común es que otras familias se ubiquen en sus inmediaciones. Entre ellas pueden existir relaciones de parentesco, conformando así una ranchería que “aparece como un espacio en el que se desarrollan relaciones de cooperación, intercambio y reciprocidad entre familias, expresadas en el trabajo cooperativo en actividades agrícolas, el intercambio de alimentos, la celebración de rituales festivos y, especialmente, la participación en las tsegüinadas”.<sup>161</sup> La amplitud territorial de las rancherías varía, ya que ésta depende de las posibilidades agrícolas del lugar. Por ello, las mesetas y valles suelen ser lugares propicios para la concentración poblacional, en cambio, los terrenos cercanos a los barrancos incrementan la atomización demográfica.<sup>162</sup>

Concurren distintos tipos de viviendas rarámuri. No obstante, todas se caracterizan por su austeridad y sencillez. Su interior es muy modesto, ya que en un mismo espacio se encuentra la cocina, el comedor y el área para dormir. Destaca, además, la fogata hecha sobre

---

<sup>160</sup> *Ibidem.*, p. 56.

<sup>161</sup> *Ibidem.*, p. 57.

<sup>162</sup> *Idem.*

el piso, que permanece encendida durante casi todo el día para la preparación de los alimentos.<sup>163</sup> A menudo estas casas -sobre todo las más viejas- carecen de divisiones interiores y de ventanas, y tienen un techo bajo. El piso suele ser de tierra o de piedra natural y la puerta de madera, aunque actualmente el gobierno promueve el establecimiento del piso firme. En la Alta Tarahumara, por lo general, las casas son construidas a base de madera de pino, aunque también llega a haberlas de piedra y con techo de madera. Como es bien sabido, en la Sierra abundan cuevas y éstas pueden emplearse como viviendas transitorias o permanentes. Mientras tanto, en la Baja Tarahumara las casas suelen estar construidas con piedra y barro, para techarlas pueden ser empleadas vigas, palma, tableta y más recientemente, lámina o adobe.<sup>164</sup>

Las casas tradicionales rarámuri constan de un cuarto que mide aproximadamente 3 x 5 metros y de un patio dos o tres veces más grande que éste, lo que se explica por el hecho de que la vida rarámuri se encuentra vinculada de manera estrecha al exterior (de ahí que el patio sea mucho más grande que la propia vivienda). De igual modo, existe una relación muy cercana con las milpas, los cerros y las barrancas. Los rarámuri acostumbran sentarse en una roca o en un lugar cualquiera desde donde se pueda contemplar y apreciar el paisaje. Existen también casas de troncos de árbol, colocados de manera horizontal y ensamblados en las esquinas; el espacio que queda entre un tronco y otro es cubierto con lodo y su techo es de madera. Un tipo de casa más sencilla es aquélla construida con palos o enramadas apoyadas por un extremo de manera triangular.<sup>165</sup> Las cuevas continúan siendo habilitadas como viviendas mediante el uso de piedras y tablas madera.

---

<sup>163</sup> A. P. Pintando, *Tarahumaras...*, *op. cit.*, p. 20.

<sup>164</sup> J. Enríquez, *Análisis...*, *op. cit.*, p. 99; A. P. Pintando, *Tarahumaras*, *op. cit.*, p. 19.

<sup>165</sup> L. González, *Tarahumara...*, *op. cit.*, p. 80.

Alrededor de la casa suelen estar los corrales para los animales, éstos pueden ser móviles, pues el estiércol de las cabras o del ganado es empleado como abono. También se ubica el granero construido para que los granos permanezcan protegidos y para que los roedores no los devoren. De igual modo, existe un lugar para las gallinas y otros animales domésticos, incluido el perro, que forma parte de la cotidianidad de las familias rarámuri.

Su lengua proviene de la rama taracahita perteneciente a la familia lingüística yutoazteca, distribuida desde el oeste de Estados Unidos hasta Centroamérica.<sup>166</sup> Aunque se han modificado y por ello no resulta sencillo identificar el origen común, algunas de las lenguas pertenecientes a esta familia son las siguientes: el yaqui, el mayo, el pima, el tepehuán, el cora, el huichol y el náhuatl, entre otras.<sup>167</sup> Las sonoridades de esta lengua son más bien suaves y no guturales. Con pleno conocimiento de ella, Luis González Rodríguez la describe de la siguiente manera:

El pensamiento tarahumar, expresado a través de su lengua, es delicado, ceremonioso, rico y flexible, matizado y preciso, pictórico y legendario. Al estudiar en vivo su idioma aparece una gran riqueza en conocimientos botánicos, zoológicos, del mundo serrano en que viven, de los fenómenos atmosféricos y de la bóveda celeste que observan. Su idioma revela juntamente la persistencia de sus costumbres y valores, de sus tradiciones religiosas, de sus cuentos y leyendas -éstas últimas muy poco estudiadas- apenas en proceso de recopilación y escasamente conocidas.<sup>168</sup>

Existen en la Sierra Tarahumara cinco grandes áreas dialectales y en cada una de ellas se habla una variante de la lengua: en el oeste, se ubican las variantes existentes en la parte occidental de la Barranca de Urique; en el norte, la lengua de Sisoguichi, Naráachi, Carichí,

---

<sup>166</sup> La familia yutoazteca aglutina once subfamilias agrupadas en dos troncos básicos: el yutoazteca norteño, que aglutina cuatro subfamilias y el yutoazteca sureño, que comprende a las restantes, a saber: tepimana, opatana, tarahumara, cahita, tubar, corachol y azteca. Leopoldo Valiñas Coalla, “Lo que la lingüística yutoazteca podría aportar en la reconstrucción histórica del norte de México”, en Marie-Areti Hers *et al.*, *Nómadas...*, *op. cit.*, p. 178.

<sup>167</sup> Luis González, *Tarahumara...*, *op. cit.*, p. 78.

<sup>168</sup> *Idem.*

Ocórare, Pasigochi y Norogachi; en el centro, se encuentran las variantes de la región de Guachochi; en la región de la interbarranca, se encuentran las de las barrancas de Urique y Batopilas; y en el sur, se localizan las variantes del sur de la Barranca de la Sinforosa y al este de la región tepehuana.<sup>169</sup>

Durante las últimas décadas, los niños y niñas tarahumaras que asisten a la primaria tienen acceso a libros de texto en lengua rarámuri. Se debe tomar en consideración que, en el marco del Tercer Congreso Nacional de Pueblos Indígenas de 1979, se planteó una demanda de vital importancia: que fueran los mismos pueblos indígenas quienes se encargaran de organizar la educación<sup>170</sup> impartida en sus comunidades. En consonancia con dicha demanda, la Dirección General de Educación Indígena (DGEI) de la Secretaría de Educación Pública impulsó, desde la década de 1980, la promoción de la enseñanza en lengua materna.<sup>171</sup> Este giro en la política educativa intenta estar acorde con el objetivo perseguido por la DGEI, el cual consiste en emplear tanto las lenguas indígenas como el español para: “abordar la enseñanza-aprendizaje de las lenguas indígenas y el español, bajo un enfoque funcional y comunicativo, privilegiando el desempeño de las capacidades de comunicación de los niños en los distintos usos de la lengua hablada y escrita”.<sup>172</sup> Es así que se vienen realizando esfuerzos para promover que la educación indígena sea bilingüe y bicultural, reconociendo

---

<sup>169</sup> *Ibidem.*, p. 16.

<sup>170</sup> Cecilia Greaves L., “El mundo indígena en los libros de texto gratuitos”, en Pilar Gonzalbo Aizpuru (dir.), *Historia de la vida cotidiana en México*, Aurelio de los Reyes (coord.) V. Siglo XX. Campo y ciudad. Vol. 1, México, Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México, 2006, p. 313.

<sup>171</sup> Como resultado de la reforma al artículo 4º de la Constitución en 1994, el Estado mexicano reconoció la pluralidad étnica del país. Se reconocía así también el derecho de los pueblos indígenas a tener acceso a la educación en su propia lengua. C. Greaves L., “El mundo indígena...”, *op. cit.*, p. 314.

<sup>172</sup> María Armida Estrada Gutiérrez y Enny Estrada Ordoñez, “Aprendizaje de la lecto-escritura en la población tarahumara”, *Boletín de Antropología y Educación*, año 5, núm. 7, 2014, p. 9. Recuperado de <http://antropologia.institutos.filo.uba.ar/sites/antropologia.institutos.filo.uba.ar/files/n7a1.pdf>

la riqueza e importancia de la tradición oral. Sin embargo, son enormes los desafíos que limitan los alcances de la aplicación de esta política pública en la Sierra Tarahumara.<sup>173</sup>

La indumentaria rarámuri es sencilla y con el paso del tiempo se ha modificado. Las telas empleadas han cambiado, así como la incorporación de prendas propias de la cultura occidental, sobre todo cuando se migra a las ciudades. El actual traje tradicional de las mujeres es un diseño que data del periodo colonial. Consta de faldas o *mapáchaka* amplias, muy largas y a veces de doble vista. Éstas eran elaboradas inicialmente con algodón blanco, pero tiempo después los colores empezaron a ser utilizados. Hoy a simple vista se puede percibir el gusto que sienten las mujeres rarámuri por los colores intensos y los floreados estampados. A veces, llegan a ponerse varias faldas superpuestas, especialmente para los días de fiesta, lo que las hace aún más vistosas. Usan sus *aká* o guaraches de suela de llanta o caucho y correas de cuero.<sup>174</sup> Visten blusas no muy largas, holgadas, sin atar a la cintura, además llegan a ponerse un ceñidor para el pelo o un paliacate sobre todo en la región barranqueña.<sup>175</sup> Aunque habría que decir que, en la actualidad, las niñas, jóvenes y mujeres adultas recogen también su cabello con sujetadores de plástico o ligas.

Cuando sus hijos están pequeños, las mujeres rarámuri los cargan con sus cobijas, de manera muy similar a como lo hacen las mujeres indígenas del centro y sur del país con sus rebozos. En algunas regiones de la Sierra, las mujeres portan una faja de lana tejida por ellas

---

<sup>173</sup> Las principales dificultades identificadas son: 1) aún no hay suficientes maestros con los conocimientos y competencias lingüísticas que puedan apoyar en su cumplimiento; 2) la diversidad dialectal (cinco entre los tarahumaras) que existe dentro de una misma lengua y la difícil tarea de elaborar materiales educativos en cada uno; 3) la dispersión de las poblaciones y el escabroso lugar donde habitan; 4) muchos de los indígenas emigran a ciudades, se establecen en la periferia y, en el mejor de los casos, los niños ingresan a escuelas regulares; 5) no es posible que un niño adquiera las habilidades lecto-escritoras en un idioma que no entiende.

<sup>174</sup> A. P. Pintando, *Tarahumaras...*, *op. cit.*, p. 6.

<sup>175</sup> L. González, *Tarahumara...*, *op. cit.*, p. 77.

mismas en sus telares. Resulta interesante hacer notar que las jóvenes que han migrado a ciudades -como, por ejemplo, a la de Chihuahua- para trabajar en casas de familias mestizas han adaptado su traje tradicional. Así pues, se las ve llevar faldas de muchos pliegues delgados, hechas de telas sintéticas estampadas o de un solo color, las cuales combinan con camisetas de algodón, suéter y zapatos cómodos. También se llega a producir la total adopción de la manera mestiza de vestir, lo cual podría ser indicio de un grado de desarraigo cultural, aunque también, una expresión de adaptación.

El traje de los hombres consta de una especie de calzón de manta, *wisuburka* o zapeta, el cual forma un triángulo que sobresale en la parte de atrás.<sup>176</sup> También portan fajas tejidas, algunas son sencillas mientras que otras constan de elaborados y artísticos diseños. Sus camisas son de manta, blancas o de colores, con cuello, corta botonadura y de manga larga, la cual se hace estrecha a la altura de la muñeca. A la camisa suele llevarla por fuera y no va acompañada de camiseta interior. La zapeta va atada a la altura de la cintura. Los hombres también usan huaraches de llanta usada y son sujetados con una correa. Sobre la cabeza, como adorno y para detener sus cabellos, portan una *kowera* o pañuelo con varios dobleces, de colores o blanco, a veces con algún dibujo personal.<sup>177</sup>

La cobija, *tirutá* o *quemaca* de lana también es parte de la indumentaria de los hombres tarahumaras. Ésta suele ser gruesa, utilizada como abrigo y se coloca de manera terciada al hombro. Esta cobija es multifuncional, pues es empleada para cargar maíz y otros objetos, así como sarape en las noches. El traje de los rarámuri también ha cambiado, por ello es frecuente ver el uso del pantalón de mezclilla, camisa, saco, sombrero ranchero,

---

<sup>176</sup> *Ibidem.*, pp. 6-7.

<sup>177</sup> L. González, *Tarahumara...*, *op. cit.*, p. 73.

cinturón y zapatos como los usados por los mestizos (botas, por ejemplo). Los tarahumaras barranqueños usan un sombrero de palma, con doble tejido impermeable, de ala ancha y como en punta, que ellos mismos confeccionan.<sup>178</sup>

De acuerdo con datos del Consejo Nacional de Población (CONAPO) de 2010, del Consejo Estatal de Población (COESPO), así como del INEGI, Censo General de Población y Vivienda de 2010, en la Sierra Tarahumara se ubican los municipios que presentan los más elevados índices de pobreza y rezago social de Chihuahua. Así, 16 municipios presentan “las categorías de muy alta y alta marginación, mientras que tres se ubican en el rango medio y solamente cuatro en la condición de baja marginación”.<sup>179</sup> Además, es la población indígena la que presenta el mayor porcentaje de analfabetismo y de baja de escolaridad de toda la entidad. Si bien los retos que este pueblo indígena enfrenta en este inicio de siglo son altamente complejos, pues se conjugan los problemas de viejo y nuevo cuño (como lo es la violencia que han desatado diversos grupos del crimen organizado que operan en la región, sobre todo en la Baja Tarahumara), éste continúa defendiendo “su modo de ser, habitar, vivir y entender el mundo”.<sup>180</sup>

---

<sup>178</sup> *Ibidem.*, pp. 73 y 77.

<sup>179</sup> M. A. Estrada Gutiérrez y E. Estrada Ordoñez, *Aprendizaje...*, *op. cit.*, p. 8.

<sup>180</sup> M. E. Montanaro, *¿Exclusión...*, *op. cit.*, p. 217.

La gente, al verlos, gusta  
aquella desazón tan generosa  
de otra belleza que la acostumbrada.

Alfonso Reyes (del poema Yervas del Tarahumara)

Todos los viajeros, así el que niega como el que afirma,  
el que atina como el que yerra, han contribuido con sus luces y con sus sombras  
a crear la imagen de México, a hacerle su mitología y su historia.

Andrés Henestrosa

## **CAPÍTULO 2. LOS TARAHUMARAS COMO OBJETO DE ESTUDIO. LA OBRA DEL VIAJERO FREDERICK SCHWATKA, UNA PRIMERA APROXIMACIÓN**

La Sierra Tarahumara y su población indígena han atraído miradas muy diversas. La invasión del septentrión novohispano, posterior a la Conquista, estuvo signada por célebres expediciones, como la fallida de Pánfilo de Narváez a inicios del siglo XVI, y por la supuesta existencia de ciudades míticas, como las legendarias Cibola y Quivira,<sup>181</sup> que se creían colmadas de oro y riquezas. Tales leyendas sirvieron de eficaz anzuelo para estimular la organización de nuevas expediciones. Una de ellas fue la que encabezara Fray Marcos de

---

<sup>181</sup> Ambas ciudades signaron con fuerza el imaginario social. Ejemplo de ello es el interés que Adolph F. Bandelier tuvo específicamente sobre Quivira, dando cuenta de ello en una de las misivas que dirigiera a Joaquín García Icazbalceta, fechada en Santa Fe el 20 de junio de 1891. En ésta le informa al intelectual mexicano que había logrado conocer -gracias a la información proporcionada por indígenas- a los hombres del antiguo pueblo llamado Gran Quivira. Al respecto, agrega: “la leyenda popular referente a este pueblo ha sido hoy reducida a sus proporciones legítimas”. Leslie A. White e Ignacio Bernal, *Correspondencia de Adolfo F. Bandelier*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1960, p. 314.

Niza hacia mediados del siglo XVI.<sup>182</sup> Así, el naufragio de la empresa de Narváez rumbo a la Florida, descrito por Álvaro Núñez Cabeza de Vaca en el relato *Naufraios*, despertó la codicia por aquellas apartadas e inaccesibles tierras.<sup>183</sup>

Los pocos sobrevivientes del malogrado proyecto de Narváez llegaron a recorrer una extensión importante del septentrión novohispano, abarcando desde el Golfo de México hasta las costas de Sonora y Sinaloa, dando lugar, a su vez, a los primeros contactos con los habitantes originarios del actual estado de Chihuahua. Por su parte, fray Marcos de Niza encabezó una de las expediciones al territorio tarahumara a mediados del siglo XVI. Francisco Vázquez de Coronado habría de realizar, entre 1540 y 1542, otra ambiciosa expedición por el septentrión. No obstante, con el pasar del tiempo, el poder ejercido por las leyendas desprendidas de aquellas experiencias viajeras se fueron desvaneciendo. Aunque la riqueza minera, ciertamente albergada en algunas zonas serranas, continuó siendo uno de los principales atractivos de la región.

Los relatos de los misioneros franciscanos y jesuitas establecidos en la Tarahumara desde los albores del siglo XVII dan cuenta de las impresiones que éstos se formaron con respecto al mundo tarahumara. Lugar destacado ocupan los jesuitas como precursores del estudio de este pueblo indígena.<sup>184</sup> Durante la Colonia, franciscanos y jesuitas consideraron

---

<sup>182</sup> Una interesante descripción literaria del proceso de poblamiento de la Nueva Vizcaya se encuentra en la novela *Más allá del Conchos*, la cual reconstruye parte de la historia de la fundación de los primeros pueblos neovizcaínos entrado el siglo XVI. El hilo conductor lo constituye la historia de la familia Aragonés, cuyas vivencias dan cuenta de la cotidianidad, las dificultades y las decepciones que debieron enfrentar los hombres y mujeres que, al tiempo de impulsar la colonización del territorio, experimentaban la seducción por las legendarias ciudades. Concepción López Valles y Humberto Payán Franco, *Más allá del Conchos*, México, Chihuahua, Instituto Chihuahuense de la Cultura, 2008.

<sup>183</sup> Una aguda lectura de la obra *Naufraios* se encuentra en: Aurelio de los Reyes, “Naufraios de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca. ¿Novela, crónica, historiografía?”, en Marie-Areti Hers et. al, *Nómadas y sedentarios en el norte de México*, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000, pp. 395-417. El cineasta mexicano Nicolás Echeverría dirigió la película “Cabeza de Vaca” (1991), basada precisamente en el relato del propio cronista, un personaje por demás interesante, quien tras su regreso a España fue nombrado Adelantado del Río de la Plata y a quien se le reconoce como el primer europeo que descubrió las cataratas del Iguazú.

<sup>184</sup> J. L. Sariago, “La antropología...”, *op. cit.*, p. 144.

algunas de las costumbres de los rarámuri como salvajes, por ejemplo: el no vivir congregados en pueblos, el beber tesgüino en exceso, los pleitos y la promiscuidad durante las fiestas, la actitud “perezosa”, la confianza otorgada a curanderos, y el espíritu de autonomía, tanto en relación con otros pueblos como con respecto a sus “caciques” e, incluso, al interior de la familia.<sup>185</sup> Desde la óptica europea, estas prácticas debían ser modificadas. Aunque habría que reconocerse que algunos misioneros y funcionarios coloniales también dieron cuenta de aspectos positivos de esta cultura, como por ejemplo: la no agresividad, el no ser marcadamente belicosos, su hospitalidad, la honradez y la resistencia física.

### Viajes a la Nueva España en tiempos de prohibición

Cabe advertir que, al menos en teoría, las colonias españolas en América estuvieron cerradas a los viajeros no españoles hasta el proceso independentista. No obstante, en la práctica las cosas fueron algo distintas. La prohibición del ingreso de extranjeros a la Nueva España dificultaba la posibilidad de obtener información accesible sobre recursos, geografía, condiciones sociales y económicas. Aun así, se desplegaron esfuerzos para conseguir este tipo de datos considerados estratégicos. Dentro del selecto grupo de viajeros que tuvieron oportunidad de visitar la Nueva España estuvieron: el florentino Francisco Carletti, quien lo hizo hacia finales del siglo XVI e inicios del XVII; el exdominico inglés Thomas Gage, a mediados del XVII, y en el ocaso de aquella centuria lo haría también el italiano Giovanni Francesco Gamelli Carreri. Varias fueron las obras sobre la Nueva España que circularon a lo largo del siglo XVIII y que destacaban lo exótico y desconocido del virreinato hasta

---

<sup>185</sup> Pedro J. de Velasco Rivero, S. J., *Danzar o morir. Religión y resistencia a la dominación en la cultura tarahumara*, México, Universidad Iberoamericana, 1987, pp. 35-36.

entonces.<sup>186</sup> Entre ellas, se encuentra la del propio Gemelli Carreri, *Viaje a la Nueva España*,<sup>187</sup> el *Diario de Viaje* de fray Francisco de Ajofrín<sup>188</sup> y la *Idea compendiosa del reino de la Nueva España* de Pedro Alonso O’Crowley.<sup>189</sup> Cabe advertir que ninguno de estos viajeros estuvo en la Nueva Vizcaya, hoy estado de Chihuahua.

Ya en los albores de la centuria decimonónica, el prusiano Alexander von Humboldt, en compañía de Aimé Bonpland, realizó su célebre expedición a América, llevando a cabo su extenso recorrido por el virreinato novohispano. En 1799, llegaron a la América española para recorrer el que solían llamar “Nuevo Continente”.<sup>190</sup> La expedición de Humboldt es notable no sólo por el impacto que tuvo su obra, sino porque constituye un ejemplo de lo que por entonces sería “uno de los más orgullosos y notables instrumentos de expansión de Europa: la expedición científica internacional”. Al respecto, Mary Louise Pratt agrega:

La exploración científica sería un foco de intenso interés público y la fuente de algunos de los más poderosos aparatos de ideas y de ideología, por medio de los cuales las ciudadanías europeas se relacionarían con otras partes del mundo.<sup>191</sup>

Así, Humboldt es un exponente de una nueva orientación en la manera de documentar y de llevar a cabo las exploraciones. Tal tendencia se venía gestando desde finales del siglo

---

<sup>186</sup> María Esther Pérez Salas, *Costumbrismo y litografía en México: un nuevo modo de ver*, México, UNAM–Instituto de Investigaciones Estéticas, 2005, pp. 103-104.

<sup>187</sup> Giovanni Francesco Gemelli Carreri, *Viaje a la Nueva España*, México, UNAM–Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1983. María Esther Pérez Salas señala que “este libro forma parte del texto completo *Giro del mondo*, editado por primera vez en 1708 en la Stamperia de Giuseppe Roselli en 6 tomos, reimpresso en varias ocasiones en italiano.” M. E. Pérez Salas, *Costumbrismo...*, *op. cit.*, p. 103.

<sup>188</sup> Francisco de Ajofrín, *Diario del viaje que hizo a la América en el siglo XVIII el P. Fray Francisco de Ajofrín*, México, Instituto Cultural Hispano Mexicano, 1964. La primera edición data de 1763. *Cfr.* M. E. Pérez Salas, *Ibidem.*, p. 104, nota 2. El padre capuchino de Ajofrín viajó a la Nueva España en 1763, donde permaneció hasta 1767. Su obra contiene rica información etnográfica acerca de la población indígena, especialmente aquélla que recopiló durante su viaje a Oaxaca. B. de Lameiras, *Indios...*, *op. cit.*, pp. 15-16.

<sup>189</sup> Pedro Alonso O’Crowley, *Idea compendiosa del reino de Nueva España* (manuscrito de 1774), México, Talleres Gráficos de Contabilidad Ruf, 1975. *Cfr.* Ma. E. Pérez Salas, *Ibidem.*, nota 3.

<sup>190</sup> Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010, p. 211.

<sup>191</sup> *Ibidem.*, p. 57.

XVIII. Para entonces, el interés por penetrar las tierras interiores de los territorios coloniales, y ya no sólo sus costas, se había convertido en el propósito central de las ambiciones imperiales. Por lo tanto, las expediciones marítimas estaban siendo desplazadas por aquéllas que se dirigían hacia tierra adentro. Este cambio avanzaba de la mano de la idea de construir el conocimiento desde la perspectiva de la historia natural.<sup>192</sup>

El joven científico alemán viajó por la Nueva España entre 1803 y 1804. Sus bien sustentadas aportaciones al mundo de la ciencia, de la etnografía, de la política, entre otras, fueron relevantes y de consulta frecuente para viajeros, políticos e incluso aventureros. Así, las expediciones de Humboldt fueron consideradas como “un modelo de viajes de exploración y un magnífico logro geográfico”.<sup>193</sup>

Es indiscutible el alcance obtenido por el *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*,<sup>194</sup> dado que sus revelaciones, tal y como lo señala Juan Antonio Ortega y Medina, no sólo entusiasmaron “a las compañías inversionistas sino también a los individuos particulares”.<sup>195</sup> La visión plasmada por Humboldt en su *Ensayo político* sobre los indígenas de la Nueva España<sup>196</sup> aporta elementos importantes para la presente investigación, particularmente aquellos señalamientos (incluidos en los capítulos VI y VII) relativos a los

---

<sup>192</sup> *Ibidem.*, pp. 57-59.

<sup>193</sup> Hanno Beck, citado por M. L. Pratt. *Ibidem.*, p. 212.

<sup>194</sup> Alejandro von Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, estudio preliminar, revisión del texto, cotejo, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina, México, Porrúa, 1966, pp. 51-76. Véase también Walther L. Bemecker, “Literatura de viajes como fuente histórica para el México decimonónico: Humboldt inversiones e intervenciones”, en *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, julio-diciembre, núm. 038, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, México, pp. 35-64. Recuperado de [redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=89803803](http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=89803803)

<sup>195</sup> Juan Antonio Ortega y Medina, *Zaguán abierto al México republicano (120-1830)*, México, Universidad Nacional Autónoma Nacional de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1987, p. 7.

<sup>196</sup> Humboldt calculó la población indígena novohispana en más de dos millones y medio, y consideró satisfactorio que “lejos de extinguirse, se ha aumentado considerablemente la población de los indígenas de cincuenta años a esta parte, como lo prueban los registros de la capitación, o sea del tributo personal”. A. de Humboldt, *Ensayo...*, *op. cit.*, p. 51.

indígenas de la Nueva España en general y, en particular, a los del norte, a quienes denominó “indios errantes”.<sup>197</sup> Al viajero le parecía satisfactorio que la población indígena hubiera aumentado a lo largo de medio siglo en el territorio novohispano. Calculaba que habría dos millones y medio de indios de “raza pura” para entonces en el virreinato, dato que contrastó con la dramática disminución experimentada por la población originaria en las Antillas a causa de las “crueldades de los europeos”.<sup>198</sup>

Acerca de las provincias septentrionales (Nueva Vizcaya, Sonora y Nuevo México), Humboldt indicaba que en el siglo XVI “estaban muy poco habitadas”. No obstante, cálculos recientes estiman que al momento del contacto, la Nueva Vizcaya contaba aproximadamente con 350.000 habitantes.<sup>199</sup> Agregó, con respecto a los indígenas del norte, que “eran pueblos errantes y cazadores, que se retiraron al paso que los conquistadores europeos se adelantaban hacia el Norte”.<sup>200</sup>

El hecho de que el viajero prusiano no hubiera recorrido la Nueva Vizcaya<sup>201</sup> (menos aún la Sierra Tarahumara) lo hizo ser consciente de la probable “imprecisión” de sus observaciones, que no fueron tales, sino producto de conocimientos adquiridos a través de diversas lecturas, dentro de las que se encontraban, tal y como el propio Humboldt lo reconoce, las enseñanzas de “los historiadores españoles”.<sup>202</sup> Merece mencionarse que el prusiano tuvo la posibilidad de ver en la capital del virreinato a algunos de esos “indígenas errantes” llevados, tal y como él mismo lo indica, como prisioneros:

Aún con más imperfección puedo describir las costumbres de los indios errantes que los españoles comprenden bajo la denominación de *indios*

---

<sup>197</sup> *Ibidem.*, p. 66.

<sup>198</sup> *Ibidem.*, p. 51.

<sup>199</sup> L. Aboites, *Breve...*, *op. cit.*, p. 19.

<sup>200</sup> *Ibidem.*, p. 53.

<sup>201</sup> José Iturriaga de la Fuente, *Viajeros en el estado de Chihuahua*, México, Chihuahua, Instituto Chihuahuense de la Cultura, 2009, p. 49.

<sup>202</sup> A. von Humboldt, *Ensayo...*, *op. cit.*, p. 53.

*bravos*, porque de ellos sólo he visto algunos individuos, de los llevados a la capital como prisioneros de guerra. Los mecos (tribu de los chichimecas), los apaches, los lipanes, son reuniones de pueblos cazadores que infestan con sus correrías, a veces nocturnas, las fronteras de la Nueva Vizcaya, de la Sonora y del Nuevo México. Estos salvajes, como los de la América Meridional, manifiestan más vivacidad y carácter más fuerte que los indios agricultores; algunas pueblas [sic] de ellos tienen también idiomas cuyo mecanismo prueba una antigua civilización.<sup>203</sup>

Aunque en la cita anterior Humboldt concede a los indígenas del septentrión algunas supuestas cualidades, por ejemplo, la existencia de lenguas que denotaban un pasado civilizado,<sup>204</sup> el cuadro tiende a reforzar la condición “violenta”, “bárbara” y “guerrera” de éstos. Las descripciones que el científico alemán hace sobre las vastas regiones del norte son relevantes, entre otras cosas, porque abonan al conocimiento de la historia de la Nueva Vizcaya y de sus pobladores originarios. No se refiere el viajero a los tarahumaras propiamente, pero sí a su lengua, al momento de enlistar las más de 20 lenguas indígenas de las que tuvo conocimiento, “de las cuales catorce tienen ya gramáticas y diccionarios bastante completos”.<sup>205</sup> Justamente, es dentro de ese grupo cuando se refiere a la lengua tarahumara.<sup>206</sup>

El hecho de que, durante buena parte del siglo XIX, las correrías apaches captaron prácticamente la atención de los principales actores de la sociedad neovizcaína, primero, y más tarde de la chihuahuense. El panorama vendría a cambiar hacia el ocaso del siglo, cuando la Sierra Tarahumara empezó a despertar la atención de un cosmopolita grupo de viajeros y

---

<sup>203</sup> *Ibidem.*, p. 66.

<sup>204</sup> Humboldt menciona que el “reino de México” tenía una variedad mayor a las veinte lenguas vivas al momento de su viaje, catorce de las cuales contaban con gramáticas y diccionarios. Entre ellas, menciona a la “tarahumara”. *Ibidem.*, p. 54.

<sup>205</sup> *Idem.*

<sup>206</sup> Esta interesante gramática lleva la siguiente dedicatoria: “Al Exmo. Señor ciudadano general Guadalupe Victoria primer Presidente Constitucional de los Estados Unidos mexicanos”. P. Fr. Miguel Tellechea, Compendio gramatical para la inteligencia del idioma tarahumar: oraciones, doctrina cristiana, pláticas, y otras cosas necesarias para la recta administración de los Santos Sacramentos en el mismo idioma, dispuesto por el Padre Fray Miguel Tellechea predicador misionero apostólico del Colegio de Nuestra Señora de Gaudalupe [sic] de Zacatecas, ministro del Pueblo de Chínipas y ex-presidente de las Misiones de la Tarahumara, México, Imprenta de la Federación en Palacio, 1826 (Harry Ramson Center, Universidad de Texas en Austin).

hombres de ciencia, quienes recorrieron diversas partes de la Sierra, impulsados por distintos intereses y propósitos. Todos compartían, eso sí, la fascinación por describir y dejar plasmadas (tanto de manera escrita como gráfica) sus impresiones, reflexiones e investigaciones con respecto a este pueblo ancestral. Sus exploraciones estaban orientadas a la recolección de objetos etnográficos y de imágenes, con el propósito de documentar el proceso evolutivo. Claramente, el sujeto central de las reflexiones de estos exploradores era la raza. La suma de este conjunto de esfuerzos legó información relevante acerca de la situación en la que se encontraban estos indígenas durante la vuelta del siglo XIX al XX y, específicamente, acerca de cómo se fue construyendo una representación visual de los tarahumaras.

Si bien es cierto que a inicios del siglo XIX los viajes seguían siendo una experiencia restringida, éstos fueron incrementándose. Lentas, caras y riesgosas eran aquellas travesías, factibles sólo gracias a una serie de cambios de orden económico, cultural y social surgidos del contexto de la Revolución Industrial en Europa.<sup>207</sup> Sin duda, las motivaciones que las impulsaban eran de muy diverso tipo. Para entonces, se había desplegado toda una estrategia que promovía la obtención de información clave. Así, tales viajes de exploración respondían al interés científico de documentar, desde la perspectiva evolutiva, a los pueblos primitivos del mundo. Se debe advertir que tal interés llegó a conjugarse con frecuencia con la práctica del saqueo, lo cual permitió conformar importantes colecciones museísticas, como la del American Museum of Natural History y la del Peabody Museum. De igual modo, existía una

---

<sup>207</sup> B. de Lameiras, *Indios...*, *op. cit.*, pp. 13-14.

clara intención de dar a conocer al público, tanto europeo como estadounidense, sobre las posibilidades para la inversión de capitales, así como para descubrir nuevos mercados.

El siglo XIX fue una centuria de cambios trascendentales.<sup>208</sup> A lo largo de éste se produjo un fenómeno propio de la expansión colonial europea: el de los exploradores profesionales que se lanzan a recorrer el mundo sirviendo a una doble misión, por un lado, anunciar la nueva civilización moderna y, por otra, sirviendo a los intereses del desarrollo capitalista de la época. Fue determinante que las distancias geográficas se fueran reduciendo, toda vez que el mundo:

se convertía en un espacio más unitario -el planeta unido cada vez más estrechamente como consecuencia del movimiento de bienes e individuos, de capital y de comunicaciones, de productos materiales y de ideas- al mismo tiempo sufría una división.<sup>209</sup>

Al respecto, Hobsbawm agrega que los conceptos de raza y “progreso” fueron impregnando la ideología de la época, provocando el surgimiento de dos grupos: “Aquellos cuyo lugar en las grandes celebraciones internacionales del progreso, las exposiciones universales, estaba en los *stands* del triunfo tecnológico, y aquellos cuyo lugar se hallaba en los ‘pabellones coloniales’ o ‘aldeas nativas’ que los contemplaban”.<sup>210</sup>

El capitalismo moderno, el progreso mecánico, las máquinas de vapor, las fábricas y los ferrocarriles, el acelerado proceso de urbanización de las ciudades que aumentaban en número y en tamaño, el fomento de la prensa, la invención del telégrafo y la fotografía son tan sólo una pequeña muestra de la herencia legada por este siglo, el cual estuvo signado por

---

<sup>208</sup> Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, México, Siglo XXI, p. 3.

<sup>209</sup> Eric Hobsbawm, *La era del imperio, 1875-1914*, Buenos Aires, Crítica-Grupo Editorial Planeta, 2009, p. 22.

<sup>210</sup> *Ibidem.*, pp. 39-40.

la construcción de Estados nacionales, de nacionalismos y de revoluciones. También de libertades, pero de igual forma, estuvo marcado por el surgimiento de una sociedad disciplinaria que aspiraba a encauzar a los individuos para hacerlos dóciles y útiles.<sup>211</sup> Éstas y otras transformaciones dieron un sustantivo empuje a la modernidad, entendida no sólo como “una idea, un ideal o una ideología”, sino también como “la articulación simultánea de procesos históricos diferentes la cual, a lo largo de los últimos cinco siglos, emergió elaborada dentro de procesos de poder y significación disyuntivos e intersecados, autorizados y refutados”.<sup>212</sup>

Hacia el ocaso del siglo XIX, la ciencia y la industria eran consideradas las bases del progreso. No obstante, ya para entonces, las manifestaciones de “progreso” suscitaban reacciones escépticas e incluso pesimistas.<sup>213</sup> Dentro de ese complejo contexto, los viajes decimonónicos pueden ser entendidos, *grosso modo*, como una expresión más del avance de la modernidad. A diferencia de los realizados durante el siglo XV, signados por el deseo de descubrir nuevas tierras y nuevas rutas de navegación que fomentaran el comercio, éstos

---

<sup>211</sup> Michel Foucault, *Vigilar y castigar*, México, Siglo XXI Editores, 2009.

<sup>212</sup> La modernidad, señala Saurabh Dube, se refiere “a procesos que implican, por ejemplo, capital y consumo, industria e imperio, naciones y colonias, súbditos y ciudadanos, esferas públicas y espacios privados, religión(es) específica(s) y conocimiento(s) desencantado(s), actos de fe resurgentes y tradiciones deificadas, estados normalizadores y regímenes disciplinarios, encantamientos de la gobernabilidad y la magia de lo moderno”. Saurabh Dube, “Sujetos de la modernidad”, en *Boletín de Antropología*, año/vol. 20, núm. 037, Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia, pp. 358-367. Por su parte, Marshall Berman define este concepto como “una forma de experiencia vital -la experiencia del tiempo y el espacio, de uno mismo y de los demás, de las posibilidades y los peligros de la vida- que comparten hoy los hombres y mujeres de todo el mundo de hoy [...]. Ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos. Los entornos y las experiencias modernos atraviesan todas las fronteras de la geografía y la etnia, de la clase y la nacionalidad, de la religión y la ideología: se puede decir que en este sentido la modernidad une a toda la humanidad. Pero es una unidad paradójica, la unidad de la desunión: nos arroja a todos en una vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia. Ser modernos es formar parte de un universo en el que, como dijo Marx, ‘todo lo sólido se desvanece en el aire’”. Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, México, Siglo XXI Editores, p. 1.

<sup>213</sup> E. Hobsbawm, *La era...*, *op. cit.*, p. 41.

fueron organizados en consonancia con las demandas de la Revolución Industrial y respondiendo a intereses coloniales, tanto externos como internos.<sup>214</sup>

Los ojos de Europa se dirigieron de nueva cuenta al resto del mundo,<sup>215</sup> siendo América Latina una de las regiones que atrajo la atención de una variada gama de viajeros (misioneros, diplomáticos, aventureros, coleccionistas, comerciantes, científicos, entre otros). Representaban los intereses de las potencias imperiales, responsables de financiar aquellas expediciones de nuevo cuño y cuyo trabajo se inserta en la llamada era de los museos que estimulaba la competencia por el desarrollo de los estudios de áreas culturales como la maya.

En efecto, América Latina ameritaba ser “redescubierta” y estudiada desde una óptica acorde con los nuevos tiempos. Es decir, bajo la lógica secular y de generación de conocimiento científico (de acuerdo con los postulados evolucionistas) que fuera capaz de incentivar y dinamizar la expansión económica y el tráfico de mercancías alrededor del mundo. Por ello, no extraña que las noticias sobre América Latina tuvieran cabida en las publicaciones científicas de Europa<sup>216</sup> y de los Estados Unidos.

---

<sup>214</sup> Con ello me refiero a que el anhelo por “colonizar” territorios no fue un interés exclusivo de las potencias de la época. Los propios estados hispanoamericanos se encontraban deseosos por ampliar el control y reforzar la soberanía sobre sus propios territorios.

<sup>215</sup> Ya durante los siglos XV y XVI se había desatado un primer momento clave que provocó una serie de descubrimientos y movimientos migratorios que conllevaron -entre otras cosas- a la apertura de nuevas rutas y demostraron la condición esférica de la Tierra. Brigitte B. de Lameiras, *Indios de México y viajeros extranjeros*, México, Secretaría de Educación Pública, 1973, p. 13.

<sup>216</sup> Mónica Quijada, al evaluar la presencia del tema latinoamericano en tres de las revistas europeas de mayor prestigio (el *Journal of the Anthropological Institute de Londres* fundado en 1869; la *Revue d'Anthropologie* de París fundada en 1872 y el *Zeitschrift für Ethnologie* de Berlín, que de igual forma data de 1872), detecta que éstas estaban dirigidas no sólo por destacados científicos, algunos de ellos además de ser lectores fungían como autores, sino también a un público diverso, entre quienes se encontraban “profesionales con intereses variados y sobre todo de ‘caballeros’, personas a quienes la disposición de holgados medios económicos y tiempo libre les permitía satisfacer la curiosidad por temas científicos novedosos que estaba muy extendida en la época”. Mónica Quijada, “América Latina en las revistas europeas de antropología, desde los inicios hasta 1880. De la presencia temática a la participación académica”, en *Revista de Indias*, vol. LXV, núm. 234, 2005, pp. 320-321.

Por entonces, la sociedad europea mostraba interés por conocer más de cerca las circunstancias históricas, políticas, sociales y económicas que determinaban las condiciones de vida de los territorios explorados y de sus pueblos, los cuales eran considerados como “primitivos” y/o “salvajes”. En los “salones” europeos, eran comentadas con fascinación las hazañas de aquellas travesías,<sup>217</sup> impactando notablemente en el mundo editorial y en el mercado de libros del viejo continente,<sup>218</sup> los cuales se beneficiaban con el éxito alcanzado por el género literario de relatos de viaje, acogidos con gran interés por el público de la época. Algo similar ocurrió en los Estados Unidos, país de donde provenía un número importante de viajeros que recorrieron diversas partes del mundo, incluyendo el suroeste de su país. Llama la atención el caso de John Lloyd Stephens y su acompañante, el dibujante y fotógrafo inglés Frederick Catherwood.<sup>219</sup> En 1839, viajaron juntos a Belice con la intención de recorrer América Central, Chiapas y Yucatán. De esa larga travesía, resultó el célebre libro *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatán*, 2 vols., Nueva York, Harper, 1841.<sup>220</sup> Brian Fagan sostiene que ambos exploradores “crearon con sus libros (ampliamente ilustrados con los magníficos grabados de Catherwood) toda una nueva generación de

---

<sup>217</sup> Claudia Canales, *El barón trashumante Alexander von Humboldt*, México, CONACULTA-PANGEA, 1994, p. 16.

<sup>218</sup> Walther L. Bernecker, “Literatura de viajes como fuente histórica para el México decimonónico. Humboldt, inversiones e intervenciones”, en *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, julio-diciembre, núm. 038, 2003, pp. 35-56.

<sup>219</sup> John L. Stephens y Frederick Catherwood son considerados, junto con Désiré Charnay y Alfred P. Maudslay, los pioneros de la arqueología maya. Se debe tener presente que el área cultural maya fue la que atrajo más la atención de los arqueólogos, tanto a lo largo del siglo XIX como en los albores del siglo XX. No obstante, lo anterior habría de cambiar a inicios del siglo XX, cuando en el centro de México se empezó a dar “la mayor actividad arqueológica”. Francisco Mendiola, *Las texturas del pasado. Una historia del pensamiento arqueológico en Chihuahua*, México, Chihuahua, Escuela Nacional de Antropología e Historia-Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2008, p. 81.

<sup>220</sup> Este libro fue muy bien acogido en Estados Unidos y en Europa. Tuvo sucesivas ediciones y reimpressiones, y en poco tiempo, sus primeras traducciones. A Stephens “[s]e le ha reconocido como uno de los autores que dieron mayor impulso a los estudios sobre la historia y la arqueología de la América Precolombina, pues su obra, si bien no constituye una investigación erudita ni mucho menos exhaustiva, sí logró atraer la atención de los investigadores y del público lector hacia los temas relacionados con la historia antigua de los pueblos americanos”. John Lloyd Stephens, *Incidentes de viaje en Chiapas*, Juan C. Lemus traducción y nota preliminar, México Porrúa, 1989, p. 11.

escritores de viajes en América. Pronto hubo muchos seguidores, en su mayoría autores de obras acerca de viajes por el oeste americano, a donde cada vez era más fácil viajar y donde los asentamientos de hombres blancos aumentaban constantemente”.<sup>221</sup>

En efecto, los viajeros que llegan a la América hispana en el ocaso del siglo XIX conformaron un grupo diverso que respondía a los intereses políticos y económicos de los países industrializados de Europa, así como de los Estados Unidos, país que por entonces se consolidaba como potencia imperial. El hecho de que la prohibición de ingreso a las colonias españolas en América durante el periodo colonial limitara la información accesible sobre recursos, geografía, condiciones sociales y económicas, explica que, tras la Independencia, se incrementara el atractivo por viajar al continente, y los intereses tanto estratégicos como comerciales de las potencias dominantes en esa época. En este sentido, los viajes de los observadores y hombres de ciencia que llegan a México a fines del siglo XIX no eran ajenos a tales propósitos.

Así pues, las relaciones entre la investigación científica y los intereses estratégicos y comerciales se entremezclaban. Concretamente, el interés puesto de manifiesto por los viajeros en relación con las poblaciones indígenas de México se enfocó en el periodo prehispánico. Andrés Medina indica que aquellas investigaciones tendían a desentenderse de los indios contemporáneos, es decir, de los indígenas vivos, lo que explica que los ataques o conflictos en los que éstos se veían involucrados no merecían mayor atención.<sup>222</sup>

---

<sup>221</sup> Brian Fagan, *Precursores de la arqueología en América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 267.

<sup>222</sup> Esta tendencia experimentaría un giro notable a partir de 1910, tras la fundación de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnografía Americanas, en la cual participaron figuras de la talla de Franz Boas y Eduard Seler. Andrés Medina, “Etnografía y fotografía. Experiencias con la cámara en el trabajo de campo”, en

Dentro de la geografía latinoamericana, el septentrión de México se convirtió en un destino atractivo, dadas las riquezas del medio natural de la región, los vestigios arqueológicos, como los de Casas Grandes, las particularidades de la población nativa, así como las afinidades geográficas y culturales con el suroeste de los Estados Unidos. Se debe advertir que el periodo del cual se ocupa esta investigación, 1892-1911, se caracterizó por la configuración de un racismo legitimado por el evolucionismo de Charles Darwin y el darwinismo social de Herbert Spencer, que impactaron de manera profunda en el mundo social, cultural y político. En tal contexto, la antropología evolucionista, dominante desde el punto de vista teórico hacia la segunda mitad del siglo XIX, se constituyó en una herramienta útil para el registro y el estudio de la evolución de las sociedades y de las razas. Como ciencia natural, la antropología tuvo una base biológica que la hacía poner énfasis en la somatometría, en las imágenes y en las mediciones de los cuerpos de los “primitivos” del mundo. Se consideraba que justamente esa base era la que determinaba las características lingüísticas y culturales. Así, la biología permitía “explicar” las desigualdades raciales, “sobre todo por parte de aquellos que se sentían destinados a detentar la superioridad”.<sup>223</sup>

Así pues, el norte de México fue visitado por varios viajeros estadounidenses, entre ellos, Josiah Gregg, un comerciante y escritor, quien recorrió a finales de la década de 1830 los estados de Chihuahua, Durango y Zacatecas.<sup>224</sup> El naturalista y escritor Frederick A. Ober

---

*Cuicuilco. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, Nueva época, Vol. 5, Núm. 13, mayo/agosto, 1998, p. 211.

<sup>223</sup> E. Hobsbawm, *La era...*, *op. cit.*, p. 40.

<sup>224</sup> José Antonio Rodríguez, “Práctica de la fotografía en el noroeste mexicano”, en *Alquimia*, septiembre-diciembre, año 8, núm. 22, p. 13. Josiah Gregg viaja al sur de los Estados Unidos, en primera instancia, por razones de salud y, en segundo lugar, porque estaba deseoso de experimentar la apasionante vida de las praderas. Además, como comerciante, Gregg tuvo un gran interés por conocer sobre el origen y desarrollo de la actividad comercial en torno a Santa Fe, Nuevo México. Esta obra contiene unos cuantos grabados de gran calidad que evocan el recorrido realizado por las caravanas que, anualmente, partían de ciudades como Missouri hacia este punto nodal del comercio entre México y el sur de los Estados Unidos. Durante nueve años cruzó las praderas

viajó varias veces a México a partir de 1881, recorriendo los estados de Yucatán, Tlaxcala, Puebla, Veracruz, Oaxaca, Sonora, Chihuahua, entre otros.<sup>225</sup> El polifacético californiano Charles Fletcher Lummis viajó en 1896 a México y visitó varias entidades, entre ellas, Chihuahua, Guanajuato, León, Zacatecas, Ciudad de México, Puebla y Oaxaca. Más tarde también viajaría a América Central y a los Andes.<sup>226</sup> Ninguno de estos tres viajeros da cuenta de haber estado en la región serrana, sin embargo, legaron valiosos testimonios escritos y visuales de sus respectivos itinerarios.

Fue en las postrimerías decimonónicas, cuando los tarahumaras empezaron a ser considerados como objeto de estudio, especialmente tras la pacificación de los apaches en la década de 1880. Entre los viajeros que recorrieron el estado de Chihuahua, incluyendo la Sierra Tarahumara, encontramos militares, sacerdotes, naturalistas y amantes de los vestigios arqueológicos. Estuvieron fuertemente influenciados por la perspectiva colonialista que

---

en ocho ocasiones, teniendo oportunidad de viajar por el norte de México, particularmente por el estado de Chihuahua, aunque no se tiene noticia de que haya llegado a la región serrana. Harry Ramson Center, Universidad de Texas en Austin (en adelante HRC-UT). Josiah Gregg, *Commerce of the prairies, the Journal of a Santa Fe Trader, during eight expeditions across the great western prairies, and a residence of nearly nine years in northern Mexico*, 2 vols., New York, H.G. Langley, 1844, pp. iv-vii.

<sup>225</sup> La obra de Frederick A. Ober contiene 190 ilustraciones, grabados hechos principalmente a partir de las fotografías del autor, y se encuentra dividida en tres grandes secciones: 1. Yucatán, 2. Centro y sur de México y 3. entidades limítrofes. A Chihuahua le dedica un breve capítulo intitulado “Chihuahua, el gran estado fronterizo”, haciendo en él referencia al sitio arqueológico de Casas Grandes. El autor dedicó esta obra al acaudalado Stephen Salisbury Jr., hombre de negocios, amante de la arqueología y del arte americano, quien probablemente financió parte de la obra. Rare Books, Nettie Lee Benson Latin American Collection, Universidad de Texas en Austin (en adelante RB-NLB-LAC). Frederick A. Ober, *Travels in Mexico and Life Among the Mexicans*, Boston, Estes and Lauriat Publishers, 1884.

<sup>226</sup> Las impresiones del viaje de Charles F. Lummis por México aparecieron por entregas en la *Harper's Magazine*. Más tarde, fueron reunidas con otros escritos sobre México en el libro *The Awakening of a Nation*; Jesse Lerner, “Charles Flechter Lummis en Chihuahua,” en *Alquimia*, septiembre-diciembre, año 8, núm. 22, 2004, pp. 26-27. La portada del libro indica que se trataba de una publicación “profusamente ilustrada”, en efecto, contiene más de 50 ilustraciones realizadas a partir de las fotografías tomadas por el autor, incluye retratos del general Porfirio Díaz y de los gobernadores de Chihuahua Miguel Ahumada y Luis Terrazas. A este último, lo considera el “King of Chihuahua”, mientras que al estado propiamente lo califica como un estado feliz, y a la capital como una ciudad modelo. Cabe mencionar que Lummis hace en las primeras páginas de su libro un reconocimiento a la labor única de Humboldt y de Bandelier. RB-NLB-LAC, Charles F. Lummis, *The Awakening of a Nation. Mexico of To-day*, New York and London, Haper & Brothers Publishers, 1898, pp. 3 y 14.

prevalecía por entonces, los impulsaba también el afán por “conocer” con el fin de “controlar”. Aunque es verdad que al final del siglo XIX las expediciones encabezadas por mexicanos a la Tarahumara fueron escasas, esto no significó que el régimen de Porfirio Díaz y los sectores vinculados a la ciencia en el país no hubieran manifestado auténtico interés por apoyarlas. Todo lo contrario: el interés mostrado durante el régimen porfiriano con respecto a la Sierra Tarahumara estuvo signado tanto por intereses coloniales (externos e internos) como por las ideas en boga, deseosas de explicar el devenir de la humanidad en términos evolutivos, y por el afán de alcanzar el “progreso”. Por tal razón, la atracción por esta región no fue un caso aislado. Otras regiones del norte de México, del resto del país, e incluso de América Latina y del mundo estaban siendo igualmente escrutadas por entonces.

A la Sierra Tarahumara llegaron, de manera concreta, el suizo estadounidense Adolph F. Bandelier (1840-1914), el estadounidense de origen inglés Edward Palmer (1822-1911), el estadounidense de origen polaco Frederick Schwatka (1849-1892), el belga, sacerdote jesuita Aquiles Gerste (1854-1920), y el noruego Carl Lumholtz (1851-1922).<sup>227</sup> El relato de Frederick Schwatka titulado *In the Land of Cave and Cliff Dwellers* (1ª ed. 1893, 2ª ed. 1895 y 3ª ed. 1899) dejó testimonio visual de los tarahumaras a través de grabados y litografías (Cuadro 2). Estas imágenes son, al menos hasta el momento, las primeras representaciones de este tipo y de esa época que han podido ser localizadas.

---

<sup>227</sup> La obra de los últimos tres viajeros será analizada a profundidad, pues cada uno de ellos llevó a cabo trabajos en los cuales la representación visual de los tarahumaras ocupó un lugar protagónico.

## Cuadro 2

### Temáticas presentes y ausentes en las representaciones gráficas y fotográficas de los rarámuri entre 1892 y 1911

Expedicionario	Temas presentes	Temas ausentes
Frederick Schwatka	Diversos tipos de vivienda, cuevas, vestido, labores, paisaje, tipos humanos.	Rituales rarámuri, interiores de vivienda.
Aquiles Gerste	Vivienda, tarahumaras portando artefactos religiosos, tarahumaras gentiles, paisaje, osamentas, actividades productivas.	Rituales rarámuri, interiores de vivienda, tarahumaras corredores, mujeres desnudas objetos aislados, animales, tecnología moderna.
Carlos Lumholtz	Rituales, viviendas, vestido, paisaje, tipos humanos, antropometría, osamentas, objetos aislados, animales, tarahumaras corredores, mujeres desnudas.	Interiores de las viviendas indígenas, indígenas haciendo uso de tecnología, labores en el campo.
Elaboración propia.		

Mientras tanto, Gerste y Lumholtz reunieron materiales fotográficos de contenido etnográfico de gran valor. Se puede decir que cada uno de los viajeros y expedicionarios mencionados mostraron signos de esa fascinación por lo primitivo y lo exótico, dando cuenta de un fenómeno de tintes globales propio de la modernidad decimonónica que conjugaba el deseo de dar a conocer los alcances de la civilización moderna al tiempo que servían a los intereses del desarrollo capitalista de la época.

Por lo tanto, no extraña que las peculiaridades geográficas y culturales de la Sierra Tarahumara atrajeran miradas foráneas, ávidas de conocer y documentar las potenciales

riquezas de ese mundo emparentado con la cultura indígena del suroeste de los Estados Unidos, al parecer tan primitivo, ajeno y a punto de desaparecer. Cabe advertir que en el caso de los estadounidenses, el interés expresado por este pueblo indígena se explica, en parte, porque era considerado como una extensión de las culturas indígenas de los Estados Unidos.

Otras expediciones importantes llegaron por entonces a México; tales fueron los casos de las de León Diguét (1859-1926)<sup>228</sup> y Frederick Starr (1858-1933), contemporáneas a las de Schwatka, Gerste y Lumholtz.<sup>229</sup> Tanto Diguét como Starr viajaron por diversas regiones de México, dejando muy diversos testimonios fotográficos, entre ellos, de los pueblos indígenas. El primero permaneció en Baja California entre 1889 y 1892. Una parte significativa de sus fotografías fueron capturadas siguiendo las pautas de la fotografía antropométrica.<sup>230</sup> Por su parte, Frederick Starr llegó por primera vez a México en 1894<sup>231</sup> y en 1896 viajó desde la ciudad de Oaxaca hasta la de Guatemala. Más tarde regresó con el equipo técnico necesario para estudiar a poblaciones originarias de los estados de México, Michoacán, Tlaxcala y Puebla. En los albores de 1898, Starr viajó de nueva cuenta a Oaxaca,

---

<sup>228</sup> León Diguét llegó en 1899 a la ciudad minera de Santa Rosalía, en Baja California Sur. Allí combinó su trabajo para la mina de cobre El Boleo (de la compañía francesa Rothschild) con su interés por la ciencia. La primera de sus 40 publicaciones (1898) versó sobre los huicholes. Abordó también temas relacionados a la geología, zoología, botánica, arqueología, etnología y lingüística. Durante tres años, reunió valiosas colecciones de diverso tipo que mostró a su regreso a Francia en 1892. El Ministerio de Instrucción Pública mostró su interés y le encomendó una serie de misiones científicas en México. Jean Meyer, “Presentación”, en León Diguét, *Fotografías del Nayar y de California 1893-1900*, México, Instituto Nacional Indigenista–Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1991, pp. 9-10.

<sup>229</sup> Frederick Starr, *Indians of Southern Mexico an Ethnographic Album*, Chicago, Lakeside Press, 1899, pp. 7-8 (RB-NLB-LAC). De este mismo autor es el libro *En el México indio. Un relato de viaje y trabajo*, pról. Beatriz Scharrer, trad. Gloria Benuzillo, CONACULTA, 1995.

<sup>230</sup> León Diguét y Carl Lumholtz fueron contemporáneos y ambos recorrieron el Gran Nayar; sin embargo, no llegaron a coincidir, ya que el primero llegó a la zona cuando Lumholtz recién la abandonaba. J. Meyer, “Presentación”, en L. Diguét, *Fotografías...*, *op. cit.*, p. 9.

<sup>231</sup> De acuerdo con Marco Antonio Calderón-Mólgora, aquél primer viaje a México no respondió a intereses científicos, sino que respondió a fines comerciales. Marco Antonio Calderón-Mólgora, “Frederick Starr por el sur de México”, en *LiminaR*, vol. 11, no. 1, enero-junio, 2013, 171-179. Recuperado de [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1665-80272013000100012](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1665-80272013000100012)

llevando a cabo mediciones, fotografías y modelados. Una parte de los cerca de 750 negativos aparecen en el libro *Indians of Southern Mexico*.<sup>232</sup>

Sin duda alguna, los trabajos realizados por Starr y Lumholtz, merecerían un estudio comparativo a profundidad,<sup>233</sup> pues si bien sus respectivos proyectos y expediciones fueron contemporáneos,<sup>234</sup> y en ellos destacó el uso de la fotografía para documentar al otro, también existen notables diferencias que separan al geólogo y antropólogo físico -quien llegó a convertirse en académico de la Universidad de Chicago-<sup>235</sup> del explorador profesional noruego, a quien Aäron Moszowski denomina “coleccionista mercenario”<sup>236</sup> y cuyo trabajo –a diferencia de los señalado por Jáuregui- no podría ser etiquetado como “una antropología

---

<sup>232</sup> De acuerdo con Débora Dorotinsky, Starr, a diferencia de Lumholtz, no se ocupó de capturar las fotos empleadas en sus investigaciones, para ello contó con el apoyo de los fotógrafos Charles B. Lang, “quien acompañó a Starr en por lo menos tres de sus viajes” y con el de Bedros Tartarian, quien formó parte de las expediciones encabezadas por el antropólogo físico a partir de 1898. Débora Dorotinsky, “La vida de un archivo. ‘México indígena’ y la fotografía etnográfica de los años cuarenta en México”, tesis para optar por el grado de Doctora en Historia del Artes, Universidad Nacional Autónoma de México, México D. F., 2003, p. 173.

<sup>233</sup> Frederick Starr y Carl Lumholtz coinciden –como era tan común en la época- en haber adquirido piezas arqueológicas para conformar colecciones de museos. Calderón-Mólgora advierte que en el caso de Starr esto ocurrió en el “primero de sus múltiples viajes al país fue en el año 1894 [...]. Entró en contacto con algunos coleccionistas de arte y empresarios mexicanos. Gracias a Starr, el Museo Walker de la Universidad de Chicago adquirió varias piezas arqueológicas de importantes colecciones [por ejemplo la de Antonio Peñafiel]”. M. A. Calderón, “Frederick Starr...”, *op. cit.*, pp. 172-173. Por su parte, Lumholtz como expedicionario hizo lo propio para el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York; no obstante, se debe insistir que el noruego, quien contaba con una formación universitaria general, no puede ser considerado como un antropólogo a diferencia de Starr, quien adquirió una sólida preparación en dicha disciplina. Cabe advertir que el estadounidense reconoció el trabajo realizado por Lumholtz en el “Prefacio” de la obra *In Indian Mexico: a Narrative of Travel and Labor*, Chicago: Forbes & Company, 1908, p. v (Biblioteca Arturo Agüero Chaves, Sede de Occidente, Universidad de Costa Rica).

<sup>234</sup> Starr viajó a México entre 1892 y 1910, mientras que Lumholtz lo hizo entre 1890 y 1910.

<sup>235</sup> Calderón-Mólgora señala que Starr formó parte del “equipo de investigación de Franz Boas durante la exposición mundial de 1892 de Chicago, llevó a cabo estudios de antropología física entre los cheroqui. En relación con dicha feria publicó un artículo sobre antropología en el que, siguiendo a Lambroso, vincula el ‘comportamiento criminal y la moralidad con la evolución de la mente salvaje’ [...]. Ese mismo año formó parte del grupo fundador de la Universidad de Chicago encabezado por William Harper, quien le encomendó la tarea de crear y organizar, junto con Albion Small, un área de ciencias sociales o sociología [...]. En esa etapa de su vida estaba muy interesado en la antropología física y en la historia natural”. M. A. Calderón-Mólgora, “Frederick Starr...”, *op. cit.*, p. 172.

<sup>236</sup> Aäron Moszowski Van Loon, “Los ojos imperiales de un coleccionista mercenario: Carl Sofus Lumholtz y el México desconocido”, tesis para optar por el grado de Maestro en Filosofía de la Ciencia, Universidad Nacional Autónoma de México, México D. F., 2010.

integral de tipo boasiano”,<sup>237</sup> dado que el quehacer de Lumholz estuvo fuertemente influenciado por intereses distintos a los exclusivamente académicos. Otra diferencia importante entre ambos se relaciona con las regiones estudiadas por cada uno, así por ejemplo, Starr se ocupó del estudio del sur de México; mientras las investigaciones de Lumholtz se centraron en el norte (Sonora, Chihuahua, Durango), aunque también abarcó estados del occidente (Nayarit, Jalisco, Michoacán) y del centro sur de México (Estado de México).

### Frederick Schwatka y su relato de viaje en *In the Land of Cave and Cliff Dwellers*

Poco se sabe sobre la vida, obra y trayectoria del viajero Frederick Schwatka. Fue médico, abogado y teniente del ejército de los Estados Unidos,<sup>238</sup> y a instancia de la Sociedad Geográfica estadounidense, participó en una expedición al Ártico canadiense entre 1878 y 1880, con el propósito de localizar restos de la expedición perdida de Sir John Franklin (1845).<sup>239</sup> Por entonces, como ahora, el Ártico era considerado un espacio atractivo y exótico, donde la imaginación e intereses científicos confluyeron con marcada fuerza, en parte, por la presencia de sus habitantes (los *inuits*, mal llamados esquimales), así como por su geografía

---

<sup>237</sup> Jesús Jáuregui, “Lumholtz en México”, en *Carl Lumholtz. Montañas, duendes, adivinos...*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1996, p. 12.

<sup>238</sup> Son escasos los trabajos que existen sobre las expediciones de Schwatka, lamentablemente, la atención está puesta en las realizadas al Ártico. La más antigua es la obra de William Gilder intitulada *Schwatka Search: Sledging in the Arctic in Quest of the Franklin Records*, New York, Charles Scribner’s Sons, 1881. En 1977, Edouard A. Stackpol editó la obra *The Long Arctic Search: The Narrative of Lieutenant Frederick Schwatka*, Chester, Connecticut, The Peguot Press. Por otra parte, se encuentra un artículo de Richard C. Davis, profesor de la Universidad de Calgary, Canadá, titulado “Frederick Schwatka (1847-1892)”, en *Arctic Journal*, vol. 37, no. 3, 1984, pp. 302-303. Recuperado de <http://arctic.synergiesprairies.ca/arctic/index.php/arctic/article/view/2209/2186>

<sup>239</sup> Este viaje tuvo también como propósito encontrar los restos humanos de la expedición que encabezó el famoso capitán de la Armada Real de Inglaterra Sir John Franklin, que zarpó en 1845 de aquel país y desapareció sin dejar rastro en territorio de esquimales. J. L. Sariago, “La antropología...”, *op. cit.*, pp. 148-149. El interés de este viajero por el Ártico se había manifestado desde la década de 1860. Hacia 1883, Schwatka tuvo oportunidad de viajar nuevamente al Ártico.

y naturaleza salvaje. En 1883, Schwatka participó, a solicitud de la armada, en una nueva expedición, esta vez a lo largo del río Yukón en Alaska. Aquel viaje le daría cierta fama al joven militar, al convertirse en uno de los recorridos más prolongados llevados a cabo en dicha región. Tras su regreso, el viajero renunció a la milicia, pero continuó con sus expediciones. Así, Schwatka encabezó dos viajes más a Alaska y recorrió el norte de México (Sonora y Chihuahua) entre 1889 y 1890.<sup>240</sup>

Parte de las vivencias e impresiones de Frederick Schwatka del septentrión mexicano, incluyendo la Sierra Tarahumara, quedaron plasmadas en su libro (publicado póstumamente) *In the Land of Cave and Cliff Dwellers*, cuya traducción al castellano sería *En la tierra de los habitantes de cuevas y acantilados*.<sup>241</sup> Se trata de una obra que bien merece ser rescatada del relativo olvido en el que se encuentra, estudiada y traducida al castellano. Las ilustraciones en ella contenidas son dignas de un análisis detenido. La tercera edición incluye un total de 47 imágenes, entre grabados y litografías, de las cuales cerca de una treintena representa el paisaje serrano y a los tarahumaras.<sup>242</sup>

El valor histórico del relato de viaje de Schwatka es indiscutible, al constituir el antecedente más inmediato de los estudios realizados sobre los tarahumaras por Carl Lumholtz y Aquiles Gerste.<sup>243</sup> Por ello, la mirada del teniente Schwatka bien puede ser

---

<sup>240</sup> Frederick Schwatka, "Preface", *In the Land of Cave and Cliff Dwellers*, New York, The Cassell Publishing Co., 1893. Recuperado de <https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=yale.39002005870564;view=2up;seq=10>

<sup>241</sup> La primera edición de este libro corresponde a 1893, la siguiente a 1895. La edición de *In the Land...* que principalmente ha sido consultada durante esta investigación es la de 1899, la cual obtuve gracias al Dr. Juan Luis Sariago, qepd, quien amablemente me facilitó una copia digital.

<sup>242</sup> La segunda edición es de 1895 y fue publicada también por The Cassell Publishing Co. en Nueva York. El texto y las imágenes no presentan cambios en relación con la primera edición. Este libro tiene numerosas reimpresiones durante el siglo XX. Una de las más destacadas es la que salió a la luz en 1977 bajo el sello editorial de The Rio Grande Press, Inc., Glorieta, Nuevo México.

<sup>243</sup> Tal y como lo ha señalado Andrés Medina, el relato o diario de viajero constituye el antecedente de la monografía etnográfica, la diferencia entre ambos géneros estriba en "el rigor impuesto a las observaciones y, sobre todo, la referencia implícita a diversas concepciones teóricas". Andrés Medina Hernández, "La línea difusa: etnografía y literatura en la antropología mexicana". Prólogo en María Teresa Valdivia Dounce, *Entre*

calificada como privilegiada, dado que el estudio de este pueblo indígena y su cultura prácticamente había sido abandonado desde la expulsión de los jesuitas. Esto último provocó la dispersión y desaparición del acervo documental que dichos religiosos habían reunido en relación con la población originaria del actual estado de Chihuahua, lo que dificultó su estudio durante el siglo XIX.<sup>244</sup> De ahí que las imágenes incluidas en esta obra adquieran una relevancia aún mayor, en vista de que hasta el momento no han sido localizadas representaciones gráficas anteriores,<sup>245</sup> a saber: pinturas de castas, tipos populares o escenas costumbristas. Tampoco, figuras de seda, que tanto éxito tuvieron durante la primera mitad del siglo XIX, ni otras representaciones en las llamadas artes aplicadas novohispanas (ebanistería, cerámica, textiles).<sup>246</sup>

Desde esta perspectiva, el relato de viaje de Schwatka permite adentrarse en la mirada moderna, secular y de tintes coloniales que distinguió el proceso de conocimiento y

---

*yoris y guarijíos. Crónicas sobre el quehacer antropológico.* México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 2007, p. 26.

<sup>244</sup> En 1777, fueron escritas algunas relaciones franciscanas; sin embargo, posterior a ellas no hubo una producción bibliográfica. Carlos González H. y Ricardo León G., *Civilizar o exterminar. Tarahumaras y apaches en Chihuahua, siglo XIX*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2000, pp. 14 y 17.

<sup>245</sup> María Esther Pérez Salas menciona que en el Museo de América de Madrid se encuentra la colección más importante de figuras de cera, ejecutadas por Andrés García, probablemente en la década de 1840. En ella, se destacan figuras de indígenas del norte de México “que ya desde los cuadros de castas habían sido representados”. La autora menciona que es significativo que hubieran sido trabajados en tres dimensiones, considerando que si bien “no formaban parte de los tipos populares que circulaban en la capital, sí estaban presentes en el ánimo de sus habitantes, pues continuamente se tenía noticia sobre sus incursiones en varios estados de la República.” M. E. Pérez Salas, *Costumbrismo...*, *op. cit.*, pp. 139- 140 y 142. Sin embargo, el ejemplo que brinda la autora, “Guerrero indio”, corresponde probablemente a un indio apache, por cierto muy distinto al representado por Linati, a excepción del uso del arco y la fecha.

<sup>246</sup> El litógrafo italiano Claudio Linati, en su célebre obra *Trajes civiles, militares y religiosos de México*, publicada por primera vez en 1828 en la Litografía Real de Jobard, en Bruselas, Bélgica, recrea diversos trajes y escenas costumbristas del México recién independizado, e incluye una litografía de un indio apache, único representante de las poblaciones indígenas del septentrión. La rica imagen aparece acompañada de un texto en el que el autor da cuenta de sus constantes invasiones a las provincias del norte de México a causa de “la superioridad de las armas europeas”. Distingue a los apaches “de los indios civilizados de México” por sus “rasgos duros, su nariz agüileña y la conformación de su frente”. Describe puntualmente el traje de los apaches y advierte que sus armas -el arco, la flecha y la lanza- empezaban a ser reemplazadas por las de fuego. Claudio Linati, *Trajes civiles, militares y religiosos de México*, 1828, México, Porrúa, 1979, pp. 108-109.

reconocimiento de los “tarahumari indians”, manera en que el propio viajero pluralizó el gentilicio. Por el contenido visual de esta obra, que incluye grabados y litografías, (Cuadro 3), puede ser considerada como un puente entre dos tradiciones. Por un lado, los textos proto-etnográficos del periodo colonial (cartas y crónicas de misioneros -jesuitas y franciscanos-, y documentos escritos por funcionarios coloniales) y, por otro, los primeros estudios modernos realizados por Lumholtz y Gerste sobre los tarahumaras.

### Cuadro 3

#### **Ediciones del relato de viaje de Frederick Schwatka, *In the Land of Cave and Cliff Dwellers* durante el siglo XIX**

<b>Edición</b>	<b>Año</b>	<b>Editorial</b>	<b>Características de las ilustraciones</b>
1a.	1893	The Cassell Publishing Co. <sup>247</sup>	Grabados por: Landeau, D.D.S., Krabner
2da.	1895	The Cassell Publishing Co.	Grabados por: Landeau, D.D.S., Krabner
3a.	1899	The Educational Publishing Co. <sup>248</sup>	“New Edition”. Además, de los grabados de las ediciones anteriores son incorporadas litografías del artista de apellido Munro, algunas de ellas basadas en los grabados de Landeau, otras son resultado producto de su inventiva de acuerdo con la línea editorial.
Elaboración propia.			

Todo indica que las expediciones que Schwatka realizó por el noroeste de México fueron de carácter privado. No pareciera haber contado con el respaldo de institución académica o museística alguna, habiéndose retirado por entonces del ejército. No obstante,

<sup>247</sup> La editorial The Cassell Publishing Co. fue fundada en 1848, por John Cassell, la cual durante la década de 1890 adquirió dimensión internacional. Recuperado de [https://en.wikipedia.org/wiki/Cassell\\_\(publisher\)](https://en.wikipedia.org/wiki/Cassell_(publisher))

<sup>248</sup> El libro *The Children of the Cold* también fue publicado en esta misma editorial, en 1899, con la indicación de que se trataba de una nueva edición. Esta edición incluye grabados y litografías, estas últimas son también de autoría de Munro. La primera edición de este libro apareció, en Nueva York, bajo el sello editorial de The Cassell Publishing Co., en 1893.

recibió el apoyo del gobernador Lauro Carrillo, quien intercedió ante las autoridades locales de los lugares que el estadounidense visitó.<sup>249</sup>

El itinerario de su travesía arranca a inicios de marzo de 1889 en Deming, Nuevo México, cuando aún la nieve cubría de blanco algunas empinadas montañas, como aquella que tanto llamó la atención del viajero, conocida como “Tres Hermanas”.<sup>250</sup> Una vez que hubo penetrado en territorio chihuahuense, Schwatka avanzó hacia el sur hasta llegar a Ascensión, Corralitos, y luego a Casas Grandes. Allí tuvo oportunidad de desplegar sus conocimientos como expedicionario, nutriendo sus intereses arqueológicos, haciendo excavaciones, comprando piezas de alfarería, incluso, especulando (con un residente inglés vecindado en la región) acerca de las posibles causas de la desaparición de la cultura que habitara dicho sitio, a la que calificó como una civilización avanzada. Con una mezcla de asombro y admiración, Schwatka se refiere a la arquitectura de la cultura de Casas Grandes (canales para hacer más productiva la tierra, casas y fortificaciones), a la cerámica, a la alta densidad poblacional, a la valoración que del agua tuvieron aquellos antiguos habitantes. Sobre esta cultura, el viajero advertía que bien merecía un estudio exhaustivo: “Ellos eran gente maravillosa e interesante, que merecían ser estudiados cuidadosamente, incluso a pesar de la poca evidencia que hay sobre su existencia”.<sup>251</sup>

El viajero estadounidense continuó su recorrido por tren, incursionó en las ciudades de Hermosillo y Guaymas en Sonora, para luego regresar a Chihuahua y dirigirse hacia la

---

<sup>249</sup> F. Schwatka, *In the Land...*, *op. cit.*, p. 236.

<sup>250</sup> “Son un interesante elemento del paisaje conforme se aproxima el ferrocarril a Deming y objeto de nuestro artista en una ilustración” [“They form an interesting feature in the landscape as viewed from the railway on approaching Deming, and are the subject of an illustration by our artist”]. Dicha ilustración aparece en la página 19. F. Schwatka, *In the Land...*, *op. cit.* p. 21. Todas las traducciones del inglés al castellano provenientes de este libro fueron realizadas por Mónica Gómez Hendricks.

<sup>251</sup> “They were a wonderful and interesting people, one that would repay careful study, even from the little evidence of their existence that is left”. *Ibidem.*, p. 56.

Sierra Madre, visitando varios lugares, entre ellos, Cusihiuriachi, Carichí, Urique y Batopilas. Menciona haber viajado en compañía de colaboradores anónimos,<sup>252</sup> incluyendo a un artista (grabador).<sup>253</sup> En un inicio, da la impresión de que el autor viajó sin equipo fotográfico alguno; sin embargo, unas cuantas páginas antes de finalizar el libro, Schwatka se refiere en tres ocasiones a su cámara. Alude haber captado varias fotografías estando en Batopilas. Lamentablemente, ninguna de esas imágenes fue incluida en su relato de viaje, aun así, el autor las describe. Por esta razón, sabemos que una de las fotografías capturada por Schwatka registró a un conjunto de casas tarahumaras “semi-civilizadas” y “salvajes” (construidas en cuevas), a un par de hombres y a algunas mujeres en movimiento.

Antes de alcanzar La Laja en la segunda noche, pasamos los hogares de algunos indios, unos semi-civilizados y otros más salvajes en acantilados y cuevas. En un momento dado me detuve para fotografiar las casas de algunos de los habitantes de los acantilados, debajo de los cuales se ubicaba un par de chozas rudimentarias en piedra, construidas en un costado empinado de la montaña. No parecía que hubieran hombres en el lugar, pero apreciamos las figuras de algunas mujeres desplazándose por ahí, sus cuerpos cabizbajos para evitar ser vistas por nosotros. Dionisio, mi acompañante mexicano, se alarmó mucho cuando me quedé atrás para fotografiar a este extraño grupo de casas y en voz alta advirtió que los hombres nos dispararían si regresaban y nos sorprendían en lo que, para ellos, sería un extraño menester. Tal era su deseo de salir huyendo que fue casi imposible persuadirlo de que trajera mi cámara o sostuviera mi mula.<sup>254</sup>

---

<sup>252</sup> *Ibidem.*, p. 3.

<sup>253</sup> *Ibidem.*, p. 21.

<sup>254</sup> “Before making La Laja, the second night, we passed the homes of many Indians, both of the semi-civilized type and the wilder ones of the cliffs and caves. At one point I stopped to get a photograph of the homes of some cliff dwellers, where, directly below the cliffs, were a couple of rude stones huts, built on a steep side of the mountain. The men seemed to be absent from this place, but we could see the forms of some women moving about and crouching down to avoid being seen by us. My Mexican man, Dionisio, was greatly alarmed at my action in dropping behind the party to photograph this group of strange homes, and loudly declared we would all be shot by the men, should they return and see us at this, to them, strange work. It was almost impossible to induce Dionisio to bring up my camera or hold my mule, so anxious was he to get away”. *Ibidem.*, p. 360.

Tal y como lo consigna el propio viajero, las demás fotos son de casas en las laderas y fueron tomadas tras abandonar el Valle de las Iglesias.<sup>255</sup> Se atisba en esta obra de Schwatka cierta influencia del romanticismo, presente tanto en el contenido del texto como en las imágenes que lo enriquecen. Ello se percibe en el rechazo puesto de manifiesto por el autor con respecto al uso de fórmulas editoriales empleadas comúnmente en los relatos de viajes. Frente a tales convenciones, prefirió asumir una postura de libertad creativa, con el propósito de brindarle a su público lector un producto original y de buena factura, con la intención de trascender la mera descripción producto de la mirada del viajero turista. De esta forma, Schwatka buscaba marcar distancia con un estilo de relato que consideraba superficial. Por lo mismo, rechazaba incluir información irrelevante acerca de su travesía, lográndolo con destreza y, muy probablemente, gracias a la experiencia adquirida en sus publicaciones anteriores sobre el Ártico. No por casualidad, en el frontispicio de *In the Land...*, en la parte inferior del título, aparece el nombre del autor precedido por la abreviación de su cargo militar (“Lieut. Frederick Schwatka”), y a continuación, los títulos de algunos de sus libros más conocidos: *The Children of the Cold*, *Nimrod in the North*, *Hunting and Fishing Adventures in the Artic Regions*, etc.”.<sup>256</sup> Con ello enfatizaba que se trataba de un viajero expedicionario y escritor experimentado, profesional, podría decirse. Siguiendo a Florencia Quesada Avendaño, el “relato de viaje para algunos [viajeros] fue una ‘profesión’, se dedicaban exclusivamente a realizar travesías a lo largo y ancho del globo para dejar testimonio de las formas de vida, cultura, condiciones políticas, económicas y

---

<sup>255</sup> *Ibidem.*, p. 377.

<sup>256</sup> *Ibidem.*, frontispicio. La versión electrónica del libro *The Children of the Cold* se encuentra disponible en el siguiente enlace  
<http://ia600202.us.archive.org/19/items/childrenofcold00schwrich/childrenofcold00schwrich.pdf>

sociales de los países que visitaban”.<sup>257</sup> A ello se podría agregar que también se convertía en una forma de vida y, por tanto, de hacerse de ingresos y reconocimiento.

Frederick Schwatka fue un hombre informado. Leyó críticamente las descripciones que por entonces circulaban sobre el norte de México en su país, detectando en ellas ciertas limitaciones, al estar basadas de manera superficial en “observaciones hechas desde las ventanas” de los vagones del tren.<sup>258</sup> Deseaba conocer la región con sus propios ojos para confrontar la información contenida en aquellos libros, acerca de los cuales, desafortunadamente, no hace referencia precisa.<sup>259</sup> Su expedición por la Sierra Tarahumara pretendía conocer de cerca y documentar el estilo de vida de esta “tribu” cuyos habitantes

---

<sup>257</sup> Florencia Quesada Avendaño, *La modernización entre cafetales. San José, Costa Rica, 1880-1930*, Helsinki, Universidad de Helsinki, Publicaciones del Instituto Renvall, 2007, p. 200.

<sup>258</sup> “[P]uesto que casi todas las descripciones que tenemos de México se basan en observaciones hechas desde la ventana de un auto es fácil imaginarse que pudo formarse una opinión errada de esta parte del norte de México, la cual constantemente, incluso de manera consciente, es mal representada por múltiples escritores” “[A]nd as nearly all the descriptions we have of Mexico are based upon observations made from car windows, it is easy to see how erroneous an opinion can be formed of this northern portion of Mexico, which is so constantly, though conscientiously, misrepresented by scores of writers”]. F. Schwatka, *In the Land...*, *op. cit.*, p. 15.

<sup>259</sup> “Propongo dedicar una gran parte de este capítulo a los indios Tarahumari [sic] del Centro y Suroeste de Chihuahua, una tribu de aborígenes que ocasionalmente he visto mencionada en obras y artículos sobre México (en especial del norte), y de la cual, sin embargo, no logro encontrar un recuento detallado en la documentación disponible para esta región. Mis comentarios se basan en mi estadía en ese país, durante la cual he observado e investigado algunas de sus más curiosas residencias y costumbres, aunado a la información que he logrado obtener de algunos de los más rudos pioneros en la alejada zona de la Sierra Madre –quienes corroboran sus recuentos entre sí. Si bien la tribu de indios Tarahumari para nada es bien conocida– incluso dudo que muchos de mis lectores hayan escuchado de ellos, ésta es numerosa. Si radicaran en los Estados Unidos de América o Canadá, donde los datos estadísticos, incluso de los salvajes, son mucho más confiables que los de México, serían conocidos prácticamente en el mundo entero. Sin embargo, la categórica falta de datos estadísticos hace imposible establecer un conteo aproximado de los indios Tarahumari en esta parte del país” [“I propose to devote the greater portion of this chapter to consideration of the Tarahumari Indians of Central and Southwestern Chihuahua, a tribe of aborigines that I have occasionally seen mentioned in works and articles on Mexico (especially its northern part), but of which I can find no detailed account anywhere in the literature I possess of this region. The fact of my having been in that country for some time, seeing and investigating some of their most curious habitations and costumes, coupled with what information I could get from a few hardy Mexican pioneers in the fastnesses of the great Sierra Madre range, who corroborate each other, constitutes the basis of my comments. Although the Tarahumari tribe of Indians are not at all well known –for I doubt it many of my readers have ever heard of them– they are, nevertheless, a very numerous people, and were they in the United States or Canada, where statistics of even the savages are much better kept than in Mexico, they would have an almost world-wide reputation. On account of this utter lack of statistics it is impossible to state with close approximation the number of Tarahumari Indians in this part of the country”]. *Ibidem.*, pp. 172-173.

vivían en cuevas, muestra fehaciente para el observador de su supuesto “primitivismo”. Considérese que para entonces ni siquiera el afamado Carl Lumholtz había iniciado sus expediciones por la región.

El contenido del relato de Frederick Schwatka dista notablemente de los escritos por Aquiles Gerste y Carl Lumholtz, en tanto estos últimos pertenecen al ámbito institucional y científico. Si aquéllos dirigieron el resultado de sus investigaciones a un público especializado, el de Schwatka lo haría hacia un tipo de lector llano, primordialmente estadounidense y sin mayores pretensiones académicas.<sup>260</sup> El autor aspiraba a llenar un vacío existente con respecto a la cultura tarahumara, al tiempo que buscaba hacerla más comprensible, de ahí su interés por lograr una descripción más veraz que las que hacían otros viajeros. Al respecto Schwatka señalaba:

El primer capítulo que describe la expedición es responsable de la trivialidad del mismo, al punto del aburrimiento. Está lleno de promesas que esperan cumplirse mientras que nada había sido realizado aún. Ni siquiera una décima parte de esto podría ser formulado y aun así la expedición podría ser un éxito de resultados inesperados en un viaje a través de estos países pequeños. Una vez más, el escritor toma en consideración brindar una descripción exhaustiva del grupo mencionado en la carta anterior y tal como he notado en otros momentos, va enumerando las cualidades de la cocina o el color de las mulas [...]. Intento romper el estereotipo en este primer capítulo y establecer brevemente que estuve en el norte de México, esperando encontrar material nuevo e interesante más allá de las repetitivas descripciones que ahora están en el ojo público gracias a escritores versátiles que se refieren a viajes turísticos en tren u otros medios. Contaba con equipo para vagones, caballos, mulas y por último, pero no menos importante, contaba con hombres para tal propósito. Cada miembro de la expedición sería escuchado cuando algo había sido realizado por ellos, pero no antes de que eso ocurriera.<sup>261</sup>

---

<sup>260</sup> Cabe mencionar que Frederick Schwatka asistió a la Universidad de Willamette en Salem, Oregon, Estados Unidos, luego fue asistente de impresor. Más tarde, ingresó a la Academia de West Point. Estudió simultáneamente medicina y leyes. Schwatka, Frederick. *A Dictionary of Canadian Biography*. Recuperado de [http://www.biographi.ca/en/bio/schwatka\\_frederick\\_12E.html](http://www.biographi.ca/en/bio/schwatka_frederick_12E.html). Fue, además, miembro honorario de las Sociedades Geográficas de Bremen, Alemania, Ginebra, Suiza y Roma, Italia.

<sup>261</sup> “The first chapter describing an expedition is liable to be prosaic to the point of dullness. It is full of promises that are expected to be realized, while as yet nothing has been done. Not one-tenth of these may formulate, and yet the expedition may be a success in unexpected results; for in no undertaking is there so much uncertainty

Sorprendido, el viajero se planteaba cómo una “tribu” tan numerosa como la tarahumara -cuya población se estimaba entonces en cerca de 20.000 habitantes- fuera tan poco conocida y recibiera tan poca atención por parte de las autoridades mexicanas. De ahí su esfuerzo por “darlos a conocer”. Así, de los diez capítulos que constituyen la obra, seis (del V al X) se refieren al recorrido que llevó a cabo por la “Sierra Madre”, a la población tarahumara -a quienes distinguió entre civilizados, semicivilizados y salvajes-, a su cultura y a los tipos de viviendas, enfatizando en las habitaciones construidas al interior de las cuevas; temática presente en el propio título y en la portada del libro. Los primeros capítulos del libro, en cambio, están dedicados a la descripción de la travesía realizada por el noroeste de Chihuahua rumbo a Sonora, y desde allí, de regreso a Chihuahua para dirigirse más tarde a la Sierra Tarahumara.

Schwatka consideraba que el desconocimiento que prevalecía sobre la cultura tarahumara, a la que en varias ocasiones calificó como “curiosa”, había provocado la aparición de una especie de oscuro y misterioso velo que dificultaba la posibilidad de conocerla adecuadamente.<sup>262</sup> Por lo mismo, aspiraba a contribuir a solventar esa carencia informativa, para ello, fue clave la incorporación de grabados y litografías en las diferentes ediciones de su obra. Esto adquiere mayor relevancia, toda vez que tienen el propósito de ofrecer al público receptor un mensaje visual complementario, capaz de nutrir y reforzar el

---

as in travel through little known countries. Then, again, the writer is likely to consider himself called upon to give a lengthy description of the party in the preliminary letter, and, as I have often seen, even descend to an enumeration of the qualities of the cook or the color of the mules. [...] I intend to break away from that stereotyped formula in this first chapter and briefly state that I was in the field of Northern Mexico, hoping to obtain new and interesting matter beyond the everlasting descriptions that are now pumped up for the public by versatile writers along the beaten lines of tourist travel, as determined by the railroads, and occasionally, the diligence lines. I had a good outfit of wagons, horses, mules, and last, but not least, men for that purpose. Each and every member of the expedition will be heard from when anything has been done by them, and not before”. F. Schwatka, *In the Land...*, *op. cit.*, pp. 1-3.

<sup>262</sup> *Ibidem.*, p. 175.

relato escrito. Tal y como se ha mencionado, el autor realizó su primer viaje acompañado por un grabador, a quien Schwatka se refiere como “an artist” y sobre quien hizo al menos un par de referencias.<sup>263</sup> Este artista tuvo el mérito de haber captado acertadamente el medio geográfico y cultural serrano.<sup>264</sup>

Era común que los viajeros decimonónicos dejaran plasmadas sus impresiones de manera escrita y gráfica; toda vez que durante el segundo tercio de ese siglo, la ilustración editorial había experimentado un incremento significativo. Aunque las técnicas plásticas empleadas iban desde el dibujo, el óleo y la acuarela, hasta el grabado y la litografía, fueron las dos últimas las empleadas con mayor frecuencia “para la publicación a gran escala de muchos de los aspectos que atrajeron la atención de los extranjeros”.<sup>265</sup>

La novedad técnica que trajo la fotografía (1839) la hizo convertirse, a partir de la década siguiente, en uno de los sistemas idóneos para ilustrar libros. En un principio, se incluyeron fotografías originales en libros de carácter científico. No obstante, rápidamente fueron incluidas en publicaciones de otras disciplinas (historia, geografía, arte y literatura),

---

<sup>263</sup> De acuerdo con los indicios encontrados, se trata de alguien cuyo apellido era Landeau, de quien, lamentablemente, hasta el momento carecemos de más información, y cuya firma aparece en cuatro grabados. En la siguiente cita, Schwatka hace referencia al artista que le acompañó: “Las montañas conocidas como Tres Hermanas, muy cerca de la frontera y a escasas millas del camino de carretas que lleva de Deming al sur, en el antiguo México, son un buen ejemplo. Son un interesante elemento del paisaje conforme se aproxima el ferrocarril a Deming y objeto de nuestro “artista” en una ilustración”. [“A fine example of this is seen in the mountains called Tres Hermanas (the Three Sisters), very near the boundary line, and but a few miles from the wagon road leading from Deming south into old Mexico. They form an interesting feature in the landscape as viewed from the railway on approaching Deming, and are the subject of an illustration by our “artist”.” F. Schwatka, *In the Land...*, *Ibidem.*, pp. 18-20. “Es imposible para un artista captar en blanco y negro la belleza de este país, pues es una tierra que requiere un pintor para hacerle justicia a su belleza”. [“It is imposible for an artist to convey in plain black and white any idea of the beauty of this country; it is a land requiring the painter to exhibit its beauty”]. *Ibidem.*, p. 57.

<sup>264</sup> “Cueva de San Vicente” [“Cave of San Vicente”], “Urique vista desde el río” [“Urique from the river”] y “Un Tarahumara civilizado cocinando” [“A civilized tarahumara cooking”]. F. Schwatka, *In the Land...*, *op. cit.*, pp. 95, 281 y 337.

<sup>265</sup> M. E. Pérez Salas, *Costumbrismo...*, p. 133.

y los libros de viajes no fueron la excepción.<sup>266</sup> No fue el caso de Frederick Schwatka, pues, tal y como se ha señalado ya, en su obra no aparece una sola fotografía (tampoco en otras de sus publicaciones). Esto llama la atención, dado que hacia finales del siglo XIX, se había incrementado la inclusión de fotografías en publicaciones. Surgen así algunas preguntas: ¿por qué Schwatka prefirió viajar acompañado de un artista y no de un fotógrafo? ¿Por qué no fueron incluidas sus propias fotografías? ¿Se descartó el uso de la fotografía en la publicación de su libro como una manera de disminuir los costes o por una decisión estética que diera cabida a una representación más subjetiva?

Aunque resulta difícil responder con precisión tales preguntas, habría que ponderar el hecho de que una vez retirado Schwatka del ejército, sus expediciones fueron de carácter privado, por lo tanto, es de suponer que los recursos económicos con los que contaba eran escasos. Además, tal determinación bien podría ser considerada como indicio de la influencia del romanticismo en dicha obra, así como una disposición editorial.

La obra *In the Land...* fue publicada después de su muerte. La primera edición salió a la luz en 1893, a un año del fallecimiento del autor,<sup>267</sup> mientras que la segunda edición apareció dos años después y la tercera en 1899, aunque cabe advertir que existen otras ediciones posteriores.<sup>268</sup> La edición consultada en esta investigación, la tercera, contiene un total de 47 imágenes, de ellas 33 son grabados y 14, litografías. Ambas técnicas seguían vigentes en el ámbito de la industria editorial durante el ocaso del siglo XIX, en vista de que

---

<sup>266</sup> Reyes Utrera Gómez, “Libros ilustrados con fotografías originales en la Real Biblioteca”, en *Reales Sitios: Revista del Patrimonio Nacional*, núm. 171, 2007, p. 50. Recuperado de <http://www.patrimonionacional.es/sites/default/files/publicaciones/art171-4.pdf>

<sup>267</sup> Los derechos de autor de la primera edición (1895) de *In the Land...* corresponden a The Cassell Publishing Co. Muy probablemente, se trata de la Cassell Co., prestigiosa editorial inglesa fundada por el editor, escritor e impresor John Cassell en 1848. Dicha casa editorial fue reconocida por la orientación educativa de sus impresos.

<sup>268</sup> La “nueva edición” (1899) del relato de Schwatka fue publicada en Boston a cargo de The Educational Publishing Co., editorial de la que, hasta ahora, no se ha encontrado mayor información.

el interés primordial era que los libros estuvieran ilustrados y en consonancia con el desarrollo de la cultura visual alcanzado hasta ese momento.<sup>269</sup>

Poco más de 30 de las ilustraciones de *In the Land...* están dedicadas a diversos aspectos de la cultura tarahumara, de las cuales aproximadamente la mitad tiene como objeto central la representación de los distintos tipos de viviendas rarámuri. El paisaje serrano fue el gran protagonista en una decena de ellas, aunque cabe advertir que dicho tema se encuentra presente en la mayor parte de las imágenes, pero de manera secundaria. Del total de imágenes, sólo 15 fueron firmadas; Landeau lo hizo en cuatro ocasiones, Munro en nueve, D.D.S y Krabner lo hicieron únicamente una vez, respectivamente.<sup>270</sup> Lamentablemente, hasta el momento, no hemos podido saber más acerca de quiénes son los ilustradores, cuáles fueron sus trayectorias, tampoco conocemos sus nombres completos.

Las ilustraciones aparecen de dos maneras: insertadas en el texto<sup>271</sup>, o bien, fuera de él. Estas últimas, que suman en total 32, se caracterizan por ocupar toda una página y por no tener escrita descripción alguna en su reverso. Mientras que las primeras suman 15: dos de ellas aparecen firmadas por Landeau, quien además firmó dos grabados que aparecen fuera de texto. La mayoría de los grabados contenidos en esta obra coincide con el trazo y estilo de las ilustraciones firmadas por Landeau, por lo tanto, es factible atribuirlos a dicho artista. En dos ocasiones, la firma de éste aparece acompañada de la cifra “89”, refiriéndose al año

---

<sup>269</sup> Hacia finales del siglo XIX, el uso de la imagen era muy importante en la publicación de libros, pues se consideraba una expresión más del desarrollo que la cultura visual había alcanzado para entonces. De ahí que la industria editorial considerara la inclusión de imágenes como parte de su estrategia para hacer más atractivas las publicaciones.

<sup>270</sup> Habría que considerar que, hacia finales del siglo XIX, no existía aún una valoración total de la autoría de las obras, de ahí que no todos los artistas firmaran sus trabajos.

<sup>271</sup> Las imágenes insertadas fueron posibles, desde la década de 1880, gracias a los avances producidos en los métodos fotomecánicos, que permitían producir una gran cantidad de imágenes en tintas en las mismas páginas de papel impreso y a un coste menor. Esto permitía la impresión simultánea de imagen y texto. R. Utrera, “Libros ilustrados...”, *op. cit.*, p. 53.

en que fueron realizados los dibujos a partir de los cuales se efectuaron los grabados. Tal información alude igualmente al año en que Schwatka realizó el primer viaje al noroeste de México, lo que confirma que fue Landeau quien acompañó al viajero en su primer recorrido.<sup>272</sup>

Los grabados de este artista son de buena factura. En ellos, se percibe la calidad de un educado paisajista y de una mano diestra, cuyos trazos tienen la cualidad de hacer un adecuado manejo de la profundidad, los planos y las sombras. Es probable que en su elaboración fuera empleada la técnica a la testa o contrafibra.<sup>273</sup> Se presume que el conjunto de grabados de Landeau haya sido publicado desde la primera edición en 1893.<sup>274</sup> Mientras que la tercera edición, la de 1899, apareció con la advertencia de “NEW EDITION”, que hacen suponer una referencia a la inclusión de nuevas imágenes.<sup>275</sup>

Los grabados de Landeau se enfocan en la representación de la vastedad del paisaje serrano, así como en los tipos de viviendas empleadas por los tarahumaras.<sup>276</sup> Los rarámuri

---

<sup>272</sup> Recuérdese que en 1889 fue llevado a cabo el primer viaje de Schwatka por el norte de México.

<sup>273</sup> Con el empleo de esta técnica, explica María Esther Pérez Salas, el grabado se lleva a cabo sobre la superficie perpendicular a las fibras de la madera, la cual es más dura. Es posible, entonces, usar el buril para lograr fibras muy finas. Al no requerir que la impresión se hiciera por separado, hacía posible ediciones voluminosas, esto a diferencia de lo que ocurría con las láminas de cobre, limitando así el tiraje y costo de las ediciones. M. E. Pérez Salas, *Costumbrismo...*, op. cit., p. 45, nota 47.

<sup>274</sup> Al igual que *In the Land...*, la primera edición de *The Children of the Cold* fue llevada a cabo por la editorial The Cassell Publishing Co. en 1895, mientras que la segunda edición de este libro salió (lo que ocurrió también con la segunda edición de *In the Land...*) bajo el sello de The Educational Publishing Co. Recuperado de <http://ia600202.us.archive.org/19/items/childrenofcold00schwrich/childrenofcold00schwrich.pdf>

<sup>275</sup> Estas imágenes podrían tratarse de las litografías de D.D.S., de Krabner y de Munro, quien firmó nueve ilustraciones y a quien se le atribuye una más. Cabe advertirse que en la segunda edición del libro *The Children of the Cold*, de 1899, aparecen también varios trabajos de Munro. Al parecer, originalmente el apellido Munro, de origen escocés, correspondía a Monro. Lamentablemente, no ha podido ser ubicada información alguna sobre el artista; sin embargo, el hecho de que firmara ocho litografías y que hubiera participado en la ilustración de otro libro de Schwatka indica que debió haber contado con un cierto reconocimiento en el medio editorial.

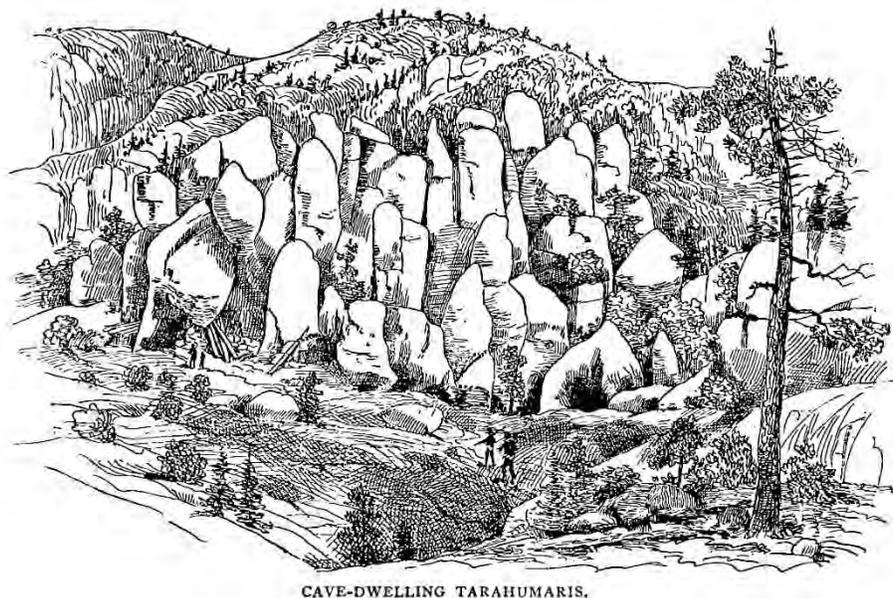
<sup>276</sup> Con el objeto de facilitar el análisis del contenido de las imágenes, nos referiremos únicamente a las obras que aluden a la cultura tarahumara y al paisaje serrano: 24 grabados (mayoritariamente del artista de apellido Landeau) y seis litografías (del litógrafo Munro, quien no acompañó a Schwatka). Habiendo llegado a este punto, resulta necesario justificar que, si bien esta investigación versa sobre la representación fotográfica de los rarámuri, las ilustraciones tanto de Landeau como de Munro han sido consideradas dignas de ser analizadas. Esto es así no sólo porque son una evidencia relevante del interés que el pueblo tarahumara estaba suscitando por

son representados mediante trazos sencillos que dan cuenta de la vestimenta, de sus instrumentos, así como de algunos de sus usos y costumbres. Como resultado del reiterado uso de las escalas pequeñas a la hora de llevar a cabo la figura humana, los rostros indígenas aparecen sin definir y los cuerpos prácticamente se mimetizan con la naturaleza, a grado tal que, incluso, pasan desapercibidos. En ocasiones es imposible determinar si la figura corresponde a la de un hombre o de una mujer. Si se mira con atención la imagen I se podrá observar casi en el primer plano a dos tarahumaras que caminan de espaldas y que usan zapetas (taparrabo). Se dirigen a una cueva, afuera de la cual apenas se perciben otras dos figuras humanas, aún más pequeñas.

---

entonces, sino porque éstas permiten establecer un acercamiento a la lógica editorial de la época. Esta última tiene mucho que decir con respecto a las vías y formas, que prevalecían durante este periodo de entre siglos, para que las sociedades europeas y estadounidense conocieran a los pueblos primitivos, a esos “otros” que aparentemente estaban por desaparecer.

## Imagen 1



1. Fuente: Landeau, Cueva de habitación de Tarahumaris [sic] [Cave-dwelling tarahumaris], en Frederick Schwatka, *In the Land of Cave and Cliff Dwellers*, 1899 [1893], p. 231, grabado.

En la Imagen 2, aparece representada una pequeña familia rarámuri compuesta por el padre, quien porta zapeta, se encuentra de pie y pareciera sujetar una larga vara, la madre sentada y un niño a su lado. Junto a ellos, se identifica a un grupo de al menos cinco cabras que pastan. En este caso, aunque las figuras humanas y los animales se identifican sin mayor problema, se mantiene el uso de la escala reducida en la representación de las figuras y la falta de detalles. Por lo mismo, se dificulta identificar si se encuentran, tal y como lo sugiere el pie de la ilustración, afuera de una cueva, o si más bien el pie está haciendo referencia a que el “hogar” de los habitantes de las cuevas es precisamente todo el entorno natural.

## Imagen 2



HOME OF CAVE DWELLERS.

2. Fuente: Landeau, Casa de los habitantes de las cuevas [Home of cave dwellers], en Frederick Schwatka, *In the Land of Cave and Cliff Dwellers*, 1899 [1893], p. 233, grabado.

Algo muy similar ocurre con las imágenes 3 y 4.

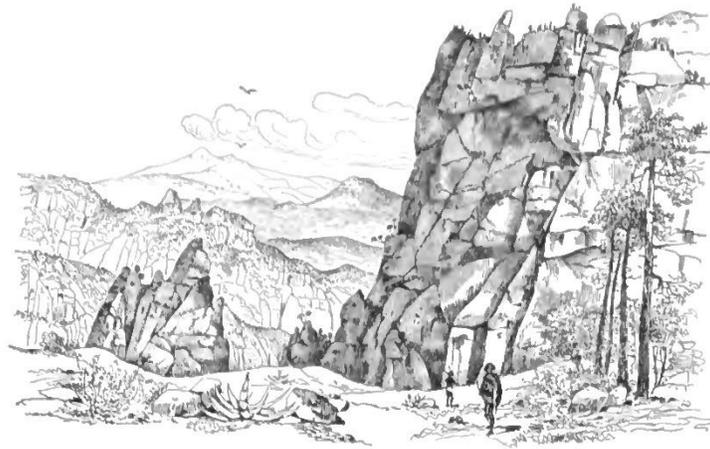
### Imagen 3



HOME OF CAVE DWELLER.

3. Fuente: Landeau, Casa de los habitantes de cuevas [Home of cave dwellers], en Frederick Schwatka, *In the Land of Cave and Cliff Dwellers*, 1899 [1893], p. 245, grabado.

#### Imagen 4



VIEW IN MOUNTAINS, WITH CLIFF DWELLINGS, NEAR CERRO COLORADO.

4. Fuente: Landeau, Vista de las montañas con acantilados, cerca del Cerro Colorado [View in mountains, with cliff dwellings near Cerro Colorado], en Frederick Schwatka, *In the Land of Cave and Cliff Dwellers*, 1899 [1893], p. 305, grabado.

Estas láminas parecieran tener la intención de mostrar a los tarahumaras como una prolongación del paisaje serrano. La situación se torna muy distinta en las imágenes 5, 6 y 7, pues en ellas Landeau agranda la escala, apareciendo en cada imagen un único personaje: un tarahumara anciano que posa de frente a manera de retrato, y dos mujeres adultas tarahumaras que se encuentran trabajando, ninguna de las dos está de frente, por lo mismo no se aprecian sus rostros con detalle.

### Imagen 5



5. Fuente: Landeau, Indígena Tarahumari [sic] de mayor edad [Old tarahumari indian], en Frederick Schwatka, *In the Land of Cave and Cliff Dwellers*, 1899 [1893], p. 226, grabado.

## Imagen 6



INDIAN WOMAN GRINDING CORN.

6. Fuente: Landeau, Indígena civilizada moliendo maíz [Indian woman grinding corn], en Frederick Schvatzka, *In the Land of Cave and Cliff Dwellers*, 1899 [1893], p. 335, grabado.

## Imagen 7



A CIVILIZED TARAHUMARI COOKING.

7. Fuente: Landeau, Forma civilizada de cocinar de una Tarahumari [sic] [A civilized tarahumari cooking Indígena civilizada moliendo maíz], en Frederick Schwatka, *In the Land of Cave and Cliff Dwellers*, 1899 [1893], p. 337, grabado.

Se trata de las tres únicas ilustraciones del libro, en las que los tarahumaras aparecen como protagonistas. Ubicados en el primer plano, ocupan prácticamente todo el espacio del grabado, por ello se ofrece al observador información etnográfica puntual, tanto de los rasgos fenotípicos como de la cultura material. Así, se aprecian bastante bien los trajes de cada uno, incluso, se identifican algunas diferencias entre el vestido de la mujer tarahumara “civilizada” que cocina sentada frente a una olla grande y humeante, y el de la otra mujer que se encuentra moliendo maíz. Se distinguen, además, algunos utensilios empleados por las mujeres en la preparación de los alimentos. En las imágenes 6 y 7, se ofrece también información valiosa acerca de algunos de los roles tradicionalmente asignados a las mujeres tarahumari.

Quizás estas imágenes dicen poco de la complejidad y de la riqueza cultural tarahumara, así como del proceso de cambio cultural que estaba experimentando por entonces este grupo. No obstante, los grabados de Landeau son el producto de la mirada sensible que tuvo, además, la posibilidad de haber estado en la Sierra Tarahumara junto al autor del relato. Tuvo así la oportunidad de conocer parte de ese vasto y multicultural territorio serrano, y de documentar también los diferentes tipos de viviendas, clasificadas por Schwatka como civilizadas (Imagen 8), las construidas en las montañas (Imagen 9) y aquéllas establecidas al interior de las cuevas (Imágenes 10 y 11); a estas últimas las representó en nueve ocasiones. La insistencia en el tema de los diferentes tipos de vivienda no es un asunto gratuito, ya que por entonces éste era un elemento que se consideraba relevante para determinar el grado de civilización.

### Imagen 8



A CIVILIZED TARAHUMARI HOUSE.

8. Fuente: Landeau, Una casa civilizada de un Tarahumari [sic] [A civilized tarahumari house], en Frederick Schwatka, *In the Land of Cave and Cliff Dwellers*, 1899 [1893], p. 176, grabado.

## Imagen 9



A TARAHUMARI MOUNTAIN HOME.

9. Fuente: Landeau, Una casa de montaña de un Tarahumari [sic] [A tarahumari mountain home], en Frederick Schwatka, *In the Land of Cave and Cliff Dwellers*, 1899 [1893], p. 214, grabado.

### Imagen 10



HOMES OF SEMI-CIVILIZED TARAHUMARIS.

10. Fuente: Krabner, Hogar de tarahumaras semi-civilizados [Homes of semi-civilized tarahumaris], en Frederick Schwatka, *In the Land of Cave and Cliff Dwellers*, 1899 [1893], p. 361, litografía.

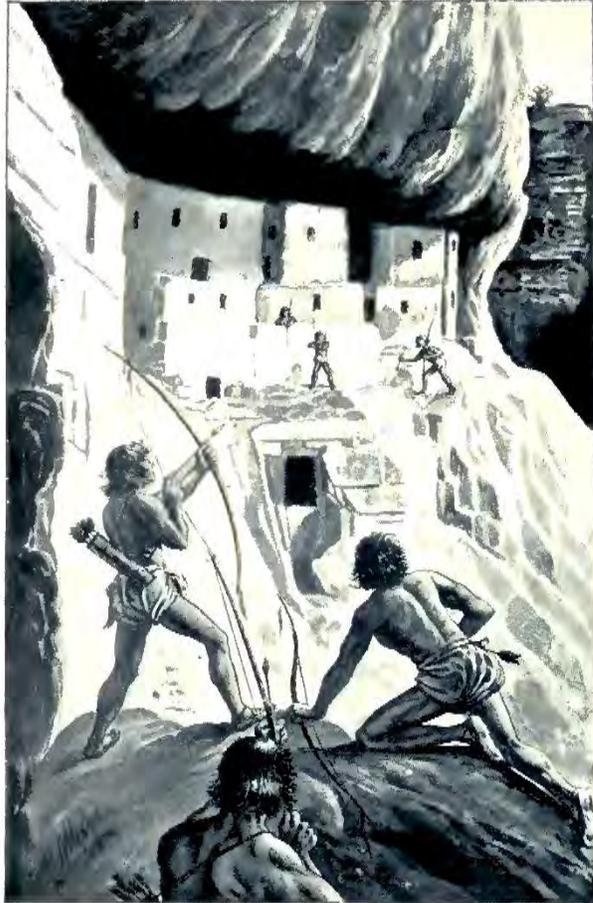
### Imagen 11



TARAHUMARI TOWN OF CHURO.

11. Fuente: Landeau, Pueblo Tarahumari [sic] de Churo [Tarahumari town of Churo], en Frederick Schwatka, *In the Land of Cave and Cliff Dwellers*, 1899 [1893], p. 249, grabado.

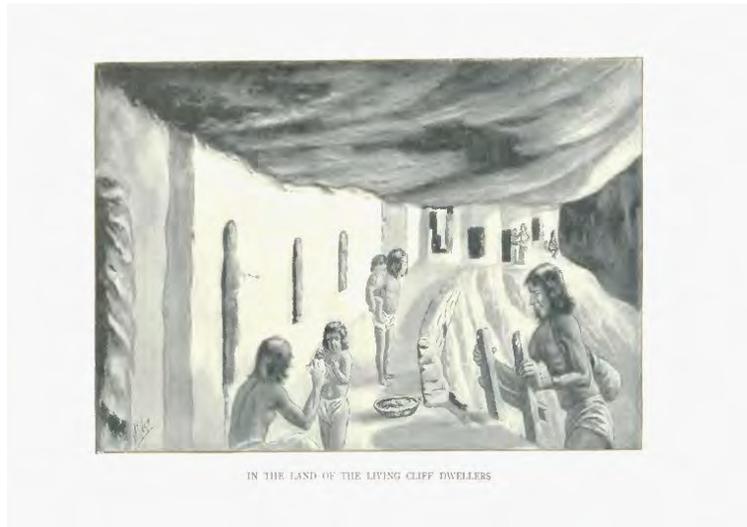
## Imagen 12



METHODS OF WARFARE

12. Fuente: Munro, Métodos de guerra [Methods of warfare], en Frederick Schwatka, *In the Land of Cave and Cliff Dwellers*, 1899 [1893], entre pp. 194-195, litografía.

### Imagen 13



13. Fuente: Munro, En la tierra de aquellos que habitan en los acantilados [In the land of the living cliff dwellers], en Frederick Schwatka, *In the Land of Cave and Cliff Dwellers*, 1899 [1893], p. 261, litografía.

En el caso de las litografías de Munro, hay que señalar las diferencias. Para empezar, el artista firma 11 ilustraciones en total, de las cuales cinco se refieren a la cultura tarahumara, mientras que las demás aluden a vistas del Cerro Tres Hermanas y de Guaymas, así como a escenas de hombres a caballo que cazan jabalíes. Las representaciones que éste hace de los rarámuri dejan ver un interés mayor por mostrarlos más próximos desde el punto de vista cultural, con lo cual existe mayor espacio para la representación de detalles sobre los indígenas y sus costumbres (Imágenes 14, 15, 16, 17 y 18). Son imágenes mucho más llamativas que los grabados de Landeau. En ellas, los indígenas aparecen en primeros planos y son los protagonistas de las escenas al ocupar la mayor parte del espacio disponible, en tanto que el entorno geográfico pasa a un segundo plano. En la composición de ellas, se registra la tendencia a representar a los personajes de pie y, sobre todo, dan la idea de estar

en movimiento. Por tanto, son indígenas que ejecutan acciones precisas, aludiendo de manera clara a la vida cotidiana.

Aunque no es posible descartar que las litografías de Munro estuvieran basadas en los dibujos de Landeau, cuesta pensar que ello hubiese sido así, tal es la diferencia que separa las formas de representación empleadas por el primero con respecto al segundo. Los trabajos de Munro dan muestra de una mano académica bien adiestrada y conocedora de la anatomía, aunque no dan cuenta de destreza como un buen paisajista. Cada una de estas imágenes reúne una cantidad significativa de elementos que permiten identificar rápidamente la actividad que se lleva a cabo. Las temáticas abordadas son atractivas; por ejemplo, el combate (Imagen 14), la vida al interior de la cueva (Imagen 15), la mujer que selecciona los frijoles (Imagen 16), un grupo de hombres que curten pieles (Imagen 17), la familia que descansa junto a una fogata encendida en medio de la noche (Imagen 18).

Las ilustraciones de Munro se significan por su marcado componente autónomo con respecto al relato escrito, además de un carácter narrativo propio. La técnica litográfica favorece a la riqueza iconográfica al facilitar la representación de una mayor cantidad de elementos.<sup>277</sup> Aunque el trabajo de este artista es rico en detalles etnográficos, como la indumentaria, rasgos fenotípicos y costumbres, en algunas ocasiones éstos delatan incongruencias e incluso anomalías. Éstas suelen ser el resultado de una estrategia que persigue hacer más atractiva la imagen, enriqueciendo así la obra y respondiendo a las demandas e intereses editoriales. Lo anterior está muy presente en las ilustraciones de Munro.

---

<sup>277</sup> “No hay que olvidar que todas esas diferencias de texturas, luces y sombras podían ser manejadas en la plancha mediante distintas saturaciones de tono desde un principio, sin necesidad de recurrir a procesos tardados y complicados como los del grabado”. M. E. Pérez Salas, *Costumbrismo...*, *op. cit.*, p. 306.

La Imagen 14 muestra un escenario de guerra y confrontación. Dos pequeños grupos, compuestos por tres hombres tarahumaras cada uno, se enfrentan en el interior de una amplia cueva en un desfiladero. La tecnología de guerra queda documentada mediante la presencia de arcos y flechas. Es decir, aquellos tarahumaras dóciles y tímidos de los que Schwatka hizo mención en reiteradas ocasiones en su relato escrito eran capaces de defenderse y ser violentos. En el primer plano, de espaldas al observador, se encuentran tres guerreros cuya fisonomía se aprecia con mayor detalle. La desnudez casi total de sus cuerpos sólo es interrumpida por la tradicional zapeta. Los vigorosos cuerpos de estos tres indígenas denotan fortaleza y virilidad, además de una dosis de clasicismo. Dos de los tarahumaras mantienen sus respectivos arcos en posición de ataque, mientras que el hombre ubicado a la derecha sostiene con la mano derecha una flecha y con la izquierda el arco que apoya contra el suelo rocoso. En el segundo plano, se observa el otro grupo de tarahumaras, cuyos rostros no pueden apreciarse, aunque sí se alcanza a ver que están prestos, con arcos y flechas en mano, a responder al ataque. La acción está representada en panorámica, lo que refuerza la condición colectiva. Se enfatiza la tensión existente, que parecería tener como razón de ser la lucha por el dominio de la cueva en cuyo interior fueron construidas varias viviendas. Así pues, el arquetipo del salvaje se encuentra claramente representado.

La Imagen 15 retrata una familia tarahumara en una vivienda construida al interior de una cueva. La semidesnudez de cada uno de los miembros y la simpleza de la cultura material que se aprecia evocan su condición salvaje. Al margen derecho, aparece un tarahumara adulto de cabellera larga hasta los hombros y vestido con la tradicional zapeta, subiendo por una escalera que lo conduce a un segundo nivel de la cueva, lugar donde su mujer y los niños juegan. La sutil sonrisa dibujada en los labios del hombre alude a la figura

del padre que regresa a su casa tras haber desempeñado su jornada de trabajo. Es la actitud del proveedor, idea que es reforzada mediante el morral que carga en su espalda. En la parte inferior izquierda y de espalda, aparece la madre, quien muestra un muñeco a uno de los hijos, a manera de juego. Esta actitud podría ser considerada como una proyección de la cultura europea, en tanto que ese no era el tipo de juguete que empleaban los niños rarámuri.<sup>278</sup> En un segundo plano, aparece un niño que carga a otro más pequeño a sus espaldas, y da cuenta de la costumbre que prevalece entre los tarahumaras de que los hermanos mayores cuiden de los más pequeños. Al fondo, se encuentran dos indígenas cuyos rostros no se pueden apreciar, tampoco se puede saber si se trata de hombres o de mujeres. La composición de la escena muestra a una familia organizada y en armonía, cada quien realiza una actividad; además, incorpora múltiples elementos que representan el comportamiento de una familia no indígena. El grupo familiar se encuentra compuesto por el padre, la madre, tres hijos y dos indígenas más en un tercer plano. El elemento de la desnudez está muy presente en la ilustración, evocando la condición salvaje y primitiva de éste.

Algunos de estos rasgos vuelven a estar presentes en la Imagen 18. La escena coincide con la descripción que hace Schwatka en su relato: un hombre tarahumara que descansa en compañía de su esposa e hijos, quienes se encuentran en una posición similar alrededor del fuego, a las afueras de una choza. A este grupo de personajes indígenas le es atribuida una serie de normas de decoro y civilidad, con la finalidad de hacer comprensible la cultura

---

<sup>278</sup> Los niños rarámuri juegan con la pelota de *rarajipa*, mientras que las niñas lo hacen con su aro de *ariweta*. Durante la Semana Santa, el tambor era un juguete empleado por la infancia tarahumara. Estos juegos se practican cuando llevan a pastar a los animales, pues los niños rarámuri desde temprana edad reciben como regalo animales (tales como cabras), de los cuales se deben hacer cargo ellos mismos. Habría que mencionar que ellos reciben una educación particular por parte de sus padres, quienes no suelen regañarlos y, más bien, les enseñan a tomar sus propias decisiones. A. P. Pintado, *Tarahumaras, op. cit.*, p. 21.

tarahumara al público lector estadounidense. Cada personaje está vestido, la postura relajada de la mujer acentúa la idea de un ambiente íntimo y familiar. El hombre que contempla la humeante fogata sugiere ser el líder, además de dejar constancia del dominio sobre este elemento. Se trata, pues, de una familia que posee un manejo determinado de su cultura. Ejemplo de ello es la imagen de la mujer descalza que se encuentra seleccionando frijoles (Imagen 16), cuyo vestido blanco está conformado por una pieza única que holgadamente cae sobre su cuerpo hasta la altura de la rodilla y ceñido a la cintura por un delgado cinturón. Cabe mencionar que éste no se corresponde con la indumentaria de las mujeres rarámuri. Mucho más precisa resulta en este sentido, la representación que hiciera Landeau (Imágenes 6, 7 y 8), pues en ella alude al modelo de vestido tradicional de la Colonia que consta de faldas largas, amplias y de muchos pliegues, y blusas holgadas. Así, los pliegues que Munro agrega al sencillo vestido sin mangas son más bien un agregado del artista, evocando de este modo la indumentaria de las mujeres de la antigua Grecia.

También llama la atención la presencia de la vasija, decorada al estilo Casas Grandes, colocada en el suelo a la izquierda de los pies descalzos de la joven indígena. Este elemento, al parecer, pretende establecer un vínculo de continuidad entre aquella civilización desaparecida, la cual despertó la admiración de Schwatka por sus avances materiales, con los tarahumaras de las postrimerías del siglo XIX.

## Imagen 14



INDIAN GIRL WINNOWER BEANS

14. Fuente: Munro, Niña indígena apaleando frijoles [Indian girl winnowing beans], en Frederick Schwatka, *In the Land of Cave and Cliff Dwellers*, 1899 [1893], entre pp. 298-299, litografía.

### Imagen 15



INDIAN TANNERY

15. Fuente: Munro, Curtidor indígena [Indian tannery], en Frederick Schwatka, *In the Land of Cave and Cliff Dwellers*, 1899 [1893], p. 301, litografía.

### Imagen 16



THE HOME OF A TARAHUMARI INDIAN

16. Fuente: Munro, Casa de un indígena Tarahumari [sic] [The home of tarahumari indian], en Frederick Schwatka, *In the Land of Cave and Cliff Dwellers*, 1899 [1893], p. 353, litografía.

Frederick Schwatka describió con destreza, e incluso con cierto humor, su recorrido por los estados de Sonora y Chihuahua. Las haciendas visitadas, las instalaciones mineras (como la de Corralitos Co. y la de Alexander Robert Shepherd), la oficina de aduanas, tiendas, oficinas de correos, así como la relación con la población mexicana ocuparon un lugar en el relato de este viajero estadounidense. Aunque quizás lo más relevante de éste radica en el hecho de haber retomado algunos temas que habían sido tratados por los misioneros jesuitas durante la Colonia, a saber: viviendas, costumbres, vestidos, el marcado aislamiento, aunque no así el tema de la rebelión de Tomóchic (entre 1891 y 1892) ni los rituales rarámuri.

El bagaje cultural y la amplia experiencia como expedicionario profesional que había acumulado Schwatka hicieron posible plasmar en su relato datos y comparaciones interesantes; por ejemplo, con respecto a los cálculos estadísticos de la población tarahumara.<sup>279</sup> Advertía que eran mejor conocidas algunas tribus no tan numerosas del interior de África que los tarahumaras.<sup>280</sup> A la par del relato escrito, en el cual el autor se extiende ampliamente, los artistas se constriñen, toda vez que se enfrentan al reto de sintetizar una idea con el propósito de aglutinar, en una sola imagen, la mayor cantidad de elementos distintivos. En consecuencia, la cultura tarahumara fue representada como primitiva, salvaje, exótica y pintoresca; la idea del “buen salvaje” también está presente aquí. Aun así, tanto el relato escrito como las ilustraciones dejan planteada la idea de que estos indígenas son susceptibles de ser aculturados.

---

<sup>279</sup> *Ibidem.*, pp. 173-174.

<sup>280</sup> *Ibidem.*, p. 175.

Las ilustraciones tanto de Landeau como de Munro ubican a los tarahumaras en contextos distintos. El primero enfatizó la pertenencia de estos indígenas al medio geográfico, es decir, a su entorno natural. De ahí que otorgue tanto espacio a la representación del paisaje, a las vistas panorámicas y a los diversos tipos de viviendas, especialmente, a las casas construidas al interior de las cuevas, siendo este un rasgo considerado, por antonomasia, propio del primitivismo. Por su parte, Munro inserta a los tarahumaras en un ámbito cultural, razón por la cual son representados en diversos tipos de actividades. Para ello, reúne en una sola imagen una serie de elementos que permiten identificar inmediatamente el tipo de actividad que se lleva a cabo.

En los trabajos de Landeau como en los de Munro, están presentes los elementos propios de la perspectiva, dado que no pretendieron una gran precisión, sino ilustrar y complementar el relato escrito. Cada artista hizo gala de un estilo propio para expresarse, de su imaginación, teniendo como marco de referencia el relato de Schwatka. Éste estaba cautivado tanto por la belleza del paisaje serrano como por la cultura tarahumara, a la cual calificó de misteriosa, tal y como lo haría casi tres décadas después el antropólogo alemán Rudolph Zabel, autor del libro *Das heimliche Volk* de 1928.<sup>281</sup>

Los grabados, así como las litografías, tuvieron una función muy importante como antecedente de la fotografía. Durante el siglo XIX, este tipo de imágenes constituyeron textos portadores de información que contenían, a su vez, tanto sus propias estrategias discursivas, como convenciones que eran entendidas y compartidas por la sociedad que las

---

<sup>281</sup> Rudolf Zabel, *Das Heimliche Volk. Erlebnisse eines Fortchungsreisenden am Lagerfeuer und vor den höhlen des Urvolks der Tarahumare-Indianer*, Berlín, Deutsche Buch-Gemeinsschaft, 1928.

contemplaba y disfrutaba.<sup>282</sup> Así, este tipo de representaciones hicieron relevantes aportes en la conformación del imaginario del siglo XIX y ayudaron a solventar las dificultades que, especialmente en sus inicios, experimentaba la fotografía para poder ser reproducida en libros y revistas. Es importante mencionar que los fotógrafos llegaron a tomar prestadas muchas de las convenciones propias –de manera específica- del grabado para sus escenas fotográficas, toda vez que esta técnica fue “el gran medio difusor de imágenes hasta que las escenas fotográficas aparezcan con ese aspecto en las páginas impresas gracias al fotograbado”.<sup>283</sup>

---

<sup>282</sup> Bernardo Riego, *Interpretando las imágenes: el grabado informativo y la fotografía del siglo XIX como documentos para la Historia*, p. 2. Recuperado de <https://bernardoriego.files.wordpress.com/2016/09/libro-interpretacion-imagenes-historicas-siglo-xix.pdf>

<sup>283</sup> Al respecto Riego explica que tal medida “era lógica; [pues] un lector/espectador decimonónico entendía perfectamente las escenas tal y como eran construidas por el grabado en madera, y por lo tanto, para un operador fotógrafo era mucho más fácil seguir esas pautas y adaptarlas a las especificidades de la escena fotográfica que innovar sobre un territorio que en muchos casos, tenía que volver a traducirse al ámbito del grabado dibujado [...]. En los primeros años se aprecia que la fotografía carece de un lenguaje expresivo autónomo, porque ha vivido del que le suministraba el grabado en madera, y solo en la medida que la prensa gráfica vaya extendiéndose, y la información dibujada reduciéndose, la fotografía conquistará su propio lenguaje informativo, lo que será evidente en el nuevo siglo XX”. *Ibidem.*, pp. 4-5.

### **CAPÍTULO 3. AQUILES GERSTE, LA REPRESENTACIÓN FOTOGRÁFICA DE LOS RARÁMURI Y LA EXPOSICIÓN HISTÓRICO-AMERICANA DE MADRID DE 1892**

Poco tiempo después de que el estadounidense Frederick Schwatka recorriera, entre 1889 y 1890, parte de los estados de Sonora y Chihuahua, y de que hubiera visitado lugares de la Sierra Tarahumara tan emblemáticos por su desarrollo minero como Batopilas, otros dos viajeros, uno belga y el otro noruego, preparaban sus respectivas expediciones rumbo al norte de México, cada uno por su cuenta y siguiendo itinerarios distintos. Ellos, al igual que el estadounidense, contaban con cartas oficiales de las autoridades locales que acreditaban el respaldo del gobierno de Chihuahua, que daba cuenta del apoyo que el propio gobierno central brindaba a ambas expediciones.

Con el respaldo del régimen porfirista, que llevó agua a su molino para sus propios intereses, Aquiles Gerste y Carl Sofus Lumholtz se adentraron en territorio chihuahuense para desarrollar sus respectivos proyectos científicos y de coleccionismo. El régimen tenía interés por avanzar en el proceso de identificar, clasificar y controlar a los habitantes de la nación a fin de ampliar su dominio en la mayor parte del territorio y de procurar la cohesión de la nación. Como se ha mencionado ya, tanto el gobierno mexicano como el de los Estados Unidos deseaban conocer mejor las riquezas contenidas en la Sierra Tarahumara y su población originaria. En este caso, llegan a confluir intereses propios del colonialismo externo e interno. Además, por el hecho de que las expediciones de Gerste y de Lumholtz se insertan en el contexto de la “era de los museos” (1880 y 1920) se llegaron a desarrollar proyectos con el afán de impulsar estudios sobre determinadas culturas, lo que a su vez estimuló el coleccionismo y el saqueo.

El escenario de las expediciones de Gerste y Lumholtz se ubica en un momento de particular importancia para la historia de México: el de la consolidación del Estado nación, de las relaciones políticas empresariales e intelectuales entre México y Estados Unidos producidas a finales del porfiriato y de la mencionada era de los museos, la cual coincide con la época de oro de las grandes expediciones científicas. Estos procesos, agrega Regina Lira Larios, convergen en el abordaje del “problema del indio” en el noroeste y occidente mexicano, y con el auge del coleccionismo etnográfico.<sup>284</sup> Este último ejerció un papel clave en el intento por aproximarse al conocimiento del otro, ante la certeza de que pueblos como el rarámuri estaban próximos a desaparecer como producto del embate de la modernidad. Cabe advertir que también las exposiciones internacionales y universales se convirtieron en escenarios desde donde el otro pudo ser conocido y reconocido, en momentos en que la “conciencia planetaria” europea,<sup>285</sup> de la que habla Mary Louise Pratt, estaba tan arraigada. Estos ambiciosos eventos “fueron consecuencia y a la vez estímulo de la Revolución Industrial que transformó la faz del planeta”.<sup>286</sup>

Es en este contexto donde se ubica la representación fotográfica que de los rarámuri nos legó Aquiles Gerste (1854-1922), el sacerdote jesuita belga quien con poco más de 30

---

<sup>284</sup> Regina Lira Larios, “Carl Lumholtz y la objetualización de la cultura indígena en la Sierra Madre Occidental”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, Vol. 50, 2015, p. 8. Recuperado de <https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0185262015000201>

<sup>285</sup> Pratt señala que este tipo de conciencia se caracteriza “por una orientación hacia la exploración interior y la construcción de significado en escala global, a través de los aparatos descriptivos de la historia natural [...] esta nueva conciencia planetaria es un elemento básico en la construcción del eurocentrismo moderno, ese reflejo hegemónico que perturba a los occidentales, aun cuando siga operando intuitivamente”. Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010, pp. 37 y 44.

<sup>286</sup> Leoncio López Ocón Cabrera, “La América Latina en el escenario de las exposiciones universales del siglo XIX”, *ProcesoS. Revista Ecuatoriana de Historia*, No. 18, 2002. Recuperado de [http://www.academia.edu/4805611/La\\_Am%C3%A9rica\\_Latina\\_en\\_el\\_escenario\\_de\\_las\\_exposiciones\\_universales\\_del\\_siglo\\_XIX](http://www.academia.edu/4805611/La_Am%C3%A9rica_Latina_en_el_escenario_de_las_exposiciones_universales_del_siglo_XIX)

años arribó a México en 1885.<sup>287</sup> Una serie de 15 fotografías de su autoría aparecen en el Catálogo de la Exposición Histórico-Americana realizada en Madrid, España, en 1892. Éstas fueron producto de las tomas capturadas por este fotógrafo amateur durante la única expedición que, en solitario y por encargo del Museo Nacional, realizara a la Sierra Tarahumara entre abril y julio de ese mismo año.

Escudriñar la historia de la conmemoración del cuarto centenario del “descubrimiento” de América permite conectar diversos temas relevantes para esta investigación.<sup>288</sup> En primer lugar, admite comprender la importancia que tuvo para México la Exposición Histórico-Americana inaugurada en Madrid el 12 de noviembre de 1892, toda vez que este evento se tradujo en un escaparate para mostrar al mundo “civilizado” los logros

---

<sup>287</sup> De acuerdo con el historiador Dizán Vázquez Loya, “el padre Gerste aún era estudiante cuando vino a México y se ordenó de sacerdote poco después. Sus superiores lo destinaron al colegio jesuita de Puebla, asignándole, entre otros cargos, el de prefecto. Pasados unos tres años, el padre fue trasladado a la Ciudad de México, donde se dedicó a la formación de los jóvenes jesuitas, en la residencia anexa a la iglesia Santa Brígida, donde fungió también como bibliotecario. El 15 de agosto de 1890, Gerste hizo su tercera aprobación, mediante la cual quedó incorporado definitivamente a la Compañía de Jesús”. Dizán Vázquez Loya, “¿Quién fue Aquiles Gerste?”, en A. Gerste S. I., *Informe sobre un viaje de exploración en la Tarahumara (Noroeste de México)*, Dizán Vázquez y María Esther Montanaro (eds.), Chihuahua, Gobierno del Estado de Chihuahua, Secretaría de Cultura, 2018, pp. 21-22. La traducción al castellano de Aquiles Gerste, *Rapport sur un voyage d'exploration dans la Tarahumara (Mexique Nord-Ouest)*, Roma, Italia, Tipografía Pontificia, Nell' Istituto Pio IX, 1914, estuvo a cargo de Felicia Camacho, Carolina Castillo y Dizán Vázquez. La idea de traducir este informe surgió precisamente de la presente investigación, por tal razón, financié la traducción, la cual estuvo a cargo, inicialmente, de F. Camacho y a C. Castillo. Más tarde y tomando en cuenta la conveniencia de publicar este valioso texto, el cual nunca antes había sido traducido al castellano, consideré conveniente invitar al historiador chihuahuense D. Vázquez a participar, quien de manera entusiasta aceptó, pero no sólo eso, pues completó y pulió la primera versión de la traducción. Además del estudio de D. Vázquez, el libro incluye uno de mi autoría, el cual lleva por título “Aquiles Gerste: un sacerdote jesuita por la Sierra Tarahumara”. Hago público mi agradecimiento al P. Dizán Vázquez y al gobierno de Chihuahua por el interés y apoyo brindado para la publicación de este trabajo.

<sup>288</sup> La organización de esta conmemoración inició en 1888. Varios Reales Decretos firmados por la Reina Regente María Cristina a solicitud de la Presidencia del Consejo de Ministros, dirigido por Práxedes Mateo Sagasta, dan cuenta de ella. Tales Reales Decretos vislumbraban la preparación de una Exposición en 1892, el envío de una Comisión especial a América del Sur para preparar la Exposición, la cual estaría dirigida por los diplomáticos de España en los diferentes Estados americanos. De igual forma, se consideró pertinente invitar a particulares y a corporaciones. Mateo Sagasta planteó como objetivo: “el de dar idea al mundo de lo que era América hace cuatro siglos y de lo que es ahora”. Se contemplaba invitar a Portugal, a todas las repúblicas hispanoamericanas y al imperio de Brasil. No se hablaba todavía de incluir a Estados Unidos. Desde 1888, se consideró la idea de crear una comisión encargada de la organización de la “gran festividad”. RB-NLB-LAC, *Centenario de Colón. Presidencia del Consejo de Ministros*, Ed. Oficial, Madrid, M. Minuesa de los Ríos, 1888.

alcanzados por el país, en su afán por consolidarse como nación moderna y encaminada por la senda del progreso.<sup>289</sup> Permite, de igual forma, determinar en qué consistió el proyecto de Aquiles Gerste y por qué representó fotográficamente a los rarámuri como lo hizo.

Con motivo de la conmemoración de la llegada de Colón a América, el gobierno mexicano recibió, por parte de los gobiernos de España, Italia, Portugal, entre otros, diversas invitaciones para enviar delegados a la Exposición de Madrid, así como a otras actividades académicas.<sup>290</sup> Este evento detonó una intensa producción editorial en México.<sup>291</sup> El gobierno mexicano encomendó la responsabilidad de su participación a la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, a su vez, ésta la turnó a la Junta Colombina, para lo cual contó con el apoyo del Museo Nacional.<sup>292</sup>

Aunque oficialmente los preparativos de la Exposición Histórico-Americana arrancaron en España en 1888, no fue sino hasta inicios de 1891 cuando éstos cobraron mayor empuje. Por Real Decreto, se oficializó la disposición del gobierno español de constituir una

---

<sup>289</sup> Aimer Granados García, *Debates sobre España: el hispanoamericanismo en México a fines del siglo XIX*, México, El Colegio de México—Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Cuajimalpa, 2010, p. 101.

<sup>290</sup> Tales como el Congreso Jurídico Ibero-americano y el Pedagógico Hispano-portugués-americano que se celebrarían en Madrid, y el Congreso de Botánicos a efectuarse en Génova. Fueron recibidas otras invitaciones en las que se solicitaba el envío de representantes para el Congreso de Ginecología y Obstetricia, y el de Antropología criminal que tendría lugar en Bruselas. Biblioteca Digital-Biblioteca Nacional de México (en adelante BD-BNM), *La Patria*, Director y editor propietario Ireneo Paz, México D. F., 18 de septiembre de 1892, p. 1. De igual manera se celebraron otros congresos, a saber, el IX Congreso Internacional de Americanistas, el Congreso Católico, el Congreso Africanista, el Congreso Espiritista, entre otros. D. Ramírez, *La Exposición...*, *op. cit.*, nota 3, p. 274.

<sup>291</sup> Algunas revistas fueron: *El Centenario*. *Revista Ilustrada* órgano oficial de la Junta Directiva encargada de disponer las solemnidades que han de conmemorar el descubrimiento de América, *La América, crónica hispanoamericana*, *La Ilustración Española y Americana*, *La Unión Iberoamericana*, entre otras. Citado por Salvador Bernabeu Albert, *1892: El IV Centenario del descubrimiento de América en España: coyuntura y conmemoraciones*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1987, p. 19. Hobsbawm advierte que durante el siglo XIX la alfabetización -considerada “una medida del desarrollo de la civilización”- era cada vez mayor. El destacado historiador brinda el dato revelador: para 1880 se llegaron a publicar 186 millones de ejemplares de periódicos o revistas cada mes en los Estados Unidos, en contraste a los 330.000 de 1788, lo que pone en evidencia lo vertiginoso de este crecimiento. Eric Hobsbawm, *La era del imperio, 1875-1914*, Buenos Aires, Crítica, 2009, pp. 37-38.

<sup>292</sup> Rosa Casanova, “El indio exhibido”, p. 5, nota 14, artículo inédito. Agradezco a la autora por permitirme la consulta de este texto.

comisión con el propósito de organizar esta muestra. Por su parte, el presidente del Consejo de Ministros de España, Antonio Cánovas del Castillo,<sup>293</sup> impulsó dicha iniciativa, asumiendo un papel protagónico durante la organización de la conmemoración, que aspiraba no sólo a festejar el “descubrimiento” de América, sino también a consolidar el prestigio de la monarquía española.<sup>294</sup>

La muestra museográfica tuvo dos grandes expresiones. La primera, la ya citada Exposición Histórico-Americana instalada en la planta baja del palacio, destinada a la Biblioteca y Museos Nacionales en el Paseo de Recoletos de Madrid. Luego, la Exposición Histórico-Europea instalada en la planta alta del mismo palacio, dedicada al arte retrospectivo.<sup>295</sup> La presencia de México en la Exposición de 1892 en Madrid tuvo implicaciones relevantes en el ámbito cultural, político, científico y, particularmente, en la generación de conocimiento antropológico y etnográfico. Sin embargo, cabe mencionar que esta conmemoración no alcanzó el éxito esperado.<sup>296</sup> Con todo, Salvador Bernabeu sostiene que se “generó un importante movimiento cultural”,<sup>297</sup> palpable a través de un significativo

---

<sup>293</sup> Cánovas del Castillo había contribuido a instaurar, tras la experiencia republicana, el régimen monárquico español, el cual había sufrido un grave contratiempo tras la muerte de Alfonso XII en 1885. S. Bernabeu, 1892..., *op. cit.*, pp. 22-23.

<sup>294</sup> Una larga lista de naciones fue convocada para participar en el magno evento. Aceptaron y acudieron a la invitación: Alemania, Argentina, Bolivia, Colombia, Costa Rica, Chile, Dinamarca, República Dominicana, Ecuador, España, Estados Unidos, Guatemala, México, Nicaragua, Perú, Portugal, Suecia y Uruguay. Jesús Galindo y Villa, “Exposición histórico-americana de Madrid de 1892. Nota relativa a la sección de la República de México”, en *Memorias de la Sociedad Científica Antonio Alzate*, México, Vol. 6, 1893, pp. 301-323. Un extracto de esta nota se encuentra en Luis Gerardo Morales Moreno, *Orígenes de la museología mexicana. Fuentes para el estudio histórico del Museo Nacional, 1780-1940*, México, Departamento de Historia, Universidad Iberoamericana, 1994, p. 152.

<sup>295</sup> J. Bernabeu, 1892..., *op. cit.*, pp. 2-3. La clausura de ambas exposiciones estuvo prevista para el 3 de febrero de 1893; sin embargo, la Comisión del IV Centenario y su Junta directiva, a través de Práxedes Mateo Sagasta, plantearon a la reina regente que éstas se mantuvieran abiertas hasta el día primero de julio del mismo año. Lo solicitado fue aceptado y ambas exposiciones se unieron y pasaron a llamarse “Exposición Histórico-Natural y Etnográfica”. Dení Ramírez Losada, “La Exposición Histórico-Americana de Madrid de 1892 y la ¿ausencia? de México”, en *Revista de Indias*, 2009, Vol. LXIX, núm. 246, p. 275. Recuperado de: <http://revistadeindias.revistas.csic.es/index.php/revistadeindias/article/view/687/758>

<sup>296</sup> *Idem.*, p. 273.

<sup>297</sup> S. Bernabeu, 1892..., *op. cit.*, p. 19.

número de publicaciones y exposiciones, así como también gracias al aporte de la fotografía, la pintura, la litografía, la tipografía y la numismática.

La celebración no sólo pretendía consolidar las relaciones con Hispanoamérica, también se convirtió en una vitrina para mostrar “al mundo lo glorioso [del] pasado de México como nación indígena y como colonia”,<sup>298</sup> los avances alcanzados gracias a la *pax porfiriana*, además de ser un espacio en el que podría reconocerse como nación. Leoncio López Ocón sostiene que las exposiciones internacionales permitían a los Estados hacer gala de su “musculatura”. También, estimulaban el “patriotismo industrial” y el orgullo nacional, haciendo posible que los Estados se hicieran publicidad a sí mismos, dejando ver su posición en el tablero internacional y la calidad de sus relaciones con el país anfitrión. Eran, pues, expresiones de política internacional, espacios donde la modernidad era construida y desde donde eran divulgados los avances científicos que denotaban “progreso”.<sup>299</sup> Joaquín Baranda, secretario de Justicia e Instrucción Pública, explicó de la siguiente manera las razones que llevaron al gobierno de Porfirio Díaz a participar en este evento:

El Gobierno mexicano no podía proceder de distinta manera, pues habiendo hecho en diversas épocas, laudables esfuerzos por exponer en Filadelfia, en Nueva Orleans y últimamente en París, los grandes y naturales elementos de riqueza en que abunda nuestro país, el estado incipiente de la industria nacional y los adelantos obtenidos en el cultivo de las ciencias y de las artes era natural y debido que al decidirse á repetir idénticos esfuerzos para concurrir á la exposición de Chicago, aprovechara la oportunidad que le ofrecía el fraternal llamamiento de España para dar á conocer al mundo los vestigios de la sorprendente civilización de las tribus aborígenes que poblaron estas regiones antes del Descubrimiento y la Conquista.<sup>300</sup>

---

<sup>298</sup> D. Ramírez, “La Exposición...”, *op.cit.*, p. 278.

<sup>299</sup> L. López Ocón Cabrera, “La América Latina...”, *op. cit.*, pp. 105 y 107.

<sup>300</sup> BD-BNM, Joaquín Baranda, “El concurso de México á la Exposición histórico-americana de Madrid”, *Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Tabasco*, 30 de diciembre de 1891, p. 1.

Fueron invitados a formar parte de la organización de esta exposición destacados diplomáticos, entre quienes se encontraba un hombre tan cercano a Porfirio Díaz como lo fue el general y hombre de letras Vicente Riva Palacio, quien por entonces ocupaba el cargo de ministro plenipotenciario en Madrid.<sup>301</sup> Riva Palacio formó parte de la Junta Colombina Mexicana en Madrid, instancia que debía supervisar las labores museográficas del evento.<sup>302</sup> Francisco del Paso y Troncoso, quien se desempeñaba como director del Museo Nacional (institución que “literalmente fue el centro operativo de la Junta Colombina Mexicana”), ejerció un papel clave.<sup>303</sup> Participaron, además, Francisco Sosa, Manuel Payno, el sacerdote Francisco Plancarte, el fotógrafo Francisco del Río de la Loza y el historiador Jesús Galindo y Villa, quien hiciera la siguiente valoración de la muestra:

Un inmenso cuadro histórico, una sinopsis quizá única por su carácter tan especial y propio, en la cual se sintetizaron de bulto, auténticos, originales, por decirlo así, las tradiciones y usos y costumbres de los pueblos aborígenes de América, ya en la época precolombina, ya en la postcolombina, en la parte más interesante de esta última.<sup>304</sup>

---

<sup>301</sup> “Para celebrar dignamente el cuarto centenario del Descubrimiento de América, por indicación del Sr. Presidente del Consejo de Ministros de España se creó en Madrid una Junta Directiva; y en el Real Decreto por el cual se constituyó esa junta, se dispuso que fuera especialmente invitado uno de los Ministros plenipotenciarios de las Repúblicas Hispano-Americanas en España. Cupo al representante de México esta honra, y desde luego comunicó lo que antecede al Gobierno Nacional, manifestándole que se había convenido en organizar una Exposición americana de objetos precolombinos”. BD-BNM, Museo Nacional, “Cuarto Centenario del descubrimiento de la América”, *La Patria*, México, 8 de mayo de 1897, p. 2.

<sup>302</sup> Algunos de los países latinoamericanos que participaron en esta exposición fueron: “Venezuela, Costa Rica, Colombia, la República Argentina, la República de Chile, Guatemala y Santo Domingo [se refiere a República Dominicana]”. S. Bernabeu, *1892...*, *op. cit.*, p. 160.

<sup>303</sup> G. Rodríguez, “Recobrando...”, *op. cit.*, p. 127. Una vez aceptados los nombramientos, la Junta Colombina quedó conformada por los señores Joaquín García Icazbalceta, quien la presidió, Alfredo Chavero, José María Vigil, José María Agreda y Sánchez y Francisco del Paso y Troncoso. Francisco Sosa se desempeñó como secretario. “El Sr. Ministro de España recibió el nombramiento de Miembro nato de la Junta española de la Exposición Histórica-americana de Madrid”. BD-BNM, Museo Nacional, “Cuarto Centenario...”, *op. cit.*

<sup>304</sup> Jesús Galindo y Villa, “Exposición histórico-americana de Madrid de 1892. Nota relativa a la sección de la República Mexicana”, en *Memorias de la Sociedad Científica Antonio Alzate*, México, Vol. 6, 1893, p. 302. Recuperado de <https://archive.org/stream/memoriasyrevist01unkngoog#page/n306/mode/2up>

La Exposición de Madrid generó un relevante conocimiento antropológico. Aunque en un inicio el énfasis de la muestra estuvo puesto en dejar ver el “adelanto de los aborígenes, tanto en la época prehispánica, como en la posterior á la Conquista, y el estado que actualmente guardan”, ya para 1891 esa directriz se había desplazado hacia el interés por mostrar los avances de los “pueblos americanos en la época precolombina”.<sup>305</sup> No obstante, y como bien lo apunta Georgina Rodríguez, México insistió en mostrar a sus poblaciones indígenas contemporáneas. Probablemente, la Junta Colombina de México quería dar cuenta de las transformaciones que se estaban alcanzando en el ámbito cultural de los pueblos originarios, así como evidenciar el reto al que la nación mexicana se debía enfrentar en relación con la diversidad de su población. Por ello, persiguió documentar “con rigor científico” tanto el pasado prehispánico como la situación del indio vivo. Cabe advertir que, en términos generales, en América Latina quienes estuvieron vinculados a las labores logísticas y de preparación de las exposiciones universales -aunque aplica también para las exposiciones internacionales- las concibieron como:

escaparates de los progresos que en todos los órdenes de la vida material y cultural estaban experimentando sus sociedades. Los promotores y expositores de los pabellones latinoamericanos presentaron a América Latina como una tierra de promisión para capitales y emigrantes foráneos por su exuberante naturaleza y sus abundantes materias primas, expusieron la riqueza de un patrimonio cultural propio producto de su densidad histórica y exhibieron la capacidad creativa de sus habitantes en las artes y las ciencias.<sup>306</sup>

---

<sup>305</sup> *Diario Oficial*, miércoles 25 de febrero de 1891, pp. 2-3, citado por G. Rodríguez, “Recobrando...”, *op. cit.*, p. 127. Al respecto un periódico local de Tabasco indicaba que, “la Exposición Americana que tiene por objeto, según el último real decreto que la caracterizó, presentar de la manera más completa que sea posible el estado en que se hallaban por los días del descubrimiento y de las principales conquistas europeas los pobladores de América, agrupando al efecto, cuantos objetos concurren á dar idea del origen y progreso de su relativa cultura”. BD-BNM, Joaquín Baranda, *Periódico Oficial del gobierno del estado de Tabasco*, 30 de diciembre de 1891, p. 1.

<sup>306</sup> L. López Ocón Cabrera, “La América Latina...”, *op. cit.*, p. 122.

Determinados funcionarios del Museo Nacional<sup>307</sup> dejaron temporalmente de lado el trabajo de gabinete para, en compañía de otros estudiosos, salir al encuentro tanto de los vestigios heredados del mundo indígena del pasado como de la presencia del indígena vivo.<sup>308</sup> Aquellas expediciones de aspiraciones científicas buscaban incrementar el número de materiales para documentar las diversas “nacionalidades indígenas”.<sup>309</sup> Algunas de ellas contaron con fondos del Museo Nacional, institución que era una de las más antiguas de América en aquel momento. De este modo, el museo había alcanzado, entre 1889 y 1911, una segunda fase de consolidación como institución, justo cuando el destacado historiador Francisco del Paso y Troncoso era su director.<sup>310</sup>

---

<sup>307</sup> Mechthild Rutsch ha documentado a profundidad la historia del Museo Nacional, cuyo origen data de 1822, cuando se limitaba a ser “salón de exhibición de curiosidades antiguas”. Esta institución procuró cumplir entre otros objetivos con el de profesionalizar la antropología mexicana. La autora advierte que la “historia del Museo Nacional (y de la ciencia que se desarrolló en su interior y en su entorno) es un testimonio valioso de los diferentes propósitos históricos tanto del desarrollo de una comunidad científica moderna como del Estado mexicano por construir una narrativa de su propio pasado y de conciliar sus múltiples (e imaginarios) orígenes”. Mechthild Rutsch, *Entre el campo y el gabinete. Nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1920)*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Antropología e Historia, 2007, p. 27.

<sup>308</sup> Entre 1822 y 1906, el Museo Nacional sufrió una transformación significativa, toda vez que dejó de ser el Museo carente de cátedras de formación para convertirse en el primer lugar donde los profesionales en antropología pudieron prepararse. Además, esta institución asumió el papel, tal y como se ha podido demostrar con la labor desplegada por ésta en el contexto de la organización de la representación de México en la Exposición de Madrid, de “promotor de estudios etnográficos, arqueológicos, históricos, físicos y lingüísticos y lugar de encuentro y enlace con la comunidad científica de la antropología mundial”. *Idem*.

<sup>309</sup> Biblioteca Nacional de México (en adelante BNM), Francisco del Paso y Troncoso, “Introducción. Reseña de los trabajos de la Junta Colombina de México”, *Exposición Histórico-Americana de Madrid, Catálogo de la Sección de México, Tomo I*, Madrid, Est. Tip. “Suscriptores de Rivadeneira”, Impresores de la Real Casa, Paseo de San Vicente, 20, 1892, p. 20. Recuperado de <http://archive.org/stream/catbalogosecc02mexirich#page/6/mode/2up>

<sup>310</sup> Bustamante ubica la primera etapa de consolidación del Museo Nacional entre 1876 y 1889, debido al empuje que Porfirio Díaz brindó a esta institución, dirigida durante esos trece años por Gumersindo Mendoza y Jesús Sánchez, quienes se dieron a la tarea de atender la organización general de las colecciones, publicar la primera catalogación científica y la fundación, en 1877, de los Anales del Museo Nacional. El autor advierte que no está claro con cuál de las raíces coloniales se puede entroncar al museo, si con el Gabinete de Historia Natural fundado por José Longinos en 1790 y relacionada con la Real Expedición Botánica a la Nueva España, con la oficina de la Junta de Antigüedades vinculada a la Real Expedición Anticuaria a la Nueva España dirigida por Guillermo Dupaix, o bien, con las colecciones de la Academia de San Carlos, las del Colegio de Minería o las de la Universidad, “o todas ellas juntas”. En todo caso, recuerda que fue en 1825 cuando Lucas Alamán logró que se dictara una orden para constituir un Museo Nacional y que en 1831 se le diera “existencia legal”. Aunque fue el emperador Maximiliano quien, en 1865 y seguramente estimulado por los primeros datos arrojados por el trabajo desempeñado por la Comisión Científica Franco-Mexicana (1864-1867), dignificó y le dio en el Palacio de Gobierno una nueva sede al museo. Jesús Bustamante, “La conformación de la antropología como

La Comisión Científica de Cempoala fue la primera de dichas expediciones.<sup>311</sup> Otra mucho más breve -duró solamente dos semanas- se efectuó en las costas de Sotavento en el estado de Veracruz.<sup>312</sup> También tuvo lugar una expedición a Palenque dirigida por Francisco Río de la Loza y Pedro Pablo Romero. Una más estuvo a cargo del jesuita Aquiles Gerste, a quien le fue encomendado un estudio sobre Casas Grandes y la “tribu” tarahumara. Esta tarea se le asignó tomando en cuenta el interés que el religioso mostraba por las culturas indígenas antiguas.<sup>313</sup>

Así pues, los rarámuri fueron -al igual que tantos otros grupos indígenas de México y de otras naciones latinoamericanas- parcial y selectivamente representados a través de fotografías en la Exposición de Madrid. La expedición de Gerste, así como las demás, estuvo en consonancia con los intereses que dieron sustento político al proyecto de mostrar internacionalmente los alcances del gobierno de Porfirio Díaz y, en especial, la estabilidad y

---

disciplina científica, el Museo Nacional de México y los Congresos Internacionales de Americanistas”, en *Revista de Indias*, vol. LVX, núm. 234, 2005, pp. 303-307. Por su parte, Rutsch analiza con detalle aspectos poco estudiados acerca del Museo Nacional, a saber: la tradición académica y la comunidad científica que dio sostén a dicha institución. M. Rutsch, *Entre el campo...*, *op. cit.*

<sup>311</sup> Fue llevada a cabo aproximadamente entre agosto de 1890 y abril de 1891, encabezada por el propio Del Paso y Troncoso. Rafael García fue el fotógrafo oficial y autor de unas doscientas vistas del sitio arqueológico de Cempoala, Veracruz. De tales vistas, José María Velasco hizo ampliaciones a lápiz, cuyos catorce cuadros de ruinas fueron exhibidos en las salas de la Sección Mexicana. Francisco del Paso y Troncoso, “Introducción. Reseña de los trabajos de la Junta Colombina de México”, *Exposición Histórico-Americana de Madrid, Catálogo de la Sección de México, Tomo I*, Madrid, Est. Tip. “Suscriptores de Rivadeneyra”, Impresores de la Real Casa, Paseo de San Vicente, 20, 1892, p. 20. Recuperado de <http://archive.org/stream/catbalogosecc02mexirich#page/6/mode/2up>, BNM, J. Galindo y Villa, *Exposición...*, *op. cit.*, p. 2.

<sup>312</sup> De nuevo le correspondió al director del Museo Nacional nombrar al personal capacitado para realizar recorridos tanto en el norte como en el sureste del país. Georgina Rodríguez, “Recobrando la presencia. Fotografía indigenista mexicana en la Exposición Histórico-Americana de 1892”, en *Cuicuilco*, Vol. 5, Núm. 13, mayo-agosto, 1998, pp. 128-130.

<sup>313</sup> La siguiente fue realizada en Papantla y encabezada por Fernando del Castillo, con el objeto de completar las mediciones que Francisco del Paso y Troncoso hiciera de la pirámide del Tajín, en vista de que ésta había sido reproducida y expuesta en Madrid. Francisco Plancarte dirigió la expedición a Morelia y Manuel Villada, la de San Luis Potosí.

el progreso del México moderno. Al mismo tiempo, permitió “difundir la imagen de un mundo prehispánico majestuoso. Con ello se trataba de demostrar que el pasado mexicano era tan ancestral y remoto como el de Egipto, Grecia o Roma”.<sup>314</sup> Es decir, se ensalzaba el pasado antiguo con la idea de vincularlo de manera directa a la nación moderna porfiriana, dejando ver de este modo que “México, y sus culturas prehispánicas, no eran inferiores a otras de la civilización occidental”.<sup>315</sup>

### La Junta Colombina y Aquiles Gerste

Con 31 años de edad, Aquiles Gerste (1854-1920) llega a México. A los 19 años, había ingresado a la Compañía de Jesús “como miembro de la provincia jesuita belga”. Al respecto, Dizán Vázquez agrega que:

ya venía equipado con un impresionante bagaje científico, no obstante su juventud. Había trabajado con los bolandistas, donde adquirió ese método riguroso de investigación que lo caracterizaba. Además de su nativo flamenco (una variante del holandés), el padre Gerste dominaba el alemán, el francés, el español, el italiano y su interés por las culturas mesoamericanas lo llevó a aprender náhuatl. Desde su llegada a México comenzó a colaborar con Carlos Sommervogel, enviándole datos sobre escritores jesuitas mexicanos, para la gran Bibliothèque de la Compagnie de Jesús que este jesuita francés preparaba en Roma.<sup>316</sup>

Permaneció en el país cerca de nueve años, estableciendo vínculos estrechos y amicales con destacadas personalidades del ámbito intelectual, entre quienes se encontraban Joaquín García Icazbalceta, Alfredo Chavero, José María Vigil, Francisco del Paso y Troncoso, Telésforo García y Nicolás León, entre otros,<sup>317</sup> lo que sin duda contribuyó a enriquecer su

---

<sup>314</sup> D. Ramírez, “La exposición..., *op. cit.*”, pp. 296-297.

<sup>315</sup> *Ibidem.*, p. 297.

<sup>316</sup> D. Vázquez Loya, “¿Quién fue...”, en A. Gerste S. J., *Informe...*, 2018, p. 22.

<sup>317</sup> Gerard Decorme, S. J., *Historia de la Compañía de Jesús. En la República Mexicana durante el siglo XIX*, T. III, Chihuahua, Ediciones Canisio, 1959, p. 125; José Gutiérrez Casillas, S. J., *Jesuitas en México durante el siglo XIX*, México, Porrúa, 1972, pp. 250-251.

conocimiento de la historia de México.

Es factible que el afán de la Junta Colombina por financiar parte del recorrido de Gerste<sup>318</sup> -la otra la sufragó Telésforo García, presidente de la Cámara Española de Comercio-<sup>319</sup> obedeciera a la intención de mostrar el interés que el régimen de Díaz tenía por recabar información de carácter científico sobre los tarahumaras. Pese al hecho de que Gerste fuese extranjero, los objetivos de su expedición respondían a intereses de una institución nacional tan importante como el Museo Nacional. Tal condición imprime aún mayor relevancia a la labor que realizó, toda vez que se puede considerar su caso como de transición entre las expediciones realizadas en la Sierra Tarahumara durante el ocaso del siglo XIX, las cuales fueron efectuadas principalmente por extranjeros, y aquéllas que vendrían a realizarse en el contexto posrevolucionario con afanes signados por la antropología aplicada.

### Un jesuita en la Tarahumara: la expedición de Aquiles Gerste

La expedición de Gerste por la Tarahumara tuvo lugar pocos meses antes de que la Exposición de Madrid fuera inaugurada (en noviembre de 1892).<sup>320</sup> Sin duda, los tarahumaras habían despertado un particular interés en el ámbito científico e intelectual mexicano de la época. Aunque no se han encontrado documentos que así lo indiquen, es probable que esta atracción fuera resultado del interés que generaron las expediciones de

---

<sup>318</sup> G. Rodríguez Hernández, “Recobrando...”, en *Cuicuilco*, *op. cit.*, pp. 127-128.

<sup>319</sup> BNM, F. del Paso y Troncoso, “Introducción”, *Exposición Histórico-Americana, Catálogo...*, Tomo I, *op. cit.*, p. 30. Telésforo García fue amigo en común de los chihuahuenses Porfirio Parra y de Enrique C. Creel. Habría que investigar más esta relación, en el sentido de que pudo haber influido más de lo que se supone en el interés que Creel mostró hacia los tarahumaras. FEC, CXCI, carpeta 1/3, carta de Porfirio Parra a Enrique C. Creel, 18 de febrero de 1906.

<sup>320</sup> Colección Porfirio Díaz, Universidad Iberoamericana (en adelante, CPD-UIA), legajo: XXXI, documentos: 014208-014211, ficha: 014208, Carta de Aquiles Gerste a Victoriano Salado Álvarez, Roma, Italia, 8 de agosto de 1906, pp. 11-12.

Frederick Schwatka y Carl Lumholtz en el norte de México, realizadas con el propósito de estudiar a este “pueblo indígena”. Cabe mencionar que tanto Lumholtz como Gerste llevaron a cabo sus respectivos recorridos en el corazón de la Sierra Tarahumara casi al mismo tiempo. Entre diciembre de 1891 y agosto de 1893, Lumholtz realizó su segunda expedición, la cual abarcó los estados de Chihuahua y Durango.<sup>321</sup> Por su parte, Gerste estuvo en la Sierra Tarahumara entre abril y julio de 1892. Si bien el noruego evadió hacer referencia a la presencia del sacerdote en territorios serranos, el sacerdote sí hizo alusión al silencio que Lumholtz guardó al respecto en su Informe de 1914:

Hacia la época en la que nosotros entramos a la Tarahumara por Yepómera, al norte, el Sr. Carl Lumholtz penetraba por otra vía. Él regresó después en diversas ocasiones y consignó sus observaciones en memorias, artículos de revistas y en dos volúmenes titulados *Unkown Mexico*. Esta obra, fruto de un trabajo considerable, abunda en informaciones sobre las tribus del noroeste mexicano, pero no nos atreveríamos a afirmar que haya agotado la materia. No solo hay temas en los que el hábil y valiente explorador no pudo profundizar, sino también algunos otros sobre los cuales, me temo, lo informaron mal; en más de un aspecto las proporciones parecen falsas y hecho de carácter particular o local dan lugar a generalizaciones inadmisibles. En pocas palabras, sin querer despreciar de ninguna manera el mérito real de sus esfuerzos, parece conveniente retomar el tema en algunos de sus aspectos, tratando de aportar aquí y allá precisiones o explicaciones más satisfactorias. Fue entre 1894 y 1897 que el señor Lumholtz hizo su tercera y principal gira en la sierra. Él pensó que era el primero que se ocupaba de los trogloditas tarahumaras. Indiscutiblemente sus investigaciones son originales y totalmente independientes de las nuestras; sin embargo no está de más recordar aquí que desde junio de 1892 nosotros estábamos con los paganos y los habitantes de las cavernas, como lo atestiguan las publicaciones de ese mismo año [en nota a pie de página: “Por ejemplo las de los señores Troncoso y Chavero citadas anteriormente”].<sup>322</sup>

Aquiles Gerste se internó en el corazón de la Sierra Madre en la primavera de 1892.

Según lo menciona el propio jesuita -en una carta que le enviara a Victoriano Salado Álvarez

---

<sup>321</sup> La primera expedición de Carl Lumholtz en México se desarrolló entre los meses de septiembre de 1890 y abril de 1891. Mario R. Vázquez, *Montañas, duendes, adivinos... Carl Lumholtz*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1996, p. 140.

<sup>322</sup> A. Gerste, *Informe...*, *op. cit.*, p. 32.

en 1906, desde Roma, Italia-, debió enfrentar varios imprevistos, los cuales fueron superados gracias al apoyo recibido de las autoridades eclesiásticas, de la familia Terrazas y de varios amigos, particularmente de Enrique C. Creel.<sup>323</sup> Todo ello, habría que agregar, a pesar de que persistían, por entonces, tensiones entre la Iglesia católica de Chihuahua y el liberalismo oficial.<sup>324</sup>

La colección de objetos reunida por Gerste incluyó, en palabras de otro jesuita, “curiosidades que podrían llamar la atención de los visitantes”.<sup>325</sup> Contenía cráneos, osamentas, vestigios arqueológicos, armas, utensilios, trajes de los indígenas tarahumaras y fotografías, las cuales formaron parte del Catálogo del Museo Nacional, al menos de manera nominal, pues éste contiene únicamente las cédulas, mas no las imágenes.<sup>326</sup>

De igual manera, fue mérito del belga haber reunido una colección de cerámica durante las excavaciones que llevó a cabo en la región de Casas Grandes, llamadas por los

---

<sup>323</sup> La carta a la que se hace referencia corresponde a la que Gerste enviara al intelectual mexicano, quien estableció contacto con el propósito de pedirle al jesuita su opinión acerca del estado en que se encontraban los tarahumaras al momento de su expedición en 1892. Salado Álvarez plantea esta solicitud en el contexto de la elaboración de la Ley para el mejoramiento y cultura de la raza tarahumara de 1906. CPD-UIA, legajo: XXXI, documentos: 014208-014211, ficha: 014208, Carta de Aquiles Gerste a Victoriano Salado Álvarez, Roma, Italia, 8 de agosto de 1906, p. 2.

<sup>324</sup> Dizán Vázquez Loya, “Fundación de la Diócesis de Chihuahua y su primer obispo”, I Encuentro de Historia y Cultura Regionales, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez–Escuela Nacional de Antropología e Historia – El Colegio de Chihuahua, 2008, p. 5. Agradezco al padre Vázquez haberme facilitado este material. Eric Hobsbawm recuerda que el periodo comprendido entre 1875 y 1914 corresponde a uno en el que las distintas iglesias impulsaron “un proceso de conversión de los paganos a las diferentes versiones de la auténtica fe cristiana”. De manera que, si bien la labor misionera no era propiamente “un agente de la política imperialista” -los religiosos tendían a ubicar como prioritarios los intereses de sus conversos-, ésta lograba ser exitosa en la medida en que el imperialismo avanzaba. E. Hobsbawm, *La era del imperio...*, *op. cit.*, p. 80.

<sup>325</sup> José Gutiérrez Casillas, S. J., *Jesuitas en México durante el siglo XIX*, México, Porrúa, 1972, p. 250.

<sup>326</sup> Es factible pensar que no fueron incluidas debido a lo costoso que podía resultar su impresión; sin embargo, este dato aún no se ha podido confirmar. Joaquín García Icazbalzeta, en una carta que escribe a Francisco de Paso y Troncoso fechada en México el 26 de marzo de 1893, refiere algunos de los problemas presupuestales que la Junta debió enfrentar, sugiriendo incluso malos manejos: “La Colombina sólo existe de nombre. No he logrado mi deseo de no agotar el crédito abierto por el gobierno. Aunque defendí los fondos como gato boca arriba, no he podido impedir que les den tantos pellizcos (algunos bien irregulares) que no me quedan más que unos tres mil quinientos pesos. El ministro dice que si falta dará más; pero eso no me contenta”. Cartas de Joaquín García Icazbalzeta a José Fernando Ramírez, José María de Agreda, Manuel Orozco y Berra, Nicolás León, Agustín Fischer, Aquiles Gerste, Francisco del Paso y Troncoso, compiladas y anotadas por Felipe Teixidor, prólogo de Genaro Estrada, México, Porrúa, 1937, p. 283.

habitantes fronterizos *montezumas* y por los estadounidenses, *mouds*.<sup>327</sup> Estos materiales fueron expuestos posteriormente en Madrid y muy apreciados, dado lo poco que se sabía sobre este pueblo indígena en el ocaso del siglo XIX. Del Paso y Troncoso calificó la colección como “una de las mejores galas de nuestra sección”,<sup>328</sup> y estuvo enriquecida con objetos facilitados -en calidad de préstamo- por el terrateniente chihuahuense Luis Terrazas.<sup>329</sup> El auge económico experimentado por la entidad fue reconocido incluso por las propias autoridades eclesiásticas, que se dieron a la tarea de concretar la creación de la diócesis de Chihuahua en junio de 1891.<sup>330</sup> Es probable que esta decisión respondiera al

---

<sup>327</sup> BNM; F. del Paso y Troncoso, “Introducción...”, *Exposición Histórico-Americana, Catálogo...*, Tomo I, *op. cit.*, p. 24.

<sup>328</sup> *Idem*.

<sup>329</sup> *Idem*.

<sup>330</sup> Se superaba así la dependencia con respecto a la ciudad de Durango, antigua capital de la Nueva Vizcaya. L. Aboites, *Breve...*, *op. cit.*, p. 134. José de Jesús Ortiz Rodríguez fue el primer obispo de la recién creada diócesis y uno de los principales responsables del restablecimiento, en 1900, de las misiones que la Compañía de Jesús había dirigido en la Sierra Tarahumara durante el periodo colonial. Así como muchos otros clérigos y laicos de la época, Ortiz estuvo influido por la encíclica social *Rerum novarum* (1891) del Papa León XIII, quien estableciera la consigna de “ir al pueblo”. Los católicos pretendían incidir en ámbitos como: la predicación, la moralización, la enseñanza y la restricción en el horario de venta de bebidas embriagantes, se pretendía, además, que en los códigos civiles de los estados se previera el castigo a la embriaguez. No vislumbraron, sin embargo, la necesidad de la redistribución de la propiedad agraria, ni tampoco -como lo habían hecho los católicos en los primeros años del porfiriato- denunciaron la desapropiación que indígenas, corporaciones y campesinos sufrían por el avance del liberalismo económico. Manuel Ceballos, *El catolicismo social: un tercero en discordia. Rerum Novarum, la “cuestión social” y la movilización de los católicos mexicanos (1891-1911)*, México, El Colegio de México, 1991, p. 231. Dicha encíclica planteaba, entre otras cosas, que el Estado debía hacerse cargo de las cuestiones sociales, así como de eliminar las causas del conflicto entre capital y trabajo. Aquel documento ha sido considerado como el que marcó el inicio de la moderna doctrina social de la Iglesia. En sintonía con tales ideas, el obispo Ortiz realizó varias visitas pastorales a la Tarahumara y buscó dar empuje a la idea de retomar la evangelización de los tarahumari. Mientras Ortiz Rodríguez fue obispo de Chihuahua, fueron desarrolladas dos líneas de trabajo. La primera procuró la ayuda directa a los más pobres, la segunda pretendía la promoción social y la mejora en la condiciones de vida de la clase trabajadora. Vázquez señala que como resultado de sus viajes a la Sierra, Monseñor Ortiz se propuso hacer algo para cambiar las condiciones de miseria de los indígenas. Así, fundó en Chihuahua la Asociación Guadalupana. El propósito era, por un lado, fomentar el culto a la Guadalupana y, por otro, “colectar recursos [...] para la fundación y sostenimiento de misiones y escuelas entre los tarahumares”. También, ordenó que la asociación estuviera presente en cada parroquia. D. Vázquez, “Fundación...”, *op. cit.*, pp. 10-11.

incremento del protestantismo en la entidad desde 1882,<sup>331</sup> que estimuló la creación de los primeros colegios protestantes en la capital del estado.<sup>332</sup>

### Los rarámuri en la lente de Aquiles Gerste, y su presencia en la Exposición Histórico-Americana de 1892

Es claro que la fotografía estuvo presente de múltiples maneras en el esfuerzo desplegado por la Junta Colombina de México por reunir suficientes y adecuados materiales representativos de la nación mexicana. Fue así que estas imágenes prestaron sus servicios, por ejemplo, en el registro de vestigios arqueológicos, en la reproducción de códices y contribuyendo particularmente a reunir información etnográfica. El uso de la fotografía permitió también agilizar el proceso de acopio de materiales.<sup>333</sup>

---

<sup>331</sup> En ese año, llegó a Chihuahua el evangelista estadounidense Santiago D. Eaton. En 1883, Eaton estableció un expendio de biblias en su casa. Al año siguiente, realizó viajes de propaganda y vendió con éxito gran cantidad de biblias en Jiménez, Parral, Aldama, Santa Rosalía, Allende, Cusihuiriachic y Ciudad Guerrero. Los primeros cultos evangélicos fueron en inglés y hacia 1885 dieron inicio los cultos en castellano. Poco después, la iglesia fue organizada formalmente, lográndose reunir los fondos necesarios para construir un templo. En febrero de 1892, fue colocada la primera piedra del Templo de la Trinidad. Extracto de un artículo publicado en la revista ilustrada “El Abogado Cristiano”, de la ciudad de México, dedicado a la historia de la obra evangélica llevada a cabo por las iglesias protestantes en el estado de Chihuahua. Este resumen apareció bajo el título “Las misiones evangélicas o protestantes en Chihuahua”, en *Revista Chihuahuense. Ciencias, letras e información general*, Chihuahua, núm. 2, t. II, enero de 1910, pp. 2-3.

<sup>332</sup> En sus inicios, la educación evangélica debió enfrentar fuertes prejuicios y animadversión; no obstante, con el pasar de los años, logró no sólo aumentar notablemente la matrícula, sino también ganarse el reconocimiento de la sociedad chihuahuense. El Colegio Chihuahuense fue fundado en 1885 por Gertrudis C. de Eaton y dependía de la Iglesia Congregacional. El Colegio Palmore fue fundado en 1890, le fue dado tal nombre en honor al Dr. W. B. Palmore, quien cedió el lugar donde fue construido el plantel. Este colegio funcionó bajo el auspicio de la Iglesia Metodista Episcopal del Sur. Hubo un plantel más, el Colegio Bautista dependiente de la Iglesia Bautista. *Ibidem.*, p. 3. “Colegio Palmore Chihuahua. Su labor educacional”, en *Revista Chihuahuense. Ciencias, letras e información general, Chihuahua*, núm. 3, t. II, febrero de 1910, p. 2.

<sup>333</sup> Al respecto, Del Paso y Troncoso comenta, “También tuvimos en el Museo taller de fotografía con el motivo que voy a exponer: Había mandado hacer la Junta Colombina modelos de los ejemplares más notables que en el gran salón de Arqueología de nuestro Museo se conservan; pero quedaban en el Establecimiento muchos objetos que no podían venir en modelos por el crecido costo del procedimiento, ni transportarse por lo muy pesados ó por ser demasiado voluminosos y muy frágiles. Para que se pudieran estudiar en la Exposición ideamos entonces que se reprodujeran por medio de la fotografía, y sabiendo el Sr. Presidente de la República lo que se proyectaba, espontáneamente ofreció para la ejecución de los trabajos el personal del taller fotográfico establecido en la Secretaría de Guerra y Marina, con lo cua- [sic] no quedó á cargo de la Junta más gasto que el de los ingredientes necesarios para preparar las negativas, y de ellos obtener las positivas que se habían de mandar. Por más de cuatro meses trabajó el capitán D. Hilario Olaguíbel, empleado de la fotografía de Guerra,

Las fotografías enviadas a Madrid adquieren un significado relevante, tomando en cuenta la difusión internacional que alcanzó a tener el evento, así como la repercusión que tuvo en la prensa nacional.<sup>334</sup> En el caso concreto de las fotografías de tarahumaras, se puede advertir que, si bien éstas daban cuenta del atraso y la pobreza de estos indígenas, también documentaban un cierto~~el alto~~ grado de aceptación del cristianismo que tenía aún una parte de la población rarámuri. Ello representaba una manera de demostrar que no todo estaba perdido en términos civilizatorios en aquellas “primitivas” y “pacificadas” tierras serranas tras la derrota de los apaches a mediados de la década de 1880.

El tomo II del Catálogo de la Sección de México de la Exposición Histórico-Americana de Madrid permite afirmar con certeza que hubo “quince copias fotográficas de 12 centímetros de latitud por 9 ½ de las apaisadas y con dimensiones invertidas las verticales; sacadas personalmente por el Rdo. P. D. Aquiles Gerste durante su expedición á la Sierra Madre”.<sup>335</sup> De dicha serie fotográfica, diez imágenes están dedicadas a los tarahumaras,<sup>336</sup> dos a su cultura material y tres a paisajes.<sup>337</sup>

Haciendo un paréntesis, habría que mencionar las fotografías enviadas por el gobierno de Chihuahua, de la autoría del fotógrafo B. Velarde,<sup>338</sup> quien produjo un repertorio

---

bajo la inspección del Jefe de los talleres, D. Fernando Ferrari Pérez, en la formación de negativas, de las cuales hicieron más de seiscientas”. BNM, F. del Paso y Troncoso, “Introducción...”, *Exposición Histórico-Americana, Catálogo...*, Tomo I, *op. cit.*, p. 13.

<sup>334</sup> Una detenida búsqueda en la base de datos de la Biblioteca Digital de la Hemeroteca Nacional de la Biblioteca Nacional de México arrojó varias notas periodísticas acerca de la participación de México en la Exposición de Madrid, antes, durante y después de realizado el evento.

<sup>335</sup> BNM, *Exposición Histórico-Americana...*, *Catálogo...*, Tomo II, *op. cit.*, pp. 259-260.

<sup>336</sup> El listado completo aparece páginas adelante.

<sup>337</sup> BNM, *Exposición Histórico-Americana...*, *Catálogo...*, Tomo II, *op. cit.*, pp. 260-261. No se podría descartar que el jesuita belga haya tomado otras fotografías.

<sup>338</sup> Poco se sabe del fotógrafo de apellido B. Velarde, más que su obra corresponde al último tercio del siglo XIX y que se ocupó de captar imágenes de la arquitectura y de paisajes de la ciudad de Chihuahua. Le han sido atribuidas fotografías de la década de 1850; sin embargo, tal información es errónea. Conversación telefónica con el profesor Eduardo Zúñiga, responsable de la Fototeca de Chihuahua, febrero de 2013. Tomando en cuenta el tipo de fotografías de su autoría que han podido ser consultadas y considerando lo planteado por Georgina

fotográfico en el que destacan imágenes dedicadas a la arquitectura de la ciudad de Chihuahua.<sup>339</sup> También, han sido encontrados ejemplos de “retrato honorífico”, es decir, el de hombres notables y de la élite. Este tipo de archivo, advierte Dorotinsky, contrasta con el del “cuerpo anormal” y el de “los otros exóticos”,<sup>340</sup> tal es el caso de la fotografía que aparece a la izquierda en la Imagen 17.

La fotografía de B. Velarde corresponde a una fotografía de tipos y, dada su composición, resulta ser una imagen bastante inquietante, pues se trata de un tarahumara que presenta una evidente deformidad física. Llama la atención que esta imagen aparezca acompañada de otra, con la que contrasta de manera notable, dado que muestra a un tarahumara robusto y con una postura corporal particularmente erguida. De manera que la deformidad del pequeño cuerpo del rarámuri de la fotografía de la izquierda contrasta con la vitalidad del otro hombre indígena.

---

Rodríguez en cuanto a que en el contexto de esta exposición “las fotografías étnicas que se exhibieron en Madrid fueron, en su mayoría, tomadas por fotógrafos ‘comerciales’; mandadas a hacer a petición de los gobernadores y jefes políticos que respondieron a la convocatoria de la Junta”, es factible ubicar a B. Velarde como un fotógrafo “comercial”. G. Rodríguez, “Recobrando...”, *op. cit.*, p. 132.

<sup>339</sup> En el libro de Alberto Cardona, aparecen tres fotografías con los siguientes pie de foto: 1. El palacio de gobierno y el monumento a Hidalgo, Chihuahua, México. 2. Elegante Kiosko hecho en París, por orden del Gobernador Ahumada, con un costo de veinte mil pesos y que hoy se ve en la plaza de la Constitución, Chihuahua. 3. Sr. Coronel D. Miguel Ahumada. Gobernador del Estado de Chihuahua. Alberto Cardona (con la cooperación de Trinidad Sánchez Santos) *México y sus capitales: reseña histórica del país desde los tiempos más remotos hasta el presente, en la cual también se trata de sus riquezas naturales*, México, Tipografía y Litografía La Europea de J. Aguilar Vera y Comp., 1900. Recuperado de [http://mediateca.inah.gob.mx/islandora\\_74/islandora/search/stillimage%20pintura%20mural%20personaje%20huasteco%20tamu%C3%ADn?page=60&type=dismax&PID=fotografia%3A285251&sort=fgs\\_label\\_s%20asc](http://mediateca.inah.gob.mx/islandora_74/islandora/search/stillimage%20pintura%20mural%20personaje%20huasteco%20tamu%C3%ADn?page=60&type=dismax&PID=fotografia%3A285251&sort=fgs_label_s%20asc)

<sup>340</sup> D. Dorotinsky, *La vida...*, *op. cit.*, p. 137.

## Imagen 17



17. B. Velarde, Serie indígenas del norte, 1890 ca., SINAFO-Fototeca Nacional INAH,  
Núm. inv. 430745

Pie de foto original: “Indios tarahumaras (Chihuahua). 34.- Indio jorobado.- No lleva más vestido que un mastate; bastón echado al hombro y del que le cuelga el hato envuelto en un lienzo; morral de cuero pendiente por delante y que sirve para provisiones; por calzado lleva cacles”.

Otro aspecto que llama la atención es que aunque estas dos imágenes aparecen exhibidas una al lado de la otra y compartiendo un mismo soporte, el pie de foto sólo alude al tarahumara “jorobado”. De modo que no se hace referencia alguna al indígena vigoroso que da la idea de estar caminando y que usa una camisa en harapos.

Los elementos decorativos que acompañan estas dos “puestas en escena”, capturadas al interior de un estudio fotográfico, denotan un marcado eclecticismo, lo que contribuye a descontextualizar a los sujetos fotografiados. Uno de esos elementos decorativos es el telón de fondo, que constituye un rasgo propio de los estudios fotográficos de la época y que respondía a la adecuación de la moda europeizante. En el caso de la imagen del “indio jorobado”, da la impresión de que el telón se encuentra muy gastado por el paso del tiempo, por lo que casi no se puede apreciar el diseño. Esto hace que ejerza una función menos notoria, si se compara con el telón de fondo de la imagen de la derecha, la del tarahumara erguido, que incluye rasgos de un paisaje que muy poco tiene que ver con el de la Sierra Tarahumara. No obstante, se puede decir que en ambas fotografías los telones de fondo empleados ayudan a descontextualizar la realidad de los rarámuri.

En la fotografía de la izquierda y en el centro de la imagen, se ubica el indígena que presenta visibles signos de deformidad en su tórax abultado y en su desproporcionada figura. Véase, por ejemplo, el tamaño considerable de sus pies en contraste con el resto del cuerpo. El hombre porta elementos propios de su cultura que son atribuidos, por lo general, al indio “bárbaro”, “salvaje” y “primitivo”, tales como la zapeta o taparrabo y la lacia y larga cabellera que se adivina recogida a la altura del cuello. El hato colocado hacia atrás sobre el hombro derecho y el pequeño morral que cuelga hacia el frente desde el cuello, ambos con el propósito de guardar provisiones, parecieran estar aludiendo a la condición errante y seminomádica de este grupo indígena serrano.

A la derecha del modelo, se observa una pilastra rectangular, a cuadro solamente se aprecia la basa y el fuste. Su decoración recuerda el estilo arquitectónico neoclásico que, inspirado en los monumentos de la antigüedad grecorromana, surge como reacción al estilo

barroco. Junto a ella, se advierte un pequeño pilar, éste sí conformado por los tres elementos que caracterizan a este tipo de estructuras propias de la arquitectura clásica, a saber: basa, fuste y capitel.<sup>341</sup> Mientras tanto, a la izquierda se aprecia una baranda de herrería de escasa altura decorada con ornamentos en los que prevalecen las líneas curvas, evocando así el estilo barroco. La escasa estatura del anónimo indígena, quien posa frente a la cámara con un dejo de asombro, delata también el probable padecimiento de algún grado de enanismo. Situación que se ve reforzada por el hecho de que su mano izquierda está colocada sobre el extremo del barandal, enfatizando así la corta estatura del modelo. La presencia de elementos que evocan manifestaciones artísticas como el barroco y el neoclasicismo podría interpretarse como una clara expresión del anhelo de las élites por lograr que las poblaciones indígenas fueran absorbidas por los valores de la cultura nacional, a costa del abandono de su propia cultura.

La fotografía en cuestión muestra algunas de las patologías a las que estaban expuestos los rarámuri, pero también el profundo racismo en ella contenida. Es factible suponer que dicha imagen debió haber sido de interés para la teratología, disciplina médica en auge durante el ocaso del siglo XIX. Ésta se ocupaba del estudio de las monstruosidades humanas y de las criaturas que presentaban deformaciones, las cuales eran medidas y fotografiadas con el objeto de coadyuvar a demostrar que tales seres se regían por las mismas leyes que permitían comprender los estados normales.<sup>342</sup>

---

<sup>341</sup> Agradezco a la historiadora del arte Bertha Garduño Sansoube su colaboración en el análisis formal de esta imagen.

<sup>342</sup> Frida Gorbach y Laura Cházaro advierten que, a lo largo del siglo XIX, la ciencia intentó domesticar a los seres considerados monstruosos, los cuales estaban “situados hasta entonces del otro lado de la frontera, allí donde lo misterioso y lo aborrecible tienen su reino”. De modo que, éstos “pasarían a formar parte de la normalidad. Si antes existían para ser exhibidos en circos, ferias y museos, a partir de las primeras décadas del siglo pasado [siglo XIX], con el surgimiento de la teratología, serían guardados en frascos con alcohol y

También, es posible suponer que esta imagen tuviera la intención de reforzar la idea positivista acerca de la conveniencia de que los indígenas se sometieran a un proceso de regeneración y/o de mejoramiento racial y cultural, lo que justificaba la intervención de las élites y de los científicos sociales en dicho proceso. Beatriz Urías Horcasitas señala con respecto a la doctrina de Comte que “la teoría del progreso no se contrapone ni a la constatación del mal social ni a las tentativas de aplicarle un remedio”.<sup>343</sup> Ello permite comprender por qué una fotografía de este tipo fuera expuesta en un foro de tanto impacto como lo fue la Exposición de Madrid. Es probable que se trate de un recordatorio de que la intervención humana -básicamente de las élites y de la ciencia- sobre la evolución de los tarahumaras era necesaria.<sup>344</sup>

Por su parte, la fotografía del lado derecho y de la cual no se cuenta con la referencia de la autoría -aunque no se descarta que pudiera haber sido tomada por el propio B. Velarde, por tratarse de uno de los fotógrafos más connotados de Chihuahua en ese entonces- exhibe a un tarahumara especialmente sano. Éste se muestra dando un paso al frente, ofreciendo la impresión de estar a punto de patear la pequeña pelota que se encuentra muy cerca de su pie derecho y sobre un suelo cubierto de algo que pareciera simular pasto. De esta manera, se

---

expuestos en laboratorios. Así, de simples curiosidades se convertirían en objeto de conocimiento de los estudios médicos”. Frida Gorbach y Laura Cházaro "De enfermedades y monstruos: una reflexión en la medicina del siglo XIX", en Mechthild Rutsch y Carlos Serrano (eds.), *Ciencia en los márgenes*, México, UNAM, 1997, pp. 79 y 83.

<sup>343</sup> Es decir, “si bien era imposible impedir el libre curso de la ley general de la dinámica social, una intervención basada en el conocimiento científico podía acelerar la transición al estado positivo equilibrando los elementos que entraban en la composición del organismo social”. Beatriz Urías Horcasitas, *Historia de una negación: la idea de igualdad en el pensamiento político mexicano del siglo XIX*, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, 1996, p. 165.

<sup>344</sup> Curiosamente, en la monografía de Carlos Basauri, los tarahumaras que presentaban algún rasgo de enfermedad no fueron tomados en cuenta, se perseguía más bien obtener una descripción general y homogeneizante de este grupo. “Se desecharon a todos aquellos individuos que presentaban características patológicas, así como a los que, a simple vista, se apartaban del tipo común. No se encontraron ni en Noragachic ni en otros lugares de la Sierra, casos de gigantismo o de enanismo”. C. Basauri, *Monografía...*, op. cit., p. 17.

está aludiendo a la “carrera de la bola” o *rarajipa*, una de las fiestas tradicionales de este pueblo, la cual consiste en correr pateando una pelota de madera durante kilómetros y atravesando el medio serrano. La camisa rota y harapienta que porta el joven adulto (de cabellera lacia y sostenida a la altura de la frente por la usual cinta que usan los hombres tarahumaras) refuerza la idea del primitivismo atribuido a estos indígenas. La resistencia física que denota este tarahumara no fue motivo de explicación alguna, probablemente porque lo que se buscaba era reforzar el supuesto atraso evolutivo de este pueblo. El tema de la resistencia física de los rarámuri tendría que esperar un par de décadas para ser objeto de estudio y de validación. El contexto posrevolucionario sería el que le daría la bienvenida a este atributo del cual siguen haciendo gala las y los rarámuri en la actualidad.

Y retomando la narración de las imágenes capturadas por el fotógrafo amateur Aquiles Gerste, habría que empezar por preguntarnos: ¿cuál fue la visión de los *rarámuri* plasmada en las fotografías de tarahumaras expuestas en el pabellón de México en Madrid? ¿Por qué la Junta Colombina consideró importante mostrar el primitivismo y el seminomadismo de los tarahumaras? Esta última interrogante es fundamental, dado que para entonces lo que parecía importarle más al régimen porfiriano era mostrar su faceta moderna como resultado de la paz alcanzada, los avances científicos e industriales, las artes y la cultura. No obstante, se abrió espacio en la exposición a la representación un pueblo indígena como los rarámuri, considerado uno de los de mayor retraso desde el punto de vista evolutivo y “según los parámetros del mundo moderno”.<sup>345</sup>

---

<sup>345</sup> R. Casanova, “El indio...”, *op. cit.*, p. 1.

Tiene razón Mauricio Tenorio Trillo al afirmar que estas exposiciones eran “ocasiones para reconsiderar el pasado de Occidente y sus contrastes; ocasiones, también, para una evaluación de lo antiguo y de lo diferente, para crear una nueva versión del pasado y conquistar y gobernar lo exótico”. Es decir, a pesar de que aquellos pomposos y vistosos eventos pretendían “retratar” a pequeña escala a la población de cada país participante a través de una imagen moderna y uniforme, a lo interno de éstos brotaban irremediablemente las paradojas. Así ocurría cuando de mostrar y describir a los habitantes de la nación se trataba. En palabras del mismo autor, se producía una especie de “ironía existencial”. Por un lado, estaba latente el anhelo de concretar una representación ideal, civilizada y moderna de cada país; mientras que por el otro, se ponía de manifiesto la fascinación por la “otredad”, por lo distinto y por lo que -al menos en teoría- estaba por desaparecer.<sup>346</sup>

Tanto en el estudio como en la representación fotográfica que de los rarámuri hiciera Gerste, se percibe la influencia del evolucionismo de la época.

Nos encargamos de estudiar, en la frontera norte, dos estados de cultura diferentes, incluso opuestos, aunque pertenecientes a razas vecinas y probablemente emparentadas: por una parte la civilización de Casas Grandes, atestiguada por las ruinas de la antigua ciudad y por los innumerables montículos o túmulos (montezumas en lengua popular) de los cuales está llena la región, y por otra parte la vida primitiva y medio salvaje que siguen teniendo muchos de los indígenas tarahumaras.<sup>347</sup>

---

<sup>346</sup> M. Tenorio Trillo, *Artilugio...*, *op. cit.*, p. 21.

<sup>347</sup> “Nous étions chargé d’étudier, à la frontière du nord, deux états de culture distincts, opposés même, quoique appartenant à des races voisines et peut-être apparentées: d’une part, la civilisation de Casas Grandes, attestée par les ruines de l’antique cité, et par les innombrables mounds ou tumuli (montezcumas, dans la langue populaire) dont la région est bossuée; d’autre part, la vie toute primitive et à moitié sauvage que continuent demener beaucoup d’indigènes Tarahumares. Tarahumares”. A. Gerste, *Informe...*, *op. cit.*

El sitio de Casas Grandes es el eje central de la arqueología chihuahuense<sup>348</sup> y permitía contrastar la cultura que surgió en ese sitio con el atraso evolutivo atribuido a los tarahumaras. Además, ayudaba a establecer puentes con la historia de los grupos indígenas de los Estados Unidos.<sup>349</sup> Por ello, no es fortuito que este sitio arqueológico hubiera sido visitado tanto por Bandelier como por Schwatka, Gerste y Lumholtz. Así, una vez realizadas las excavaciones en Casas Grandes, el jesuita permaneció el resto de su estancia en la Sierra Tarahumara. Entró por Yepómera, avanzó hacia el sur por los territorios de Temósachic, Cocomorachic y Tomochic. Su avanzada continuó por varias rancherías ubicadas a lo largo del río Papigochic y permaneció algunos días en Guerrero. Luego, continuó por Tonachic, Pichachic, Bocoyna y Cusárare en busca de los indios “gentiles”, de quienes dijo muchos andaban

[A]aún vagando por la sierra. Los hay de dos clases: los unos que no se han dejado reducir en pueblos y carecen de organización política y religiosa, sin que por esto se los pueda tachar de salvajismo, otros sí, más bárbaros, mantienen la rudeza de las tribus precolombinas más indómitas. Penetrando así por las fragosidades de la cordillera e interesándome en las barrancas de Tararecua donde hallé las grutas y peñascos ocupados por los modernos trogloditas. Con ellos confesé principalmente en una ranchería llamada Raramuchi.<sup>350</sup>

Se percibe así la doble visión que marcó la postura de Gerste frente a la situación en la que se encontraban los tarahumaras en las postrimerías del siglo XIX. Se detecta la visión del estudioso capaz de establecer matices a la hora de distinguir entre tarahumaras salvajes y bárbaros a la vez que muestra la visión del religioso, que incluso se aboca a la

---

<sup>348</sup> F. Mendiola, *Las texturas...*, *op. cit.*, p. 27.

<sup>349</sup> Al respecto, Jesús Galindo señala que “las importantes colecciones de la Expedición Hemenway presentadas admirablemente en el departamento de los Estados Unidos, nos hicieron fijar la atención en la identidad existente entre las comarcas indígenas del Tuzayan (Arizona) y la nuestra de Casas Grandes en el estado de Chihuahua”. J. Galindo y Villa, *Exposición...*, *op. cit.*, p. 304.

<sup>350</sup> *Ibid.*, pp. 2-3.

tarea de confesar en algunas rancherías rarámuri.<sup>351</sup> Resulta interesante ponderar la doble postura que marcó la labor del expedicionario belga en el marco de los trabajos desplegados a propósito de la Exposición de Madrid.

Las fotografías capturadas por Gerste dan cuenta de ideas preconcebidas en torno al primitivismo de los tarahumaras. Como fotógrafo, el jesuita persigue cumplir y enriquecer la labor científica encomendada por el Museo Nacional y la Junta Colombina; además, buscó documentar a esa parte de la población rarámuri que seguía practicando expresiones de la fe cristiana, incluso, según lo dejan ver las fotografías, una parte de ésta seguía empleando signos externos tales como: la cruz, el escapulario y el rosario (Imagen 20 e Imagen 23). Además, este conjunto de imágenes deja constancia de que Gerste llegó a tener un manejo aceptable de la técnica fotográfica y del uso de placas de vidrio.<sup>352</sup>

Por su parte, Galindo y Villa describe cómo fueron colocados algunos de estos objetos, incluyendo los relacionados a la cultura tarahumara, que compartían espacio con colecciones y objetos provenientes de otras regiones del país y de otros grupos indígenas.

I. (a) Trajes, armas y utensilios domésticos de los indios bárbaros del Norte de México. Los vestidos se dispusieron en maniqués de mimbre mandados hacer al efecto, y cuyo tronco terminó por cabezas modeladas en yeso por el escultor italiano Augusto Franzi Bottinelli, todas de fotografías que con toda liberalidad nos proporcionó la Delegación de los Estados Unidos. Las armas,

---

<sup>351</sup> Tras la expulsión de los jesuitas en 1767, las misiones de la Tarahumara quedaron en manos de los franciscanos, que fueron a su vez expulsados en 1857 y sustituidos, primero, por el clero secular y, en las postrimerías del siglo XIX, por los josefinos. J. L. Sariago, *El indigenismo...*, *op. cit.*, p. 118, nota 17.

<sup>352</sup> G. Rodríguez advierte que con los grandes avances alcanzados durante la segunda mitad del siglo XIX en relación con la fotografía, aún era preciso contar con un amplio conocimiento de la técnica para poder capturar las fotografías. Así, las “placas al colodión a diferencia de las placas secas, debían prepararse momentos antes de la toma. Para su elaboración se debía cargar con un ‘cuarto oscuro’ portátil. El proceso cambió en 1871 debido a la modificación que el físico inglés Richard Madox hizo al emplear gelatina como medio de suspensión para las sales de plata. Tras una rápida evolución, las ‘placas secas’ permitieron exposiciones a la luz del sol en fracciones de segundo y los fotógrafos podían comprar placas previamente sensibilizadas, listas para usarse. Sin embargo, por su extraordinaria calidad tonal, específicamente en exteriores, las placas de colodión siguieron empleándose hasta principios de 1900”. G. Rodríguez, “Recobrando...”, *op. cit.*, pp. 131-132, nota. 22.

escudos de cuero, flechas y arcos, etc., arregláronse en los escaparates, artística y convenientemente [...].

VII. Pequeña colección antropológica, consistente en un lote de cráneos de los indios Pames, Tarascos y Tarahumares; y otro de osamentas; adquirido todo en las expediciones que hicieron el R.P. Aquiles Gerste, S.J. á la región de la Tarahumara y el Sr. Dr. D. Manuel M. Villada á la región de los Pames en San Luis Potosí. La parte relativa á los Tarascos, es propiedad del Sr. Dr. D. Francisco Plancarte.<sup>353</sup>

Las fotografías de hombres y mujeres rarámuri capturadas por Gerste fueron expuestas en el quinto pabellón asignado a México. Allí se agrupó “todo aquello que por su naturaleza, merecía agruparse por separado, en diferentes secciones enteramente distintas á las de los salones precedentes. Así, en doce escaparates murales repartidos en toda la sala, se distribuyeron los objetos”.<sup>354</sup>

Gracias a la información contenida en el catálogo de la exposición sabemos la ubicación de los objetos exhibidos en el segundo facistol de la quinta sala, justo donde fueron colocados los materiales correspondientes al indio contemporáneo.<sup>355</sup> Dicho catálogo da cuenta de un total de 98 fotografías. La primera parte de la exposición estuvo dedicada a las fotografías de tarahumaras y vistas de la Sierra. La segunda incluía imágenes de varios grupos indígenas del estado de Sonora; en los dos cuadros siguientes las fotografías documentaban tipos indígenas del estado de Guanajuato; mientras que los últimos ocho estuvieron dedicados a tipos indígenas, paisajes, vistas de edificios y reproducciones de cuadros pictóricos del estado de Michoacán. A continuación, se incluye el listado completo de dichas fotografías y

---

<sup>353</sup> J. Galindo y Villa, *Exposición...*, *op. cit.*, p. 316.

<sup>354</sup> *Ibidem.*, p. 315.

<sup>355</sup> R. Casanova, “El indio...”, *op. cit.*, p. 7.

a las que líneas arriba se hizo mención. Se incluyen también los correspondientes pies de foto.<sup>356</sup>

1 y 2- INDIOS TARAHUMARES de los pueblos cristianos: traje común. Uno con faja bordada y escapulario al cuello [Imágenes 18 y 19].

**Imagen 18**



18. “1 y 2 INDIOS TARAHUMARES [sic] de los pueblos cristianos: traje común. Uno con faja bordada y escapulario”. Aquiles Gerste, Serie indígenas, placa de vidrio, 1892, SINAFO-Fototeca Nacional INAH, núm. 466878.

---

<sup>356</sup> *Exposición Histórico-Americana de Madrid. Catálogo de la Sección de México*, tomo II, Madrid, Est. Tip. “Sucesores de Rivadeneyra” Impresores de la Real Casa, 1893, pp. 260-261.

### Imagen 19



19. “1 y 2 INDIOS TARAHUMARES [sic] de los pueblos cristianos: traje común. Uno con faja bordada y escapulario”. Aquiles Gerste, Serie indígenas, placa de vidrio, 1892, SINAFO-Fototeca Nacional INAH, núm. 466879.

3- JOVEN TARAHUMAR, GENTIL, con taparrabo por único vestido.

Imagen 20



20. “3 JOVEN TARAHUMAR, GENTIL [sic], con taparrabo por único vestido”. Aquiles Gerste, Serie indígenas, placa de vidrio, 1892, SINAFO-Fototeca Nacional INAH, núm. 466874.

4, 6 y 12- VISTAS Y PAISAJES [sic] de la Tarahumara y Casas Grandes [-(Esta fotografía y las siguientes no han sido localizadas)].

5- INDIOS TARAHUMARES CRISTIANOS en dos grupos, aparte las mujeres de los hombres; aquéllas con saya y manto que les cubre cabeza y parte del rostro; éstos con el traje común de la clase pobre mexicana.-

7- INDIO TROGLODITA, tarahumar, gentil, cubierto con taparrabo solamente, recostado en la entrada de la gruta.

## Imagen 21



21. “7 INDIO TROGLODITA tarahumar, gentil, cubierto con taparrabo solamente, recostado en la entrada de la gruta”. Aquiles Gerste, Serie indígenas, placa de vidrio, 1892, SINAFO-Fototeca Nacional INAH, núm. 466881.

8- FAMILIA TARAHUMARA CRISTIANA, de la Sierra; al fondo el bosque; en primer término una mujer vestida de saya y huipil, rodeada de tres pequeñuelos, cargando su criatura y con el telar á sus plantas.

**Imagen 22**



22. “8 FAMILIA TARAHUMARA CRISTIANA, de la Sierra; al fondo el bosque; en primer término una mujer vestida de saya y huipil, rodeada de tres pequeñuelos, cargando su criatura y con el telar á sus pies”. Aquiles Gerste, Serie indígenas, placa de vidrio, 1892, SINAFO-Fototeca Nacional INAH, núm. 466875.

9 y 10- TARAUMARES GENTILES EN CONSEJO. Son dos copias en que una continúa el asunto de la otra. Quedan los indios sentados formando semicírculo.

### Imagen 23



23. “9 y 10 TARAUMARES GENTILES EN CONSEJO. Son dos copias en que una continúa el asunto de la otra. Quedan los indios sentados formando semicírculo”. Aquiles Gerste, Serie indígenas, placa de vidrio, 1892, SINAFO-Fototeca Nacional INAH, núm. 466873.

11 y 12- CASA TARAUMAR dispuesta en alto, sobre postes.

13- OSAMENTA Y OBJETOS DE USO, tarahumares, hallados en exploración.

14- TRES TARAUMARAS CRISTIANOS en grupo. Son de condición paupérrima: su traje se compone solamente de mastate ó taparrabo. Revelan su creencia por la cruz, escapulario y rosario que llevan.

15- SIERRA TARAUMARA. Hermoso paisaje de sus fragosidades.

## Imagen 24



24. “TRES INDIOS TARAHUMARES CRISTIANOS en grupo. Son de condición paupérrima: su traje se compone solamente de mastate ó taparrabo. Revelan su creencia por la cruz, escapulario y rosario que llevan”. Aquiles Gerste, Serie indígenas, placa de vidrio, 1892, SINAFO-Fototeca Nacional INAH, núm. 466888.

En todas estas fotografías prevalecen las tomas en espacios abiertos, rodeados del medio natural y de elementos propios de su cultura rarámuri, desprovistos totalmente de las varas de medición tan en boga por entonces. Es por ello que los indígenas no se observan cosificados. Se trata de imágenes ricas en información etnográfica, gracias a lo cual es factible apreciar la indumentaria de hombres, mujeres e incluso niños, lo mismo que rasgos de la cultura material y de creencias. Gracias a las fotografías (Imágenes 19, 20, 22 y 23), Gerste dejó constancia no sólo de la existencia de tarahumaras cristianos, sino también de su diversidad. Se identifican, así, los rarámuri cristianos que usaban su vestimenta tradicional, en los hombres: sarape, zapeta y en las mujeres: saya y huipil (Imágenes 19, 22 y 23), y los que se vestían con pantalón y camisa larga de manta (Imágenes 19, 22 y 23).

La apariencia del joven gentil (Imagen 21) poco o nada se distingue de los “tres tarahumaras cristianos” (Imagen 23), según queda consignado por el propio Gerste. Lo único que los distingue es el uso de la cruz, el escapulario y el rosario que hacen los tres adultos de largas cabelleras, quienes además cargan sus respectivos hatos y sus varas de mando, con las cuales se alude a su condición de autoridades (Imagen 24).

A partir del análisis de estas cinco imágenes, se puede concluir que el ojo del jesuita transmite una visión permeada por el interés antropológico, pero también por el religioso.<sup>357</sup> Prácticamente, todas las tomas fueron capturadas de frente, en espacios abiertos y a corta distancia. A excepción de la Imagen 23 que fue tomada a una distancia mayor, con el propósito de que el encuadre permitiera incluir no sólo a la mujer y a los niños, sino también al telar y a una parte de la casa de piedra, lo mismo que a una parte del paisaje serrano. Llama la atención que no aparezcan fotografías de perfil ni de tipo antropométrico. Quizá, se deba al hecho de que para Gerste los tarahumaras no se reducían a meros objetos de estudio científico, sino que eran también potenciales cristianos. Con respecto a los rarámuri que él consideró cristianos, Gerste estaba convencido de que necesitaban del tutelaje de misioneros.<sup>358</sup> De ahí que su interés por mostrar cómo, a pesar de la interrupción del proceso de evangelización tras la expulsión de los jesuitas, persistían entre estos indígenas demostraciones de fe cristiana que ameritaban ser avivadas.

---

<sup>357</sup> La mirada religiosa se volverá a manifestar hacia inicios del siglo XX, cuando los jesuitas se abocaron a documentar la nueva etapa de labor evangelizadora emprendida a partir de octubre de 1900.

<sup>358</sup> Habría que tomar en cuenta que, en la práctica, los jesuitas no pudieron ser reemplazados de manera efectiva ni por los franciscanos ni por los diocesanos, tampoco por los josefinos, a quienes les fue encomendada dicha labor, de ahí que se produjera, en palabras de Ana Paula Pintado, “un espacio de nueva autonomía y se produjo una readaptación adicional, un intento de retorno a las formas tradicionales de cosmovisión parcialmente alteradas durante el periodo de misiones”. A. P. Pintado, *Tarahumaras...*, *op. cit.*, p. 11.

En general, se aprecia que los tarahumaras posan con rigidez para el fotógrafo amateur, a excepción de la Imagen 19 en la cual los dos tarahumaras se perciben más cómodos ante la cámara. Incluso pareciera que el joven de la derecha está sonriendo. Es factible suponer que Gerste asumió una actitud empática con la cultura rarámuri, logrando así transmitir parte de su complejidad cultural. Mostró tanto a hombres gentiles como a hombres y mujeres cristianos, permitiendo apreciar, de igual forma, rasgos fenotípicos de esos indígenas (Imágenes 18, 19, 20, 21 y 22), algunos tipos de viviendas, incluyendo cuevas (Imágenes 20 y 21), y tradiciones (Imagen 22), al documentar el uso de las varas de mando y el telar.

La lectura fotográfica de estas imágenes permite detectar un mayor grado de empatía por parte de Gerste hacia los rarámuri. En todo caso, en la misiva que el belga dirigiera a Salado Álvarez llegó a aseverar que “quería mucho” a los tarahumaras.<sup>359</sup> El jesuita pretendió mostrar el mundo natural y cultural al que pertenecían los rarámuri. Quiso mostrar que estos otros necesitaban del apoyo tanto de las instituciones del Estado como de las religiosas para salir de la postración en que ~~la~~ se encontraban. Una diferencia notable con respecto a Lumholtz es que Gerste no describió ni tampoco fotografió los rituales de los tarahumaras, ignorando de esta manera el proceso de retorno a sus prácticas tradicionales y su modo de ver el mundo, alterados durante el periodo de misiones.

Lo anterior resulta bastante comprensible, dado que el interés del jesuita era enfatizar la existencia de tarahumaras conversos. Por otra parte, llama la atención que el belga no haya hecho más que una muy breve alusión a la rebelión de Tomochic tanto en su

---

<sup>359</sup> CPD-UIA, A. Gerste a V. Salado, *op. cit.*, p. 5.

memoria como en la carta que envió a Salado Álvarez,<sup>360</sup> toda vez que estuvo en dicha localidad durante el conflicto que desató una gran tensión social y violentos combates que enfrentaron al ejército con la población, entre finales de 1891 y octubre de 1892.<sup>361</sup>

Al respecto, cabe mencionar que dentro del Ejército federal, hubo participación indígena, específicamente, de tarahumaras, ópatas y pimas.<sup>362</sup> Su relativo silencio

---

<sup>360</sup> En la carta dirigida a Salado Álvarez, Gerste se refiere a Tomochic, pero con respecto a otro episodio ocurrido durante el periodo colonial, cuando cerca de unas 100 familias “salieron del desgraciado Tomochic [...] y fueron a engrosar la turba de los gentiles, quienes con esto más se obstinaron en su barbarie, y hasta juraron (así lo leí referido) nunca reducirse, para no verse hostigados como los que se habían juntado en pueblos”. CPD-UIA, legajo: XXXI, documentos: 014208-014211, ficha: 014208, Carta de Aquiles Gerste a Victoriano Salado Álvarez, Roma, Italia, 8 de agosto de 1906, p. 7.

<sup>361</sup> Este impetuoso episodio es considerado preludio de la Revolución mexicana. Varios elementos se conjugaron para abrir paso a la rebelión de Tomochic: el desgaste del catolicismo en la región occidental de Chihuahua, zona donde se ubica Tomochic, perteneciente al antiguo distrito de Guerrero y hoy municipio del mismo nombre, contrastando con la intensa actividad y presencia de jesuitas y franciscanos durante el periodo colonial; la creciente influencia del protestantismo y; el surgimiento de religiones autóctonas, de ahí que en este lugar se desarrollara una especie de catolicismo disidente. Aparte de la tensa situación política existente. Entre noviembre de 1891 y octubre de 1892, los tomochitecos manifestaron en varios momentos su rebeldía ante el control eclesiástico y contra las políticas centralistas del régimen porfiriano. Ejemplo de ello fue la no participación en la elección de funcionarios municipales para el ayuntamiento, efectuada en noviembre de 1891. La mayor parte de los 50 electores del pueblo decidieron no votar, prefiriendo participar en una peregrinación religiosa. Los tomochitecos habían sido ya acusados de participar en robos, además de que fueron tachados como fanáticos religiosos por los cultos que mantenían hacia Teresa Urrea, la Santa de Cabora, y al Santo Cristo de Choqueque, un laico anciano llamado Carmen María López y Valencia, un “demandante” que pedía limosnas destinadas a promover el culto de la Virgen del Refugio. Ambos cultos dieron vigor a la resistencia de este pueblo, pero también fortalecieron la versión oficial que sostenía que la causa de la rebelión era el fanatismo religioso. A inicios de diciembre de 1891, el Undécimo Batallón del ejército fue enviado a Tomochic para sofocar la rebelión. El gobierno local y federal temían que el conflicto adquiriera mayores proporciones; sin embargo, no resultó nada sencillo dado que los tomochitecos lograron mantener a raya a los militares e incluso llegaron a derrotarlos. Empero, la situación cambió con la llegada a Ciudad Guerrero del gobernador de Puebla, el general Rosendo Márquez, quien organizó un nuevo reclutamiento de fuerzas que salieron rumbo a este poblado el 17 de octubre de 1892. A partir de entonces, los acontecimientos que suceden son aquéllos a los que se refiere Heriberto Frías en su célebre novela, en la cual alude al enfrentamiento desigual entre 1.200 soldados del ejército y un centenar de tomochitecos que luchaban convencidos de que su fe en Teresa Urrea -la Santa de Cabora- y el Cristo de Choqueque los haría invencibles. En esa ocasión, el triunfo fue de las fuerzas federales, las cuales masacraron a la población civil. Entre otros véase: Heriberto Frías, *Tomochic. Episodios de campaña*, introducción de José Ferrel, México, Casa Valadés, Mazatlán, 1906; H. Frías, *Tomochic*, prólogo y notas de James W. Brown, México, Porrúa, 1986; Antonio Saborit, *Los doblados de Tomochic. Un episodio de historia y literatura*, México, Cal y Arena, 1994. Carlos Martínez Assad, “Chihuahua el gran poder de Dios en el origen del mito”, en *Los sentimientos de la región*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución, 2001; María Esther Montanaro, “Olvido y memoria: Tomochic de Heriberto Frías”, en *Pacarina del sur*, Núm. 2, febrero de 2010. Recuperado de <http://www.pacarinadelsur.com/home/oleajes/58-olvido-y-memoria-tomochic-de-heriberto-frias>. Una interesante y bien lograda versión cinematográfica de este conflicto se encuentra en el largometraje dirigido por Gonzalo Martínez, *Longitud de guerra*, México, 1976.

<sup>362</sup> En su novela *Tomochic*, Heriberto Frías deja ver cómo la lucha contra los apaches se había constituido en un momento fundamental, al haber generado una experiencia tanto para las autoridades chihuahuenses como

probablemente no sea producto del desconocimiento, sino de su interés por reforzar la idea de que la población tarahumara era pacífica y que, por tanto, permanecía aislada y al margen de los conflictos sociales. Todo parece indicar que dentro de los materiales sobre la cultura tarahumara que fueron enviados y exhibidos en el quinto salón del pabellón dedicado a México en la Exposición de Madrid, no se hizo mención alguna a dicha rebelión. Lo que bien se puede explicar, si se considera que uno de los pilares más importantes del régimen porfirista era la preservación de la paz y del orden.

La positiva valoración que tuvieron de la misión de Gerste, hombres de ciencia de la talla de Francisco del Paso y Troncoso,<sup>363</sup> Jesús Galindo y Villa<sup>364</sup> o Joaquín García Icazbalceta,<sup>365</sup> da cuenta de lo oportuna que fue su incursión en el estudio de este grupo indígena considerado como atrasado, primitivo y exótico. Todos estos rasgos están presentes en las fotografías, cuyos encuadres dan prioridad a los cuerpos enteros y de medio cuerpo, siendo que todos los retratados aparecen de frente. Son fundamentalmente fotografías etnográficas que contienen información rica desde el punto de vista de la cultura material.

---

para los tomochitecos y para la población indígena que prestó sus servicios al Ejército federal. Heriberto Frías, *Tomóchic*, México, Porrúa, 1986, pp. 115-118.

<sup>363</sup> El desempeño de este jesuita viajero y con dotes de etnógrafo fue descrito de la siguiente manera por del Paso y Troncoso: “el P. Gerste, con abnegación ejemplar, fue hasta las regiones del Norte de México, y haldas en cinta, cruzó desiertos, visitó las famosas ruinas de Casas Grandes, practicó allí excavaciones que dieron abundante material prehistórico, y penetró, finalmente, por las fragosidades de la Sierra Madre para llegar hasta las grutas donde los Tarahumares gentiles, modernos trogloditas, habitan todavía; y recoger en medio de ellos esa interesante colección etnográfica que con orgullo mostramos en nuestra Sección como fruto de los afanes de aquel excelente Padre, tan querido de los mexicanos todos”. BNM, F. del Paso y Troncoso, “Introducción...”, *Exposición...*, Catálogo, Tomo I, *op. cit.*, pp. 6-7.

<sup>364</sup> Jesús Galindo y Villa se refirió así sobre Gerste: “Una de las beneméritas personas que con verdadero afán y desinterés contribuyeron al éxito de los trabajos relativos á la Exposición, fue este sapientísimo sacerdote, tan amigo como justamente querido de los mexicanos. Su ausencia reciente de México, por tener que irse á radicar cerca de Florencia, ha sido unánimemente sentida: con ella, hemos perdido a un sincero amigo, á un sabio, entendido y eficaz colaborador. J. Galindo y Villa, *Exposición...*, *op. cit.*

<sup>365</sup> Joaquín García Icazbalceta da cuenta de la amistad que mantuvo con Gerste en varias de sus epístolas, las cuales fueron reunidas por Felipe Teixidor. *Cartas...*, *op. cit.*

Estas imágenes fueron expuestas junto a otras fotografías que mostraban reproducciones de monumentos arqueológicos mayas, de indígenas del estado de Yucatán y de vistas de construcciones modernas de la misma región.<sup>366</sup> La manera en que fueron dispuestas sugiere el interés por brindar un panorama evolutivo de la diversidad cultural y étnica de México. Al haber iniciado con las fotografías de los rarámuri, así como de otros indígenas del norte, para concluir con los mayas, se pudo estar aludiendo a los distintos “grados de evolución” existentes por entonces en la población indígena de México. Por ello, iniciaron con los indígenas considerados “más primitivos” o “menos evolucionados”, y concluyeron con fotografías de los mayas, de sus sitios arqueológicos monumentales que dan cuenta de los alcances de aquella civilización.

Aunque la Exposición de Madrid de 1892 no logró el impacto que se esperaba debido a una serie de problemas (de carácter doméstico -problemas políticos de la Regencia española- así, como el boicot que naciones como Francia les aplicaron),<sup>367</sup> esta muestra significó para México una experiencia formativa. Enriqueció el quehacer antropológico, etnográfico y arqueológico por entonces aún en formación, -amén de estimular el desarrollo de proyectos académicos y científicos nacionales, sin dejar de mencionar el surgimiento de redes de colaboración entre el ámbito federal y estatal, nacional e internacional. Dení Ramírez sostiene que, aunque la muestra de Madrid no tuvo las dimensiones que solían tener las exposiciones decimonónicas, ésta fue “en gran medida, el preámbulo y ensayo de lo que

---

<sup>366</sup> BNM, *Exposición Histórico-Americana..., Catálogo...*, Tomo II, *op. cit.*, p. 259.

<sup>367</sup> Casanova sostiene que el boicot se explica en la medida en que esta exposición tuvo la intención de “reinventar el papel jugado por el imperio español en la historia de la humanidad”, lo que pudo haber sido considerado como amenazante para otras potencias. R. Casanova, “El indio..., *op. cit.*, p. 6.

México expondría en la sección de etnología de la *World's Columbian Exposition of Chicago* (1893)".<sup>368</sup>

Especialmente reveladoras resultan las anotaciones que hiciera el propio jesuita al reverso de varias de las fotografías, ya que complementan la información visual proporcionada en cada imagen, dando cuenta de este modo de la visión que el belga tenía acerca de estos indígenas. Gerste logró documentar a este grupo indígena de la Sierra Tarahumara en un momento en el que poco se sabía de ellos; no olvidemos que Carl Lumholtz apenas estaba realizando su segunda expedición en el norte de México y que faltaría al menos una década para que *El México desconocido* saliera a la luz.

El conjunto de imágenes capturadas por Gerste fue apreciada a tal punto que el gobierno de Chihuahua recibió mención honorífica por “su colección fotográfica de la Tarahumara”.<sup>369</sup> Dichas fotografías volvieron a ser exhibidas en octubre de 1895 en la ciudad de México, con motivo de la celebración del XI Congreso de Americanistas. El padre Gerste abandonó México sin imaginar siquiera el lugar destacado que ocuparía su labor como pionero en el desarrollo de la etnografía de los tarámuri y en la categoría de la fotografía etnográfica.

En este contexto, la presencia de los tarahumaras resultaba un aporte significativo. El belga estaba convencido de que estos indígenas eran susceptibles de acceder a la civilización.

---

<sup>368</sup> D. Ramírez, “La exposición...”, *op. cit.*, p. 276. A esta última asistió, según lo informa el propio Lumholtz, un grupo de tarahumaras de Yoquivo, localidad cercana a Batopilas. C. Lumholtz, *El México...*, *op. cit.*, p. 113.

<sup>369</sup> Al menos 11 estados más fueron reconocidos, a saber, el gobierno de Michoacán con medalla de plata “por sus colecciones fotográficas, grutas y tipos indígenas”; Morelos recibió medalla de plata “por su álbum fotográfico de ruinas y tipos indígenas”; Chiapas obtuvo medalla de cobre “por su colección fotográfica de tipos indígenas”, entre otros. Ningún gobierno recibió medalla de oro, aparte de Chihuahua, los estados de Sonora, Nuevo León, Colima Guanajuato y Querétaro fueron merecedores de menciones honoríficas. G. Rodríguez, “Recobrando...”, *op. cit.*, p. 140, nota 43 y pp. 141-143.

Decía que para lograr tal cometido, era esencial la participación de sacerdotes y maestros que coadyuvaran a suplir las necesidades de índole intelectual y moral. Advertía con vehemencia que este proceso debía ser paso a paso, sin precipitarse, pues son “como niños, como menores de edad”.<sup>370</sup>

La labor de Gerste -así como los alcances de su recorrido por la Tarahumara- tuvo una doble función, toda vez que el jesuita no estuvo comprometido únicamente con el cumplimiento de la encomienda de carácter científico delegada por la Junta Colombina y el Museo Nacional, sino también con la vocación y los intereses de su propia congregación y de la recién fundada diócesis de Chihuahua, expresados a través del anhelo de concretar el regreso de la Compañía de Jesús a las antiguas misiones serranas.<sup>371</sup> Al respecto, cabe mencionar el siguiente extracto tomado de la respuesta epistolar que enviara Gerste desde Roma, Italia, en agosto de 1906, al secretario del gobierno de Chihuahua Victoriano Salado Álvarez, quien estableció comunicación epistolar con el jesuita en el contexto de la redacción de la Ley Creel. El también literato solicitó una copia a Gerste de la memoria de su viaje de

---

<sup>370</sup> CPD-UI, A. Gerste a V. Salado, *op. cit.*, p. 11.

<sup>371</sup> El sacerdote jesuita Gerardo Decorme documenta ampliamente cómo, desde 1816, autoridades eclesiásticas y civiles habían solicitado el restablecimiento de la Compañía, teniendo como objetivo la “educación de la juventud, como principal mira la civilización de los indios del Noreste de la República cuya cristianización se había bruscamente interrumpido y cuyas hordas bárbaras asolaban las provincias fronterizas y penetraban a veces hasta el interior de los Estados de Zacatecas y San Luis Potosí. Clamaban por la restitución de las Misiones de los Jesuitas los ciudadanos de Sonora, Sinaloa, Durango, Chihuahua y Coahuila, a las que no alcanzaba defender el ejército nacional y que se veían precisadas a hacer contratas de sangre con filibusteros, poniendo a precio las cabezas de los infelices indios como se les pone a las fieras o sierpes venenosas”. Gerardo Decorme, S. J., *Historia de la Compañía de Jesús. En la República Mexicana durante el siglo XIX*, tomo 3, Chihuahua, Ediciones Canisio, 1959, p. 428. Se debe recordar que los jesuitas llegaron en los primeros años del siglo XVII y permanecieron hasta su expulsión de todos los dominios españoles en 1767. A causa de ello, los jesuitas que trabajaban en las misiones de la Tarahumara y en los colegios de Parral y de Chihuahua, estimados en 36, debieron abandonarlos. “Se calcula que los religiosos expulsados de México fueron 678”. D. Vázquez, “¿Quién fue...”, *op. cit.*, p. 7.

1892. Pero a falta de contar con una versión completa de ella,<sup>372</sup> el sacerdote empleó algunos fragmentos para responderle y fijar su postura.

Para educar cuerdamente á los Tarahumaras en el modo indicado, para trabajar animosamente, sin cejar, sin desalentarse jamás en la regeneración de la raza, no se hallarán (mal me sentiría hablar así si no lo exigiera el interés de estos pobrecillos) no se hallarán tutores más celosos que los misioneros, ni más pacientes y abnegados, ni más adeptos al humilde indígena. Este es naturalmente [el] religioso, y por nadie se dejará mejor encaminar en la senda del progreso que por un buen sacerdote católico, viendo en él a un amigo, a un consejero, a un protector, a un verdadero padre, tanto más cuanto que, como escribía el Sr. Obispo de Chihuahua y yo mismo he observado, muchos “guardan todavía en el corazón, transmitido de padres a hijos, el afecto que profesaban a sus antiguos misioneros”. Tal hecho, dichosamente es muy conocido de las ilustradas personas que rigen los destinos del Estado de Chihuahua. Y es testimonio elocuente de su sabiduría y de su patriotismo. La benevolencia con la cual miran a los esfuerzos de los padres jesuitas, dándoles todo el apoyo que su posición oficial les consienta.<sup>373</sup>

La larga epístola de Gerste inicia explicando que originalmente la idea de su expedición era “estudiar a la vez dos fases opuestas de la edad precolombina: la de una raza relativamente civilizada, extinguida desde hace siglos, pero cuyos monumentos revelan aún su arte asombrosa, y la de algunas tribus semi-salvajes que en su actual modo de vivir conservan aún muchos rasgos del primitivo candor y fiereza”.<sup>374</sup> Indica, además, que la idea de que fuera él quien participara en este recorrido provino no solamente de Francisco del Paso y Troncoso, sino también de Alfredo Chavero y José María Vigil. Claramente se revelan las motivaciones religiosas que movían a Gerste al momento de llevar a cabo su expedición y que, sin embargo, no fueron reconocidas en su momento. En esta carta prevalece un tono franco y directo. Con ímpetu, el jesuita defendió la idea de que eran los religiosos quienes estaban mejor capacitados para encarar el reto de conducir a los tarahumaras por la “senda

---

<sup>372</sup> CPD-UIA, legajo: XXXI, documentos: 014208-014211, ficha: 014208, Carta de Aquiles Gerste a Victoriano Salado Álvarez, Roma, Italia, 8 de agosto de 1906, p. 4.

<sup>373</sup> *Ididem.*, pp. 11-12.

<sup>374</sup> *Ibidem.*, pp. 1-2.

del progreso”. ¿Vislumbraba el belga que aquella legislación pudiera significar un freno a la labor misionera de la Compañía en la Sierra? Probablemente sí, de ahí su insistencia en enfatizar en la indispensable participación de los misioneros.

En México, el reto de organizar la representación de dicho país en la Exposición Histórico-Americana de 1892 recayó en manos de la Junta Colombina. Esta instancia convocó a diversidad de instituciones y de personas de la intelectualidad y del ámbito de la ciencia mexicana entre quienes figuró Aquiles Gerste, cuya expedición a la Sierra Tarahumara para reunir materiales que pudieran ser enviados a dicha muestra museográfica abrió la puerta para que esa región fuera inspeccionada, por primera vez, a partir de propósitos propios del colonialismo interno. Tal situación convirtió al jesuita belga, en su papel de hombre de ciencia, en representante de los intereses del Estado mexicano. No obstante, en esta misión de claros propósitos seculares los intereses religiosos del sacerdote jesuita se filtraron, de lo cual dan cuenta no sólo los documentos escritos que él mismo produjo, sino también sus fotografías, las cuales vienen a ser, de acuerdo con las fuentes consultadas, las primeras de los tarahumaras que se dieron a conocer a un público más amplio. Con la muestra de estas imágenes en la Exposición de Madrid podría decirse que da inicio la genealogía de la representación fotográfica de los rarámuri. Esto ocurre en un contexto en el que, la aún en ciernes, disciplina antropológica valoraba la posibilidad de tener acceso a imágenes más fiables de la otredad que aquéllas generadas por otras técnicas, como el grabado, pues lo que perseguía era documentar de manera más precisa el conocimiento sobre las razas humanas.

## CAPÍTULO 4. LOS RARÁMURI EN LALENTE DE CARL LUMHOLTZ

Ya en el ocaso del siglo XIX y comienzos del XX, los viajeros, observadores y hombres de ciencia, como Carl Lumholtz, consideraron relevante dar a conocer los diversos rostros y expresiones de “lo desconocido”, “lo bárbaro” y “lo salvaje”. Ello se explica por varias razones. A saber, tal y como lo advierte Hobsbawm, por entonces la civilización necesitaba del elemento exótico, pues el desarrollo tecnológico dependía de manera directa de materias primas ubicadas en lugares distantes.<sup>375</sup> Otra, es que era una manera de demostrar tanto la superioridad de la población blanca sobre aquéllas de piel oscura como el dominio sobre los territorios coloniales o por colonizar.<sup>376</sup> Además, se debe mencionar -siguiendo a Pratt- que producto del desarrollo de la historia natural surgieron diferentes “prácticas sociales y de significación”, dentro de las que se encuentran los viajes y la literatura de viajes.<sup>377</sup> A ello habría que agregar el incremento del consumo de masas y el de la alfabetización que se estaba produciendo, lo que incidió en el robustecimiento de la industria editorial y de una creciente demanda de diverso tipo de publicaciones, entre ellas, revistas, periódicos y, por supuesto, libros de viaje.

Dentro de este panorama, la fotografía ejercía una función instrumental relevante, dada la cualidad analógica que le caracteriza, que “permite relacionarse y conocer de otra

---

<sup>375</sup> Eric Hobsbawm, *La era del imperio, 1875-1914*, Buenos Aires, Crítica-Grupo Editorial Planeta, 2009, p. 72.

<sup>376</sup> Hobsbawm sostiene que ese sentimiento de superioridad era capaz de unir los hombres blancos occidentales ya fueran ricos, de clase media e incluso pobres. Todos llegaban a gozar “de los privilegios del dominador, especialmente, cuando se hallaban en las colonias”. *Ibidem.*, p. 80.

<sup>377</sup> Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010, p. 84. La autora considera que “la historia natural brindó medios para narrar viajes y exploraciones tierra adentro que no apuntaban al descubrimiento de rutas comerciales sino a la vigilancia territorial, la apropiación de recursos y el control administrativo”, p. 85.

manera a ‘las otras culturas’”.<sup>378</sup> De ahí su afinidad con el quehacer de la antropología y la utilidad para la que en ese momento aún era una ciencia natural signada por una concepción positivista. La atracción de Lumholtz por el estudio de los tarahumaras como trogloditas modernos (por continuar siendo habitantes de cuevas y acantilados), condujo a este hábil fotógrafo a abordar una amplia diversidad temática, como las prácticas sociales, los rituales, los tipos de viviendas, roles femeninos y medio natural.

Resulta difícil referirse a la vida y obra del noruego Carl Sofus Lumholtz (1851-1922) sin caer en lugares comunes. Mucha tinta ha corrido con el propósito de interpretar la labor de este viajero, hombre de polifacética personalidad, fotógrafo y atento observador de la naturaleza y de las culturas indígenas. En consecuencia hay que contextualizar el interés que Lumholtz tuvo hacia el estudio de los “pueblos primitivos”. Tal atractivo estuvo marcado por la influencia teórica proveniente del evolucionismo en la antropología, en particular, del evolucionismo spenceriano como ideología popular del siglo XIX. Si bien son indiscutibles los aportes de este destacado investigador, tanto a la etnografía como a la fotografía etnográfica, no se puede soslayar que en su labor como explorador se conjugaron la ciencia con el saqueo.<sup>379</sup>

De los viajeros aquí estudiados, Carl Lumholtz es indiscutiblemente quien más atención ha recibido desde la perspectiva antropológica e histórica. Nos legó un acervo

---

<sup>378</sup> Octavio Hernández Espejo, “La fotografía como técnica de registro etnográfico”, en *Cuicuilco. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*. Nueva época, Vol. 5, Núm. 13, mayo-agosto, 1998, p. 31.

<sup>379</sup> Aãron Ramses Ra Moszowski Van Loon, *Los ojos imperiales de un coleccionista mercenario: Carl Sofus Lumholtz y El México desconocido*, tesis para optar por el grado de Maestro en Filosofía de la Ciencia, Facultad de Filosofía y Letras-Instituto de Investigaciones Filosóficas-Posgrado en Filosofía de la Ciencia, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.

conformado por 812 fotografías,<sup>380</sup> de esa cantidad, 328 corresponden a tomas del paisaje de la Sierra Tarahumara; de hombres, mujeres, jóvenes, niños y personas ancianas tarahumaras; rituales; diversos tipos de casas, de troncos y piedras, así como cuevas; objetos (cestería, vasijas, huesos y objetos arqueológicos). De ellas, sólo 42 corresponden a fotografías antropométricas, en consecuencia, en el caso de los tarahumaras, resulta fundamental no encasillar la labor del noruego con este tipo de fotografías.

Más aun, a través de sus registros fotográficos dejó constancia de la notable resistencia física de los tarahumaras, incluso llegó a fotografiar a corredores rarámuri después de una de sus tradicionales carreras de la bola. Ni Schwatka ni Gerste recuperaron con tanto detalle esta faceta en sus representaciones visuales, aunque sí lo hicieron en sus respectivos textos. Resulta relevante, en tanto que la resistencia física de estos hombres y mujeres rarámuri se convirtió en una temática que ocupó un lugar central en la representación fotográfica desarrollada a partir de la década de 1920.

### **De las razones de Lumholtz para estudiar a los rarámuri**

A lo largo de su vida, Carl S. Lumholtz adquirió un bagaje cultural amplio, el cual se nutrió con las expediciones que realizó a países tan diversos y lejanos como Australia, Estados Unidos, México, India y Borneo; la irrupción de la Primera Guerra Mundial frustró su viaje a Nueva Zelanda. Entre 1880 y 1884, realizó varias expediciones en Australia, a donde se desplazó con el propósito de coleccionar muestras de flora y fauna para el Museo de Historia Natural de la Universidad de Christianía,<sup>381</sup> donde había estudiado en la Facultad de

---

<sup>380</sup> Estas fotografías, en México, se encuentran resguardadas en la Colección perteneciente a la Fototeca Nacho López de la Comisión para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI).

<sup>381</sup> Hoy Oslo, la capital de Noruega.

Teología. Dada la ausencia de referencias precisas, resulta difícil especular sobre la influencia que en su trabajo tuvo su formación teológica; no obstante, ésta se puede entender como un indicio más de su polifacética personalidad. En Australia, al noreste de dicho país, quedó cautivado por las formas de vida de los habitantes originarios de Queensland.<sup>382</sup> En ese lugar, tuvo oportunidad de convivir durante más de un año con “los negros caníbales de aquella región, acampando y cazando con ellos”.<sup>383</sup>

Según lo advierte el propio autor en las primeras páginas de su monumental obra *El México desconocido*, fue en 1887, mientras se encontraba en la ciudad de Londres, cuando tuvo la idea de viajar a México, impulsado por su interés en torno al estudio del hombre “primitivo”.<sup>384</sup> Lamentablemente, Lumholtz no precisa cuáles fueron las razones que lo motivaron a sentir tal impulso. Sin embargo, tomando en cuenta que dicha temática estaba en boga, no extraña que se sintiera atraído ante la posibilidad de localizar a los habitantes de las cavernas del norte de México, que se creía descendían de los constructores de las abandonadas ciudades del suroeste de Estados Unidos.<sup>385</sup> Al respecto advierte:

---

<sup>382</sup> Fue en compañía de Robert Collet que Lumholtz viajó a Queensland, Australia. Citado por Débora Dorotinsky, *La vida de un archivo “México Indígena” y la fotografía etnográfica de los años cuarenta en México*, tesis para optar por el grado de doctora en Historia del Arte, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003, p. 164. Producto de dicho viaje publicó, en 1889, el libro *Among Cannibals: An Account of Four Year's Travel in Australia and of Camp Life with the Aborigines of Queensland*.

<sup>383</sup> Esta experiencia encaminó a Lumholtz al estudio de las que denominó “razas bárbaras y salvajes”. Carl Lumholtz, *El México desconocido. Cien años de exploración entre las tribus de la Sierra Madre Occidental; en la tierra caliente de Tepic y Jalisco, y entre los tarascos de Michoacán*, traducción de Balbino Dávalos, México, Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, 2006, p. 13. Incluso, Lumholtz contestó un cuestionario de la Sociedad Antropológica de París sobre aspectos sociológicos y etnográficos relacionados con los nativos del río Herbert en Queensland, veáse, Jesús Jáuregui, “Lumholtz en México: de explorador a antropólogo”, en *Montañas, duendes, adivinos...*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1996, p. 11.

<sup>384</sup> C. Lumholtz, *El México...*, *op. cit.*, p. 13.

<sup>385</sup> Tiene razón Jesús Jáuregui al señalar que la perspectiva de vincular las culturas contemporáneas y las preteritas fue muy útil para los objetivos expedicionarios que Lumholtz se había trazado. No obstante, ésta también fue empleada por Schwatka y por Gerste. Jesús Jáuregui, “Lumholtz en México: de explorador a antropólogo”, en *Montañas, duendes, adivinos...*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1996, p. 9.

Yo naturalmente, como todos, había oído hablar de las admirables cavernas habitadas, situadas al suroeste de Estados Unidos; de pueblos enteros construidos en cavernas en las cuevas de empinadas montañas, a donde en muchos casos sólo es posible llegar por medio de escaleras. Dentro del territorio de Estados Unidos no quedaban, de seguro, supervivientes de la raza que alguna vez habitó aquellas moradas; pero se dice que cuando los españoles descubrieron y conquistaron aquel territorio, encontraron cavernas ocupadas aún. ¿No podía suceder que algunos descendientes de ese pueblo existiesen todavía en la parte noroeste de México, tan poco explorada hasta el presente?<sup>386</sup>

Tomando en cuenta este trasfondo, tampoco sorprende del todo el interés mostrado por Lumholtz para llevar a cabo pronto las gestiones necesarias para emprender su primera expedición al norte de México. El ambicioso proyecto en México constó de seis expediciones, llevadas a cabo a lo largo de poco más de dos décadas (1890-1910). No obstante, sólo las cuatro primeras, realizadas entre 1890 y 1898, fueron descritas en *El México desconocido* (Cuadro 4).<sup>387</sup>

---

<sup>386</sup> C. Lumholtz, *El México...*, *op. cit.*

<sup>387</sup> En total Lumholtz permaneció cinco años viviendo entre los indígenas del noroeste de México. *Idem.*

## Cuadro 4

### Expediciones de Carl Lumholtz durante las cuales estuvo en la Sierra Tarahumara

Fecha	Estados	Fotografías de rarámuri
Septiembre 1890-abril 1891	Sonora y Chihuahua	No
Diciembre 1891-agosto 1893	Chihuahua y Durango	Sí
Marzo 1894-marzo 1897	Chihuahua, Durango, Tepic, Jalisco, Michoacán y Estado de México	Sí
1898	Chihuahua y Jalisco	Sí
Basado en el cuadro “Viajes de Lumholtz por México”, de Mario Vázquez, <i>Carl Lumholtz. Montañas, duendes, adivinos...</i> , México, Instituto Nacional Indigenista, 1996.		

En primera instancia, el noruego viajó a los Estados Unidos donde impartió varias conferencias. Con ello pretendía despertar el interés suficiente para obtener el apoyo económico necesario y llevar a buen puerto su proyecto. Fue así que logró reunir aportaciones privadas y el apoyo de instituciones, como el American Museum of Natural History de Nueva York<sup>388</sup> y la American Geographical Society. También, contó con el apoyo del gobierno estadounidense. En la larga lista de suscriptores, destacan los nombres de millonarios como Andrew Carnegie, el duque de Loubat, J. Pierpont Morgan, George W. Vanderbilt y Phoebe Hearst, entre muchos otros. En el ámbito científico, contó con el apoyo de los

<sup>388</sup> Según el propio Lumholtz lo indica, su relación con el Museo de Historia Natural de Nueva York databa desde inicios de la década de 1880. *El México...*, *op. cit.*, p. 14.

profesores F. W. Putnam y Franz Boas, ambos conservadores del American Museum of Natural History.<sup>389</sup>

Con el propósito de ubicar y comprender la labor de Lumholtz como explorador profesional y como fotógrafo se debe considerar que él y la manera de desarrollar sus trabajos estaban en consonancia con un fenómeno característico de la expansión colonial europea del siglo XIX. Así pues, expedicionarios como Lumholtz respondían de manera simultánea tanto a objetivos de carácter científico como a otros propios del capitalismo de la época. De igual manera, su trabajo se ubica en el periodo denominado “era de los museos”, que coincide con el desarrollo de un nacionalismo imperialista que estimulaba la competencia entre las potencias de la época.

Durante el verano de 1890, Lumholtz realizó una excursión de preparación por el suroeste de los Estados Unidos, estableciendo contacto con los indios zuñis, navajos y moquis. Posteriormente, se dirigió hacia la Ciudad de México, donde se reunió con el presidente Porfirio Díaz y otros prominentes miembros de su gobierno. Una vez realizadas estas gestiones, volvió a Estados Unidos, para después ingresar a México por Sonora, “en la grande y misteriosa cadena de montañas llamada la Sierra Madre”, con el propósito de atravesarla para llegar a Casas Grandes y continuar hacia el sur.<sup>390</sup> El expedicionario consideraba que se trataba de una región de sumo interés “para la exploración científica, que hasta el día *casi* no se ha llevado a efecto” [el destacado es mío].<sup>391</sup>

---

<sup>389</sup> *Ibidem.*, p. 16.

<sup>390</sup> *Ibidem.*, p. 13.

<sup>391</sup> *Ibidem.*, p. 14.

La porción más septentrional de la Sierra Madre del Norte ha permanecido desde tiempo inmemorial bajo el dominio de las tribus salvajes de apaches, que han estado siempre contra todos, y todos contra ellos. Hasta que el general Crook, en 1883, no redujo a esos peligrosos nómades a la sumisión, no fue posible hacer allí investigaciones científicas; y quedan, de hecho, todavía pequeñas bandas de “hombres de los bosques”; por lo que mi comitiva tenía que ser suficientemente fuerte para afrontar cualquier dificultad con ellos.<sup>392</sup>

Cabe aquí hacer un par de señalamientos en relación con aspectos que Lumholtz invisibiliza. Al atribuir solamente al general George Crook la derrota apache, despoja de cualquier mérito vinculado al proceso de “pacificación” de los apaches a los diversos sectores sociales del estado de Chihuahua involucrados de manera directa en esta prolongada y cruenta guerra. Desconoce, por ejemplo, el papel desempeñado por Joaquín Terrazas en este conflicto que enfrentó a sedentarios y nómadas, tanto del lado de la frontera mexicana como de la estadounidense.

Luego, al insistir Lumholtz en que su idea de viajar a México en busca de “las admirables cavernas habitadas” databa de 1887, pareciera que se quiso asegurar un lugar privilegiado como “redescubridor” de los “trogloditas americanos”, es decir, de los tarahumaras. Nuevamente, estaba desconociendo el hecho de que, entre 1889 y 1890, el exmilitar estadounidense Frederick Schwatka había realizado dos expediciones a Sonora y a Chihuahua, siendo su principal foco de atención los habitantes de cuevas, tal y como lo indica el título de su libro *In the Land of Cave and Cliff Dwellers* [En la tierra de los habitantes de cuevas y acantilados]. De igual modo, el expedicionario noruego invisibilizó la expedición del jesuita belga Aquiles Gerste, quien a inicios de 1892 había hecho su recorrido, entrando en contacto también con los tarahumaras a partir del mes de junio. En este sentido, tiene su

---

<sup>392</sup> *Idem.*

mérito que el sacerdote haya reclamado, años después, un lugar para su trabajo como estudioso desde las páginas de la epístola enviada, en 1906, a Victoriano Salado Álvarez y, más tarde, en su informe de viaje publicado en 1914. La situación, en cambio, fue muy distinta para Frederick Schwatka, quien no corrió con la misma suerte, pues la muerte lo alcanzó un par de años después de haber realizado sus expediciones a la Sierra Tarahumara.

Llegados a este punto, conviene recuperar el hallazgo de Regina Lira Larios, quien advierte que Schwatka había sido acompañado por el profesor W. Libbey, geógrafo físico de la Universidad de Princeton, durante las exploraciones que realizara a Alaska con el financiamiento de la Sociedad Geográfica de Nueva York.<sup>393</sup> La referencia a W. Libbey es reveladora, toda vez que este geógrafo también acompañó a Lumholtz durante su primera expedición al norte de México, entre 1890 y 1891, cuando viajó con una comitiva de 30 personas.<sup>394</sup> Así lo hace constar el propio expedicionario noruego en el Prefacio del primer tomo de *El México desconocido*: “el profesor W. Libbey, de Princeton, Nueva Jersey tomó parte como geógrafo físico, trayendo consigo a su ayudante de laboratorio, míster A. M. Stephen, quien era el arqueólogo, ayudado por míster R. Abott”.<sup>395</sup> De manera que resulta casi imposible que no haya conocido el recorrido de Schwatka.

---

<sup>393</sup> Regina Lira Larios, “Carl Lumholtz y la objetualización de la cultura indígena en la Sierra Madre Occidental”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 50, 2015, p. 13. Recuperado de <https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0185262015000201>

<sup>394</sup> Al respecto, Lumholtz advierte que todas las personas que conformaban el “grupo de hombres de ciencia y estudiantes” habían sido provistas “de cabalgaduras, mientras que los muleteros mexicanos iban generalmente en sus propias monturas. Nuestro equipo era tan completo como podía desearse, y comprendía todos los útiles e instrumentos necesarios, además de las tiendas de campaña y un adecuado surtido de provisiones, etcétera. Todo el equipaje tenía que transportarse a lomo de mula. Éramos, por todos, 30 personas, contando el grupo científico, los guías, los cocineros y los muleteros, y llevábamos aproximadamente un centenar de animales entre mulas, asnos y caballos, al cruzar la sierra”. C. Lumholtz, *El México...*, *op. cit.*, p. 14.

<sup>395</sup> *Idem.*

Da la impresión, entonces, de que Lumholtz quiso revestir sus expediciones de un halo de exclusividad y primicia. Por tal razón, es probable, por ejemplo, que haya ignorado el hecho de que Schwatka hubiera viajado antes que él a la Sierra Tarahumara con el propósito de registrar visualmente cómo eran fenotípicamente y cómo vivían los tarahumaras, poniendo principal énfasis en las habitaciones en cuevas y acantilados. Aunque Lira Larios le atribuye a Schwatka haber sido quien acuñó el influyente mito de los “últimos cavernícolas”, refiriéndose a los rarámuri,<sup>396</sup> lo que sostenemos es que el interés por los tarahumaras se incrementó, en parte, porque los recorridos de Schwatka a Sonora y México fueron difundidos en la prensa estadounidense (en las publicaciones *American* y *The Herald*, ambas de Chicago), previamente a la publicación de la primera edición de su libro *In the Land...*, tal y como lo dejó consignado el propio Schwatka en el “Prefacio” de la primera edición de dicha obra.<sup>397</sup>

Cabe entonces plantearse si el hecho de que Lumholtz insistiera en que su expedición se trataba de la “primera”, aunado al título asignado a esta monumental obra que enfatiza en el desconocimiento de esta región del norte y del occidente de México, era una manera de imprimirle a su empresa “científica” un sello de excepcionalidad. Funcionando, incluso, como una estrategia para lograr hacerse de los recursos financieros necesarios para sus expediciones que, por cierto, fueron bastante costosas según lo advierte Adolph Francis Bandelier en una carta que le envía a Joaquín García Icazbalceta en 1891.<sup>398</sup> Por tal razón, no sorprende del todo que, a diferencia de Frederick Schwatka, el noruego tendiera a

---

<sup>396</sup> R. Lira Larios, “Carl Lumholtz...”, *op. cit.*

<sup>397</sup> El prefacio de esta primera edición no aparecerá en la segunda ni en la tercera edición. Frederick Schwatka, “Preface”, *In the Land of Cave and Cliff Dwellers*, New York, The Cassell Publishing, Co., 1893, p. iii. Recuperado de <https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=yale.39002005870564;view=2up;seq=14;size=125>

<sup>398</sup> Leslie A. White e Ignacio Bernal, *Correspondencia de Adolfo F. Bandelier*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1960, p. 315.

esconder las evidencias del indudable cambio cultural que se estaba produciendo entre los tarahumaras,<sup>399</sup> ni que enfatizara en “el aislamiento de los grupos indígenas que estudió [habiendo] separado arbitrariamente los rasgos que consideraba de prosapia aborigen, minimizando los que a primera vista se presentaban como de influencia europea”.<sup>400</sup> Por supuesto, no se puede desconocer el filtro ideológico a través del cual Lumholtz estaba llevando a cabo su labor de registrar a estos hombres y mujeres, de acuerdo con las ideas propias del evolucionismo spenceriano de la época.

Ejemplo de lo anterior se aprecia en el capítulo IX del tomo I de *El México desconocido*, en el cual el autor narra su descenso por la barranca de Batopilas hasta llegar a la “ciudad” del mismo nombre, travesía que realizara durante la segunda expedición (diciembre de 1891 a agosto de 1893); para entonces, el equipo de personas que lo acompañaba se había reducido considerablemente.<sup>401</sup> Mantuvo el viajero, sin embargo, un inquietante silencio con respecto a los rastros que la modernidad estaba imprimiendo en el espacio serrano, siendo Batopilas el lugar donde operaba una de las compañías mineras más prósperas de México, la *Batopilas Mining Co.*, dirigida bajo la batuta del estadounidense Alexander R. Shepherd, de quien Lumholtz se limita a comentar que,

siguiendo las vueltas del camino descendente [...] bajamos al cañón y acampamos a pocas millas de la ciudad de Batopilas. Las minas de plata que hay allí, antiguas y famosas, fueron descubiertas en el siglo XVII. El

---

<sup>399</sup> Tales evidencias se producían en el ocaso del siglo XIX en la región serrana, a la luz del proceso de modernización y auge económico que experimentaba el estado de Chihuahua, cuyas huellas se dejaban ver en el desarrollo de las actividades ferrocarrileras, forestal (durante esos años la Sierra Tarahumara empezaba a vislumbrarse como reserva forestal a gran escala), y minera. François Lartigue recuerda que a Chihuahua llegaron comerciantes franceses, ingenieros alemanes, financieros ingleses y estadounidenses. Se estaba configurando una nueva colonización “promovida por la administración porfiriana y bendecida por Londres, París, Berlín, Nueva York, San Francisco”. François Lartigue, *Indios y bosques: políticas forestales y comunales en la Sierra Tarahumara*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1983, pp. 14-15.

<sup>400</sup> J. Jáuregui, “Lumholtz...”, *op. cit.*, p. 13.

<sup>401</sup> El grupo se redujo a cerca de diez personas. C. Lumholtz, *El México...*, *op. cit.*

inteligente y bien conocido minero mister A. R. Shepherd me recibió muy cordialmente, cautivando con su bondadosa cortesía a todos los miembros de la expedición.<sup>402</sup>

Con ello concluye Lumholtz su referencia al encuentro que sostuvo hacia el mes de mayo de 1892 con el magnate Alexander Robey “Boss” Shepherd. Ni siquiera menciona que se trataba de uno de los propietarios y responsables del renacimiento minero de aquellas minas de origen colonial. Asimismo, pasó por alto el auge demográfico experimentado en aquella barranca (fruto de la fiebre del metal), la moderna tecnología empleada, el comercio y la población estadounidense recién establecida.<sup>403</sup> Tales omisiones bien pueden ser interpretadas como un deseo por parte del antropólogo noruego por “mantener” el estado salvaje de esa zona y sus habitantes, para mostrarse como su “descubridor”. Este argumento se fortalece, ya que Lumholtz identifica su labor científica con la de Lief Erikson:

El Hombre del Norte, [quien] en el siglo undécimo, [fue] el primer europeo que pisó el suelo americano. Acaso no parezca impropio, por lo mismo, que el instinto aventurero de los vikingos haya impulsado a un descendiente de aquel primer descubridor hacia una pacífica conquista por los campos de la ciencia en la Sierra Madre de México.<sup>404</sup>

---

<sup>402</sup> *Ibidem.*, p. 113.

<sup>403</sup> Tal y como lo plantea Sariago: “Cabe preguntarse entonces ¿por qué el silencio del viajero noruego ante tantas evidencias de modernidad y por qué, en cambio, ese empeño desmedido por registrar hasta los más nimios detalles del primitivismo? ¿por qué no reconocer, con nostalgia, pero también con asombro, que en la tierra de los cavernícolas y trogloditas, el ruido de los malacates y molinos de metales y la imagen fugaz de la electricidad estaban deslumbrando las conciencias primitivas?” Juan Luis Sariago, *El indigenismo en la Tarahumara. Identidad, comunidad, relaciones interétnicas y desarrollo en la Sierra de Chihuahua*, México, Instituto Nacional Indigenista-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2002, p. 42.

<sup>404</sup> C. Lumholtz, *El México...*, *op. cit.*, p. 11.

## Lumholtz en la Sierra Madre Occidental

En efecto, uno de los objetivos principales que estimularon a Lumholtz a penetrar en la inmensa Sierra Madre Occidental, y que él llamaba Sierra Madre del Norte, era su deseo de investigar al hombre primitivo, con el propósito de arrojar luz acerca del desarrollo de la especie humana. Por tal razón, consideraba que los indígenas semicivilizados no ofrecían mayor interés para la ciencia.<sup>405</sup> El antropólogo aclara en el prefacio de su libro que,

la mayor parte de lo que aquí narro, se refiere a una porción de la República que nunca han visitado los turistas y que es desconocida incluso por la mayoría de los mexicanos. *Los pueblos primitivos son cada día más raros en el globo.* En el continente americano aún quedan algunos en su estado original. Si se les estudia antes de que ellos también hayan sido arrollados por el paso de la civilización, se podrá esparcir mucha luz sobre los antiguos pobladores de dicho país, sino aun sobre los primeros capítulos de la historia de la humanidad [el destacado es mío].<sup>406</sup>

Surge así la siguiente interrogante: ¿desde qué perspectiva o marco conceptual realizó Lumholtz sus investigaciones? Al respecto existen varias posturas. Para Sariego, el antropólogo noruego estuvo influido por el evolucionismo de la época.<sup>407</sup> Postura refutada por Jesús Jáuregui, quien desestima además que Lumholtz estuviera marcado por el positivismo comteano, sosteniendo que su labor corresponde más bien a “una antropología integral de tipo boasiano [...] con una profunda raíz en el romanticismo germánico”, que

---

<sup>405</sup> *Ibidem.*, p. 77.

<sup>406</sup> *Ibidem.*, p. 15.

<sup>407</sup> Juan Luis Sariego Rodríguez, “La antropología de la Tarahumara: nuevos y viejos debates”, en Juan Luis Sariego Rodríguez, *La Sierra Tarahumara: travesías y pensares*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia Chihuahua-Maestría en Antropología Social ENAH Chihuahua-CIESAS-CONACYT-INAH, 2008, p. 161. Sariego sostiene que tras la larga travesía llevada a cabo por Lumholtz, éste “no dudaría en hacer explícitos sus presupuestos evolucionistas”. El noruego estaba persuadido de que los tarahumaras eran “únicos y genuinos” y eran los últimos trogloditas de América que estaban por desaparecer ante el embate del progreso. *El indigenismo...*, *op. cit.*, p. 40.

privilegió la descripción y comprensión de las culturas contemporáneas.<sup>408</sup> En este sentido, cabría apuntar que si bien es cierto que el expedicionario no fue propiamente un teórico evolucionista, su filiación teórica correspondía, en efecto, al evolucionismo en la antropología, así como al evolucionismo espenceriano. Además, se debe tomar en cuenta que sus trabajos como explorador fueron remunerados a cambio de que reuniera materiales e información para instituciones museísticas, principalmente de Estados Unidos.

Ramses Moszowski advierte que algunos elementos distanciaban al noruego de Franz Boas, a saber: su noción etnocéntrica del progreso, su confianza en el método comparativo y el uso de esencialismos en sus descripciones.<sup>409</sup> Lo cierto es que Lumholtz se convirtió en un etnógrafo empírico. Se adelantó a su tiempo en cuanto al empleo de técnicas propiamente etnográficas: el trabajo de campo, la observación directa, el acopio de materiales arqueológicos, lingüísticos, sonoros (usó cilindros de cera) y, por supuesto, visuales (dibujos y fotografías). Sin embargo, no puede soslayarse el pragmatismo que le caracterizó. Lumholtz debía resolver el financiamiento de sus proyectos, dependía pues de pagos y aportaciones privadas e institucionales. Esta modalidad era común todavía a finales del siglo XIX para dar continuidad a las investigaciones científicas. Lo anterior suponía para el noruego una cierta dependencia económica. De ahí que sus búsquedas y hallazgos tuvieran que responder a los intereses de quienes le financiaban, ya fueran los suscriptores privados o bien instituciones como la American Geographical Society y el American Museum of Natural

---

<sup>408</sup> Jáuregui sostiene que la relación de Lumholtz con el régimen porfirista fue de colaboración científica. Recuerda, incluso, que en varias ocasiones el expedicionario denunció la explotación y la discriminación de la que eran objeto los indígenas por parte de los mestizos, sin dejar de lado que el antropólogo fue portavoz ante el presidente de México de los reclamos territoriales de los huicholes. J. Jáuregui, prólogo, *Carl Lumholtz...*, *op. cit.*, p. 12. Franz Boas fue, desde 1895, colaborador del Museo Americano de Historia Natural, llegando a realizar también trabajo de campo en México.

<sup>409</sup> A. R. R. Moszowski Van Loon, *Los ojos imperiales...*, *op. cit.*, p. 76.

History de Nueva York. Por su parte, Robert Bye sostiene que Lumholtz -al igual que Edward Palmer- fue un hombre visionario, capaz de desarrollar un agudo sentido de lo que significaba llevar a cabo una investigación de carácter científico; no obstante, considera que los trabajos de Lumholtz no se encuentran enmarcados en las teorías del momento.<sup>410</sup>

Antes de que el noruego viajara por primera vez a México, se había convertido en un explorador prestigioso. Con ese reconocimiento académico e institucional a cuestas, logró emprender en septiembre de 1890 una aventura científica, una más de las muchas que realizó a lo largo toda de su vida. Se trataba del inicio de sus expediciones en el norte y occidente de México. Sus afanes expedicionarios no fueron desconocidos para Bandelier, quien en una carta enviada en junio de 1891 a Joaquín García Icazbalceta dejó aflorar sus celos profesionales. En dicha misiva, el arqueólogo suizo-estadunidense informó a su amigo y padrino que en los Estados Unidos se estaban organizando varias empresas científicas con el propósito de estudiar el suroeste de dicho país, empero sólo una de ellas había fructificado. Bandelier se refería a la expedición de Lumholtz, aunque sin mencionar su nombre. Puntualizó, con cierta dosis de sarcasmo, que aquélla había durado “menos de ocho meses, [y en ella se había gastado] más de 13 mil pesos y piden aún más dinero, sin ofrecer más resultados que unos cuantos artículos publicados en revistas populares”.<sup>411</sup>

---

<sup>410</sup> Entrevista con el Dr. Robert Bye, realizada por María Esther Montanaro Mena en el Instituto de Biología, Ciudad Universitaria, México, Ciudad de México, 27 de abril de 2010.

<sup>411</sup> Sin duda, el tono de Bandelier es de molestia. Alude al hecho de que el “noruego” nunca hubiera estado en América, afirmando incluso que “no entendía ni media palabra de español, y que jamás había hojeado una ni una sola obra tocante a la Historia de México”, por lo que era “incapaz de distinguir un manuscrito del siglo XVI de una piedra de Chalchihuite”. Adolph Francis Bandelier, carta 65, en Leslie A. White e Ignacio Bernal, *Correspondencia de Adolfo F. Bandelier*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1960, p. 315. Bandelier pareciera extralimitarse al calificar como populares las revistas en las que había publicado Lumholtz parte de sus avances. En todo caso, en 1891 el noruego había publicado ya el artículo “Explorations in Mexico”, en el Boletín de la Sociedad Geográfica Americana, 1891. C. Lumholtz, *El México...*, *op. cit.*, p. 15.

Por su parte, en el tomo I de *El México desconocido*, Lumholtz hace alusión al trabajo de Adolph Francis Bandelier en Casas Grandes, dejando constancia de estar actualizado en cuanto a la bibliografía reciente.<sup>412</sup> Esto a pesar de que Bernard Brown señalara que el noruego no le había dado crédito alguno al arqueólogo estadounidense.<sup>413</sup>

Si bien la visión de Lumholtz estaba fuertemente influida por los intereses museológicos del American Museum of Natural History, que consideraban que “lo primitivo” constituía el objeto de estudio del proyecto en la Sierra Madre Occidental, el noruego tuvo también su propia agenda de intereses. Esta última consistía en demostrar que él era el primer expedicionario en estudiar al pueblo primitivo de los tarahumaras en sus distintos grados evolutivos (salvajes, bárbaros, semicivilizados y civilizados o mexicanizados). Para ello hizo hábil uso de las posibilidades que la tecnología de la época ofrecía para registrar imágenes y sonidos (tal fue el caso de la fotografía, el fonógrafo y el cinematógrafo), con el propósito de imprimirle “veracidad” y “objetividad” a sus hallazgos.

Contrastando con el silencio referido anteriormente, el noruego dedicó un par de párrafos a narrar una peculiar anécdota que acentúa el primitivismo de los tarahumaras. Ésta sucedió mientras él se encontraba en el pueblo de Yoquivo; cabe advertir que resulta difícil determinar con certeza su autenticidad, sin embargo, el relato denota un interés por parte de Lumholtz por dejar constancia de que se trataba de un relato oral conocido. Así, el viajero

---

<sup>412</sup> Lumholtz se refiere al trabajo de Bandelier en Casas Grandes, varias referencias al respecto aparecen en el tomo I de *El México desconocido*: “Pero el lugar más interesante es Casas Grandes, ruinas situadas como a una milla al sur de la ciudad de este nombre, las cuales pronto pudimos visitar. Como han sido ya perfectamente descritas por John Russell Bartlett, en 1854, y más recientemente, por A. F. Bandelier, no hay que entrar en detalles. Baste, pues, decir que Casas Grandes son un montón de ruinas, acumuladas a la margen izquierda del río. La mayor parte de ellas se han derrumbado, formando seis u ocho grandes montículos, el mayor de los cuales se levanta a 20 pies de altura. A lo largo de los coesillos han arraigado numerosos mezquites, que forman matorral entre las ruinas. Las paredes que quedan se hallan bastante bien conservadas para darnos idea del sistema de construcción de los antiguos”. *Ibidem.*, p. 62.

<sup>413</sup> B. Brown, *op. cit.*, pp. 29-30.

recupera la versión que le fue dada por un gobernador tarahumara de Yoquivo, quien lo visitó en reciprocidad a la visita que el día antes le había hecho. Aunque también consignó que, estando él en Batopilas, había escuchado con anterioridad la anécdota, la cual se remonta a dos años antes (1890 ca.), cuando un grupo de indios tarahumaras habían sido llevados a Chicago “por un viajero que murió ya, como habitantes de las cavernas, [y que] habían sido reunidos principalmente en las cercanías de Yoquibo [ubicado al oeste de Batopilas]” para ser exhibidos en una exposición. Justamente, uno de esos indígenas era el gobernador de Yoquivo, cuyo nombre no es mencionado por Lumholtz, a pesar de la familiaridad del trato establecido entre ellos.

El noruego se mostró curioso por saber cuál había sido la impresión de “aquel hijo de la naturaleza que no había visto nunca más que bosques y montañas” con respecto al mundo civilizado. Fue así que le preguntó al anónimo indígena: “¿Qué te pareció Chicago?” El tarahumara contestó. “Se parece mucho aquí”. La respuesta inesperada no dejó de impresionar a Lumholtz. Al respecto, el gobernador indígena agregó que lo que más le había impresionado “no era ni el tamaño de la ciudad ni la altura de sus edificios, no obstante que los recordaba bien, sino la mucha agua junto a donde vive la gente”.<sup>414</sup> Agregando que también le había gustado viajar en ferrocarril, quejándose, sin embargo, de que durante el camino no había mucho que comer.<sup>415</sup>

Este relato revela un interesante juego de identidades. El viajero europeo interroga al tarahumara, quien tuvo oportunidad de viajar a la moderna ciudad de Chicago para ser

---

<sup>414</sup> C. Lumholtz, *El México...*, *op. cit.*, p. 113.

<sup>415</sup> Así pues, resulta interesante contrastar el silencio de Lumholtz con respecto a los impactos de la modernidad en las minas de Batopilas -que incluso contaban con electricidad-, y el interés que mostró por narrar la anécdota del viaje de este grupo de tarahumaras a Chicago. *Ibidem.*, pp. 113-114.

expuesto como “objeto viviente” en alguna exposición aún indeterminada, toda vez que la conocida Exposición Universal de Chicago fue efectuada en 1893. Las impresiones manifestadas por el entrevistado rarámuri acerca del mundo civilizado sorprenden a Lumholtz, quien a su vez emite un revelador comentario sobre su propia cultura, al indicar que aquel viaje había familiarizado al tarahumara “con los blancos y sus raros e incomprensibles hábitos, haciendo de él una especie de filósofo”.<sup>416</sup> Se debe mencionar que, tiempo después, Lumholtz presentaría materiales de tarahumaras y tepehuanes en la Exposición Universal de Chicago.<sup>417</sup> De hecho, al año, apareció publicado un artículo de su autoría, “The Cave-Dwellers of the Sierra Madre”, en las *Actas del Congreso Internacional de Antropología* llevado a cabo en esa misma ciudad estadounidense.<sup>418</sup>

### Los rarámuri en la lente del noruego

Tal y como se ha mencionado, las investigaciones que Carl Lumholtz realizó en el norte y occidente de México estuvieron marcadas por el deseo de documentar los modos de vida de las poblaciones indígenas que allí habitaban. Sin embargo, se debe recordar que tales labores fueron financiadas, en buena medida, por instituciones de la talla del American Museum of Natural History y del Peabody Museum, justo cuando se encontraban conformando sus correspondientes colecciones “antropológicas”. Por tal motivo, realizó sus

---

<sup>416</sup> *Ibidem.* p. 114.

<sup>417</sup> La Exposición Universal de Chicago tuvo como propósito conmemorar el cuarto centenario de lo que en esa época se daba en llamar “descubrimiento” del Nuevo Mundo. Dicha exposición se convirtió en todo un símbolo del nacionalismo estadounidense en un momento de crecimiento industrial y económico. Fue la más grande de las exposiciones estadounidenses, la cual “coronaba la incorporación del medio oeste norteamericano al gran desarrollo industrial de los Estados Unidos”. Mauricio Tenorio Trillo, *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 72.

<sup>418</sup> C. Lumholtz, *El México...*, *op. cit.*, p. 15.

expediciones e investigaciones en México amparándose, por un lado, en criterios científicos de la época y, por otro, incurriendo en prácticas de saqueo, práctica común en ese entonces.

Su foco de atención estuvo centrado en los tipos humanos o “razas”. Dejó constancia de ello en su amplio y variado registro fotográfico, a través del cual logró documentar diversos pueblos indígenas, además de los tarahumaras, tepehuanes, huicholes, pimas, coras. Empero, también capturó con su cámara a mestizos, a sus acompañantes de viaje, objetos arqueológicos, vistas panorámicas, un par de centros mineros, antigüedades, fachadas de iglesias, entre otros temas.<sup>419</sup>

Lumholtz se ocupó de reunir vocabularios de distintas lenguas indígenas, artefactos arqueológicos, artículos ceremoniales, realizó mediciones antropométricas, recolectó muestras óseas, registró observaciones meteorológicas e incluso, recopiló materiales etnomusicales.<sup>420</sup> Además, como ya se ha mencionado, aprovechó al máximo las posibilidades que la técnica fotográfica le ofrecía, misma que llegó a manejar con destreza. En total, capturó cerca de dos mil fotografías sobre placas de vidrio con una cámara de 8 x 10 pulgadas.<sup>421</sup> El proceso fotográfico empleado por el viajero fue el de la placa seca o plata

---

<sup>419</sup> “[A] cada momento tal vez lo más valioso que se lleva produce en el espíritu constante y penosa intranquilidad. Nadie que no haya viajado por las montañas de México puede comprender ni apreciar las dificultades y angustias anexas a la travesía. No sólo las bestias mismas, sino todo cuanto llevan es de vital importancia para el éxito de la expedición, y no cesa de existir el peligro, por ejemplo, de que la cámara y útiles fotográficos o la preciosa colección de negativos que se hayan tomado, vayan a precipitarse al abismo”. C. Lumholtz, *El México...*, *op. cit.*, p. 34.

<sup>420</sup> Dichos materiales fueron entregados por el gobierno de Noruega al Instituto Nacional de Antropología e Historia. “Noruega da a México grabaciones de más de 100 años”, en *El Universal*, 10 de abril de 2010. Recuperado de <http://www.eluniversal.com.mx/notas/671792.html>. Desde su primera expedición, Lumholtz cargó un voluminoso equipo para tales fines y dejó constancia de éste en algunas fotografías.

<sup>421</sup> Alberto del Castillo, “La historia de la fotografía en México, 1890-1920. La diversidad de los usos de la imagen”, en Emma C. García (coord.), *Imaginario y fotografía en México 1839-1970*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional de Antropología e Historia-Lunwerg, 2005, p. 64. Para fines de esta investigación, fueron consultadas por la autora 812 fotografías (impresiones positivas), de un total aproximado de dos mil, tomadas por Lumholtz a lo largo de sus viajes a zonas indígenas de México en la última década del siglo XIX. Éstas fueron resguardadas en el Museo de Historia Natural de Nueva York. En la

sobre gelatina.<sup>422</sup> En términos generales, se puede decir que las imágenes capturadas son de tal calidad que es factible detectar detalles, texturas, gradaciones tonales y una amplia gama de signos de etnicidad: el tipo de vestido, la manera de arreglar el cabello, ornamentos como collares, koyeras y fajas, ausencia o presencia de calzado, entre muchos otros aspectos. Los dos tomos de *El México desconocido* contienen interesantes referencias y anécdotas<sup>423</sup> que dan cuenta del lugar preponderante que la cámara tuvo para el noruego, en virtud de que constituía una herramienta clave para la recolección de datos, que le permitía abreviar información etnográfica relevante.<sup>424</sup>

---

actualidad, la Comisión para los Derechos de los Pueblos Indígenas (CDI), antes Instituto Nacional Indigenista (INI), resguarda precisamente esas 812 copias de la colección de fotografías de Carl Lumholtz entregadas como donativo por parte del Museo de Historia Natural de Nueva York, las cuales también pueden ser consultadas digitalmente. Dorotinsky señala que las gestiones que llevaron a concretar tal donación fueron realizadas por Pablo Ortiz Monasterio y Juan Carlos Colín desde 1980. Esta colección es la más antigua que posee la Fototeca “Nacho López” de la CDI. Tras su llegada al INI, fue organizada una exposición de 30 fotografías que viajó por todo el país. También existen fotografías de Lumholtz en el Smithsonian Institution en Washington. D. Dorotinsky, *La vida... , op. cit.* p. 164, nota 260.

<sup>422</sup> La placa seca consistía en el recubrimiento de una placa de vidrio con gelatina como aglutinante y bromuro de plata como emulsión. Podían ser preparadas con varios días -incluso semanas- antes de la exposición. No era preciso revelarlas inmediatamente después de que la toma fuera realizada. Este tipo de producción fotográfica fue utilizada con frecuencia desde finales del siglo XIX hasta las primeras décadas del XX. Liliana Nava Diosdado, *Carl Lumholtz: etnógrafo y fotógrafo al acecho del indio mexicano de mediados del siglo XIX. Historia gráfica de una visión extranjerizante*, tesis para optar por el grado de licenciada en etnohistoria, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2008, pp. 39-40.

<sup>423</sup> De hecho, una de las primeras referencias que Lumholtz hace de su cámara fotográfica aparece en el capítulo dos del tomo I de su obra (del cual, para efectos de esta investigación, se obtuvo la mayor parte de la información). Cuando en diciembre de 1890 se dirigía a la Sierra Tarahumara, al pasar frente a una cabaña, fotografía “por medio de una Kodak que llevaba pendiente de la cabeza de la silla” a una joven curiosa que se encontraba allí. Al respecto, Lumholtz menciona que “a ser posible, con gusto enviaría a la joven su fotografía como muestra de mi gratitud por su jovial saludo, y seguramente que le agradecería mucho, pues todos los indígenas se deleitan viendo sus fotografías”. C. Lumholtz, *El México... , op. cit.*, pp. 30 y 33.

<sup>424</sup> Para el expedicionario, a partir de la disposición de los indígenas frente a la cámara, era posible detectar rasgos de mayor o menor inteligencia. Tal conclusión es producto de su racismo, dado que les observaba desde su perspectiva europea, pues también cabía considerar que mostraban asombro y temor ante un objeto tan desconocido para ellos como lo era la cámara. E incluso también pudo haber influido aquí la creencia de los rarámuri de que al ser representados, quizá, se “les robaba el alma”. La siguiente cita, en la cual compara el noruego afinidades y diferencias entre indios pimas y tarahumaras, se dejan ver estos prejuicios: “Había algunas chozas rodeadas de duraznos en flor. Los indios pimas que allí viven, se parecen en sus rasgos generales a los tarahumares, pero son menos tímidos y suspicaces, más enérgicos y quizá más inteligentes que los últimos. Por consiguiente, no tuvimos dificultad para tomar algunas fotografías. Entre los que consintieron se contó un viejo muy atento que creía tener 100 años, pero que probablemente llegaba sólo a los 80. Me mostró en su cuerpo las cicatrices que le habían quedado de una lucha que tuvo que emprender con un oso”. Sin embargo, un poco más adelante Lumholtz señala que: “En Yepáchic calculé que habría como 20 familias pimas, las que se resistían

En su obra, Lumholtz llega a referirse a la actitud de los tarahumaras ante la cámara fotográfica. En una ocasión, se refirió a la postura esquiva de éstos y para ello recurrió a compararlos con los pimas, a quienes considera más extrovertidos y más inteligentes:

Había algunas chozas rodeadas de duraznos en flor. Los indios pimas que allí viven, se parecen en sus rasgos generales a los tarahumaras, pero son menos tímidos y suspicaces, más enérgicos y quizá más inteligentes que los últimos. Por consiguiente, no tuvimos dificultad para tomar algunas fotografías.<sup>425</sup>

En otras dos instancias, el explorador aludió a la abierta resistencia mostrada por los rarámuri ante la posibilidad de ser fotografiados. En la primera de ellas, cuenta que un indio fugitivo (no precisa el pueblo al que pertenecía), quien fungía como guía, huyó repentinamente, atemorizado tras confundir a un miembro del grupo (al Mr. Hartman) con un policía. De acuerdo con Lumholtz, esta confusa situación resultó ser muy perjudicial para su labor fotográfica, en la medida en que fueron mal informados entre los demás indios:

que son naturalmente suspicaces, [e] hicieron por toda la sierra anunciar a la tribu la aproximación de unos hombres [Lumholtz y su grupo] que comían gente. Inquietos como estaban con lo que les habían dicho de nuestros extraños procedimientos en Cusarare, o sea de nuestro empeño en fotografiarlos, y la estupenda aventura del fugitivo guía, no pudieron menos que confirmarlos en sus salvajes temores, cundiendo la alarma a manera de incendio y creciendo el terror como una avalancha [...] durante los cuatro o cinco meses siguientes, fue en extremo desalentador mi proyecto de ganarme la confianza de los indios.<sup>426</sup>

La otra situación a la que queremos hacer referencia se produce en Ohiivo. Los indígenas habitantes de esta localidad también ponen resistencia ante la posibilidad de ser fotografiados. Dicha situación sorprendió a Lumholtz, dado que éstos habían mantenido cierto contacto con la actividad minera de los alrededores, sugiriendo de esta manera que se

---

bastante a ponerse frente a la cámara, pues el mismo presidente municipal se asustaba del instrumento creyendo que sería el diablo". C. Lumholtz *El México...*, *op. cit.*, pp. 78-80.

<sup>425</sup> *Ibidem.*, p. 78.

<sup>426</sup> *Ibidem.*, p. 115.

trataba de indígenas que presentaban algún grado de aculturación. Advierte el noruego que tal fue el rechazo mostrado, que ni siquiera se dejaron convencer por el guía que le acompañaba:

Al oscurecer llegamos a la parte de una barranca llamada Ohuivo [...] sobre el río Fuerte. Los indios de allí, a pesar de la influencia que ha ejercido en muchos la proximidad de las minas, son reticentes y desconfiados, y ninguna ascendencia tenía evidentemente sobre ellos nuestro guía. Fue imposible hacerlos consentir en fotografiarse y ni el gobernador quiso someterse a tan terrible prueba.<sup>427</sup>

Estas dos últimas citas son ejemplo de las barreras culturales a las cuales Lumholtz debió enfrentarse en más de una ocasión en su afán por lograr obtener sus ansiados registros fotográficos. No obstante, el propio viajero informa de un apoyo de vital importancia con el que llegó a contar: un intérprete o lenguaraz, quien le ayudó de manera notable “a allanarle [...] el camino entre los desconfiados indios”.<sup>428</sup> Pero el viajero no se conformó con ese tipo de ayuda, por lo tanto, optó por visitar a médicos-astrólogos con el propósito de conocer más a fondo las canciones de los tarahumaras. Esta estrategia le dio muy buenos frutos, pues le permitió ganarse la confianza de ellos, al punto de que llegaron a asociar su presencia con la de la lluvia.<sup>429</sup>

Sin duda, relatos como éstos ponen en evidencia los prejuicios y cánones de Lumholtz acerca de lo que era culturalmente aceptado. También, se detecta la riqueza contenida en su libro *El México desconocido*, reflejada tanto a nivel textual como visual. Se debe agregar que el autor, en no pocas ocasiones, describe y hace referencia a determinadas temáticas que llegó

---

<sup>427</sup> *Ibidem.*, p. 116.

<sup>428</sup> Lumholtz explica que por las inmediaciones de Guachochic había “hombres [mestizos] que se ganan la vida traficando con los indígenas, y que habiendo nacido y criándose allí, hablan la difícil lengua de los tarahumares tan bien como los mismos indios”. *Ibidem.*, p. 124.

<sup>429</sup> *Ibidem.*, pp. 135-136.

a capturar en fotografías, por ejemplo: vestimenta (de hombres y mujeres rarámuri), la arquitectura de las viviendas (registra distintos tipos de cuevas y de casas: de piedra, de madera y mixtas), prácticas culturales (carrera de la bola) y rituales (peyote).

Hay que decir que los materiales fotográficos reunidos por Lumholtz han servido para ilustrar las distintas ediciones de *El México desconocido*. En la primera edición en inglés (1902) y en castellano (1904), aparecen únicamente grabados reproducidos a partir de las fotografías seleccionadas del vasto acervo. La selección probablemente corrió a cargo del propio Lumholtz, aunque tampoco hay manera de confirmarlo. Las ediciones posteriores sí incluyeron fotografías, las cuales han variado de una edición a otra. He aquí un tema que ameritaría una investigación específica. Por otra parte, estas fotografías también han servido para documentar libros, exposiciones e investigaciones académicas.

El tipo de expediciones y de investigaciones realizadas por el noruego difiere notablemente de aquéllas de su predecesor Frederick Schwatka y de Aquiles Gerste. Si estos últimos nos legaron las representaciones visuales de los rarámuri que podrían ser consideradas pioneras, Lumholtz será capaz de ir mucho más allá y legará un amplio y muy variado repertorio fotográfico constituido por 328 fotos, abarcando paisajes monumentales de la Sierra Tarahumara, así como registros de la cultura material e inmaterial de este pueblo indígena. Muchas de ellas se nutren de referencias y pies de fotos que hacen posible contextualizarlas mejor.

En su repertorio fotográfico de los rarámuri es factible encontrar las formas de representación propias de la época: de tipos, etnográfica, antropométrica, así como también es posible detectar fotografías más espontáneas, con una cierta carga de esteticismo y de

grupos numerosos de personas, rasgos que empezarán a estar presentes con mayor frecuencia a partir de las fotografías de la década de 1920 en adelante. Para Alberto del Castillo, la mirada de Carl Lumholtz:

rebasa en ocasiones el mero registro, la ficha antropométrica y la gestualidad rígida del estereotipo, para situarse en un contexto más amplio y buscar la ubicación de sus personajes en su entorno cultural, logrando retratos individuales y grupales de gran fuerza que transmiten una mayor familiaridad [...]. Dichas imágenes insertas a lo largo de la obra, constituyen una verdadera crónica visual que detalla y complementa sus descripciones etnográficas [...]. La premisa conceptual evolucionista que subyace y da sentido al trabajo antropológico de Lumholtz se asoma también a su producción fotográfica.<sup>430</sup>

Dentro del corpus de fotografías analizado, se aprecian las de tipo antropométrico en las que posan de manera individual hombres de cuerpo entero, de frente (Imagen 25) y de perfil (Imagen 26), así como mujeres rarámuri (Imagen 27). Sin embargo, al noruego también le interesó capturar fotografías de parejas de mujeres (Imagen 28), de grupos de hombres y mujeres (Imagen 29) y sólo de hombres (Imagen 30), en las que los modelos son colocados uno a la par del otro, posando para la cámara. Como norma, aparece siempre muy visible la vara de medir. De igual manera, fueron fotografiados adultos junto a niños (Imagen 31), y grupos con y sin vara de medir (Imágenes 32, 33 y 48).

En estas imágenes, se muestra al indígena primordialmente rodeado de su entorno natural, como resultado, en muchas ocasiones las fotografías, tanto individuales como grupales, dan cuenta de su condición de pobreza. En la fotografía antropométrica es el cuerpo el objeto principal de la toma. De ahí el marcado interés por fotografiar la desnudez de

---

<sup>430</sup> A. del Castillo, "La historia...", *op. cit.*, pp. 64-66.

hombres y mujeres, esa misma que, si bien es cierto tenía propósitos científicos, no dejaba de ser un aspecto que atraía e impactaba a los espectadores, en una época durante la cual prevalecía de marcada manera la represión sexual. Aunque en este caso, más que en la desnudez total (que sí la hubo, pero fue más bien una excepción),<sup>431</sup> fue en la semidesnudez en la que el fotógrafo puso énfasis. Claramente, este tipo de imagen tenía la intención de comparar los cuerpos y rasgos físicos tanto entre los mismos tarahumaras como con otros sujetos pertenecientes a otros grupos indígenas. El autor ofrece un comentario en relación con el tema de la desnudez, pero únicamente respecto a los hombres. La siguiente cita da cuenta de ello:

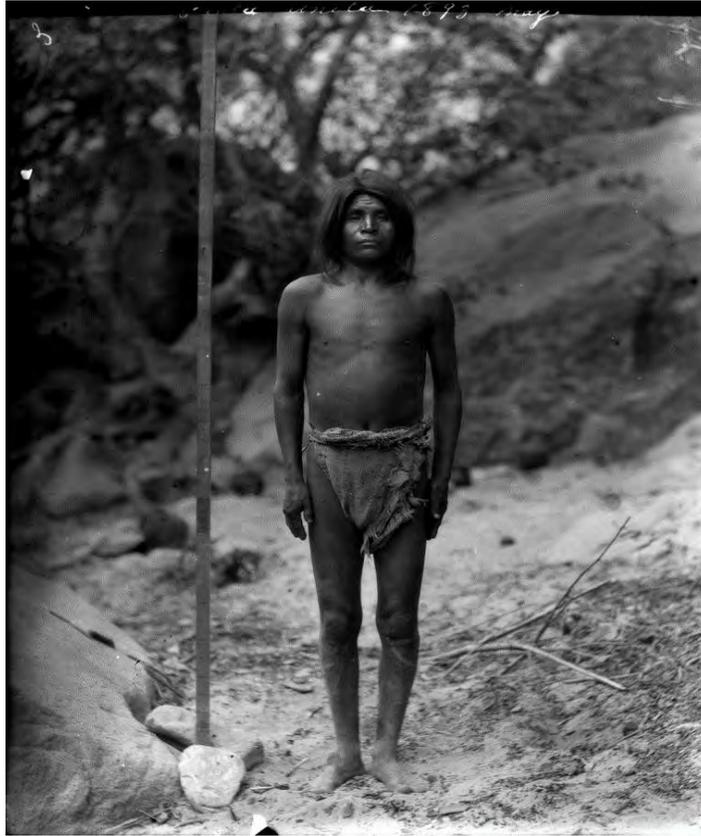
El vestido de los tarahumares, aun el de aquellos que han estado en contacto con los blancos, es siempre muy escaso. Tanto en las minas como en las mismas calles de la ciudad de Chihuahua se ven indios casi desnudos y cubiertos únicamente de unos calzones de tosca tela de lana, tejida por ellos mismos, sujetos a la cintura con un ceñidor de vistosos dibujos.<sup>432</sup>

---

<sup>431</sup> Fotografía número 200366, disponible en el catálogo en línea de la Fototeca “Nacho López” de la CDI, <http://fototeca.cdi.gob.mx/login.php>

<sup>432</sup> C. Lumholtz, *El México...*, *op. cit.*, p. 93.

## Imagen 25



25. Fuente: Carl Lumholtz, “Santa Anita Mayo 1893”, Santa Anita, Morelos, Chihuahua, núm. 200 354. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

**Imagen 26**



26. Fuente: Carl Lumholtz, s. t., Santa Anita, Morelos, Chihuahua, mayo de 1893, núm. 200 353. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

**Imagen 27**



27. Fuente: Carl Lumholtz, s. t., Santa Anita, Morelos, Chihuahua, mayo de 1893, núm. 200 217. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

**Imagen 28**



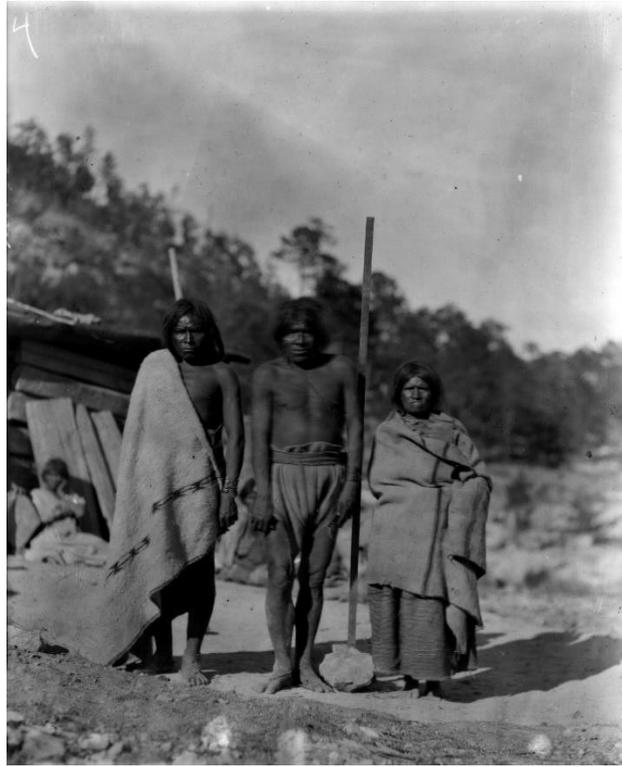
28. Fuente: Carl Lumholtz, s. t., Santa Anita, Morelos, Chihuahua, mayo de 1893, núm. 200 215. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

**Imagen 29**



29. Fuente: Carl Lumholtz, s. t., Tuaripe, Guadalupe y Calvo, Chihuahua, octubre de 1892, núm. 200 576. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

**Imagen 30**



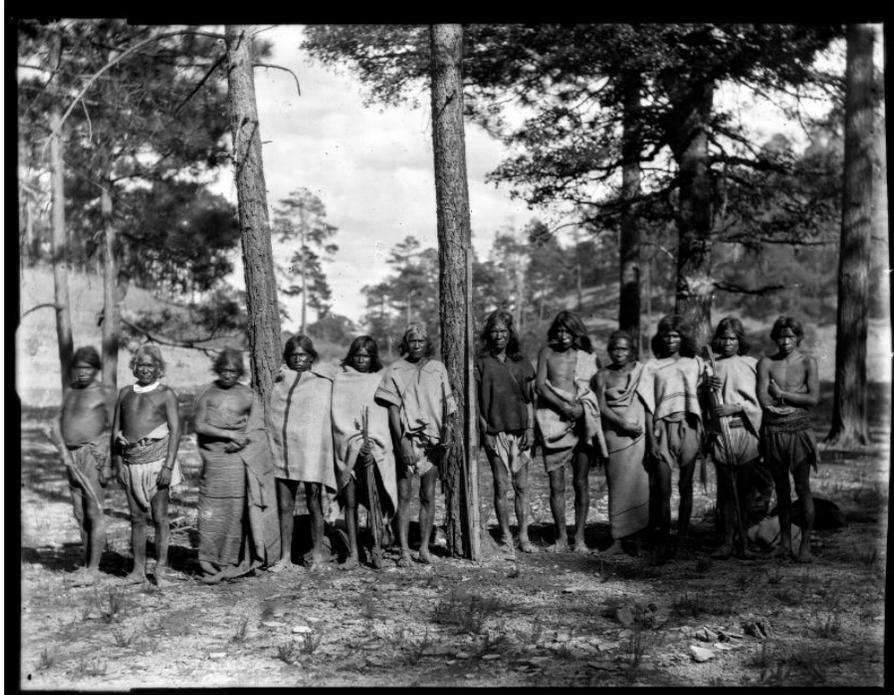
30. Fuente: Carl Lumholtz, s. t., La Cumbre, Chihuahua, noviembre de 1892, núm. 200 625. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

**Imagen 31**



31. Fuente: Carl Lumholtz, “Tecorachi”, Tecorachi, Guachochi, Chihuahua, noviembre de 1892, núm. 200 324. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

**Imagen 32**



32. Fuente: Carl Lumholtz, “Tarahumares de Pino Gordo, Tuaripa”, Guadalupe y Calvo, Chihuahua, octubre de 1892, núm. 200 480. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

### Imagen 33



33. Fuente: Carl Lumholtz, s. t., La Cumbre, Chihuahua, noviembre de 1892, núm. 200 298. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

La selección de estas ocho fotografías antropométricas, de un total de 42, pone en evidencia que el foco de atención del fotógrafo noruego es el cuerpo entero, con el propósito de establecer comparaciones. Por tal razón, los fondos de las imágenes tienden a estar fuera de foco, pero sin impedir apreciar el entorno que rodea a las personas que posan frente a la cámara. En términos generales, tales entornos están compuestos, en mayor o menor medida, por rocas, árboles, fragmentos de casas y montañas, lo que refuerza la condición “primitiva” de estos indígenas. Se podría decir que estas fotografías constituyen la versión opuesta de lo que sucede en las representaciones realizadas por el grabador Landeau para el relato de Schwatka, en las que predomina prácticamente el mimetismo entre hombres y mujeres rarámuri con el medio natural y en las que, por lo tanto, es imposible poder apreciar los rasgos fenotípicos (a excepción de tres grabados).

En el caso de estas fotografías, la vara con la que se mide, no deja lugar a dudas del interés que motivaba a Lumholtz a capturar esos instantes: registrar con la mayor precisión y objetividad posibles los cuerpos de estos indígenas, con el propósito de establecer comparaciones y quizá también acentuar su tipología de salvajes o primitivos. Probablemente, es por ello que en la mayoría de estas tomas, no incluyó ninguna información concreta. Parece que con anotar los nombres de los lugares donde fueron capturadas era suficiente, eso refuerza la condición de meros objetos de estudio. No interesaba despojar del anonimato a las y los modelos, o bien, eran solo “especies” para su estudio, como sí llegó a ocurrir en muchas otras fotografías en las que el fotógrafo dejó constancia de los nombres de varios de los tarahumaras (Dr. Lu<sup>433</sup>, Candelario Yoquibo<sup>434</sup>, Manuel<sup>435</sup>, Dr. Rubio, Imagen 37, entre otros) y el de una única mujer: Juanita.<sup>436</sup> Especialmente interesantes resultan aquellas fotografías en las que los sujetos no posan, al menos en apariencia, de manera intencional ante la cámara. Los modelos se encuentran realizando diversas actividades de manera “espontánea”, tales como bailar en un contexto ceremonial (Imagen 34), comer (Imagen 40), en una reunión de consejo (Imagen 52) o simplemente descansar (Imagen 42). Se rompe así con la pauta predominante en aquella época, la de fotografiar con “objetividad” al objeto de estudio, y se deja constancia también de aspectos de la cotidianidad que permiten percibir la vitalidad de este pueblo.

Las imágenes de contenido más “espontáneo” podrían estar dando cuenta además de un proceso de transición en el tipo de fotografía que estaba en curso. Así, aunque a finales

---

<sup>433</sup> Fotografía número 200 281. Recuperado de <http://fototeca.cdi.gob.mx/index.php>

<sup>434</sup> Fotografía número 200 331. Recuperado de <http://fototeca.cdi.gob.mx/index.php>

<sup>435</sup> Fotografía número 200 412. Recuperado de <http://fototeca.cdi.gob.mx/index.php>

<sup>436</sup> Fotografía número 200 489. Recuperado de <http://fototeca.cdi.gob.mx/index.php>

del siglo XIX los registros fotográficos tenían la finalidad de inventariar y clasificar con rigor y precisión a las poblaciones consideradas primitivas, nuevas posturas teóricas empezaban a emerger y con ello, las posibilidades de estudiar e indagar acerca del otro se ampliaban. Tal era el caso del particularismo histórico de Franz Boas, que sostenía que cada cultura tenía su propia historia. Por esta razón, el estudio de la cultura en particular era fundamental para reconstruir su propia trayectoria, incorporando la noción de relativismo cultural que parte de la premisa de que no existen formas superiores o inferiores de cultura.

### Imagen 34



34. Fuente: Carl Lumholtz, “Mujeres tarahumares bailando jículi en Guajóchic“, Guachochi, Guachochi, Chihuahua, agosto de 1892, núm. 200 487. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

### Imagen 35



35. Fuente: Carl Lumholtz, “Tribunal de Cusarare en sesión”, Cusárare, Guachochi, Chihuahua, marzo de 1892, núm. 200 552. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Los rituales y ceremonias no habían sido objeto de representación abordados ni por los ilustradores del relato de viaje de Schwatka ni por el jesuita Gerste, como tampoco la cotidianidad. Es Lumholtz quien incorpora de manera importante esta temática (Imágenes 36 y 37) dentro de su repertorio fotográfico. Tiene razón Jáuregui cuando advierte de la transformación experimentada por el antropólogo noruego a lo largo de sus expediciones en México. Éste dejó de ser aquel naturalista interesado en la mineralogía, la flora y la fauna (que en un inicio viajaba acompañado por una treintena de personas y un séquito de animales, hasta quedar solo) para constituirse en un etnógrafo capaz de mirar desde su óptica europea a esos “pueblos primitivos”, a esos otros grupos humanos a los que, como a los tarahumaras, presagió su pronta desaparición. Este cambio es reflejo de otro que venía operando a nivel

mundial desde finales de la década de 1880, cuando los exploradores dejaron de centrarse en temas naturalistas y empezaron a interesarse más en temas antropológicos.<sup>437</sup>

**Imagen 36**



36. Fuente: Carl Lumholtz, s. t., La Cumbre, Chihuahua, noviembre de 1892, núm. 200 407. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

---

<sup>437</sup> J. Jáuregui, *Montañas...*, *op. cit.*, p. 9.

### Imagen 37



37. Fuente: Carl Lumholtz, “Rubio preparando peyote”, Nararachi, Nararachi, Chihuahua, agosto de 1892, núm. 200 426. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

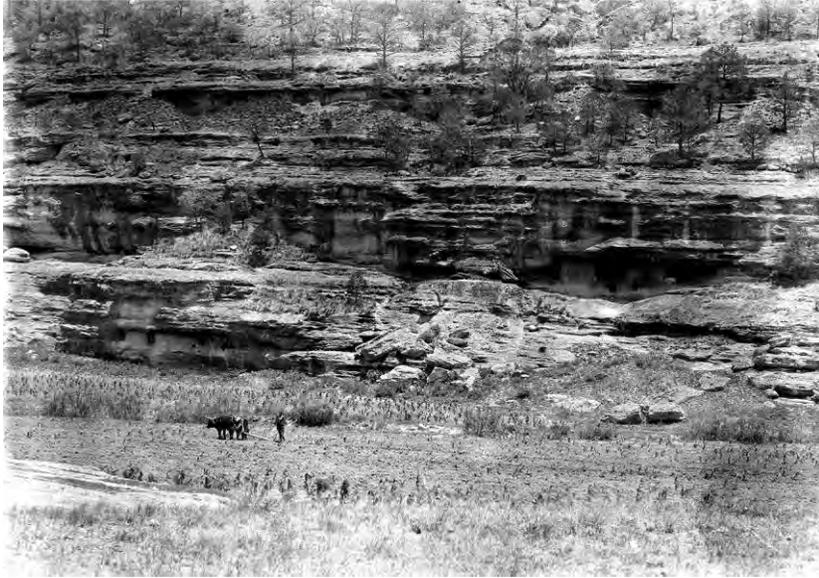
El tema de las actividades productivas sí había sido abordado por el grabador Landeau (Imágenes 6 y 7) y por el litógrafo Munro (Imágenes 14 y 15) para ilustrar el relato de Schwatka. También Gerste, a través de la fotografía, hizo referencia a este tema (Imagen 22), aunque de manera muy puntual. Lumholtz ofrece un aporte en este sentido, al dejar constancia de labores productivas realizadas, en este caso, por una tarahumara alfarera de avanzada edad, quien posa sería ante la cámara acompañada de un conjunto de vasijas cuya producción le es atribuida (Imagen 38) y por un hombre, empequeñecido dada la distancia a la que fue capturada la toma, que se encuentra arando la tierra (Imagen 39).

**Imagen 38**



38. Fuente: Carl Lumholtz, “Una alfarera y sus vasijas”, Tierras Verdes, Morelos, Chihuahua, mayo de 1892, núm. 200 434. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

### Imagen 39



39. Fuente: Carl Lumholtz, s. t., Chihuahua, ca. 1892, núm. 200 173. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

#### Imagen 40



40. Fuente: Carl Lumholtz, “Tarahumaras comiendo”, s. f., núm. 200 501. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Desde la perspectiva de la representación visual de los tarahumaras, Lumholtz hizo un aporte significativo al haber capturado la imagen de un grupo de cinco jóvenes, a la cual da el título de: “Corredores tarahumares, fotografiados después de la carrera” (Imagen 41). Si bien es cierto que la referencia a la tradicional carrera de la bola no se representa en la imagen visual, pues estos “corredores” posan estáticos frente a la cámara y ninguno de sus gestos alude propiamente a la carrera, la conexión la establece tanto el texto que aparece en el pie de foto, el que conecta la imagen, como la detallada descripción que de esta práctica hace el viajero en el capítulo XV. De modo que estamos frente a una situación interesante en la cual la fotografía (junto con el pie de foto) sugiere, pero sin explicar, cómo se ejecuta la

acción,<sup>438</sup> en este caso, tal función la brinda la descripción mencionada. De esta manera, el noruego hizo referencia a una de las temáticas, que como ya se mencionó, constituirá una de las más recurrentes en las fotografías de rarámuri a partir de la década de 1920.

#### Imagen 41



41. Fuente: Carl Lumholtz, “Corredores tarahumares, fotografiados de la carrera”, Tuaripa, Guadalupe y Calvo, Chihuahua, octubre de 1892, núm. 200 551. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Algunas fotografías documentan los servicios prestados por algunos tarahumaras al fotógrafo noruego, quien optó por calificarlos como sus “acompañantes” y “cargadores” indígenas (Imágenes 42 y 45) y no indígenas (Imágenes 43 y 44). Estas imágenes permiten explorar una faceta que también merecería un análisis más puntual, nos referimos al tipo de relación que se estableció entre colaboradores tarahumaras, mestizos y el propio Lumholtz.

---

<sup>438</sup> Demetrio E. Brisset Martín, Acerca de la fotografía etnográfica, en *Gazeta de Antropología*, 1999, 15, artículo 11. Recuperado de [http://www.ugr.es/~pwlac/G15\\_11DemetrioE\\_Brisset\\_Martin.html](http://www.ugr.es/~pwlac/G15_11DemetrioE_Brisset_Martin.html)

El hecho de que en los títulos de estas fotografías el fotógrafo emplee los sustantivos genéricos como acompañantes y cargadores, da cuenta de un interés por despojarlos de sus nombres, de sus identidades. De esta manera, se pone de manifiesto una expresión de poder. Sin embargo, y tal como se mencionó líneas arriba, ésta no fue una norma en el fotógrafo, pues en otros casos sí alude a los nombres de las personas que posan frente a la cámara en los títulos de las fotos. Además, llama la atención el interés que tuvo el noruego por dejar constancia de que hubo momentos de descanso, y que tal y como lo sugieren las Imágenes 43 y 44, hubo una relación de relativa familiaridad, incluso en compañía de un pequeño perro (Imagen 44).

#### **Imagen 42**



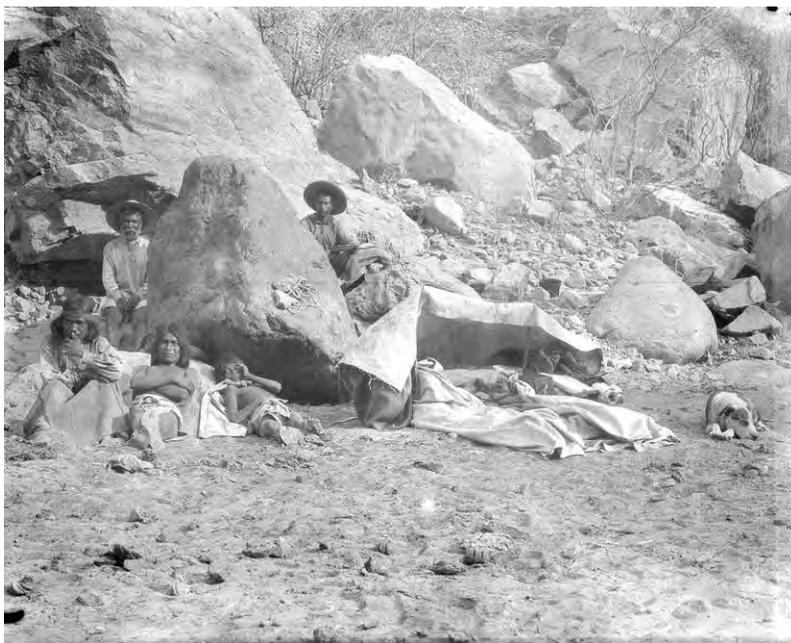
42. Fuente: Carl Lumholtz, “Familia Tarahumar descansando bajo un árbol”, Santa Anita, Morelos, Chihuahua, ca. 1892, núm. 200 130. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

### Imagen 43



43. Fuente: Carl Lumholtz, “Acompañantes de Carl Lumholtz”, Barranca de San Carlos, Chihuahua, noviembre de 1892, núm. 200 397. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

#### Imagen 44



44. Fuente: Carl Lumholtz, s. t., Chihuahua, s. f., núm. 200 268. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Para Lumholtz, la fotografía permitía complementar su “labor de registro fisonómico y antropométrico, así como de la indumentaria tradicional que desarrolló como parte de su pretendido estudio integral de los pueblos indígenas”.<sup>439</sup> Además de ello, se percibe una cierta habilidad, que, aunada al buen manejo que adquirió de la técnica fotográfica, le permitió mirar al indio inmerso en su medio cultural y no solamente de manera aislada, como ocurría con las fotografías de tipos o con las antropométricas. Sin pretender caer en una idealización de la mirada de Lumholtz, sí pareciera advertirse una actitud receptiva hacia la otredad que complementa las tomas rígidas (que tienden a objetualizar a la cultura rarámuri).

---

<sup>439</sup> M. Vázquez, “Imágenes...”, *op. cit.*, p. 18.

### Imagen 45



45. Fuente: Carl Lumholtz, “Nuestros cargadores y el gobernador”, Barranca del Cobre, Chihuahua, marzo de 1892, 200 185. D.R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

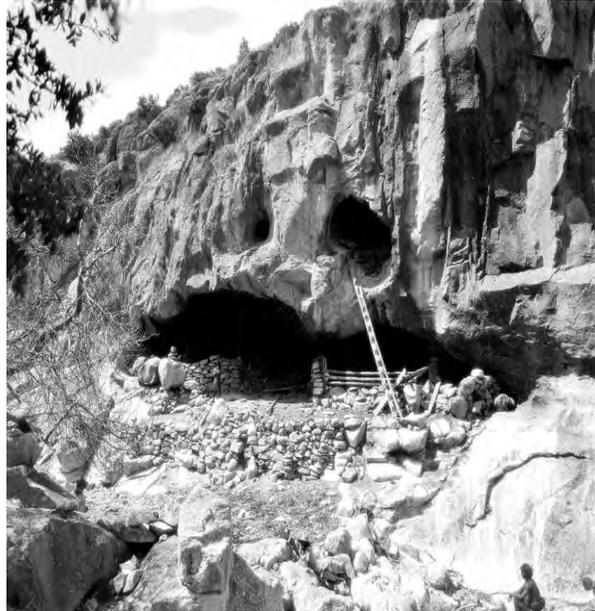
El tipo de vivienda de los rarámuri fue otra de las temáticas que también estuvo presente en los registros visuales del relato de Schwatka y en las fotografías de Gerste, aspecto que Lumholtz registró en múltiples ocasiones (Imágenes 46, 47, 48 y 49). Es probable que éste sea el elemento en el que más afinidad existe entre estos tres hombres interesados por conocer más acerca de los trogloditas.

### Imagen 46



46. Fuente: Carl Lumholtz, “Habitantes de cueva Man-por-te-sar”, Chihuahua, s. f., núm. 200 533. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

**Imagen 47**



47. Fuente: Carl Lumholtz, “Exterior de la gruta del Dr. Rubio”, Nararachi, Nararachi, Chihuahua, agosto de 1892, núm. 200 566. D.R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

### Imagen 48



48. Fuente: Carl Lumholtz, s. t., Tecorichi, Guachochi, noviembre de 1892, núm. 200 410.  
D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca  
Nacho López, CDI.

**Imagen 49**



49. Fuente: Carl Lumholtz, s. t., Barranca de San Carlos, Chihuahua, noviembre de 1892, núm. 200 270. D.R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

### Imagen 50



50. Fuente: Carl Lumholtz, “Uno de mis compañeros en la Barranca de San Carlos”, La Cumbre, Chihuahua, noviembre de 1892, núm. 200 408. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

Otro aspecto que fue posible detectar en el repertorio fotográfico de Lumholtz sobre los tarahumaras es el de las dos fotografías de rarámuri que portan rifles (Imágenes 51 y 52). Se trata, sin duda, de un elemento relevante, toda vez que son las dos únicas tomas en las cuales estos indígenas aparecen haciendo uso de algún tipo de tecnología moderna, lo cual no ocurre en las ilustraciones del relato de Schwatka, así como tampoco en las fotos de Gerste. En ambos casos, lo que sí se llegó a representar fue la tecnología propia de los rarámuri. En el caso de *In the Land...*, se pueden mencionar la Imagen 12 (métodos de guerra) y la Imagen 15 (indígena curtidor), y en el caso de Gerste, la Imagen 22, en la cual aparece un telar colocado sobre el suelo.

**Imagen 51**



51. Fuente: Carl Lumholtz, "Barranca del Cobre", Barranca del Cobre, Chihuahua, abril de 1892, núm. 200 654. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

## Imagen 52



52. Fuente: Carl Lumholtz, “Barranca del Cobre”, Barranca del Cobre, abril de 1892, Chihuahua, núm. 200 658. D. R. Carl Lumholtz, Museo Americano de Historia Natural de Nueva York/Fototeca Nacho López, CDI.

La consulta de la Colección Carl Lumholtz de la CDI y, específicamente, de las fotografías correspondientes a los rarámuri y a la Sierra Tarahumara permitió identificar una serie de hallazgos significativos, sin que ello quiera decir que el noruego hubiera sido el primero en registrar todo aquello. En primer lugar, se detecta en Lumholtz un marcado interés por menospreciar e incluso invisibilizar la labor de Schwatka y de Gerste, en cambio, sí reconoció el trabajo arqueológico realizado en la región por Francis Bandelier.

Sin recato, Lumholtz se refiere despectivamente a quienes le habían precedido en el recorrido. En ella alude a la parte inicial de su segunda expedición, la cual comenzó a mediados de enero de 1892 (iba acompañado de un grupo mucho más reducido que el del año anterior), durante la cual tuvieron acceso -entre otros sitios- a las cavernas de Garabato, a la antigua mina de plata llamada Guaynopa y a varias cuevas abiertas ubicadas en los alrededores de la cuenca del valle de río Chico.

Salimos, por fin, de una región sólo atravesada entonces por pocos aventureros analfabetos, no obstante haber sido ocupada alguna vez por un pueblo floreciente, de cultura igual a la de los actuales indios Pueblos, y desaparecido no sabemos cuántos siglos hace. En todo él, reinaban la grandeza de la antigüedad y la solemnidad de la tumba.<sup>440</sup>

Surge entonces la pregunta: ¿será acaso que Lumholtz no consideró como sus pares a Schwatka y a Gerste, y que por eso prefirió no referirse a ellos? O, más bien, ¿se tratará de una forma de imprimirle a sus expediciones e investigaciones un halo de mayor exclusividad? En este sentido, pareciera quedar en evidencia que más allá de que Lumholtz tuviera que cumplir con los propósitos del Museo Americano de Historia de Nueva York y de los donadores privados, él manejó su propia agenda de intereses y procuró asegurarse un lugar privilegiado en el ámbito científico tanto de los Estados Unidos como de México. Para ello, optó por guardar silencio sobre varios temas y sobre varias personas interesadas, al igual que él, en conocer más acerca de los habitantes de cuevas y acantilados de la Sierra Madre Occidental. Queda la duda de si acaso Lumholtz habrá llegado a conocer el libro de Schwatka *In the Land...* y las fotografías capturadas por Gerste para la Exposición Histórico Americana de Madrid de 1892.

---

<sup>440</sup> C. Lumholtz, *El México...*, *op. cit.*, p. 74.

A partir de un análisis pormenorizado de las 328 fotografías que corresponden a la temática de interés de este estudio, se detectó que la representación fotográfica de Lumholtz fue mucho más diversa de lo que en un inicio se consideró. El dato de que son 42 las fotos de tipo antropométricas demuestra que, en el registro del noruego, este tipo de tomas no fue numéricamente la más importante. De modo que ellas comparten su lugar con otros tipos de estilos, por ejemplo, con paisajes, con fotos de frente y de perfil, ya fuera de cuerpo entero o en plano americano, de viviendas (cuevas, de madera y de piedra), así como otras de corte más espontáneo y esteticista.

Todo parece indicar que los títulos que acompañan a las fotografías fueron anotados por el propio fotógrafo, y que contienen información interesante que bien merece un análisis más profundo y en consonancia propiamente con el libro *El México desconocido...* De esta manera, fue posible detectar que Lumholtz llegó a romper parcialmente con el característico anonimato impuesto a los tarahumaras fotografiados y a aquéllos a quienes se hacía alusión en los relatos de viaje. Así, como mencionamos anteriormente, varios hombres tarahumaras y una mujer tarahumara son mencionados por su nombre. Este dato es revelador, toda vez que la norma que prevalecía era la de ocultar la identidad de la persona que posaba frente a la cámara. Además, el noruego es el único que se distancia de esta tendencia, pues en ninguna otra de las fotografías analizadas fue encontrada la referencia al nombre de quienes fueron fotografiados, en la medida en que éstos se convertían en representantes de toda una colectividad, eran “ejemplares”, objetos de estudio que cumplían con el propósito de “establecer generalidades, realizar definiciones de tipos y clasificar a los seres humanos en torno a las ideas sobre las razas”.<sup>441</sup> Los cuerpos se convertían para estudiosos como

---

<sup>441</sup> D. Dorotinsky, “La puesta...”, *op. cit.*, p. 50.

Lumholtz en espacios donde podían ser “buscados signos escritos [...] que permitieran clasificar en una escala de desarrollo a las culturas”.<sup>442</sup>

El repertorio fotográfico de Carl Lumholtz contiene un importante número de fotografías, en las cuales mayoritariamente las y los tarahumaras debían posar ante la cámara de manera rígida, pues se pretendía que la toma reflejara “objetividad”. Llama la atención, sin embargo, que algunas tomas den cuenta de la vitalidad de la cultura tarahumara (por ejemplo, familias numerosas como la representada en la Imagen 48). Lo anterior no deja ser contradictorio con el discurso de Lumholtz como autor, quien, al igual que Schwatka y Gerste, pronosticó que la desaparición de los tarahumaras estaba próxima. Al respecto, cabe advertir que si bien estos tres observadores y viajeros comparten el trasfondo evolucionista de la época; el noruego se distanciará de los otros dos por haber entrado en la categoría de “exploradores a sueldo” con la finalidad de reunir objetos, datos y fotografías para instituciones museísticas y académicas. Esta característica debe tenerse muy presente a la hora de analizar las contribuciones que, en efecto, Lumholtz aportó tanto a la etnografía, en general, como a la fotografía etnográfica, en particular. Lo anterior es indispensable en aras de una comprensión más balanceada del trabajo de este expedicionario, quien, como otros tantos contemporáneos suyos, conjugó el saqueo con la ciencia.

---

<sup>442</sup> *Ibidem.*, p. 51.

## Capítulo 5. La *Revista de Chihuahua*, 1895-1897

Durante el siglo XIX, la labor por mostrar “lo primitivo”, “lo exótico” y “lo diferente” a través de libros o publicaciones periódicas (tal y como ocurrió con los seis fotograbados de indígenas tarahumaras incluidos en la *Revista de Chihuahua*) fue posible, en gran medida, gracias a determinados avances y al fomento del mercado editorial. Estrechamente vinculado a éste, el diseño empezó a ser valorado por su potencial para contribuir a garantizar “no sólo una producción más acelerada de las mercancías, sino de una circulación más efectiva y competitiva”.<sup>443</sup>

Silvia Fernández Hernández señala que algunos avances tecnológicos surgidos de la Revolución Industrial (por ejemplo, las imprentas a vapor y de electricidad, la litografía a color y la fotografía) incidieron de manera notable en el desarrollo del diseño gráfico moderno, convirtiéndolo en “una rama productiva moderna a mitad del siglo XIX”. A su vez, esta actividad influyó de manera significativa en el trabajo editorial. Por su parte, en la medida en que las editoriales se ligaron al romanticismo, éstas fueron capaces de promover “creaciones literarias románticas unidas a nuevas iniciativas comprometidas con la cultura, que rompieron con el modo tradicional de hacer libros”.<sup>444</sup>

A este telón de fondo, se debe agregar un elemento más: el “valor pedagógico de la *memoria escrita*”, presente tanto en los periódicos como en las revistas.<sup>445</sup> Al respecto,

---

<sup>443</sup> Silvia Fernández, “La transición del diseño gráfico colonial al diseño gráfico moderno en México (1777-1850)”, en Laura Beatriz Suárez de la Torre (coord. gral.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, p. 23.

<sup>444</sup> *Idem.*

<sup>445</sup> Arturo Taracena Arriola, *De la nostalgia por la memoria a la memoria nostálgica. El periodismo literario en la construcción del regionalismo yucateco*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, p. 32.

Arturo Taracena Arriola agrega que como resultado del desarrollo del “fenómeno nacional”, a finales del siglo XVIII, surge la necesidad de usar las representaciones visuales con el propósito de promover “la nueva identidad”. Para alcanzar ese fin, era preciso generar “los propios rituales cívicos, imágenes, monumentos, medallas y documentos” a través de los cuales era factible contar con “una memoria ‘preconstruida’ [...] como cristalización o refugio de la historia nacional”.<sup>446</sup> En tal empeño, la imprenta ejerció un papel crucial como medio de difusión de ideologías y conocimientos<sup>447</sup> que pretendían reforzar identidades, tanto a nivel nacional como regional, así como ocurrió con el proyecto editorial que aquí nos ocupa.

En medio de este panorama, la prensa fue diversificando las temáticas abordadas, abriendo paso a nuevas posibilidades dentro de la cultura. Fue justamente “en las publicaciones periódicas de carácter literario en donde se dio cabida a diversos géneros, tanto literarios como gráficos”.<sup>448</sup> Además, se debe considerar que la ilustración gráfica que acompañaba la producción de periódicos y revistas se incrementó de manera notable durante el segundo tercio del siglo XIX,<sup>449</sup> haciéndolos más atractivos para el creciente público que consumía este tipo de productos editoriales. La oferta de obras ilustradas que abordaban temas de interés general y que pretendían ser un factor más de “progreso” para el país se convirtió en una fórmula empleada por las casas editoras que también aspiraban a garantizar el éxito de sus publicaciones.

---

<sup>446</sup> *Ibidem.*, p. 31.

<sup>447</sup> Laura Suárez de la Torre, “Una imprenta floreciente en la calle de la Palma número 4”, en Laura Beatriz Suárez de la Torre (coord. gral.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, p. 131.

<sup>448</sup> *Idem.*

<sup>449</sup> María Esther Pérez Salas C., *Costumbrismo y litografía en México: un nuevo modo de ver*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Estéticas, 2005, p. 44.

## *La Revista de Chihuahua*

La *Revista de Chihuahua* fue una publicación mensual<sup>450</sup> que aspiró a ser ilustrada y que surgió en el marco del desarrollo de la prensa moderna mexicana,<sup>451</sup> en un escenario regional. Su primera entrega salió a la luz en febrero de 1895,<sup>452</sup> dejando de circular tan sólo dos años después. Fue publicada en los talleres de la Imprenta de El Norte, Calle de Progreso número 6 en la ciudad de Chihuahua, imprenta homónima del importante periódico fundado en 1891, siendo el destacado poeta, abogado y periodista, Pablo Ochoa, uno de sus principales colaboradores.<sup>453</sup> Uno de los principales objetivos de esta revista fue el de contribuir “a la propagación de las nuevas ideas”, relacionadas principalmente con la ciencia, la pedagogía, el higienismo, la medicina, entre otras temáticas.

Este proyecto editorial aspiraba a elevar el nivel cultural de la sociedad chihuahuense, al tiempo que contribuir con el proceso de reconocimiento de la nación. Preocupaciones de este tipo eran propias del pensamiento liberal decimonónico y fueron capaces de estimular la producción editorial en México, la cual registró un crecimiento significativo durante la primera mitad del siglo XIX.<sup>454</sup> Sin duda, se trató de una publicación elitista, de ahí que en el primer ejemplar se advirtiera que: “Nuestro periódico consultará ante todo el gusto

---

<sup>450</sup> No ha sido posible ubicar el dato correspondiente al número de ejemplares del que constaba el tiraje de esta publicación.

<sup>451</sup> Olivier Debroise, *Fuga mexicana un recorrido por la fotografía mexicana*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 2005, p. 254.

<sup>452</sup> FR-BNM. “Introducción”, en *Revista de Chihuahua*, Chihuahua, núm. 1, tomo II, febrero de 1896, p. 1.

<sup>453</sup> Jesús Vargas Valdés, “179 años de la imprenta en Chihuahua”, III parte, en *Botelín de la Unidad de Estudios Históricos y Sociales-Extensión Chihuahua*, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, enero-febrero de 2005, núm. 31, p. 7.

<sup>454</sup> M. E. Pérez Salas C., *Costumbrismo...*, *op. cit.*, p. 23.

dominante del elemento social que le ha de dar vida, y todo lo que pueda interesar, instruir y recrear a los lectores, hallará en sus columnas la más favorable acogida”.<sup>455</sup>

En pleno ocaso decimonónico, la élite chihuahuense se percibía fuerte y moderna, el esfuerzo que desplegó un sector de ésta para materializar un proyecto como la *Revista de Chihuahua* es una demostración de ello. Desde la década de 1870, la élite local venía funcionando bajo el liderazgo del general Luis Terrazas, personaje clave en la formación y acumulación del capital regional. Logros tan importantes como la capitulación de los apaches, la expansión de la ganadería, el arribo de capitales, el impulso de la actividad minera, la construcción de líneas ferroviarias y el desarrollo de proyectos de colonización fortalecían la imagen que este grupo de poder tenía de sí mismo. El enriquecimiento ilimitado de esta élite marcó la historia local y nacional, siendo que una parte importante de sus miembros ocupó cargos desde donde los asuntos públicos fueron manejados de acuerdo con sus propios intereses. Incluso, algunos de ellos estuvieron vinculados a las páginas de la *Revista de Chihuahua*, ya fuera como redactores, sugiriendo algún artículo, o bien, mediante la publicación de la fotografía de sus retratos.

La década de 1890 se significó por los grandes cambios tecnológicos experimentados en diversas partes de la entidad, particularmente, en Parral, en Ciudad Juárez y en la propia ciudad de Chihuahua, donde el crecimiento económico se expresó de manera notable en la arquitectura, haciendo gala de su poderío.<sup>456</sup> El número de fábricas aumentó, lo mismo ocurrió con los molinos de metales, empacadoras de carne y haciendas dedicadas al beneficio de metales. Ricas vetas fueron adquiridas por inversionistas extranjeros en Batopilas, Santa

---

<sup>455</sup> FR-BNM. “Prospecto”, *op. cit.*, p. 3.

<sup>456</sup> Claudia Negrete, “Arquitectura y fotografía: complicidades ideológicas”, en *Alquimia*, México, septiembre-diciembre, año 3, núm. 7, 1999, p. 7.

Eulalia, Parral, Cusihuiiachic, entre otros lugares. Los tranvías, el ferrocarril y la electricidad coadyuvaron a la transformación de la vida cotidiana y del paisaje urbano y rural, incluyendo algunos puntos de la Sierra, tal y como ocurrió en Batopilas con la puesta en marcha de la *Batopilas Mining Co.*, equipada con la más alta tecnología.<sup>457</sup> Así, las páginas de la *Revista de Chihuahua* difundieron acontecimientos relevantes del pasado y del presente de esta boyante entidad. Se mostraban al público lector los “grandes adelantos realizados por Chihuahua en los últimos años, tanto en el orden material como en el intelectual y moral [así como] las grandes figuras que han contribuido al engrandecimiento de este Estado, [y] los monumentos que embellecen nuestra hermosa y progresista capital”.<sup>458</sup>

La mencionada revista abordó temas sobre ciencias, literatura y asuntos variados. Su director fundador fue el Dr. Miguel Márquez,<sup>459</sup> quien contó con el apoyo de un cuerpo de distinguidos colaboradores.<sup>460</sup> Márquez, notable intelectual chihuahuense, tuvo en sus manos también la dirección del Instituto Científico Literario y le correspondió ser uno de los principales impulsores de la creación de la Sociedad Filomática.<sup>461</sup> Más tarde, sería el director general de Instrucción Pública en el gobierno constitucional de Enrique C. Creel.<sup>462</sup> Dentro

---

<sup>457</sup> J. L. Sariego, *El indigenismo...*, *op. cit.*, p. 42.

<sup>458</sup> El comentario aparece en el contexto de la celebración del primer año de vida de esta empresa periodística. FR-BNM. “Introducción”, en *Revista de Chihuahua*, Chihuahua, núm. 1, tomo II, febrero de 1896, p. 2.

<sup>459</sup> Sin duda, la vida y obra de Miguel Márquez bien merecen un estudio en profundidad. Tiene razón el historiador chihuahuense Jesús Vargas al lamentar que un intelectual de la talla de Miguel Márquez haya sido relegado de la historia regional. Jesús Vargas Valdés, “Los 179 años de la imprenta en Chihuahua” (III parte), en *Boletín Unidad de Estudios Históricos y Sociales de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez*, núm. 31, enero-febrero, 2005, p. 7. Recuperado de <http://148.210.21.117:8080/jspui/bitstream/123456789/1297/1/boletn31.pdf>

<sup>460</sup> Francisco Almada, *La imprenta y el periodismo en Chihuahua*, México, Imprenta Óptima, 1943, p. 27.

<sup>461</sup> “El 31 de Diciembre de 1892 en la casa del Sr. Dr. M. Márquez, obrero infatigable del progreso, se presenciaba el nacimiento de la primera de las sociedades de su especie en toda la República ... Se nombró una Mesa Directiva que quedó formada por los señores: Gobernador del Estado, Coronel M. Ahumada, Presidente; Luis Terrazas, Vicepresidente; Dr. Ignacio Torres, Secretario; Dr. Miguel Márquez, Prosecretario; Enrique Creel, Tesorero; Luis E. Lafón, Tesorero suplente”, “Sociedad Filomática. Informe que el Secretario Dr. Ignacio Torres presentó en junta general reglamentaria”, en *Revista de Chihuahua*, 1 marzo de 1895, p. 17.

<sup>462</sup> *Álbum de Chihuahua*, Chihuahua, Gobierno del Estado de Chihuahua y la Junta Porfirista, 1909, s/p.

del cuerpo editorial que hacía posible esta publicación, había una docena de intelectuales chihuahuenses cercanos a la élite terracista, quienes formaban parte de una minoría local, étnicamente “blanca” y urbana.<sup>463</sup> Algunos eran o habían sido diputados y magistrados, otros estaban dedicados al magisterio y a la medicina.

El médico chihuahuense Porfirio Parra -discípulo de Gabino Barreda, próximo al grupo de los científicos y amigo cercano de Enrique C. Creel- fue uno de los miembros del cuerpo editorial más activos de la *Revista de Chihuahua*. Sobre su vida y obra fueron publicados varios comentarios en las páginas de esta publicación.<sup>464</sup> Cabe mencionar que Parra llegó a ser una de las piezas clave en la difusión de la *Ley para el mejoramiento y cultura, de la raza tarahumara* (1906), documento legal que se encargó de divulgar en la prensa nacional<sup>465</sup> (y a la cual se hará puntual referencia en el capítulo 6). También,

---

<sup>463</sup> A. Taracena, *De la nostalgia...*, *op. cit.*, p. 101.

<sup>464</sup> Victoriano Salado Álvarez, *Memorias. Tiempo viejo-Tiempo nuevo*, vol. II México, Ibero Americana Publicaciones, 1946, p. 26. Porfirio Parra estudió medicina en la ciudad de México. Se destacó por sus dotes poéticas y filosóficas. Una de sus obras de mayor peso fue su tratado de *Lógica Inductiva y Deductiva*. Incursionó en la política, ocupando el escaño de diputado del estado en varias legislaturas federales y fue por muchos años director de la Escuela Nacional Preparatoria. Francisco Almada, *Diccionario de historia, geografía y biografía chihuahuense*, Chihuahua, Talleres Gráficos del Gobierno de Chihuahua, 1950, p. 521.

<sup>465</sup> A continuación, se transcriben dos fragmentos de documentos epistolares que dan cuenta del trabajo de divulgación realizado por Porfirio Parra: “Muy pronto escribiré un artículo ensalzando como se merece tu filantrópica idea de ilustrar á los tarahumares, para incorporarlos á la patria y á la humanidad”. Porfirio Parra a Enrique C. Creel, 23 de marzo de 1905, Fondo CXCI, Carpeta 1/3, Legajo 22. “Mañana te remitiré dos números del Progreso Latino, con un artículo mío sobre tu grandioso proyecto de escuelas en la Tarahumara, te ruego ofrezcas uno en mi nombre al Sr. Terrazas”. Porfirio Parra a Enrique C. Creel, 8 de abril de 1905, Fondo CXCI, Carpeta 1/3, Legajo 23.

participaron como redactores de la revista: Rómulo Jaurrieta,<sup>466</sup> Ignacio Torres,<sup>467</sup> Miguel Bolaños Cacho<sup>468</sup> y Manuel Prieto.<sup>469</sup>

La publicación estaba dividida en dos secciones: la primera, dedicada a la literatura, incluía ensayos sobre asuntos vinculados a las bellas artes, a la moral y a la historia; cuentos, poesías inéditas, descripciones geográficas, entre otros temas. La segunda contenía información filosófica, notas sobre el progreso de las ciencias aplicadas, la higiene, la industria, el comercio y programas de educación e instrucción. Las biografías de chihuahuenses ilustres -en especial de los ya fallecidos- ocuparon un lugar destacado en las columnas de esta revista,<sup>470</sup> incluso, algunos de esos personajes fueron retratados y figuraron en las portadas de diferentes números. Durante el primer año de circulación, la *Revista de Chihuahua* incluyó en la portada de cada uno de sus ejemplares un fotograbado de algún hombre destacado de la sociedad chihuahuense. Sin embargo, ninguna estuvo dedicada a alguna mujer de la élite. Aunque sí se destinó uno de los fotograbados a las mujeres obreras de la fábrica de ropa “La Paz”; sin embargo, éste aparece en las páginas interiores.

---

<sup>466</sup> El Lic. Jaurrieta nació en Chihuahua, fue diputado en once legislaturas locales, representando al Distrito Andrés del Río en ocho periodos consecutivos. Firmó la Constitución política del 24 de septiembre de 1887 y fue magistrado suplente del Supremo Tribunal de Justicia. Murió en 1907. F. Almada, *Diccionario...*, *op cit.*, p. 380.

<sup>467</sup> El Dr. Torres era originario del estado de México. Fue diputado en diez legislaturas locales entre 1891 y 1911. Asimismo, fue por varios años vocal del Consejo Superior de Salubridad y catedrático del Instituto Científico y Literario de Chihuahua. *Ibidem.*, pp.709-710.

<sup>468</sup> El Lic. Bolaños Cacho, procedente de Oaxaca, llegó a Chihuahua, cerca de 1890, como asesor militar de Zona. Incurrió también en la política, fue diputado en el Congreso local en 1893. Más tarde llegó a ser gobernador de Oaxaca en 1902 y 1913. *Ibidem.*, p. 89.

<sup>469</sup> Lic. Prieto fue magistrado propietario y suplente del Supremo Tribunal de Justicia en varias ocasiones, así como diputado propietario en las Legislaturas XXV y XXVI, y senador suplente por el estado en 1910. *Ibidem.*, p. 566.

<sup>470</sup> “Prospecto,” en *Revista de Chihuahua*, *op. cit.*, p. 4.

Tomando en cuenta la calidad del papel, de la tinta y que cada número estuvo ilustrado por dos fotograbados<sup>471</sup> de muy buena factura, es posible suponer que el costo de esta publicación era relativamente elevado (el precio no aparece anunciado en la revista). A partir del segundo año de publicación, en 1896, en la mayoría de ejemplares, uno de los dos fotograbados incluidos parece haber tenido fines publicitarios. Es el caso de dos imágenes de la fábrica de ropa “La Paz”,<sup>472</sup> una de ellas, justamente, incluye al grupo de mujeres obreras al que ya se hizo referencia. El hecho de que el pie de foto incluyera la dirección exacta de la fábrica sugiere su función publicitaria. En este sentido, se debe advertir que este tipo de empresas editoriales traían consigo desafíos importantes, incluso desde el punto de vista económico. La siguiente cita, aparecida a propósito del primer aniversario de la *Revista de Chihuahua*, alude no sólo a las razones que impulsaron este proyecto editorial, sino que también sugiere que eran muchas las dificultades -aunque no se especifican cuáles- que debían ser encaradas para poder sacarlo adelante:

Los grandes adelantos realizados por Chihuahua en los últimos años, tanto en el orden material como en el intelectual y moral, hacían indispensable una publicación que diese a conocer en el resto de la República y aun en el extranjero, ya las grandes figuras que han contribuido al engrandecimiento de este Estado, ya los monumentos que embellecen nuestra hermosa y progresista capital.

Al principio y, dadas las grandes dificultades con que, por desgracia tropiezan en nuestro país las empresas periodísticas, sobre todo cuando son del género de la presente, hubiera podido aparecer osado y aun temerario el propósito de fundar una publicación así. Hoy que hemos cumplido felizmente el primer año

---

<sup>471</sup> “Un fotograbado puede representar retratos como paisajes y vida cotidiana ya que es solo una técnica. Esta consiste en producir del negativo fotográfico una transparencia que se imprime en una plancha de zinc con una cera especial. Se quita la cera y queda en negativo la imagen en la placa de zinc y luego, con ácido nítrico, se estampa la imagen en claro oscuro en la placa, se entinta y se imprime un papel con tórculo de grabador”. Comunicación con Ignacio Gutiérrez Ruvalcaba. Comunicación vía correo electrónico, 7 de junio de 2016.

<sup>472</sup> Pie de foto: 1. “La Paz”, Sociedad Anónima. Fábrica de ropa. Chihuahua, Calle La Libertad Núm. 502. Aparece un grupo de costureras que trabajan con sus máquinas y, al fondo, un par de supervisores. En *Revista de Chihuahua*, Tomo II, año 2, núm. 4, mayo de 1896, entre páginas 122 y 123. 2. “La Paz” Sociedad Anónima. Máquina Cortadora. Calle de la Libertad Núm. 502. En la imagen aparecen tres hombres que trabajan y la máquina cortadora. En *Revista de Chihuahua*, Tomo II, año 2, núm. 5, junio de 1896, entre páginas 122 y 123.

de nuestra vida literaria, sentimos esa justa satisfacción que experimenta el hombre cuando, teniendo grandes dificultades, logra implantar una empresa útil y capaz de ser factor no despreciable de progreso.<sup>473</sup>

En relación con lo anterior, Taracena Arriola sostiene que a menudo la “voluntad pedagógica y la intención política” que impulsaban a empresas editoriales como la que nos ocupa estaban “financiadas por la bancarrota”. Es decir, se trataba de proyectos que, por lo general, no resultaban rentables y, por lo tanto, requerían de apoyos múltiples para poder ser materializados. Por tal razón, era frecuente que los grupos editoriales que estaban detrás de este tipo de iniciativas estuvieran conformados por

editores y redactores quienes buscan rodearse de un núcleo de hombres de letras que colaborase, no tanto en las finanzas, sino en la tarea de escribir gratuitamente. Ello no quiere decir que no hiciesen esfuerzos por recolectar dinero [por ejemplo por medio de anuncios publicitarios], sino que el objetivo de los mismos no era precisamente que éste se multiplicase capitalistamente en el corto plazo. La razón principal es que todos tenían otro oficio [...] que les permitía vivir decorosamente.<sup>474</sup>

Incluir fotgrabados en cada uno de sus ejemplares pudo haber sido también una manera de hacer más atractiva esta publicación y de estimular su venta. De hecho, en el marco del primer aniversario de la revista, la redacción anunció a sus “numerosos lectores” que se introducirían mejoras tanto en la parte literaria como en la visual, anticipando que en las nuevas entregas aumentarían la cantidad de fotgrabados.<sup>475</sup> Sin embargo, en la práctica no hubo tal incremento, pues el número se mantuvo en dos fotgrabados por cada ejemplar. El no cumplimiento de este ofrecimiento podría atribuirse a los altos costos de éstos, más aún

---

<sup>473</sup> FR-BNM. “Introducción”, en *Revista de Chihuahua*, núm. 1, tomo 11, febrero de 1896, p. 1.

<sup>474</sup> A. Taracena Arriola, *De la nostalgia...*, *op. cit.*, p. 99.

<sup>475</sup> Introducción, en *Revista de Chihuahua*, Chihuahua, núm. 1, tomo I, febrero de 1896, p. 1. Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México.

si se considera que buena parte de ellos fueron tomados por una compañía extranjera, la *Franklin Company* de Chicago, Estados Unidos.

### Los fotograbados de tarahumaras en la *Revista de Chihuahua*

La presencia de fotografías de “tipos humanos” de indígenas tarahumaras en la *Revista de Chihuahua* da cuenta de un interesante caso de difusión de “lo salvaje”, de “lo primitivo” y de “lo exótico” llevada a cabo a través de esta publicación regional ilustrada. La serie de seis fotograbados fue publicada en cuatro ediciones durante octubre, noviembre y diciembre de 1896 y enero de 1897. Éstos se significan como un ejemplo de cómo la fotografía de tipos humanos se mantenía aún vigente en pleno ocaso decimonónico. Se debe advertir que las imágenes no tienen relación con texto alguno, más que con los correspondientes pies de foto y con una breve nota que a continuación se transcribe.<sup>476</sup>

A nuestros Lectores. Con el presente número publicamos el primer fotograbado de la serie que representa á los Indios Tarahumares, y la cual nos proponemos dar a conocer á nuestros constantes suscriptores. Próximamente publicaremos un importante artículo en el que reuniremos, todos los datos que sobre los indios de la Tarahumara nos ha sido posible conseguir.<sup>477</sup>

El artículo al que hace referencia la cita anterior nunca fue publicado, ni siquiera en la última entrega de la *Revista de Chihuahua*, correspondiente al número de enero de 1897, en el cual aparecieron los dos últimos fotograbados de la serie (Imágenes 56 y 57). Aun así, dicha cita arroja información útil al referirse a la función que tendrían los retratos como introductores de dicho artículo y como forma de atraer la atención del público lector, al que

---

<sup>476</sup> Esta última fue localizada al final del ejemplar número 9, de octubre de 1896, en el cual fue incluido el primer fotograbado de la serie (Imagen 53). El énfasis es mío.

<sup>477</sup> *Revista de Chihuahua*, Chihuahua, núm. 9, tomo II, año 2, octubre, 1896, p. 290, Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México.

se refiere como “constantes suscriptores”. De igual forma, esta breve cita permite comprender mejor las circunstancias que rodearon a dichas imágenes. Además, permite reflexionar acerca de las posibles razones que explican por qué nunca apareció el artículo relacionado con los tarahumaras, las cuales podrían ser diversas: ¿acaso hubo reacciones contrarias y críticas hacia esta iniciativa por parte de algún sector del público lector? ¿Será que no existió el consenso necesario, en el interior del cuerpo editorial de la revista, en relación con la conveniencia de publicar un texto sobre dicha temática? Otro motivo podría relacionarse con el hecho de que esta serie de fotograbados hubiera podido pasar desapercibida y hubiera sido incluida sólo como una manera de satisfacer a “las buenas conciencias”. Sin embargo, también cabría la posibilidad de que las razones que explican la no aparición de dicho texto se vinculen con las dificultades que conllevaron a que la revista dejara de circular el año siguiente, aunque quizá también pudo haber sido resultado de la presión ejercida por miembros de la élite para que no se publicara el artículo. En fin, lamentablemente, resulta difícil saber con precisión qué pasó con este ofrecimiento no cumplido, pero ello no debe soslayarse.

Ahora bien, el haber incluido esta serie de fotografías de tarahumaras en una publicación como la que nos compete demuestra que, para entonces, existía en una parte de la élite local interés por identificar y conocer mejor cuál era la situación de esta población indígena, quizás con el propósito de lograr su incorporación. De igual forma, se debe considerar que este pueblo también había despertado, unos cuantos años antes, la atracción tanto de viajeros extranjeros como de instituciones estadounidenses y mexicanas. Da la impresión de que la élite chihuahuense no quería quedarse atrás en relación con estas iniciativas.

Se puede decir que existían razones de peso para que la élite chihuahuense quisiera sumarse a la discusión -o al menos para que intentara hacerlo- en torno a quiénes eran los tarahumaras, dónde y cómo vivían. Las respuestas a tales interrogantes darían la pauta para vislumbrar posibles salidas para propiciar su incorporación como ciudadanos. Por tal razón, se estaba empezando a delinear un tratamiento distinto -a través de la educación- al que recibieron, por ejemplo, los apaches, para así despojarlos de su cultura. En este sentido, tampoco es casual que en la portada del ejemplar número nueve apareciera el retrato del coronel Joaquín Terrazas, una de las cabezas más visibles de la guerra emprendida contra los apaches, el cual estuvo acompañado de una semblanza de corte apologético.<sup>478</sup> Él fue, sin duda, el protagonista de la capitulación de los apaches en la batalla de Tres Castillos, librada a mediados de octubre de 1880, ocasión en la que derrotó a un grupo liderado por el jefe Vitorio. Terrazas fue considerado un héroe, en virtud de que la muerte de este líder apache representó un triunfo de la civilización sobre la barbarie.<sup>479</sup>

El Sr. Coronel D. Joaquín Terrazas hizo con gran éxito la guerra contra los salvajes, derrotándolos por completo y exterminando esta plaga que pesaba sobre el Estado [...]. Esta victoria valió al Sr. Terrazas el nombramiento de Coronel que le confirió el Supremo Gobierno y las felicitaciones de distinguidos militares americanos y mexicanos [...]. El Estado de Chihuahua, cuna de algunos hombres ilustres se complace en contar entre sus buenos hijos al ameritado ciudadano a quien consagramos estas líneas.<sup>480</sup>

---

<sup>478</sup> “El Sr. Coronel D. Joaquín Terrazas”, en *Revista de Chihuahua*, Chihuahua, núm. 9, tomo II, año 2, octubre 1895, p. 259.

<sup>479</sup> No obstante, hay que decir que los ataques de los nómadas continuaron a lo largo de la década, aunque con menos frecuencia. Una interesante y bien lograda versión literaria de este trascendental e histórico enfrentamiento puede encontrarse en una obra teatral del destacado dramaturgo chihuahuense Víctor Hugo Rascón Banda, nacido en Uruachic, en la Sierra Tarahumara. Víctor Hugo Rascón Banda, “Apaches”, en *Intolerancias. Tres obras de teatro*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Casa Juan Pablos, 2005, pp. 17-95.

<sup>480</sup> “El Sr. Coronel...”, *op. cit.*

Una vez derrotados los apaches, y desde la perspectiva del conflicto interétnico, el nuevo reto para el sector que controlaba los destinos del estado de Chihuahua estaba en definir qué hacer con los tarahumaras; esa numerosa población que rondaba los 50.000 habitantes,<sup>481</sup> que vivía en condiciones primitivas, marginada de los avances del capitalismo y la civilización occidental. Habría que tomar en cuenta que durante el porfiriato fue aplicada la premisa de que para los “indios de guerra” la respuesta sería la violencia, mientras que para los “indios de paz” (entonces los tarahumaras estaban incluidos en esta categoría, a pesar de su pasado violento) la modalidad a seguir sería la de la “integración”, equivalente al despojo paulatino de su identidad.

La élite chihuahuense se enfrentaba a una paradoja importante. Por un lado, ser una de las entidades más pujantes y modernas de la república y, por otro, albergar en “su territorio” a una población considerada “primitiva y salvaje” a causa de su semidesnudez, su seminomadismo y por el hecho de que aún vivían en cuevas o cavernas. Flotaba en el ambiente una preocupación (quizá muy clasista) en relación con la manera de resolver dicha paradoja y fue ésta la que, en buena medida, impulsó a la élite a mostrar cierto grado de interés por el tema. En definitiva, se trata de un interés que se estaba gestando desde “arriba”, a partir del cual se fue delineando la idea de que este problema podía y debía ser considerado como un asunto de Estado. También, es muy probable que el actuar de la élite local estuviera influido por algunas de las ideas planteadas por Lumholtz y Gerste, quienes advirtieron que

---

<sup>481</sup> Enrique C. Creel indica en la Exposición de motivos de la Ley para el mejoramiento y cultura de la raza tarahumara que, hacia 1906, la población de tarahumaras de “raza pura” superaba los 53.000, “sin contar los que, mezclados con otras razas sobre todo con la blanca, apenas pueden considerarse como ramificaciones de los primitivos indígenas.” M. E. Montanaro, *¿Exclusión...*, *op. cit.*, p. 238.

estos indígenas tenían el potencial necesario para llegar a formar parte de la nación mexicana.

No obstante, los rarámuri fueron representados mediante fotografías de tipos humanos y al interior de un estudio fotográfico, lo que produjo que éstos fueran sacados casi completamente de su contexto natural y cultural. Los únicos signos de identidad que fueron mantenidos y respetados son: la vestimenta tradicional, el tipo de corte de cabello y el uso de arcos y flechas. Es una pena que no se conozca la autoría de la totalidad de los fotograbados, aunque sí se sabe el nombre del estudio que se ocupó de realizar estas fotografías. Se trata de la *Franklin Company*, de la cual hasta ahora no se tiene mayor información. Aun así, resulta particularmente interesante que una revista chihuahuense haya publicado una serie de fotografías de tarahumaras y que éstas llevaran la firma de una compañía fotográfica extranjera, procedente, específicamente, de la ciudad de Chicago, Estados Unidos<sup>482</sup>.

La publicación de esta serie de fotograbados en la *Revista de Chihuahua* se puede interpretar como una demostración del racismo y de los prejuicios de la época. Asimismo, deja ver un cierto desprecio hacia los fotógrafos chihuahuenses y hacia los estudios realizados previamente por Gerste y los que todavía Lumholtz estaba realizando en la Sierra de Chihuahua. Aunque también se debe advertir que, hacia 1896 y 1897, ni el informe de Gerste ni la obra monumental de Lumholtz habían sido publicados; no obstante, sus viajes sí llegaron a ser conocidos en los círculos intelectuales chihuahuenses, los cuales estaban

---

<sup>482</sup> Dato que nos recuerda la anécdota que Carl Lumholtz narra en *El México desconocido* y a la que se hace alusión en el capítulo anterior.

vinculados a la élite local de la época. Ante este panorama, se podría decir que la élite chihuahuense, a través de estas imágenes, dejó constancia tanto de la manera prejuicida como concebía a estos indígenas como de su desprecio hacia ellos. Además, queda en evidencia cierto grado de “cerrazón ideológica” frente al modo de concretar su interés por conocer más acerca del pueblo indígena más numeroso de la entidad, ya que pudieron apoyarse más en las fotografías que Gerste envió a la Exposición Histórico-Americana de Madrid, así como en la información contenida en el Catálogo de ésta, sin dejar de mencionar los avances de las investigaciones de Carl Lumholtz.

En términos generales, se puede decir que la vestimenta tradicional y el tipo de corte de cabello están presentes en todas las tomas, mientras que el uso de arcos y flechas solo no está presente la Imagen 53, la primera de la serie. Se trata de una fotografía tomada de cuerpo entero y de frente, en la que posan dos individuos sentados junto a una columna de estilo griego. Se aprecia el suelo cubierto de paja que pareciera referirse a la relación de éstos con el medio natural. Con claridad se perciben los cacles o huaraches que usa el indígena de la izquierda, el que más cohibido e intimidado se percibe; mientras que el otro posa con un rostro más afable y en su boca casi se dibuja una ligera sonrisa.

### Imagen 53



53. Fuente. Franklin Co. Chicago, “Indios farahumares [sic]. Chihuahua”, en *Revista de Chihuahua*, Chihuahua, núm. 9, tomo II, año 2, 1º octubre de 1896, Colección Hemeroteca Nacional, UNAM.

Éste es el primer fotograbado que apareció publicado, a manera de tarjeta de presentación para el público lector. Los sujetos simplemente posan estáticos frente a la cámara. Se trata de indios “salvajes pacificados”, el telón de fondo que simula una pared de ladrillos viene a reforzar tal condición en la medida en que los muestra fuera de su medio

natural. Los dos hombres se perciben inofensivos ante la lente del fotógrafo, como dispuestos a recibir de manera sumisa el trato tutelar y paternalista que un sector de la élite chihuahuense vislumbraba para ellos.

En cuanto a las imágenes restantes, muestran a una pareja de indígenas compuesta por un hombre mayor y otro joven; son sujetos distintos a los que aparecen en la Imagen 53. Esta segunda pareja estará en el resto de las tomas, en las cuales, tal y como ya se ha mencionado, no presentan elementos propios del hábitat original de la Sierra Tarahumara, lo que deja ver intenciones de desarraigar simbólicamente a estos sujetos de su territorio. Aunque también cabría suponer que dichas ausencias podrían ser interpretadas como reflejo de una actitud paternalista de pretender “rescatarlos”, para lo cual resultaba útil aislarlos de su medio, para así presentarlos como salvajes que acceden a la cultura, la presencia de la columna y de la banca podría ser un indicio de esto.

En cambio, aparecen a cuadro unos pocos elementos propios de la cultura rarámuri; por ejemplo, en las Imágenes 54 y 55, los indígenas simulan estar cazando con sus arcos y flechas. Ambas fotografías guardan similitudes entre sí. Los modelos y su indumentaria son los mismos, la disposición de los objetos, como los troncos, la paja que cubre el suelo y el telón de fondo, también se repiten. De igual manera, se reitera la postura dócil de los hombres, que el fotógrafo les pide. La diferencia entre una y otra imagen radica en que en la primera de ellas (Imagen 54) los tarahumaras posan con una rodilla al suelo, mientras que la otra está doblada, en cambio, en el segundo fotograbado (Imagen 55) los modelos posan de pie, cada uno apoyando una rodilla sobre un tronco. En ninguno de los dos se observan con claridad los rostros, pues la toma es de tres cuartos y los modelos simulan estar concentrados, fijando su mirada en una imaginaria presa. A pesar del uso que ambos tarahumaras hacen de

arcos y flechas, lo cual alude a la capacidad bélica de los rarámuri, o a su primitivismo la artificiosa puesta en escena despoja a estos sujetos de su potencial amenazante para la sociedad chihuahuense.

#### Imagen 54



54. Fuente. Franklin Co. Chicago, “Indios farahumares [sic] ma nejando [sic] el arco”, en *Revista de Chihuahua*, Chihuahua, núm. 10, tomo II, año 2, noviembre, 1896, Colección Hemeroteca Nacional, UNAM.

**Imagen 55**



55. Fuente. Franklin Co. Chicago. “Indios Farahumares [sic] cazando con el arco”. Portada, en *Revista de Chihuahua*, Chihuahua, núm. 10, tomo II, año 2, noviembre, 1896, Colección Hemeroteca Nacional, UNAM.

## Imagen 56



56. Fuente: Franklin Co. Chicago, “Indios farahumares [sic] después de una jornada], en *Revista de Chihuahua*, Chihuahua, núm. 11, tomo II, año 2, diciembre, 1896, Colección Hemeroteca Nacional, UNAM.

Este conjunto de fotografías tiene como común denominador presentar a los tarahumaras como salvajes, “menores de edad” y susceptibles de ser “salvados”, sin importar la edad real que pudieran tener los modelos. Es a ellos a quienes se debe proteger y guiar en

el camino civilizatorio. Este mismo prejuicio está presente en las Imágenes 57 y 58, en las cuales los dos rarámuri fotografiados posan sentados pasivamente frente a la cámara.

**Imagen 57**



57. Fuente: Franklin Co. Chicago, “Indios de la Farahumara [sic] en descanso”, *Revista de Chihuahua*, Chihuahua, núm. 12, tomo II, año 2, enero, 1897, Colección Hemeroteca Nacional, UNAM.

### Imagen 58



58. Fuente: Franklin Co. Chicago, “Indios de la Farahumara [sic]. Estado de Chihuahua”, en *Revista de Chihuahua*, Chihuahua, núm. 13, tomo II, año 2, enero, 1897, Colección Hemeroteca Nacional, UNAM.

La Imagen 57 pareciera haber sido tomada justo después de que los dos hombres hubieran “despertado” de su descanso, así como aparecen en la Imagen 56. Ahora, ambos posan sentados sobre el suelo con las piernas dobladas, en el mismo escenario y en los mismos lugares que la imagen anterior. Se trata de una toma que fue captada con los sujetos de lado, lo que hace un poco más difícil apreciar las expresiones de las caras de los modelos,

esto a diferencia del fotograbado Imagen-59, realizado a una distancia un poco menor, tal y como ocurre en la Imagen 53. Mientras que en la Imagen 58, se aprecian varios elementos nuevos: el telón de fondo en el que prevalece la representación del cielo, un tronco más alto y un sombrero colocado a los pies del hombre viejo que se encuentra sentado a la derecha. Este último accesorio podría ser interpretado como un guiño de parte de la cultura nacional hacia la cultura rarámuri, al tiempo que una demostración del desconocimiento de las costumbres y cultura de estos hombres rarámuri.

La escenificación empleada en este conjunto de fotografías está marcada por la teatralidad. La ambientación conjugó elementos propios de la cultura rarámuri con otros totalmente ajenos a ella. Con respecto a los primeros, podemos mencionar el uso de arcos y flechas de las Imágenes 53 y 58, y la vestimenta tradicional de los hombres tarahumaras: koyera (pañuelo ceñido a la frente), quemaca (cobija), zapeta (taparrabo) y guaraches. En relación con los segundos, las columnas y los paisajes pintados en los dos fondos empleados, los cuales evocan la relación con la naturaleza (Imagen 54 a la 57), aunque éstos no tengan nada que ver con el paisaje de la Sierra Tarahumara.

Da la impresión de que la composición de estas imágenes pretendiera enfatizar en la relación existente entre los rarámuri y el paisaje, como ya mencionamos, la paja dispersa de manera desigual en el suelo refuerza dicho vínculo, como si “los sujetos considerados primitivos tuviesen un lazo primigenio con la tierra, pero vista como lugar de origen, no como posesión material”.<sup>483</sup>

---

<sup>483</sup> D. Dorotinsky, *La vida...*, *op. cit.*, pp. 172-172 (nota 277).

Llaman la atención los dos “errores” aparecidos de manera recurrente en los pies de foto de estos seis fotograbados. En cuatro de ellos se lee: “Indios farahumares”, mientras que en los otros se indica: “Indios de la Farahumara”. La recurrencia del error bien podría relacionarse con un problema tipográfico, pues se detectaron varios a lo largo de la revisión de los distintos ejemplares de esta publicación. El hecho de que en la nota dirigida a los lectores se aluda correctamente a los “tarahumares” [manera como se pluralizó el sustantivo en otras páginas de la revista] y a la “Tarahumara” podría estar indicando que el equívoco obedece a que la impresión de las imágenes debió de haberse hecho en una imprenta distinta, más aún si se considera que se trata de imágenes fuera de texto. En caso de que se tratase de un descuido, tales errores ponen en evidencia también el profundo desconocimiento que prevalecía de estos indígenas, ello a pesar del supuesto interés que empezaba a emerger hacia esta población. Queda así planteada otra contradicción en medio de la cual se veía inmersa la élite chihuahuense. Poco importaba que estos indígenas fueran nombrados como tarahumares, tarahumaras o “farahumares”. Ninguna fe de erratas apareció para hacer la salvedad.

Estos fotograbados remiten a dos asuntos interesantes, entre muchos posibles. Por un lado, al hecho de que los rarámuri habían sido razón de ser del interés no sólo de viajeros, hombres de ciencia y sacerdotes, sino también el de un segmento de la élite chihuahuense, contagiada en alguna medida por la curiosidad hacia “lo diferente” y “lo exótico” propia de la época, así como por la huella que habían dejado a su paso Frederick Schwatka, Aquiles Gesrte, y que seguía imprimiendo Lumholtz, quien aún no concluía sus investigaciones en la región serrana. Por otro, remiten a la respuesta que a este tema se estaba tratando de

vislumbrar desde “arriba”, es decir, a partir de las propias prioridades del grupo en el poder, deseoso, claro está, de ampliar su control sobre la tierra y sobre la población indígena serrana.

El periodo de entre siglos fue el momento de un “redescubrimiento” de los tarahumaras tras la pacificación de los apaches. Así, en un contexto de “paz” y prosperidad, las condiciones materiales estaban dadas para abrir paso a las inquietudes científicas y sociales con respecto a la por entonces desconocida situación de la población tarahumara. Esta tendencia surge en medio de lo que Juan Luis Sariago ha dado en llamar la “fascinación primitivista” y “la ficción reformadora”, que se encuentran presentes en la Ley Creel decretada casi una década después.

En esta serie de fotograbados, se pone de manifiesto la profunda incompreensión que prevalecía en la sociedad chihuahuense acerca de la cultura rarámuri. El hecho de que, por ejemplo, los tarahumaras hayan sido presentados en parejas de hombres y no en grupos, como lo hicieran Gerste y, especialmente, Lumholtz, los representa como frágiles y fácilmente controlables. Aún más, que no aparezcan mujeres o niños *rarámuri* en las tomas podría interpretarse como la negación del futuro como grupo cultural diferenciado. Se refuerza así su supuesto “salvajismo”, dado que si hubieran aparecido mujeres con sus hijos, se estaría haciendo referencia al concepto de “familia” tradicional y a las posibilidades de reproducción. En la medida en que son mostrados como hombres controlables, al punto de ser llevados (¿cómo habrán sido trasladados al estudio? ¿Habrán sido obligados o engañados?, ¿habrán recibido algo a cambio?) a un foto estudio, donde debieron ser persuadidos para que asumieran las poses determinadas por un anónimo fotógrafo, se percibe el mensaje de que eran susceptibles de ser aculturados e integrados a la sociedad. Claro está,

siempre y cuando abandonaran sus raíces, su modo de vida, su cultura, premisa fundamental que quedó plasmada en el espíritu de la Ley Creel de 1906.

En suma, esta serie de fotograbados publicados en la *Revista de Chihuahua* dan cuenta de una mirada profundamente racista y estereotipada de los tarahumaras. Para la élite chihuahuense, motivada por el deseo de control, era preferible mostrar a estos indígenas con sus escasas y sencillas indumentarias, al interior de un estudio fotográfico y rodeados de artificios, pues era una manera de representarlos como “presas fáciles e inofensivas” y respondiendo a los deseos expresos de algún fotógrafo del estudio *Franklin Co.* Quizá, de este modo, el acercamiento a lo “primitivo” resultaría menos amenazante, dada la distancia entre ellos y la bonanza del porfiriato en Chihuahua. Se podría decir, además, que el conjunto de estampas tuvo por objeto despertar la inquietud del público lector. Aunque no se descarta una intención folclorizante.<sup>484</sup>

---

<sup>484</sup> Agradezco a la historiadora Alejandra Boza Villarreal esta observación.

¿Verdad que estás sintiendo amor con nosotros por esos héroes?  
Es la alborada, es la Patria que despierta en tus entrañas.

Gracia que seas millar para Chihuahua, que en ti medita, y  
paso á paso á tí llega; y que si ahora la escuelita de pueblo te abre su  
pobre puerta, verás cómo mañana la puerta y la escuela serán  
soberbias. Hay buena voluntad y en tí se piensa.

Luis Vargas Piñera  
“Invocación a la raza tarahumara”, *Revista Chihuahuense*

## CAPÍTULO 6. LOS RARÁMURI, PREOCUPACIÓN VIGENTE EN LOS ALBORES DEL SIGLO XX

En el inicio del nuevo siglo, la élite chihuahuense mantuvo el interés por avanzar en el proceso de integración de la población indígena tarahumara, la más numerosa de la entidad (quedaban así excluidos los tepehuanos, pimas y guarijíos). Para lograrlo, consideró la posibilidad de encauzar, desde una óptica secular y del pensamiento liberal, un proyecto civilizatorio que perseguía la vinculación de los rarámuri a la economía de mercado, haciendo desaparecer sus valores tradicionales -en tanto eran considerados un serio obstáculo para el progreso- y capacitándolos para que llegaran a formar parte del desarrollo nacional.<sup>485</sup> Carlos González y Ricardo León advierten que “los poderes públicos locales no mostraron mayor preocupación por los tarahumaras, hasta que se hizo impostergable su redención y asimilación ante la llegada de empresas capitalistas dedicadas a la extracción de los recursos naturales”.<sup>486</sup> Para acometer tal propósito, la educación fue la vía vislumbrada,

---

<sup>485</sup> Carlos González H. y Ricardo León G., *Civilizar o exterminar. Tarahumaras y apaches en Chihuahua, siglo XIX, México*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Instituto Nacional Indigenista, 2000, p. 112.

<sup>486</sup> *Idem.*

específicamente a través de la promoción de la enseñanza del castellano (hablado y escrito). Así, por ejemplo, durante la administración del gobernador Miguel Ahumada (1892-1903), se impulsó una iniciativa que pretendía notificar

a los jefes políticos de la región serrana [para que enviaran] con carácter obligatorio a dos jóvenes indios de cada pueblo a la escuela que les quedara más cercana, a fin de que aprendieran castellano y regresaran a su rancharía a enseñarlo a vecinos y familiares, los gastos correrían por cuenta de los ayuntamientos respectivos.<sup>487</sup>

Redactar una legislación que promoviera la asimilación de los tarahumaras fue otra de las vías que se encauzó para convertir las tierras “ociosas” en manos de indígenas -y poseedoras de enormes riquezas forestales y mineras- en tierras productivas. De esta forma, y en plena coyuntura de bonanza económica, fue promulgada la *Ley para el mejoramiento y cultura de la raza tarahumara*, también conocida como Ley Creel (1906). Juan Luis Sariego señala que ésta estuvo influenciada por dos corrientes antagónicas de pensamiento: por un lado, un componente liberal y, por otro, un componente proteccionista y tutelar.<sup>488</sup> Este último fue el que más peso tuvo en dicho código legal, tal y como lo demuestra la promoción que en ella se hace de obras filantrópicas,<sup>489</sup> e incluso de la adopción de niños y niñas tarahumaras por parte de “familias de gente blanca”.<sup>490</sup>

---

<sup>487</sup> *El Universal*, 18 de enero de 1894, citado en C. González H. y R. León G., *Civilizar...*, *Idem*.

<sup>488</sup> Juan Luis Sariego, “Prólogo”, María Esther Montanaro, *¿Exclusión o integración? La promulgación de la Ley Creel en la Sierra Tarahumara*, México, El Colegio de Chihuahua, 2010, p. 19.

<sup>489</sup> El punto VII del artículo 4º dice a la letra: “Excitar la filantropía de la sociedad para ropas y objetos del agrado de los indios y despertar en éstos, sentimientos de cariño y de gratitud hacia la raza blanca”. *Ley para el mejoramiento...*, *Ibidem.*, p. 255.

<sup>490</sup> En el punto siguiente, el VIII, de ese mismo artículo 4º, se hace alusión a la conveniencia de propiciar el desarraigo de las niñas y de los niños tarahumaras de sus familias: “Conseguir por la persuasión que los indios se desprendan espontáneamente de sus hijos varones o hembras, para enviarlos a las escuelas de la capital del Estado y de las cabeceras de Distrito, procurando que algunas familias de gente blanca reciban a los niños tarahumaras y los tengan a su lado, ya por filantropía, ya mediante pago, pero siempre tratándolos con bondad, enseñándoles costumbres suaves e instruyéndolos en los principios morales que contribuyan a mejorar su condición”. *Idem*.

## La Ley Creel: corolario de los esfuerzos asimilacionistas

La *Ley para el mejoramiento y cultura de la raza tarahumara* fue aprobada por el Congreso de Chihuahua el 3 de noviembre de 1906, durante la primera gubernatura de Enrique C. Creel (en sustitución de su suegro Luis Terrazas). Creel formó parte del grupo de los “científicos” e intelectuales positivistas y mantuvo una relación cercana con el presidente Porfirio Díaz. El grueso del trabajo de redacción de este documento legal estuvo a cargo del escritor y diplomático Victoriano Salado Álvarez, también cercano a los científicos, quien por entonces fungía como secretario de gobierno de la entidad. Desde ese cargo, justamente, estableció comunicación epistolar con el jesuita belga Aquiles Gerste con el propósito de reunir datos que ayudaran a sustentar la ley en cuestión.

La Ley Creel consta de 16 artículos y dos transitorios, y estuvo acompañada de su correspondiente *Exposición de motivos*. La lectura de estos documentos deja ver su fuerte contenido proteccionista. Lo anterior queda en evidencia en tres momentos específicos: cuando se establecen las funciones de la Junta Central Protectora de Indígenas, en los artículos del 1º al 7º, al establecer la prohibición para que los terrenos nacionales que les serían entregados pudieran ser vendidos (artículos del 8º al 10º) y al referirse a la creación de “colonias tarahumaras” (del 11º al 14º),<sup>491</sup> las cuales respondían al “modelo de reservación

---

<sup>491</sup> Los artículos 12º y 13º se refieren al tiempo de educación que se tenía previsto impartir en las escuelas para tarahumaras. “Artículo 12. La enseñanza de las escuelas de tarahumaras deberá tener los siguientes caracteres: I. Dividir los indígenas en pequeños (de 6 a 10 años) y medianos (de 10 a 14 años). II. Crear grupos resultantes de los indígenas que hayan estudiado un año y obtenido en él provecho perceptible. Artículo 13. La enseñanza deberá comprender lo siguiente: a) Escritura-lectura. b) Cálculos de las cuatro operaciones con los veinte primeros números (para los indígenas de 6 a 10 años) y los mismos con los cincuenta primeros (para los de 10 a 14 años). Los problemas deberán ser siempre prácticos. c) Geometría, nociones rudimentarias. d) Cuentos históricos con aplicación al civismo. e) Trabajo manual y agrícola [...]”. *Ibidem.*, p. 259.

indígena anglosajona, sobre el que el propio gobernador Creel confiesa una abierta confianza y admiración”.<sup>492</sup> Los últimos dos artículos (15° y 16°) se refieren a la facultad que tenía la Junta Central para expedir su propio reglamento y nombrar a sus empleados, y a la autorización que tenía el gobierno de Chihuahua para “reglamentar, aclarar y adicionar a la presente ley”.<sup>493</sup>

Uno de los rasgos distintivos de esta novedosa legislación fue el de abordar la situación de los rarámuri desde una perspectiva secular y entendiéndola, a la vez, como un problema agrario y de Estado. Hasta el día de hoy, no ha sido localizada ley similar y contemporánea que pueda ser comparada con la Ley Creel.<sup>494</sup> Lo anterior se explica, en buena medida, por el grado de autonomía adquirido históricamente por el estado de Chihuahua como producto de su lejanía con respecto a la capital y centro político del país. De acuerdo con Sariego, esta ley “venía a romper decididamente con la estrategia, tan socorrida durante el porfiriato, de pretender resolver los problemas indígenas por la vía de la persecución, la guerra o simplemente el olvido”.<sup>495</sup> Dicho instrumento legal representa un paso notable dentro de la serie de esfuerzos desplegados por la élite local con el propósito de “conocer”

---

<sup>492</sup> J. L. Sariego, “Prólogo”, *Ibidem.*, p. 20.

<sup>493</sup> M. E. Montanaro, *¿Exclusión...?*, *op. cit.*, pp. 253-261.

<sup>494</sup> Hasta el día de hoy, no ha sido encontrada ninguna ley similar y contemporánea a ésta, ni en México ni en ningún otro país latinoamericano. Laura Suárez y López Cano menciona que a inicios del siglo XX, en México, no se impulsaban políticas de corte indigenista “en lo jurídico o forma” y sólo “algunos esfuerzos aislados en el aspecto educativo de tipo regional el establecimiento de escuelas indígena en la Sierra de Chihuahua”. La autora se refiere, a manera de antecedente, a la *Ley de Educación del Estado de México* (1845), la cual fue redactada por Ignacio Ramírez con el propósito de becar a estudiantes tanto en la Escuela Normal como en la de Artes y Oficios de Toluca. También alude a la ley de 1909 del estado de Chiapas, que planteaba “escuelas especiales para indios”. Laura Luz Suárez y López Guazo, *Eugenésia y racismo en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, p. 170, nota 16.

<sup>495</sup> *Ibidem.*, p. 13.

para “controlar” a los tarahumaras.<sup>496</sup> Esfuerzos que estuvieron vinculados a intereses propios del colonialismo, pero también del colonialismo interno.

Parte de lo novedoso e interesante del contenido de la Ley Creel radica también en la influencia que tuvo de las investigaciones realizadas, años atrás, por Carl Lumholtz y por Aquiles Gerste. De modo que, los estudios y opiniones de ambos viajeros fueron tomados en cuenta para la conceptualización de ésta. Con ello se pretendía,

reforzar el carácter científico de la ley. Incluso, es factible suponer que las conclusiones a las que llegaron tanto Lumholtz como Gerste acerca del potencial que le atribuyeron a este pueblo ancestral hubiera llegado a estimular el interés de la élite local por ocuparse de la “integración” de los 53.000 tarahumaras de “raza pura” por entonces contabilizados.<sup>497</sup>

Todo parece indicar que tanto las opiniones del noruego como las del belga alimentaron el optimismo del grupo de intelectuales que participaron en el diseño de esta ley. De ello dejó constancia el propio gobernador Creel en la *Exposición de motivos* que acompañó a dicho documento legal:

Bien sabido es, y así lo atestiguan unánimemente todos los cronistas e historiadores que han tratado de la idiosincrasia de la gente indígena [quienes sostienen], que no solamente ésta es capaz de compararse con la europea, sino que en muchos casos se ha hallado en ella más facilidad en la concepción, más agudeza en el ingenio, más prontitud en el discurso que solía encontrarse en los mismos españoles.<sup>498</sup>

Un poco más adelante, Creel comenta lo siguiente sobre Lumholtz:

Y que no se diga que tales cualidades eran propias y exclusivas de los indios mexicanos, o que los misioneros se las atribuían a sus administrados por el

---

<sup>496</sup> María Esther Montanaro Mena, “Miradas sobre la otredad en el norte de México: los tarahumaras en imágenes (1899-1906)”, en Patricia Alvarenga Venutolo, Mauricio Menjivar Ochoa y María Esther Montanaro Mena, *Miradas tramposas. Visiones antropológicas de viajeros por Centroamérica y México, siglos XIX y XX*, San José, Costa Rica, Editorial de la Universidad de Costa Rica, en prensa.

<sup>497</sup> M. E. Montanaro Mena, “Miradas sobre la otredad...”, *op. cit.*

<sup>498</sup> M. E. Montanaro, *¿Exclusión...?*, *op. cit.*, p. 247.

inmenso cariño que hacia ellos abrigaban; en parecidos términos se expresa un etnólogo y viajero que conoce a fondo a los indios tarahumaras y ha morado cerca de ellos en varios años. Carl Lumholtz no sólo no mira a los habitantes de la Sierra Madre como antropoides incapaces de cultura y adelanto, sino que les concede cualidades y condiciones que demuestran en ellos si no una excepcional aptitud para la vida, sí una inteligencia capaz de ponerse a nivel de las de los individuos de otras razas que han llegado a civilizarse.<sup>499</sup>

El gobernador chihuahuense, en cambio, se refirió con más detalle a las impresiones que Aquiles Gerste tenía sobre los tarahumaras en la *Exposición de motivos*. Así, de la carta que el jesuita belga contestara, en agosto de 1906 desde Roma, Italia, al secretario de gobierno chihuahuense, Victoriano Salado Álvarez, fueron citados en dicho documento ocho extractos por el propio Enrique C. Creel. A manera de ejemplo, se transcribe uno de ellos:

Primeramente, los tarahumaras son de carácter bueno, dócil, pacífico y leal, naturalmente afables y dulces. Sobre todo, cuando se les ha ganado el corazón se rinden por completo y se sujetan de buena gana. Hasta a los gentiles, que de suyo son fieros, ásperos en el trato, ariscos, a poco de hablarles con sincera bondad y dulzura, los hallamos sumisos y no difíciles de amansar [...]. Omitiendo otras cualidades y defectos, en suma debo decir con usted que “esas tribus son muy dignas de gozar de los beneficios de la cultura actual” y son capaces de ello. Yo quiero mucho a los tarahumaras; pero no creo que el afecto me ciegue a afirmar que son hombres de buenas prendas, y que, puestos en condiciones favorables, amaestrados con paciencia y tesón, no sólo darían mucho de sí sino que podrían nivelarse a las partes más privilegiadas de la gran familia mexicana.<sup>500</sup>

La recuperación que hace Enrique C. Creel de las posturas de Lumholtz y de Gerste en la citada *Exposición de motivos* refleja la apropiación, con fines de colonialismo interno, que hace un sector de la élite intelectual del conocimiento “científico” generado por ambos expedicionarios. Así, las narrativas producidas por estos viajeros fueron consideradas como referentes dignos de ser tomados en cuenta al momento de preparar esta ley que constituía

---

<sup>499</sup> *Idem.*

<sup>500</sup> *Ibidem.*, pp. 247-248.

una pieza clave para el despliegue de una política pública por entonces inédita. Tienen razón Alvarenga y Menjívar al señalar que a este tipo de narrativas

nuestros intelectuales les atribuyeron un elevado valor simbólico, convirtiéndolas en referentes indispensables para sus propias reflexiones sobre las subjetividades culturales que nos pueblan, en “fuentes de verdad... [que permiten] incluir a América en el *continuum* de la razón europea” [...]. La exploración de esta textualidad permite profundizar en el conocimiento de los procesos discursivos orientados tanto a la invención de las subjetividades políticas como a la creación mediante discursos científicos y literarios del otro interno.<sup>501</sup>

Sobre la Ley Creel, queda por mencionar su carácter novedoso y el haber sido un importante antecedente de las políticas indigenistas del periodo posrevolucionario. De igual manera, se debe señalar que fue objeto de comentarios en la prensa local y nacional.<sup>502</sup> En la práctica, este “código indigenista” no tuvo mayores alcances.<sup>503</sup> En primera instancia, porque el gobierno de Porfirio Díaz retiró el entusiasta apoyo brindado en un inicio y, en segundo lugar, a causa de la irrupción de la Revolución mexicana en 1910.<sup>504</sup> Aun así, constituye una evidencia más de que a la par del racismo, la incomprensión y el desprecio manifestado de múltiples maneras por la élite liberal chihuahuense hacia la población tarahumara, aquélla se sintió en la obligación de desplegar esfuerzos concretos y novedosos en procura de lograr que este pueblo originario dejara de ser “un freno a la modernidad económica”<sup>505</sup> que estaba experimentando la entidad.

---

<sup>501</sup> *Ibidem.*, pp. 21-22.

<sup>502</sup> *Ibidem.*, p. 180.

<sup>503</sup> Al respecto, Sariago señala que para “bien o para mal la propuesta de Creel nunca llegó realmente a ser aplicada. De ella sólo se derivó la implantación de una colonia agrícola en la ciudad serrana de Creel, a la orilla del ferrocarril y lejos del medio agreste tarahumara. Dicha colonia estaba integrada en 1907 sólo por 30 familias tarahumaras y 21 mestizas con un total de 10 hectáreas de terreno agrícola”. Juan Luis Sariago, *El indigenismo en la Tarahumara. Identidad, comunidad, relaciones interétnicas y desarrollo en la Sierra de Chihuahua*, México, Instituto Nacional Indigenista-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2002, p. 89.

<sup>504</sup> Más información acerca de las dificultades que impidieron la puesta en marcha de esta legislación se puede encontrar en M. E. Montanaro, *¿Exclusión...?*, *op. cit.*, pp. 198-202.

<sup>505</sup> C. González y R. García, *Civilizar...*, *op. cit.*, p. 112.

Apenas unos cuantos años después de la aprobación de Ley Creel por parte del Congreso local, a nivel nacional empezó a quedar en evidencia el desgaste y deterioro que experimentaba el régimen porfiriano como resultado de las paradojas acumuladas durante tres décadas. No obstante, era difícil prever los sucesos que se desencadenarían tras la ostentosa conmemoración del centenario de la Independencia. Si bien es cierto que durante el porfiriato México había alcanzado la anhelada paz y la estabilidad económica y política, tan ausentes en el país desde su independencia, existía la otra cara de la moneda. Se trataba del lado oscuro del régimen, caracterizado por su faceta opresiva y profundamente elitista, así como por la acentuada desigualdad social agravada por viejos y nuevos problemas agrarios, la explotación de la población indígena, de campesinos y de obreros, la evidente concentración del poder y la falta de democracia; todos estos factores deterioraron la estabilidad del régimen.

La población tarahumara había quedado al margen de los beneficios de esa coyuntura de crecimiento económico generado por el auge porfiriano en Chihuahua. Una de las principales fuentes de presión que debió enfrentar fue el acelerado proceso de despojo de tierras. Así por ejemplo, en 1905, fue aprobada una ley que facultaba a los ayuntamientos a vender los terrenos municipales. Ello provocó que las mejores tierras fueran adquiridas por quienes tenían más recursos y que la inconformidad de los tarahumaras a inicios del XX aumentara;<sup>506</sup> sin dejar de mencionar que la traza y construcción de las vías férreas, que

---

<sup>506</sup> En relación con la presión sobre la tierra a razón de las inversiones y sobre la inconformidad manifestada por los tarahumaras, el fragmento de la Exposición de motivos de la Ley Creel que a continuación se transcribe resulta revelador: “Desde hace muchos años ya se quejaban los tarahumaras de las incursiones que entre ellos hacían algunos blancos codiciosos; pero semejante situación ha adquirido un carácter de palpitante actualidad en los momentos presentes, en que el auge de los negocios, el mejoramiento económico y la prosperidad industrial, felizmente alcanzados por nuestra patria, y sobre todo el alza que súbitamente han adquirido las tierras en aquellas partes de nuestro Estado por la demanda que tienen ya para el cultivo, ya para la explotación de montes y bosques, ya para el establecimiento de haciendas metalúrgicas o de industrias diversas, hacen que

franqueaban territorios indígenas, habían acentuado las relaciones de explotación.<sup>507</sup> Se conjugaban así, por un lado, el añejo problema de la tierra, y, por el otro, la prevalencia de relaciones autoritarias y excluyentes.

Los nocivos efectos generados por la crisis económica de 1907 en los Estados Unidos tampoco disuadieron a la élite local para dejar de lado su anhelo por conseguir la integración de los rarámuri a la sociedad chihuahuense y nacional. Dicha crisis repercutió de manera notable en el norte de México, región que, por entonces, estaba “cada vez más integrad[a] a los vaivenes de la economía de aquel país”.<sup>508</sup> Además, los efectos de la crisis tendieron a agravarse durante los dos años siguientes (1908-1909). Y, específicamente, para el caso de Chihuahua, se debe advertir que esta coyuntura marcó el inicio de la pérdida del poder de la oligarquía terracista.

Más allá de las repercusiones de la crisis económica y de la indignación generada por algunos sonados casos de corrupción que involucraron a personajes de la élite -tal y como ocurrió con el robo del Banco Minero en 1908-, dicho grupo mantenía el control de la política y de la economía local. Así pues, el proyecto de modernización impulsado durante la gestión del gobernador Miguel Ahumada se profundizó tras la llegada al poder de Luis Terrazas, en

---

los propietarios, que antiguamente abandonaban sus terrenos tomen posesión de ellos sin demora; que el Gobierno de la Unión realice a gran prisa y con sumo aprecio los predios baldíos y nacionales que en la Sierra se encuentran y que los especuladores redoblen sus artimañas para conseguir que los indios les vendan a vil precio lo que ha sido siempre su habitación y constituido el centro de su vida [...]. El mal se recrudeció después de la Independencia, y ahora, por la entrada de los ferrocarriles en la Sierra, se encuentra en tal estado de gravedad, que casi no pasan día, mes ni semana, sin que ocurran a este Gobierno, diputaciones de indios quejándose de despojos de pequeñas y ya desmembradas propiedades”. Exposición de motivos, en M. E. Montanaro, *¿Exclusión...?*, op. cit., pp. 239-240.

<sup>507</sup> C. González y R. García, *Civilizar...*, op. cit., p. 114.

<sup>508</sup> “Muchas de las exportaciones ganaderas y mineras tenían como destino los Estados Unidos. La contracción de la demanda de productos y la baja de precios obligó a cerrar las industrias, a disminuir salarios y a despedir trabajadores, como ocurrió con algunas empresas mineras y forestales. Los bancos dejaron de prestar dinero. Cientos de mexicanos tuvieron que regresar de los Estados Unidos ante el cierre de empresas allende el Bravo”. Luis Aboites, *Breve historia de Chihuahua*, México, El Colegio de México-Fideicomiso Historia de las América-Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 142.

1903, y de su yerno Enrique C. Creel, quien lo sustituyó a partir del siguiente año y hasta 1907. Se estimaba que con la elección de Enrique C. Creel como gobernador constitucional, para el periodo comprendido entre 1907 y 1911, quedaría asegurada la continuidad de ese ambicioso proyecto modernizador,<sup>509</sup> el cual llegó a ser difundido en las páginas de la *Revista Chihuahuense*.

### **La Revista Chihuahuense, 1909-1911**

La *Revista Chihuahuense. Ciencias, Letras e información general* fue una publicación ilustrada reconocida, circuló quincenalmente y se distribuyó tanto a nivel local como nacional.<sup>510</sup> Fue similar a su predecesora, la *Revista de Chihuahua* (1895-1897), tanto por su cercanía con el nombre, como también por sus contenidos, el público al que estaba dirigida (sectores medios y altos de la sociedad chihuahuense) y por haber sido una publicación de corta vida, de tan solo tres años.

En las páginas de la *Revista Chihuahuense*, hubo espacio para el debate de ideas filosóficas, sociales y educativas. De igual forma, hubo cabida para la discusión de temas de gran vigencia, como la preparación y emancipación de la mujer, y la incorporación de los indígenas a la vida nacional.<sup>511</sup> Asimismo, desde este proyecto editorial se abordaron temas

---

<sup>509</sup> Enrique C. Creel fue nombrado, a inicios de 1910, secretario de Relaciones Exteriores, debiendo abandonar el cargo. Fue sustituido interinamente por Alberto Terrazas, quien a causa de las turbulentas circunstancias y el descontento social debió renunciar al cargo en enero de 1911, nombrando al coronel Miguel Ahumada para que se ocupara del Poder Ejecutivo. El coronel Ahumada fue elegido gobernador de Jalisco en 1903 y su regreso a Chihuahua fue interpretado como un intento desesperado por querer controlar la situación política y social de la entidad, cada vez más convulsa.

<sup>510</sup> Al igual que en el caso de la *Revista de Chihuahua*, se desconoce el dato relacionado con el tiraje, así como el costo de cada número.

<sup>511</sup> Ysla Campbell y María Rivera (comps.), "Introducción", en *Textos para la historia de la literatura chihuahuense*, vol. 5, Chihuahua, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2002, pp. 25-26.

vinculados a la ciencia, literatura, historia, pedagogía, geografía y estadística, e incluso, en su momento, al movimiento revolucionario en Chihuahua.

En cuanto al financiamiento de esta publicación, todo parece indicar que hubiera sido el resultado de la combinación de ingresos percibidos vía pago de suscripciones con el proveniente de servicios publicitarios (muy presentes en esta publicación). Es probable que los autores de los artículos hicieran sus colaboraciones *ad honorem*, pues sus contribuciones eran parte, precisamente, de “su misión ciudadana”. Se trataba de profesionistas liberales (médicos, abogados, ingenieros, mineros), para quienes “escribir gratuitamente era parte de su compromiso”.<sup>512</sup> La posibilidad de que el gobierno del estado haya contribuido con el financiamiento es algo que no se ha podido probar.<sup>513</sup>

Esta publicación fue dirigida y editada por el destacado historiador y periodista chihuahuense José María Ponce de León (1878-1924), nacido, por cierto, en la localidad de Uruachi, en la Sierra Tarahumara.<sup>514</sup> Ponce de León fue un intelectual<sup>515</sup> cercano al

---

<sup>512</sup> *Idem*.

<sup>513</sup> Consultado al respecto, Carlos González Herrera sostiene que producto de las revisiones que ha hecho de las cuentas de los gastos del gobierno, no ha encontrado información en este sentido. Comunicación vía correo electrónico, 2 de julio de 2017.

<sup>514</sup> José María Ponce de León se distinguió por sus amplios conocimientos acerca de la historia, geografía y estadística de su estado natal. Cursó estudios en el Instituto Científico y Literario. Posteriormente, se dedicó al periodismo, fue así que su pluma estuvo presente en los periódicos *Idea Libre*, *El Norte* y *El Correo de Chihuahua*. También colaboró en revistas nacionales y extranjeras. Fue miembro -entre otras- de la Sociedad de Geografía y Estadística y autor de: *Chihuahua y sus distritos. Datos geográficos y estadísticos del Estado de Chihuahua*, del *Resumen de la historia política de Chihuahua desde la época colonial hasta 1921* y de *Reseñas históricas del estado de Chihuahua*. Trabajó en el ámbito magisterial y en 1905 se desempeñó, durante el primer gobierno de Enrique C. Creel, como oficial mayor de la Secretaría General de Gobierno, puesto que ocupó hasta 1912, regresando a dicho cargo entre 1913 y 1919. Francisco Almada, *Diccionario de historia, geografía y biografía chihuahuense*, Chihuahua, Talleres Gráficos del Gobierno de Chihuahua, pp. 554-555. Cabe mencionar que el mineral de Uruachic pertenece al distrito de Rayón, lugar donde precisamente se propuso -según consta en la Ley Creel- establecer una dependencia de la Junta Central Protectora de Indígenas, dada la concentración de población *rarámuri* en el lugar. Esta referencia llama la atención toda vez que el historiador chihuahuense participó muy de cerca en los estudios realizados antes de la redacción de dicha legislación. Ponce de León fue colaborador de Victoriano Salado Álvarez, secretario del primer gobierno de Enrique C. Creel. El mismo Salado Álvarez menciona en sus memorias el insustituible auxiliar que fue Ponce de León en todo lo relativo a la elaboración de la Ley Creel. M. E. Montanaro, *¿Exclusión...*, *op. cit.*, p. 182.

<sup>515</sup> También es de su autoría el *Pequeño vocabulario español-tarahumar* (en el que participaron indígenas de Sisoguichi, localidad de mayoría *rarámuri*), del cual publicó, a finales de febrero de 1910, un avance en la *Revista Chihuahuense*.<sup>515</sup> Tal esfuerzo se venía a sumar a otras gramáticas tarahumaras ya existentes, una era

terracismo, participó de manera activa, junto a Victoriano Salado Álvarez, en la elaboración de la Ley Creel.<sup>516</sup> En colaboración con el profesor Manuel Aguilar Sáenz y el poeta Manuel Rocha y Chabre, elaboró el *Álbum del Centenario*.<sup>517</sup>

La *Revista Chihuahuense* tuvo un impacto significativo en la sociedad de la época. En los tres tomos que conforman esta publicación, aparecieron 18 artículos en los que se planteaban y discutían asuntos relacionados tanto con el desarrollo de proyectos educativos dirigidos a la población tarahumara como con la situación en la que ésta se encontraba. La autoría de 15 de esos textos (Anexo 1) corresponde al normalista Luis Vargas Piñera (1881-1954),<sup>518</sup> quien mantuvo estrechos lazos amicales con su director, José María Ponce de León.

---

la del misionero jesuita Tomás de Guadalajara (1683), la de Steffel (1799) del P. Fr. Miguel Tellechea (1826) y la del padre Leonardo Gassó (1903). Cfr. Abel Rodríguez López, Gramática tarahumara, Ciudad Juárez, Chihuahua, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2010, p. 35. Llama la atención que, en la parte final del modesto vocabulario de Ponce de León, se haya anunciado la apertura de un concurso para la elaboración de un libro de texto dirigido a escuelas oficiales indígenas. De igual modo, se advertía que estaban en estudio algunos proyectos “encaminados á civilizar á los desvalidos aborígenes de la Sierra Chihuahuense, siendo por esos motivos de actualidad la publicación del vocabulario que á continuación insertamos”.

<sup>516</sup> Incluso Ponce León se ocupó de hacer referencia a esta legislación: “Los tarahumares que hoy forman la gran masa de los indígenas están siendo atraídos a la civilización por medio de escuelas, que entre ellos se fundan, y la actual administración encabezada por el señor Gobernador Don Enrique C. Creel está planteando un grande y hermoso programa de mejoramiento y cultura de la desventurada raza que antes era dueña de la mitad por lo menos del territorio chihuahuense”. José María Ponce de León, *Chihuahua y sus distritos. Datos geográficos del Estado de Chihuahua*, Chihuahua, Imprenta Simón Alarcón, 1909, p. 23, citado en M. Montanaro, *Ibidem.*, p. 184.

<sup>517</sup> José María Ponce de León, Manuel Aguilar Sáenz y Manuel Rocha y Chabre (eds.), *Álbum del centenario. Chihuahua en 1910*, Chihuahua, México, Imprenta del Gobierno, 1910.

<sup>518</sup> Luis Vargas Piñera (en algunos documentos, el segundo apellido aparece escrito como Piñeira) fungió como profesor en varios centros escolares de la capital chihuahuense, fue encargado de la Sección de Instrucción Pública de la Secretaría de Gobierno y participó en la elaboración de proyectos de alfabetización para los indígenas de Chihuahua. C. González, *Civilizar...*, *op. cit.*, 129. Se desempeñó también en el Departamento de Misiones de la Secretaría de Educación Pública, e incluso fue nombrado por el gobernador de Sonora, José María Maytorena, como líder de un consejo que fue creado por el propio Maytorena para coordinar el programa de educación primaria, considerando que, hacia 1910, sólo el 34 % de la población sabía leer y escribir. Laura Alarcón Menchaca, *José María Maytorena. Una biografía política*, tesis para obtener el grado de doctora en Historia, Universidad Iberoamericana, 2004, p. 123 y nota 65. Vargas Piñera escribió en 1930 el libro de texto intitolado *Chihuahua. Geografía escolar*, Sociedad de edición y librería Franco-Americana, S.A. (Antigua librería de Ch. Bouret y el Libro francés unidos). Justamente, dedicó esta publicación a José María Ponce de León, a quien califica como “el más eminente geógrafo, historiador y estadístico de Chihuahua, quien revisó, y corrigió de su puño y letra, el original de la presente Geografía, meses antes del 20 de marzo de 1924, en que dejó de existir”.

La trayectoria pedagógica de este joven maestro bien merecería un estudio pormenorizado. Sus artículos son de buena calidad y permiten conocer parte de los dilemas raciales, pedagógicos, morales, económicos, e incluso políticos, a los que la élite chihuahuense se enfrentaba al momento de plantear resolver el desafío de la asimilación de la población tarámuri. De manera que la pluma de Vargas Piñera dejó al descubierto parte de los prejuicios e ideas racistas, por entonces vigentes, con respecto a la población indígena, en general y hacia la tarahumara, en particular; e incluso, hizo referencia, en mayo de 1909, a la Ley Creel:

En manera alguna podríamos dejar aquí las consideraciones sobre el indio medio-estable ó jornalero, porque precisamente él es la base de la colonización que sienta como idea fundamental de regeneración indígena, la “Exposición de motivos que presentó el Ejecutivo del Estado sobre civilización y mejoramiento de la raza tarahumara, y Ley expedida acerca del asunto por la H. Legislatura”, en 20 de octubre y 3 de Noviembre de 1906, respectivamente. En efecto, esos indios jornaleros y particularmente el peón de campo y el pastor, son los más á propósito para formar una colonia agrícola, pues que aparte de la natural tendencia de los indios a poseer un pedazo de tierra en el que sentar sus reales de señores de grano, bestias y aperos de labranza, -han también el acicate de ese anhelo, encajado hondamente en su alma por experiencia cruel en el servicio á amos no pocas veces negreros.<sup>519</sup>

De igual forma, en sus vehementes escritos, el normalista dejó constancia de su personal interés por indagar acerca de métodos pedagógicos capaces de garantizar la integración de los tarahumaras. Para muestra, un botón. Siendo Vargas Piñera jefe de la Sección de Instrucción Pública de la Secretaría de Gobierno de Chihuahua lanzó a mediados de diciembre de 1909, y desde las propias páginas de la *Revista Chihuahuense*,<sup>520</sup> una

---

<sup>519</sup> L. Vargas Piñera, “Sobre la enseñanza de los tarahumaras. ¿Dónde están los indios, cuáles escuelas requieren y en qué lugares deben abrirse?, II parte”, en *Revista Chihuahuense*, 15 de mayo de 1909, p. 18.

<sup>520</sup> Luis Vargas Piñera, “Convocatoria á todos los maestros de la República para la escritura de una guía del profesor y texto del alumno, para la enseñanza de la Escritura-Lectura en las escuelas tarahumaras”, en *Revista Chihuahuense*, t. 1, núm. 17, 15 de diciembre de 1909, pp. 18-20.

convocatoria (Anexo 2) dirigida a todos los maestros de la república (la misma a la que Ponce de León había hecho referencia en su artículo que contenía el vocabulario español-tarahumar). El propósito de dicha convocatoria era que presentaran una guía de profesor y un libro para el alumno con la finalidad de que pudieran ser utilizados en la enseñanza de la escritura-lectura en las escuelas de tarahumaras.<sup>521</sup> En ella, justamente, quedaron planteadas de manera parcial las razones que justificaban por qué se le debía otorgar un lugar central a la enseñanza de la lectura y de la escritura en el proceso de “civilización” de los tarahumaras.

De ello da cuenta el siguiente fragmento:

El primer aprendizaje que requiere todo hombre ignaro para iniciarse en la senda de la civilización, es sin duda alguna, saber leer para entender los sentimientos é ideas de los demás hombres en todo escrito, principalmente de imprenta; y saber escribir, ó sea, expresar su propio sentir y pensar, para que le comprendan á su vez los demás hombres. Por tanto, el primer paso en la cultura de los indios debe ser la enseñanza de la Lectura y la Escritura.<sup>522</sup>

Estaba previsto que la mencionada convocatoria se efectuara en el marco de la conmemoración del Centenario de la Independencia de México, para la cual también se había tomado la decisión de construir cinco planteles educativos para la niñez rarámuri. Por tal razón, era necesario contar con un libro de texto adaptado a la manera de “ser” de este grupo indígena. Aunque no ha sido posible determinar si esta iniciativa fructificó, o no -dado que poco después el estallido revolucionario irrumpió- resulta interesante recuperar uno de los señalamientos hechos por Vargas Piñera -en el propio texto de la convocatoria- con respecto a la relevancia que tenía la figura de Miguel Hidalgo para el proceso de asimilación de los indígenas. Sobre dicho tema, el normalista sostenía que no era posible “tratar la mejoría del

---

<sup>521</sup> *Ibidem.*, p. 18.

<sup>522</sup> *Idem.*

indígena sin que se asocie á nuestras ideas el aliento del alma santa de Hidalgo, y surja su recuerdo en nuestra mente, rodeado de indígenas en los tallercitos de Dolores”.<sup>523</sup>

Vargas Piñera ya había hecho alusión a figuras emblemáticas de la historia mexicana en otros artículos. Tal es el caso de Cuauhtémoc y de Ignacio Altamirano, a quienes presentaba como modelos a seguir para los tarahumaras. Hizo ambas referencias en el que sería su primer artículo publicado en la *Revista Chihuahuense*, titulado “Invocación a la raza tarahumara. A propósito del fotograbado que la representa”,<sup>524</sup> con fecha del 15 de abril de ese mismo año, 1909.

Dicho texto, de cinco cuartillas de extensión, es el único que incluye una fotografía de los tarahumaras (Imagen 59), la cual se distingue -entre otras cosas- por tratarse de una toma *in situ*, en claro contraste con las fotografías de tipos humanos capturadas al interior de un estudio fotográfico y publicadas en la *Revista de Chihuahua* una década atrás. Tanto en este primer artículo como en los demás, Vargas Piñera deja al descubierto parte del pensamiento racista de la élite local que prevalecía a inicios del siglo XX. Se podría decir que este conjunto pudo haber tenido la finalidad de satisfacer una necesidad social y moral de este grupo de poder, para quienes los tarahumaras “representaban una deshonrosa excepción al progreso regional”.<sup>525</sup>

En relación con el artículo “Invocación a la raza tarahumara...”, se debe agregar que el autor opta por hacer uso de varias personas gramaticales, a manera de recurso literario. Así, el texto inicia empleando la segunda persona del plural: “Ahí tenéis el conjunto abigarrado de una raza”. Más adelante, da un giro y emplea un “ellos” aglutinante con el

---

<sup>523</sup> *Ibidem.*, p. 20.

<sup>524</sup> Luis Vargas Piñera, “Invocación a la Raza Tarahumara. A propósito del fotograbado que la representa”, en *Revista Chihuahuense*, t. 1, Chihuahua, México, 15 de abril de 1909, pp. 13-18.

<sup>525</sup> J. L. Sariego, “Prólogo”, *op. cit.*, p. 14.

propósito de referirse a todo el pueblo tarahumara, llegando incluso a usarlo con el objetivo de abarcar a toda la población indígena de México: “Y cuando más pienso en los tarahumares y con ellos en todos los indios del país, que son unos en esencia, más míseros los veo y más grandes los presiento”.<sup>526</sup> Vargas Piñera participa también de un aparente diálogo que establece entre “ellos” y el “yo”, tratándose en realidad de un monólogo de tintes profundamente autoritarios en el que no hay cabida para que la voz del tarahumara se exprese de manera autónoma. El autor se atribuye incluso la potestad de pedirle a los rarámuri que abandonen “la cueva”, al considerarla como un símbolo del primitivismo:

¡Ven, deja la montaña, no te guarezcas en la hondonada, deja la cueva: aquí está el taller; somos tus amigos; te dirigiremos; verás: poquito á poco irás tomando el hábito del trabajo; vamos a desenvolver tus aptitudes; mira cuanto puedes: ¿te extrañas de tu obra?<sup>527</sup>

El párrafo anterior también da cuenta del discurso persuasivo cargado de tonalidades paternalistas desplegado por Vargas Piñera, quien pareciera asumir el papel de “mediador” entre la élite chihuahuense y la población tarahumara. Aunque, claramente no es a esta última a quien se dirige, sino al propio grupo del cual forma parte en su condición de intelectual. El autor trata de argumentar por qué los rarámuri debían abandonar “la montaña” y dejar “la cueva” como requisito indispensable para ser integrados a la nación mexicana. Así, queda en evidencia, otra vez, el profundo irrespeto hacia la cultura tarahumara. Más adelante, el normalista alude a Cuauhtémoc, intentando, de esta manera, establecer empatía con sus supuestos interlocutores, los tarahumaras, y apelando a un falso principio de igualdad:

---

<sup>526</sup> L. Vargas Piñera, “Invocación...”, *op. cit.*, p. 16.

<sup>527</sup> *Ibidem.*, p. 15.

¿Tu color? No importa; ni tus ropas, ni tu pobreza: somos iguales, tan hombre tú, como yo. Mira, este anciano, un criollo hijo de nuestra América, arrojó de aquí á aquellos *blancos*; este es un indio tan pobre y tan abandonado como te sientes tú, y sin embargo él nos libertó de otra espada, y le adoramos; este es otro indio; se llama Cuauhtémoc; pues bien, nosotros le queremos entrañablemente y le hemos levantado estatuas; mira una de ellas, está en la ciudad más grande de nuestras ciudades; este indio fue un valiente defendiéndose contra aquella espada que asomó tras aquella cruz santa. ¿Verdad que estás sintiendo amor con nosotros por esos héroes? Es la alborada, es la Patria que despierta en tus entrañas [las cursivas son del texto original].<sup>528</sup>

Queda en evidencia, tanto en el párrafo anterior como en el siguiente, la función pedagógica que los contenidos de las publicaciones periódicas podían llegar a tener en la difusión de ideas. Cuauhtémoc es presentado como un héroe, uno indígena, quien había sido integrado al panteón de héroes de la nación mexicana. De igual modo, el contenido del texto deja ver cómo este tipo de revistas podían convertirse en “un arma política”<sup>529</sup> con el propósito de apelar, simultáneamente, a una identidad local y nacional.

Pero ven acá, abandona la serranía, deja la recóndita quebrada, sal de tu covacha; ven acá; te contaré una historia: aquellos *blancos* que te desheredaran, ya no están aquí; nosotros, criollos y mestizos, los arrojamos, y nosotros somos otros *blancos*: los criollos nacimos aquí, aquí crecimos, y nuestra sangre está plena de naturaleza americana, y esta es nuestra madre, y tú, -que borbotas América, -eres nuestro hermano; los mestizos somos también de aquí; llevamos dentro la naturaleza americana y por nuestras venas corre la sangre de una india que fué esposa de un abuelo, ó de un indio que se casó con una abuela. Tu [sic] y yo tenemos alma de *bronce*. Bajo mi piel está la tuya. Ya ves, los mismos padres. Soy tu hermano [las cursivas son del texto original].<sup>530</sup>

Vargas Piñera se llega a referir a los tarahumaras como “cuerpos sin alma” y “de inerte frialdad”, dando así la impresión de que eran seres aquejados por la enfermedad. La

---

<sup>528</sup> *Ibidem.*, p. 16.

<sup>529</sup> Arturo Taracena Arriola, *De la nostalgia por la memoria a la memoria nostálgica. El periodismo literario en la construcción del regionalismo yucateco*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, p. 99.

<sup>530</sup> L. Vargas Piñera, “Invocación...”, *op. cit.*, p. 15.

postura del normalista recuerda la de su contemporáneo, el boliviano Alcides Arguedas,<sup>531</sup> autor del importante ensayo *Pueblo enfermo. Contribución a la psicología de los pueblos hispanoamericanos*,<sup>532</sup> publicado durante ese mismo año, 1909, el cual recibió una crítica muy favorable por parte del destacado José Enrique Rodó.<sup>533</sup> De manera que la idea de “enfermedad” está muy presente en Arguedas, quien califica a los pueblos indígenas bolivianos de manera genérica como “pueblo enfermo”. Algo muy similar ocurre en el caso de Luis Vargas Piñera.

Se debe tomar en consideración que, a inicios del siglo XX, los intelectuales hispanoamericanos tendieron a hacer uso de la metáfora de la enfermedad para referirse a las crisis que vivían sus países, principalmente a causa de la cuestión social.<sup>534</sup> Así, el lenguaje médico-biológico era empleado para tratar a las naciones como si fueran organismos. No

---

<sup>531</sup> Existe un interesante paralelismo entre el chihuahuense Luis Vargas Piñera (1881-1954) y el boliviano Alcides Arguedas (1879-1946). Estos contemporáneos compartieron un intenso interés por escribir y debatir en torno a las posibilidades para alcanzar la modernización de sus naciones. Arguedas fue autor de varias obras que han sido consideradas precursoras del indigenismo, entre ellas, *Pueblo enfermo* (1909) y *Raza de bronce*, la cual empezó a escribir en 1919, y siguió revisando prácticamente hasta su muerte.

<sup>532</sup> Alcides Arguedas, *Pueblo enfermo. Contribución a la psicología de los pueblos hispanoamericanos*, Barcelona, Editores Vda. de Tasso, 1909; Marta Manrique Gómez, Pueblo enfermo y Raza de bronce en la encrucijada nacional boliviana, *Espéculo. Revista de estudios literarios*, No. 34, Universidad Complutense de Madrid. Recuperado de <http://www.ucm.es/info/especulo/numero34/puenferm.html>

<sup>533</sup> Tomando en cuenta que José Enrique Rodó mantuvo correspondencia con gran cantidad de intelectuales de la época, no sería de extrañar que el mexicano Vargas Piñera conociera, por lo menos de referencia, el ensayo de Arguedas. Por considerarse relevante, se recupera el fragmento del comentario que Rodó enviara sobre *Pueblo enfermo*, en epístola a Alcides Arguedas, mediante el cual es factible detectar la visión de conjunto que Rodó tenía acerca de los “males hispanoamericanos”: “Los males que usted señala con tan valiente sinceridad y tan firme razonamiento, no son exclusivos de Bolivia; son, en su mayor parte, y en más o menos grado, males hispanoamericanos: y hemos de considerarlos transitorios y luchar contra ellos animados por la esperanza y la fe en el porvenir. Usted titula su libro: PUEBLO ENFERMO. Yo lo titularía: Pueblo niño. Es concepto más amplio y justo quizás, y no excluye, sino que, en cierto modo, incluye el otro: porque la primera infancia tiene enfermedades propias y peculiares, cuyo más eficaz remedio radica en la propia fuerza de la vida, nueva y pujante, para saltar sobre los obstáculos que se le ponen”. A. Arguedas, *Pueblo enfermo*, Bolivia, Ediciones Puerta del Sol, 1977, p. VII.

<sup>534</sup> Edmundo Paz Soldán, “Alcides Arguedas y la narrativa de la nación enferma”, en *Red Voltaire*, 17 de julio de 2002. Recuperado de [www.voltairenet.org/article120458.html](http://www.voltairenet.org/article120458.html). Existen similitudes entre el caso mexicano y el boliviano con respecto a los proyectos educativos dirigidos a la población indígena. Véase Laura Giraudó, “‘Para la redención de la raza indígena’ entre México y Bolivia y desde la capital hacia regiones indígenas. Una comparación entre los proyectos de escuelas especiales para indígenas en la primera mitad del siglo XX”, ponencia presentada en el XVI Congreso Internacional de AHILA (Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos), San Fernando, Cádiz, 2011.

sorprende entonces que intelectuales como Vargas Piñera se llegaran a percibir a sí mismos como médicos de la sociedad, lo que les daba la facultad de diagnosticar y acaso también de pretender “curar” al “pueblo enfermo”.

La descripción que hace el autor de los tarahumaras como seres aquejados por la enfermedad encierra un sentido doblemente peyorativo. Así las cosas, no sólo se considera a los tarahumaras como seres faltos de salud, sino que se los presenta también como débiles y como menores de edad, que requieren ser tutelados, protegidos, al tiempo que controlados y segregados.<sup>535</sup> Es por ello que Vargas Piñera justifica el trato paternalista que, desde “arriba”, se vislumbraba como única alternativa para garantizar la regeneración de este pueblo indígena. En términos generales, esta postura se encuentra presente en el conjunto de sus artículos publicados en la *Revista Chihuahuense* y, en particular, en “Invocación a la raza tarahumara”, en el cual el autor describe a este pueblo como raza miserable,<sup>536</sup> pobre y desvalida; calificando incluso la mirada del rarámuri tan inexpresiva como la de un muerto.<sup>537</sup>

Aun así, con una peculiar mezcla de sorpresa y desprecio, el normalista reconoce la fortaleza y resistencia física que caracteriza a los rarámuri en sus juegos y prácticas deportivas. Tal es el caso de la carrera de la bola o *rarajipari*. Los atributos físicos, sostiene el autor, sólo podían ser útiles en tanto estuvieran al servicio de la civilización, y no pierde oportunidad para hacer una crítica velada al patrón de poblamiento disperso y al seminomadismo propio de los tarahumaras:

¡Vagar y huir, tal es para ti tu misión! Tus deportes también me los explico: son ansias de tu carne fuerte: el salto arriesgado y espacioso; tus carreras largas y duraderas hasta la maravilla, siguiendo una bola por leguas y leguas, o

---

<sup>535</sup> J. L. Sariago, “Prólogo”, *op. cit.*, p. 19.

<sup>536</sup> “¡Pobre indio, pobre tarahumara! ¡Qué extraño que eres en tu propia casa y qué miserable que eres en la abundancia de tu América encantada!”. L. Vargas Piñera, “Invocación...”, *op. cit.*, p. 14.

<sup>537</sup> “En esos éxtasis en que tu vista de águila herida se clava en el infinito, inexpresiva como la de un muerto, sé que sueñan en ti las generaciones pasadas, con el deliquio de su heredad recobrada”. *Ibidem.*, p. 15.

capturando un venado a fuerza de rendirle por el desgaste de su pezuña; percibo un no sé qué de artístico arresto -como el del bárbaro torero- en tu caza de fieras; y en todo ello veo el músculo férreo de tus mayores, nostálgico de acción y de fatiga. ¡Oh, sí que eres una energía maravillosa, sólo falta de aplicación! ¡Qué pujanza la de tus músculos si se aplicaran al pesado carro del progreso!<sup>538</sup>

Previo a que aparezca el fotograbado (Imagen 59), casi en la parte final del artículo, Vargas Piñera vuelve a referirse de manera especialmente peyorativa a la población indígena de México, en general, y a la tarahumara, en particular. Arrogancia y racismo se entremezclan en este fragmento, a través del cual el autor apela, una vez más, al potencial que tenían “los indios del país” para ser civilizados:

Ni mendigo, ni ladrón; sí, un pobre vergonzante. Casi me atrevo a pensar que en tu sangre posees el aliento último de tu raza: expirar, más no pedir gracia al vencedor. Así pienso y así siento ante esos indios, cuya historia de conquista y proscripción: de fortaleza y artificio; de miseria y vergüenza los unifica fundamentalmente de Chihuahua a Chiapas, de Sonora a Yucatán. Y cuanto más pienso en los tarahumares y con ellos en todos los indios del país -que son unos en esencia- más míseros los veo y más grandes los presiento.<sup>539</sup>

En la parte final del texto, Vargas Piñera analiza el fotograbado publicado a página entera y acompañando el texto contenido en la página 16 (ubicada del lado izquierdo, mientras que el fotograbado aparece sin numeración al lado derecho). Dicha imagen lleva por pie de foto el siguiente texto: “Procesión de tarahumares en el pueblo de Norogáchic”. Esta fotografía *in situ* adquiere una mayor proyección que las tomadas al interior de un estudio y aparecidas en la *Revista de Chihuahua*, puesto que en el caso de aquélla, está acompañada por un texto amplio, cosa que no llega a ocurrir en estas otras. Además, Vargas Piñera analiza a lo largo de casi una cuartilla entera el propio fotograbado, otorgándole a la

---

<sup>538</sup> *Ibidem.*, p. 14.

<sup>539</sup> *Ibidem.*, p. 16.

imagen la posibilidad de transmitir un mensaje más extenso a la vez que complejo. No se debe soslayar que el autor hace referencia a la imagen en el propio título del artículo.

Al parecer Vargas Piñera le asigna al hombre tarahumara que aparece en el primer plano de la fotografía la función de “representar” a la totalidad del pueblo tarahumara, un recurso simplificador de la realidad cargado de violencia pasiva. De esta manera, los matices culturales existentes en el interior de la población rarámuri quedan borrados por completo. Se trata de un caso de resignificación de la imagen, al ser ésta incorporada al discurso de opinión del maestro normalista. A primera vista, la fotografía permite apreciar a un nutrido grupo de hombres y mujeres rarámuri -otra vez aparecen mujeres a cuadro- que participan de una procesión, aunque no se precisa si es una procesión católica, o más bien, una reunión o actividad ritual propiamente tarahumara. Se intuye que corresponde a la última de estas dos opciones.

Ningún gesto de las personas fotografiadas parece delatar la presencia del anónimo fotógrafo. Se percibe espontaneidad en la escena e interés en la “procesión” o reunión que los congrega. Es importante advertir que, probablemente, esta imagen sea una de las primeras que muestran a los tarahumaras como parte de una multitud, es decir, de la masa, reforzándose la condición anónima de quienes aparecen reunidos por un interés común y mostrando cohesión social. Es probable, además, que se trate de una de las primeras fotografías *in situ* de tarahumaras que circuló en alguna revista chihuahuense.

## Imagen 59



59. Fuente: Anónimo, “Procesión de tarahumares en el pueblo de Norogáchic”, en *Revista Chihuahuense*, t. 1, Chihuahua, México, 15 de abril de 1909, entre pp. 16-17. Archivo Histórico del Centro de Investigación del Estado Chihuahua.

Si bien el pie de foto alude al lugar en el que fue capturada la toma, Norogáchic, el autor pasa por alto ese dato en su artículo. Tal silencio no deja de llamar la atención en vista de que se trata de una localidad antigua, fundada en 1690, y con una larga trayectoria de actividad misionera desplegada durante el periodo colonial. Además, es un lugar habitado mayoritariamente por población rarámuri. Para 1901, ya habían sido restablecidas allí las labores misioneras de los jesuitas y tan sólo tres años más tarde fue fundado el primer internado para niños tarahumaras de la Sierra. Además, varios lustros después, en 1926, serían enviados desde ese lugar por lo menos dos grupos de niños y jóvenes a la Casa del Estudiante Indígena ubicada en la ciudad de México, inaugurada el 1º de enero de 1926.

Esta imagen, capturada en formato horizontal desde un punto alto y distante, ofrece una visión panorámica tanto del entorno humano como del geográfico. El paisaje serrano

funciona cual telón de fondo, que se erige detrás del grupo de hombres y mujeres rarámuri reunidos, algunos de los cuales dan la impresión de estar en movimiento. Este numeroso grupo es descrito por Vargas Piñera en los siguientes términos:

Aquí teneis el conjunto abigarrado de una raza. Sus miembros están indiferentes, que apenas si se trasciende en su mueca escéptica una curiosidad de niño enfermo, al hallarse ante la cámara fotográfica. Siempre están mudos, ó hablan quedo, tan quedamente que no parece sino que siguen creyendo que están á dos pasos del encomendero.<sup>540</sup>

Al referirse a los tarahumaras como “niños enfermos” que se hallan indiferentes y escépticos frente a la cámara fotográfica, se refuerza la idea de justificar su tutela. La composición de este fotograbado permite apreciar en un primer plano a un joven rarámuri vestido a la usanza tradicional -al igual que el resto de hombres y mujeres indígenas que aparecen a cuadro-, que camina hacia un punto indeterminado. El muchacho se encuentra envuelto en una cobija, porta alrededor de su cabeza una *koyera* y se ubica a unos metros de distancia del conjunto de personas (cerca de un centenar). La postura del joven denota acción, claramente su gesto corresponde al de un caminante. En este caso, tampoco es posible apreciar con detalle el rostro del modelo, quien pareciera ejercer una función: la de ser el indígena que representaba a todo el pueblo rarámuri y a quien Vargas Piñera se dirige de manera reiterada en su texto, mediante la segunda persona del singular, intentándolo convencer, una y otra vez, de las bondades que conlleva la vida “civilizada”.

Es factible suponer que al difundir esta fotografía junto con el artículo “Invocación a la raza tarahumara. A propósito del fotograbado que la representa” lo que se pretendía era dejar constancia de la necesidad de integrar, con urgencia y a través del despojo cultural, a

---

<sup>540</sup> L. Vargas Piñera, “Invocación...”, *op. cit.*, p. 13.

esa “indiada inerte” que se encontraba al margen del “progreso”. Este fotograbado se distingue no sólo de las imágenes publicadas en la *Revista de Chihuahua*, sino de aquellas capturadas por Gerste y Lumholtz, en las que se podían apreciar con claridad tanto los rasgos fenotípicos como los signos de identidad de los sujetos retratados. Existe una distancia importante entre la mirada de los fotógrafos expedicionario y la de aquél, cuyo nombre y nacionalidad desconocemos, que registró la “Procesión de tarahumares en el pueblo de Norogáchic” para que fuera publicada en una revista elitista del nortero estado de Chihuahua. Aunque existe coincidencia en el rasgo de atemporalidad compartido en unas y otras. En el caso de los viajeros y observadores extranjeros, los tarahumaras fueron vistos de manera atenta, pues claramente eran objeto de estudio, mientras que en el segundo caso, eran mostrados masivamente como los primitivos, salvajes y diferentes a quienes urgía incorporar a la senda del “progreso” y a la “familia mexicana”, en tanto éstos hicieran abandono de su cultura. En este sentido, resultan reveladoras las palabras del propio Vargas Piñera:

Imponiéndose a la consciencia de ese mutismo de muerte en que abunda el fotograbado; de esa representación severa, al parecer de cuerpos sin alma, yo percibo clara y distinta la voz fogosa, rica, persuasiva y emocionante de un indio, hecho vida al influjo de un espíritu de sol quemante y lúcido. Sobre la sensación de inerte frialdad a que nos mueve esa fotografía de aborígenes, tristemente callados como graves sombras de raza extinta; yo siento el contacto íntimo de un alma india palpitante y movidiza [...]. Tras ese cuadro, que me dice muerte, yo siento vida; tras esa representación, que simboliza vejez, yo siento la palpitación de la juventud; tras ese pobre conjunto que semeja invierno, yo siento el hálito quemante y amoroso de un Mayo en flor; tras esa indiada inerte, yo siento una resurrección; tras su cuerpo sin alma, yo siento la palpitación vivaz del alma de ese escogido. Se llamó Altamirano.<sup>541</sup>

---

<sup>541</sup> *Idem.*

La referencia que Vargas Piñera hace de Ignacio Manuel Altamirano en el fragmento anterior merece ser comentada, toda vez que se trata no sólo de una de las figuras claves de la literatura nacional mexicana,<sup>542</sup> sino porque en este destacado hombre de letras y político se conjuga el origen indígena y la procedencia de una cuna pobre. El normalista muestra entonces a Altamirano, tal y como lo hace con Cuauhtémoc al inicio de artículo, como un modelo paradigmático destinado a ser imitado por los tarahumaras. Por tal razón, recupera las vivencias y logros históricos de ambos hombres con el propósito de dejar constancia de que los tarahumaras deben adquirir también un apego a la nación. De esta manera, el autor insiste en demostrar que, para que Chihuahua continúe avanzando por la senda del “progreso”, es preciso integrar a quienes son considerados como un lastre; haciendo así eco de la aseveración de Enrique C. Creel, quien sostenía que estos indígenas no producían nada y eran “punto menos que nullos como consumidores”.<sup>543</sup> Todo esto era advertido por Vargas Piñera a tan sólo unos meses de que los episodios bélicos se desencadenaran en la región fronteriza, en particular en Chihuahua.

---

<sup>542</sup> De la narrativa de Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) destacan varias obras clásicas de la literatura mexicana, a saber: *Clemencia* (1869), *La Navidad en las montañas* (1871) y *El Zarco* (1886-1888, 1901). José Luis Martínez, “México en busca de su expresión”, en *Historia general de México*, El Colegio de México, 2000, p. 734.

<sup>543</sup> M. E. Montanaro, *Exposición de motivos...*, *op. cit.*, p. 238.

## A manera de colofón: el fugaz testimonio fotográfico de los tarahumaras en la Revolución Mexicana

Después de la amplia cobertura otorgada por la *Revista Chihuahuense* a la situación de los rarámuri, éstos volvieron a captar la atención de la cámara fotográfica en el contexto de la batalla de Ciudad Juárez, en mayo de 1911. La representación fotográfica de hombres tarahumaras en las filas maderistas fue extremadamente modesta, siendo reflejo, justamente, de su escasa participación durante la Revolución mexicana, en general y, durante la Toma de Ciudad Juárez, en particular.

Las dos fotografías aquí analizadas circularon como tarjetas postales (Imágenes 60 A, 60 B y 61). Éstas distan notablemente de aquéllas de corte etnográfico y antropométrico capturadas por los expedicionarios extranjeros Gerste y Lumholtz, así como también de las fotografías de tipos humanos de influencia pictorialista y costumbrista tomadas al interior de un estudio fotográfico con el propósito de que fueran publicadas en las páginas de la *Revista de Chihuahua*. Así, la manera de representar fotográficamente a los tarahumaras en medio de un contexto bélico mostró una faceta distinta de ellos, una que dejó constancia de su presencia activa en la historia de la Revolución en el estado de Chihuahua. Todo parece indicar que además de tratarse de una participación reducida, también fue coyuntural; lo que no significa que sea irrelevante, máxime si se considera que los tarahumaras venían manifestando de manera creciente su inconformidad ante la situación de explotación y abusos a la que estaban siendo sometidos y a la que alude Enrique C. Creel en la *Exposición de motivos de la Ley para el mejoramiento y cultura de la raza tarahumara*.

El estado de Chihuahua es considerado la cuna de la Revolución, porque fue en Cuchillo Parado, un pueblo del desierto chihuahuense, el lugar desde donde Toribio Ortega

se anticipó, unos cuantos días a la fecha señalada por Francisco I. Madero (el 20 de noviembre de 1910), para dar inicio al levantamiento en armas. El protagonismo revolucionario de Chihuahua se explica, en buena parte, porque en dicha entidad confluyeron varios factores, principalmente de carácter endógeno, dentro de los que se encuentran: su marcada autonomía política con respecto al centro político del país, los prolongados y violentos conflictos interétnicos, porque en ella se desarrollaron -hacia finales del siglo XIX- las más avanzadas relaciones de producción del país, y por el descontento desatado a causa de las expropiaciones efectuadas en el ocaso del Porfiriato. No se puede soslayar su carácter fronterizo, toda vez que la proximidad con los Estados Unidos facilitó el avance del movimiento revolucionario hacia el centro del país, por lo sencillo que resultaba para los rebeldes cruzar la frontera para pertrecharse de armas, vestimenta y alimentos.

La magnitud de la protesta social estuvo en consonancia, sostiene Alan Knight, con el tipo de caciquismo local desarrollado. Este tipo de sistema de dominio político se manifestó con mayor fuerza en Chihuahua, lo que provocó “una mayor respuesta revolucionaria”. Al respecto, el historiador atribuye tal particularidad a cuatro razones: como producto de la inusitada fuerza hegemónica alcanzada política y económicamente en este estado, por el hecho de que dicha hegemonía se había consolidado en fechas recientes, por el carácter progresista de la oligarquía Terrazas Creel y porque la sociedad chihuahuense, sobre todo la serrana, “era particularmente sensible a la imposición de nuevas responsabilidades y contaba con gran capacidad para oponer resistencia a manera de respuesta”.<sup>544</sup>

---

<sup>544</sup> Alan Knight, *La Revolución mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010, p. 183.

Por su parte, Friedrich Katz señala que la capacidad de lucha y la confianza adquirida por los habitantes chihuahuenses en aquel “territorio bárbaro” -luego de haber combatido y, finalmente, vencido a los apaches- fueron algunos de los factores clave que explican por qué el estallido revolucionario se produjo en esta entidad y no en otra. En este sentido, la experiencia acumulada fue determinante. Tal fue el caso de la rebelión de Tomóchic, durante la cual quedó demostrada la capacidad de los pobladores para enfrentar a una fuerza gubernamental superior en número y armamento.<sup>545</sup>

Fue así que el movimiento armado se incrementó con celeridad en el estado de Chihuahua. Pareciera que la crudeza con la que el poderoso clan Terrazas Creel ejerció de manera cotidiana su poder, a lo largo y ancho de la entidad, fue directamente proporcional a la fuerza con la que surgió la potente oposición que lo enfrentó. En este sentido, se debe advertir que la composición social de este movimiento revolucionario no fue homogénea. A diferencia de Sonora y Coahuila, en Chihuahua la dirección del movimiento social no recayó en manos de hacendados, aunque tampoco lo hizo en manos campesinas.<sup>546</sup>

El maderismo contó con un apoyo social considerable en el oeste y el noroeste de la entidad.<sup>547</sup> Aquéllas eran las regiones donde se habían realizado movimientos de resistencia, por ejemplo, entre 1892 y 1893. Algunos de los sectores que específicamente tomaron parte

---

<sup>545</sup> Friedrich Katz, *Pancho Villa*, tomo 1, México, Era, 2004, pp. 31-34, 40.

<sup>546</sup> Martha E. Rocha Islas, *Defensas Sociales en Chihuahua*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, p. 31. “Terrazas y Creel habían logrado arruinar o cooptar a todos los hacendados que en otros tiempos se habían opuesto a ellos. Los terratenientes disidentes de otros estados, como Venustiano Carranza en Coahuila o José María Maytorena en Sonora, no se decidían a tomar las armas contra el gobierno de Díaz y lo hicieron en un estadio relativamente tardío de la revolución, en cambio los dirigentes de la clase media de la revolución chihuahuense no tenían esos escrúpulos”. Friederich Katz, *Pancho Villa*, tomo 1, México, Era, 2004, p. 79.

<sup>547</sup> L. Aboites, *Breve...*, *op. cit.*, p. 145.

en esta etapa fueron los rancheros libres y los colonos de las excolonias.<sup>548</sup> En el ámbito urbano, el maderismo se nutrió del apoyo proveniente del movimiento antirreeleccionista, de los sectores medios (mejor informados y con mayor capacidad organizativa), así como también de obreros y profesores rurales. Por su parte, la participación serrana fue relevante y a ella estuvo vinculada la intervención de hombres tarahumaras.<sup>549</sup>

La batalla de Ciudad Juárez, llevada a cabo a inicios de mayo de 1911, atrajo fuertemente el interés de fotógrafos, sobre todo estadounidenses y, en especial, paseños. A ellos se debe el legado de las pocas imágenes fotográficas de tarahumaras que existen y que documentan su aislada y marginal participación, el cual contrasta a todas luces con el amplio repertorio fotográfico que da cuenta del protagonismo que tuvieron los yaquis de Sonora.<sup>550</sup> De igual modo, es muy marcada la disparidad entre la escasa representación de tarahumaras y los cientos de fotografías que existen relacionadas con esta batalla. En este caso, las imágenes halladas, al no aparecer acompañadas de textos que permitan complementar la información visual en ellas contenidas (más que datos mínimos, como la firma del fotógrafo

---

<sup>548</sup> Katz recuerda que los colonos militares y la clase media urbana compartían tanto un mismo origen étnico, dado que la mayoría de aquellos colonos eran mestizos o blancos, como un origen social. “Antes de perder sus tierras, los colonos habían sido rancheros de clase media, sin las tradiciones de organización comunal indígena que predominaban en el centro y el sur del país. Además, durante los años de las guerras apaches, habían sido héroes populares cuyas hazañas se cantaban en todo Chihuahua y eran recibidos en la ciudad capital del estado después de cada campaña victoriosa; las simpatías de que gozaban en todo el estado fortalecían su moral”. F. Katz, *La Revolución...*, *op. cit.*

<sup>549</sup> Reidez el Mendoza ha estudiado la participación de los pueblos de la sierra chihuahuense, con quienes combatieron los tarahumaras, en la etapa inicial del proceso revolucionario. Mendoza señala que estos pueblos subsistían: “sojuzgados por unas cuantas familias ligadas al clan terracista [...] figurando entre ellos los hermanos Rascón, de Uruachi, cuya influencia se extiende a todo el distrito Rayón [con altos porcentajes de población tarahumara]; los hermanos Becerra, de Urique, que ejercen el control político y económico sobre gran parte de los distritos [de] Arteaga y Andrés del Río [perteneciente al municipio de Batopilas, también con alta presencia indígena]. En Batopilas [...] impera la ley de las compañías mineras extranjeras [...]. Aislada y moderna por la riqueza invaluable de sus vetas, es la más importante población del Estado que después de la ciudad de México y antes que Parral, cuenta con servicio telefónico y luz eléctrica”. El historiador juarense Reidez el Mendoza Soriano ha estudiado este tema en su libro *Cazadores de la Sierra. Historia Militar de la Revolución en Chihuahua (1910-1911)*, Chihuahua, s. p. i., 2010.

<sup>550</sup> F. Katz, *Pancho...*, *op. cit.*

y el título dado a las imágenes), nos obligaron a indagar en los acontecimientos relacionados con la batalla de Ciudad Juárez.

En 1911, la frontera mexicana empezó a ejercer un papel preponderante en el proceso revolucionario. Pese a las pláticas y negociaciones de paz sostenidas entre representantes gubernamentales y maderistas, las hostilidades terminaron por imponerse. Pascual Orozco inició y dirigió el ataque contra el ejército federal sin el consentimiento oficial de Madero, quien tenía reservas y dudas en relación con la conveniencia de esta acción. Entre el 8 y 10 de mayo se efectuó la toma de esta ciudad; no obstante, la violencia y los saqueos continuarían los días posteriores. Los principales jefes militares fueron, además de Orozco, Giuseppe Garibaldi, José de la Luz Blanco y Francisco Villa.<sup>551</sup> El objetivo inmediato era derrotar a la guarnición del ejército federal de Ciudad Juárez, al mando del general Juan N. Navarro, lo cual se alcanzó con éxito y pese a las divisiones internas del ejército revolucionario. El 10 de mayo Madero hizo su entrada triunfal a la ciudad, haciendo de la Aduana su cuartel general hasta el 21 de mayo de 1911, cuando fueron firmados los Tratados de Ciudad Juárez, los cuales conducirían a la renuncia de Porfirio Díaz y su posterior exilio.

La amenaza de la Toma de Ciudad Juárez se había convertido en una noticia relevante desde hacía algunos meses atrás. Fue cubierta tanto por la prensa nacional como por la estadounidense y la europea, sobre todo a partir del mes de abril, cuando se dio a conocer que Madero se dirigía hacia la frontera junto con un ejército de casi 3.000 hombres. Ello provocó el desplazamiento de “corresponsales y fotógrafos de periódicos, agencias y un noticiario cinematográfico”<sup>552</sup> a la zona con el propósito de cubrir el inminente estallido bélico. Sendos

---

<sup>551</sup> F. Katz, *Pancho...*, *op. cit.*, p. 127.

<sup>552</sup> Miguel Ángel Berumen, *1911. La batalla de Ciudad Juárez en imágenes*, México, Edamsa Editores, 2009, p. 36.

artículos y fotorreportajes cubrieron las páginas de periódicos y semanarios. En este contexto, la fotografía desempeñó un “papel autenticador”<sup>553</sup> del conflicto al mostrar rostros, lugares y episodios de esta definitiva contienda.

La importancia que tuvo la Toma de Ciudad Juárez desde el punto de vista fotográfico es notable.<sup>554</sup> De acuerdo con John Mraz y Miguel Ángel Berumen, dicho evento bélico se convirtió en uno de los acontecimientos más fotografiados de la Revolución mexicana, sólo superado por la cobertura dada a la Decena Trágica.<sup>555</sup> Así, resulta interesante contrastar la cantidad y el tipo de imágenes de los rarámuri capturadas durante el ocaso decimonónico (por ejemplo, las de Gerste, Lumholtz, B. Velarde y Franklin Co. Chicago) con la pequeña cantidad de fotografías que de ellos existe del periodo revolucionario. En relación con este último punto, Berumen señala un dato revelador: son poco más de 216.000 imágenes las que conforman el repertorio de “fotografías no repetidas que se conservan en los archivos públicos del periodo comprendido entre 1910 y 1921”.<sup>556</sup> De ese monumental corpus, las pocas fotografías de tarahumaras, señala el propio investigador, no llegan ni siquiera a

---

<sup>553</sup> *Ibidem.*, p. 33.

<sup>554</sup> Miguel Ángel Berumen asevera que el fenómeno fotográfico que acompañó la presencia del maderismo en Ciudad Juárez tuvo como antecedente la reunión del presidente mexicano Porfirio Díaz y del estadounidense William Taft en octubre de 1909 en las ciudades fronterizas de Ciudad Juárez y El Paso, Texas. Al respecto, el autor agrega que: “Se trataba de la mayor cobertura periodística en la historia de esta frontera, y los pormenores del suceso fueron difundidos a lo largo y ancho del territorio de ambas naciones. Durante muchos años el evento sería recordado de una manera muy viva, debido en buena parte a la cantidad de imágenes generadas durante la visita y a la difusión que tuvieron éstas a través de tarjetas postales, muchas de las cuales ocuparon un lugar especial en los álbumes de las familias fronterizas”. *Idem.*

<sup>555</sup> Miguel Ángel Berumen, “La disputa por el liderazgo moral de la revolución. De San Luis Missouri a San Luis Potosí y de Los Ángeles a Casas Grandes” y John Mraz, “La Decena Trágica: microcosmos de problemas y posibilidades de la fotografía de la Revolución mexicana”, ambas ponencias fueron presentadas en el Coloquio Académico y exposición fotográfica: La imagen cruenta: Centenario de la Decena Trágica, México, D. F., Dirección de Estudios Históricos-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 7 de febrero de 2013.

<sup>556</sup> Miguel Ángel Berumen, “Disparando desde todos los frentes. Los fotógrafos que documentaron la revolución”, en Miguel Ángel Berumen y Claudia Canales (eds.), *México: fotografía y revolución*, México, Lunberg-Fundación Televisa, 2010, p. 179.

representar el 1 %.<sup>557</sup> Lo que permite poner en perspectiva, desde el punto de vista cuantitativo, la marginalidad de esta representación visual.

De igual forma, en la historiografía de la Revolución son escasas las referencias sobre las razones que explican la reducida participación de los tarahumaras. Temática sobre la cual no profundizaremos con el propósito de mantener el foco de atención en cómo fueron representados estos indígenas en dicho contexto. Aun así, es importante subrayar que no por tratarse de un registro fotográfico reducido quiere decir que su estudio sea irrelevante. Todo lo contrario, pues poco a poco va quedando en evidencia que estos indígenas sí formaron parte activa del proceso revolucionario y, en tal sentido, estas imágenes vienen a contribuir con el esclarecimiento de ello. Además, resulta revelador que éstas hayan surgido en el “contexto de un fenómeno fotográfico sin precedentes en la historia de México, generado en la frontera durante el inicio de la revolución maderista en 1911”.<sup>558</sup>

Las imágenes fotográficas de tarahumaras en el marco de la Revolución encontradas hasta ahora no superan la decena. Aquí se incluyen solamente dos provenientes de la "Colección Otis Aultman" de El Paso Public Library, El Paso, Texas, las cuales se circunscriben a la batalla de Ciudad Juárez. La primera fotografía es de David W. Hoffman y la segunda, de Alexander Pho. De nueva cuenta se trata de fotógrafos extranjeros que se ocupan de registrar por medio de la lente a estos indígenas (no se tiene noticia de que algún fotógrafo mexicano se haya interesado por esta temática), pero ahora en medio de un ambiente de guerra, sin varas de medición de por medio, lejos de artificiosos estudios fotográficos y sin el propósito de que las imágenes fueran exhibidas en algún evento

---

<sup>557</sup> Conversación telefónica con Miguel Ángel Berumen, 14 de julio de 2010.

<sup>558</sup> Miguel Ángel Berumen, *1911. La batalla de Ciudad Juárez en imágenes*, México, Edamsa Editores, 2009, p. 27.

museográfico o de que aparecieran publicadas en alguna revista regional. Más bien, la finalidad de estas imágenes fue la de que pudieran ser comercializadas como tarjetas postales,<sup>559</sup> un formato de gran popularidad para entonces.

Miguel Ángel Berumen sostiene que los fotógrafos que cubrieron los hechos de la batalla de Ciudad Juárez realizaron fotografías por encargo y a petición, tanto de revolucionarios como de personas que con curiosidad se acercaban a los campamentos. Sin embargo, también advierte que muchas de aquellas imágenes “se construyeron deliberadamente para ser vendidas como tarjetas postales”. Es muy probable que los fotógrafos quisieran aprovechar el repentino y marcado interés manifestado por el público estadounidense por tener noticias acerca del conflicto armado en México. Lo que no sorprende en vista de que, tal y como lo documenta Berumen, a tan sólo unos días de haber iniciado este evento, hubo compañías dedicadas a vender al mayoreo y al menudeo tarjetas postales sobre esta temática. Tomando en cuenta lo anterior, no extraña que las postales producidas en 1911 hayan jugado “un papel predominantemente noticioso para los habitantes de las ciudades fronterizas” y hayan contribuido “por un tiempo a la construcción de los imaginarios de la revolución nortea”.<sup>560</sup> En relación con los usos y alcances sociales de las tarjetas postales, Alberto del Castillo sostiene que:

---

<sup>559</sup> “A partir de la huelga minera de Cananea, en 1906, muchas de las imágenes sobre el proceso revolucionario se difundieron en el extranjero -y en menores volúmenes también en México- bajo el cómodo formato de tarjeta postal, el cual permitía una mayor libertad de temas y perspectivas que la aceptada por los editores de los diarios, además de una alternativa eficaz frente al monopolio de la difusión fotográfica que estos ejercían. Algunas de autores desconocidos, otras publicadas bajo el sello de compañías establecidas en Arizona, Nueva York y Chicago, y muchas firmas de autores como los del estudio del fotógrafo mexicano Heliodoro J. Gutiérrez o el célebre paseño Walter Horne -al parecer, uno de los principales beneficiarios de ese magnífico negocio-, las postales a menudo fueron objeto de rapacería comercial, falsas atribuciones y ciertos abusos”. Claudia Canales, “La densa materia de la historia. Notas sobre la fotografía olvidada de la revolución”, en M. Á. Berumen y C. Canales (eds.), *México: fotografía..., op. cit.*, pp. 55-56.

<sup>560</sup> M. A. Berumen, *1911..., op. cit.*, p. 26.

A fines del siglo XIX, los fotógrafos encontraron diversas vías de expresión que les permitieron incidir con mayor fuerza en el espacio público y contribuir a la construcción de imaginarios que respondían a las necesidades informativas de una sociedad cada vez más compleja. Una de estas vías fue la tarjeta postal, la cual fue importada de Europa en la década de los ochenta del siglo XIX y tardó unos pocos años en aclimatarse a la realidad mexicana y convertirse en un vehículo eficiente, ligado al incremento de la oferta turística que se fue diversificando en el país gracias a la construcción de varios miles de vías férreas durante el régimen porfiriano [...]. Las tarjetas postales continuaron con el aprendizaje visual promovido por las imágenes estereoscópicas [...] posibilitaron a los lectores el acceso virtual a universos próximos y remotos y proporcionaron a los viajeros un género inédito para resumir y proporcionar ideas breves y concisas en torno a ciudades, paisajes, tipos físicos, formas de vida, [...] también continuaron con la construcción de una serie de estereotipos alrededor de las representaciones del indio mexicano, vinculándolo con el mundo exótico y lo pintoresco.<sup>561</sup>

El fragmento anterior permite poner en perspectiva las implicaciones que pudo haber tenido el hecho de que las imágenes que aquí se analizan hayan sido comercializadas mediante el formato de tarjeta postal. Así pues, además de contribuir a la construcción de los imaginarios de la Toma de Ciudad Juárez, robustecieron álbumes familiares y el afán por coleccionar fotografías y postales.<sup>562</sup> Sin embargo, se debe considerar que el impacto que tuvieron estas últimas fue disminuyendo gradualmente a causa de los nuevos acontecimientos revolucionarios que “demandaban coberturas periodísticas y fotográficas”, las cuales “iban ‘sepultando’ a las anteriores”.<sup>563</sup>

Las dos tomas que a continuación se presentan corresponden a dos versiones de una misma fotografía (Imagen 60 A y 60 B), la cual muestra a un grupo de tarahumaras

---

<sup>561</sup> A. del Castillo, “La historia ...”, *op. cit.*, p. 67.

<sup>562</sup> El fragmento que a continuación se recupera deja ver la euforia que existía en ese momento en relación con las fotografías y postales alusivas a temas revolucionarios: “Te mando una colección de fotografías y ya mandé comprar más; guárdalas para hacer una colección. A mí me han fotografiado a caballo, a pie, de lado, de frente, con el presidente, con Villa, con Garibaldi, etc. Yo me ocupo de recoger algunas fotografías para mandárselas pues ese ha sido mi principal objeto. Las postales que te ofrecí las llevaré yo, son más de cien para que te formes una idea”. Citado por M. A. Berumen, *1911...*, *op. cit.*, p. 50. Tomado de Carta de Gustavo Madero a su esposa en *Gustavo A. Madero: Epistolario*. Prólogo de Ignacio Solares, México, D.F., Diana, 1991, pp. 158 y 160.

<sup>563</sup> *Ibidem.*, pp. 26-27.

“revolucionarios” que posan con sus armas (arcos, flechas y *mausers*) frente al autor de la fotografía, David W. Hoffman. Esta imagen recuerda las limitaciones técnicas que por entonces prevalecían y que dificultaban poder efectuar tomas de las batallas *in situ*. De ahí que las imágenes fueran capturadas antes o después de los eventos bélicos. Al respecto, Claudia Canales advierte que:

Incluso aquellas fotografías cuya puesta en escena raya en la candidez por su obviedad revelan algo más que las limitaciones logísticas y técnicas para efectuar tomas directas de las batallas, pese a la velocidad con que la tecnología fotográfica parecía correr al encuentro de las innovaciones bélicas. Se trata, ni más ni menos, de la necesidad de hacer visible, aunque fuese mediante el recurso de una imagen compuesta, todo aquello que las reglas de la estrategia militar o las restricciones de ciertas cámaras aún en uso volvían inaccesible a la mirada.<sup>564</sup>

La diferencia entre estas dos copias radica tanto en las anotaciones que aparecen en cada una de ellas como en el encuadre. En la primera, se aprecia un fragmento mayor de cielo, y se indica con letras blancas: “Indians with Madero Army”. “D. W. Hoffman”. Mientras que en la segunda aparece escrito con letras negras: “Indians Sharp shooters” y con letra blanca “D.W. Hoffman”.

---

<sup>564</sup> C. Canales, “La densa...”, op. cit., p. 54. Por su parte, Jorge Aguilar Mora sostiene que, en términos generales, la guerra: “se volvió un espectáculo para la mirada; y para la imaginación, un estímulo. Las nuevas reglas de la guerra tuvieron como eje principal esta relación complementaria de la visibilidad con la invisibilidad”. Jorge Aguilar Mora, “La pólvora y su claridad”, en *Una muerte sencilla, justa, eterna. Cultura y guerra durante la Revolución Mexicana*, México, Era, 1990, p. 63.

**Imagen 60 A**



60. A. D.W. Hoffman, “Indígenas con el ejército de Madero”, Postcard 3.5” x 5.5”, UTEP Library Special Collections Department, Leigh W. Osborn Photograph Collection, PH 026-1-1-013.

**Imagen 60 B**



60 B. Fuente: D.W. Hoffman, “Indígenas con el ejército de Madero” [Indians with Madero’s Army], tarjeta postal, PH 026-1-1-013, Library Special Collections Department, Leigh W. Osborn Photograph Collection, Universidad de Texas, El Paso.

Parte de esa atmósfera revolucionaria vivida en Ciudad Juárez puede ser apreciada en esta fotografía de D. W. Hoffman, quien era uno de los propietarios del estudio de los hermanos Hoffman y, junto con su socio Frank Hecok, produjo una importante cantidad de imágenes. Al respecto, Willivaldo Delgadillo sostiene que:

La lente de D.W. Hoffman captó algunos de los paisajes más elocuentes de esta primavera iluminada por la presencia de los revolucionarios en la frontera [...]. El toque maestro de Hoffman retrató la atmósfera que se vivía en el Juárez tomado por los revolucionarios triunfadores.<sup>565</sup>

De manera que el autor de esta imagen tan poco común era un fotógrafo experimentado. La fotografía retrata a un grupo de 18 hombres con cierto aire de triunfo, de los cuales, al menos los ocho que aparecen hincados posando en el primer plano, con sus arcos y flechas, dan la impresión de ser tarahumaras. Los rebeldes de la segunda fila sostienen sus armas tipo *mausers* simulando estar en posición de ataque. En su mayoría, estos hombres usan pantalón largo, saco estilo occidental y unos cuantos llevan camisa de manga larga. Sin embargo, el uso de la zapeta en al menos un par de casos constituye un signo de identidad y una de las principales pistas para identificarlos como tarahumaras.

Aunque la composición de la imagen se centra en el grupo armado, se alcanzan a apreciar fragmentos de la naturaleza que los rodea. El paisaje visible recuerda el telón de

---

<sup>565</sup> Willivaldo Delgadillo, “Los corresponsales”. Recuperado de [http://docentes2.uacj.mx/museodigital/willi/cap\\_2.htm](http://docentes2.uacj.mx/museodigital/willi/cap_2.htm)

fondo de un estudio fotográfico, mientras que la pose asumida por el conjunto de los hombres evoca el artificio recreado en el interior de un estudio. La escasez de vegetación y lo polvoriento del suelo nos ubican espacialmente en una geografía árida y agreste. De acuerdo con Reidez el Mendoza, estos anónimos combatientes podrían ser parte de un contingente integrado por 25 tarahumaras encabezados por el "Tuerto" Morales<sup>566</sup> y originarios de Carichic.<sup>567</sup> Además, considera factible que se hayan unido a las filas maderistas el 2 de abril de 1911 en Casas Grandes, participando luego en la batalla de Ciudad Juárez, y que esta fotografía haya sido realizada después de la batalla.<sup>568</sup>

Mendoza ha encontrado evidencias que demuestran que varios de los líderes revolucionarios contaron con la presencia de tarahumaras en sus filas. Así por ejemplo, menciona al teniente coronel Mariano Hernández de San Francisco de Borja, un veterano de las guerras apaches, de la Intervención francesa y de la rebelión de Tuxtepec. Sobre Miguel Larrea Caro, hijo de madre rarámuri y originario de Nonoava, poblado de la Alta Tarahumara, Mendoza comenta lo siguiente:

Larrea se pronunció en armas en Nonoava el 9 de diciembre de 1910 al frente de 30 hombres, algunos de origen tarahumara. El 25 de abril de 1911 en un rancho llamado El Terrero, cerca de Parral, hubo un combate entre los jefes revolucionarios Abelardo Prieto, Pablo Prieto, el español Prudencio Calderón y Urbano Molina al mando de 122 hombres, entre ellos 25 tarahumaras de infantería y el resto de caballería (según reportó el Tte. Corl. Zeferino López en su parte militar) y un grupo de federales. Tomás Reyes, lugarteniente de Guillermo Baca, al frente de 15 hombres armados y montados y 70 tarahumaras flecheros, se hallaban en posesión de Guazárachi; el 24 de enero de 1911 son atacados por una fuerza federal integrada por 148 hombres, encabezada por el

---

<sup>566</sup> Comunicación con Reidez el Mendoza Soriano vía correo electrónico, 10 de mayo de 2011.

<sup>567</sup> Carichic pertenece, junto a otras cabeceras municipales, tales como Balleza, Bocoyna, Guachochi y Guerrero, a la Alta Tarahumara. Juan Luis Sariago, *Indigenismo en la Tarahumara*, México, INAH-INI-CONACULTA, 2001, p. 15.

<sup>568</sup> Comunicación con Reidez el Mendoza Soriano vía correo electrónico, 10 de mayo de 2011.

teniente coronel Juan de Dios Arzamendi. Pioquinto Bustillos es otro líder revolucionario de origen tarahumara, pero muy poco sé acerca de él.<sup>569</sup>

La cita anterior es elocuente y deja al descubierto que temáticamente nos encontramos frente a una rica veta a explorar, también, desde el punto de vista historiográfico. Este fragmento, igualmente, da cuenta de la diversidad étnica presente en aquellos contingentes revolucionarios, e incluso permite advertir la existencia de liderazgos rarámuri. Queda para una investigación futura profundizar en las razones que materializaron la participación de los tarahumaras durante la Revolución mexicana, en general, y durante la batalla de Ciudad Juárez, en particular. Es de suponer que los tarahumaras hayan sido reclutados por conocer a profundidad el territorio, por su notable destreza como flecheros, como correos, e incluso por sus habilidades en el manejo de armas.

La siguiente fotografía (Imagen 61) corresponde a Jim A. Alexander (1823-1926), propietario del estudio Alexander Pho. (manera como firmaba sus fotos) ubicado en El Paso, Texas.<sup>570</sup> Esta imagen es muy distinta a la anterior en su composición, pues no aparecen armas que la conviertan en una fotografía de tema revolucionario. En el primer plano, se observan dos hombres tarahumaras de cuerpo entero y de medio lado. Ambos tienen sus miradas atentas en un punto que no se alcanza a identificar por quedar fuera de cuadro. Uno de ellos usa pantalón y el otro, la tradicional zapeta, ambos portan saco y sus respectivos sombreros. En un segundo plano, se identifica a una mujer mestiza que viste una larga falda, blusa hasta el cuello y un rebozo, quien se encuentra acompañada por una niña de unos escasos cinco años. Mujer y niña atestiguan el momento en que el fotógrafo captura el instante con su cámara. Al fondo, se identifica una humareda que emana de un edificio, que

---

<sup>569</sup> *Idem.*

<sup>570</sup> The Getty Research Institute. Recuperado de [http://www.getty.edu/research/tools/guides\\_bibliographies/photography\\_mexico/fotografos.html](http://www.getty.edu/research/tools/guides_bibliographies/photography_mexico/fotografos.html)

podría tratarse de una casa de adobe. La presencia del humo podría ser una manera de evocar las humaredas producto de los incendios ocasionados por los combates, o bien, las nubes de humo provocadas por la pólvora, la cual trajo consigo tanta destrucción y muerte en medio de este enfrentamiento bélico.

### Imagen 61



61. Fuente: Alexander phot., “Indígenas con el ejército de Madero” [Indians with Madefro army], Mc G1001-Mc1100, 1105, Mc Gaw Collection.

Las posturas corporales de estos hombres denotan relativa tensión en la persona que porta zapeta, y cierto grado de espontaneidad en el tarahumara que usa pantalón, lo que contrasta con la fotografía anterior (Imagen 60 A y B), en la que prevalecen poses rígidas. La imagen contiene signos de identidad relevantes, tales como: el pelo largo, la zapeta y los guaraches. Todos estos elementos permiten determinar con bastante certeza que se trata de tarahumaras. Ante la ausencia de armamento moderno, como del tradicional utilizado por

ellos: arcos y flechas, es la inscripción que aparece en la parte inferior de la fotografía, “Indians with Madero Army” (acompañada del número 127), que permite enterarnos con precisión la adscripción de éstos como tarahumaras participantes en las filas del maderismo. Al observar el escenario, surge la duda de si esta imagen fue capturada en uno de los muchos campamentos maderistas que llegaron a instalarse por entonces, aunque también se podría especular que se trata de una toma lograda durante alguna pausa realizada a lo largo de alguno de los trayectos realizados por los insurgentes.

La presencia femenina en esta imagen de Jim Alexander nos obliga a comparar la ausencia de ésta en las fotografías publicadas en la *Revista de Chihuahua*. Si bien en el caso del fotograbado de la *Revista Chihuahuense* están presentes mujeres tarahumaras, éstas no alcanzan a distinguirse con detalle, simplemente están ahí, formando parte de la muchedumbre. En cambio, en la fotografía de Alexander Pho., la mujer mestiza ubicada en un tercer plano puede ser apreciada con cierta claridad (los rasgos fenotípicos, la vestimenta y el peinado). Se podría entonces inferir que para los proyectos editoriales chihuahuenses no interesaba tanto representar fotográficamente a la mujer tarahumara, tampoco a niñas o niños, probablemente como una manera de negar la posibilidad de persistencia de los tarahumaras como pueblo diferenciado.

El hallazgo de las fotografías que registraron la reducida participación de tarahumaras en la Revolución mexicana deja constancia de la existencia de un valioso legado que merece ser rescatado de ese vasto universo conformado por la fotografía olvidada de este trascendental movimiento armado. Es de suponer que al tratarse de un tema escasamente representado a través de la fotografía, estas imágenes han sido poco tomadas en cuenta como fuente documental para el análisis histórico. Lo anterior acentúa la relevancia del hallazgo

de esta fugaz huella fotográfica, la cual de ser estudiada con mayor profundidad podría ayudar a comprender las razones que explican la participación de los “hombres de pies ligeros” en la Revolución, específicamente durante la Toma de Ciudad Juárez, coyuntura en la que una parte pequeña de los rarámuri estuvieron conectados -desconocemos aún los detalles bajo los cuales se produjo esta conexión- con la realidad del nacional del país.

El testimonio fotográfico de la participación de los tarahumaras deja planteadas interrogantes, algunas de ellas son: ¿hasta dónde su presencia obedeció a la convicción de que los abusos cometidos por el clan Terrazas Creel debían acabar? ¿Hasta dónde la participación rarámuri en la batalla de Ciudad Juárez respondió al mandato de líderes locales? ¿Qué otros factores de cohesión explican que diversos segmentos de la sociedad chihuahuense se hayan unido contra la tiranía los Terrazas Creel? ¿Qué reacciones habrán tomado los sacerdotes jesuitas -quienes a partir de octubre de 1900 habían retomado las labores misioneras en la Sierra Tarahumara- ante la noticia de que algunos grupos de tarahumaras participaron del levantamiento de armas? El estudio de las fotografías de D. W. Hoffman y Jim Alexander, ambos fotógrafos dedicados a la práctica de producir tarjetas postales,<sup>571</sup> bien podrían ser un punto de arranque para tal desafío.

Por último, cabe destacar que esta últimas fotografías analizadas si bien son producto de una coyuntura histórica muy específica, se insertan en un contexto más amplio, que da cuenta de la existencia, en pleno inicio del nuevo siglo, de una élite pujante que desde las postrimerías del siglo XIX venía poniendo de manifiesto de múltiples maneras su interés por profundizar un proyecto económico modernizador. Dicho proyecto implicaba el avance un

---

<sup>571</sup> *Ibidem.*, p. 51.

proyecto civilizatorio que garantizara la integración de la población indígena tarahumara mediante la vinculación de este pueblo a la economía de mercado. Para tales efectos, la educación se vislumbró como una de las vías idóneas para concretar tal propósito. El contenido de la Ley Creel y los artículos de Vargas Piñera son elocuentes al respecto, dejando al descubierto el racismo y la violencia presentes en tales documentos, así como el acelerado despojo de tierras que debió enfrentar la población rarámuri por entonces. Probablemente, ese conjunto de agravios sean los que explican, al menos en parte, la participación –aunque escasa- de los tarahumaras en la Toma de Ciudad Juárez.

## EPÍLOGO

En octubre de 2001 viajé por primera vez a la Sierra Tarahumara. El trayecto lo hice en autobús y sola. Desde la Ciudad de México hasta San Juanito, municipio de Bocoyna, el recorrido sumó poco más de 28 horas. En dicha localidad, de trayectoria ferroviaria y maderera hoy afectada duramente por la violencia, me esperaba la hermana Lupita García Ramírez en una vieja troca blanca del Hospital de la Tarahumara para llevarme -por un camino de lastre, plagado de curvas y rodeado de un hermoso paisaje boscoso- hasta Sisoguichi. De aquel largo periplo recuerdo, entre otras cosas, haberlo podido realizar sin sensación alguna de miedo. Es de lamentar, sin embargo, que transcurridos tan solo unos cuantos años las cosas se tornaran radicalmente distintas. La violencia desatada desde 2008 a causa de la llamada “guerra contra el narco” declarada por el segundo presidente panista Felipe Calderón (2006-2012), produjo cambios dramáticos y vertiginosos en las condiciones de vida de regiones y estados enteros del país; siendo la Sierra Tarahumara y el resto de la

entidad de Chihuahua algunos de los territorios más asolados por la presencia del narcotráfico y del crimen organizado.

En las ocasiones siguientes cuando tuve oportunidad de viajar a Chihuahua para participar en algún congreso y para realizar trabajo de archivo, mi estado de ánimo era muy distinto. A diferencia de 2001, reconozco que en los demás viajes el temor se hizo presente. Ello, a pesar de la hospitalidad y cariño que recibí de doña Lala Rodríguez, de sus hijas y, en general, de su familia y de gente amiga. Justamente, fue en compañía de doña Lala y de Mima, una de sus hijas, que experimenté la desagradable vivencia de presenciar una balacera a plena luz del día (esto ocurrió durante la calurosa tarde del Domingo de Ramos de 2011, en uno de los parques de la ciudad de Chihuahua). Al recuperar estos recuerdos, trato de insertar esta investigación en el preocupante contexto de violencia que vive México, en general, y la Sierra Tarahumara, en particular.

En la actualidad, los rarámuri continúan siendo el pueblo indígena más numeroso de Chihuahua y también el más cuantioso que habita en el norte mexicano, siendo también uno de los pueblos más marginados del país. De acuerdo con la Encuesta Intercensal 2015 del Instituto Nacional de Estadísticas, Geografía e Informática (INEGI), el porcentaje de población que se considera indígena en el estado de Chihuahua es del 11.28 %. Mientras que, según datos censales de 2010, la población de 5 años y más hablante de alguna lengua indígena es de 104.014 personas.<sup>572</sup> Sin duda, durante los últimos años las condiciones de vida de la población rarámuri y los demás pueblos indígenas serranos (tepehuanos, pimas y

---

<sup>572</sup> De acuerdo con cifras censales previas la población de 5 años y más hablante de lengua indígena mantiene un crecimiento constante desde 1995 cuando habían 67.930 personas, en el año 200 eran 84.086, en 2005 eran 93.709 y en 2010: 104.014. Instituto Nacional de Estadística y Geografía. Sección de indicadores sociodemográficos y económicos por entidad federativa: Chihuahua (08). Recuperado de <http://www.beta.inegi.org.mx/app/areasgeograficas/#>

guarojíos) se han visto afectadas por la presencia del narcotráfico, la tala clandestina y la minería a cielo abierto, todo ello aunado a la persistente invisibilización que padecen los rarámuri a causa del desconocimiento que de ella hacen las autoridades nacionales, estatales y municipales.

En el relevante documental *Trabajo de campo en tiempo violentos*, de 2011, el antropólogo social Juan Luis Sariago advierte que si ponemos atención a la “geografía de la violencia” es factible identificar que, para el caso de Chihuahua, ésta coincide con una zona históricamente afectada por este flagelo (donde también existe una alta presencia de población indígena). Específicamente, el destacado antropólogo se refiere al “triángulo dorado” conformado por los estados de Chihuahua, Sinaloa y Durango, una de las regiones más peligrosas de México.<sup>573</sup> Señala, además, que los registros más antiguos dejan ver que, el sur de Chihuahua, fue el escenario de rebeliones indígenas durante el periodo colonial, del bandolerismo de finales del siglo XIX, de levantamientos de la Revolución mexicana, de la aparición de la guerrilla en la década de 1960 y, más recientemente, de la presencia del

---

<sup>573</sup> Poco antes de haber sido asesinada, Miroslava Breach Velducea, corresponsal de *La Jornada* documentó el incremento del número de homicidios dolosos en los municipios de la Sierra Tarahumara, en los últimos cuatro años. Mientras que esta tendencia disminuía en las zonas urbanas “en 12 de los 22 municipios serranos [de Chihuahua] se cometieron mil 442 asesinatos en el periodo 2005-2010; la cifra aumentó a mil 770 de 2011 a 2015”. La periodista analizó la situación de la localidad Chínipas (parte baja de la Sierra Tarahumara, en los límites con Sonora y Sinaloa), donde familias enteras fueron asesinadas, mientras que otras fueron desplazadas. Así, tierras que antes servían para el cultivo de manzanas pasaron a ser sembradas de enervantes y el ganado empezó a ser utilizado para alimentar a sicarios que patrullan los caminos. Así, tierras, ganado y casas han cambiado violenta y arbitrariamente de propietarios en los últimos años. Algunas personas desplazadas se sienten indefensas y se aferran, según llegó a documentar Breach, a la esperanza de “un milagro divino de la Guadalupana, dicen, porque hasta ahora las autoridades gubernamentales los tienen olvidados”. Miroslava Breach Velducea, “Destierra el narco a centenares de familias de la sierra de Chihuahua”, en *La Jornada*, 6 de agosto de 2016. Recuperado de <http://www.jornada.unam.mx/2017/03/24/politica/003n1pol>. Este mismo artículo fue publicado el 24 de marzo de 2017, un día después del asesinato, aún impune, de la periodista Miroslava Breach.

narcotráfico.<sup>574</sup> Se trata pues, de un territorio históricamente acechado por la marginalidad y la pobreza, pero también por la violencia.

Tomando en cuenta este complejo escenario resulta conveniente contrastar las condiciones en las cuales los viajeros aquí estudiados arribaron a la Tarahumara a finales del siglo XIX. Llama así la atención que los recorridos de Schwatka, Gerste y Lumholtz hubieran podido ser realizados precisamente gracias al surgimiento de un periodo de paz alcanzado, en parte, como consecuencia de la derrota de los apaches, pero también por el avance de las inversiones y por un creciente afán por control del territorio.

Paradójicamente, poco más de un siglo después, la violencia se volvió a instalar con gran fuerza tanto en la región serrana como en el resto del estado, aunque de manera diferenciada. Si bien es cierto que la existencia de sembradíos de amapola en la Tarahumara data de varias décadas atrás, Sariego recuerda que por entonces existía una especie de “código de honor” que imponía cierto orden en medio del desarrollo de esta actividad ilícita. Así, advierte que la violencia era latente, pero que no se llegaba a manifestar de manera abierta. No obstante, en años recientes dicho código dejó de ser respetado. A causa de ello, comunidades indígenas empezaron a ser penetradas por el consumo de drogas<sup>575</sup> y por los intereses del narcotráfico, convirtiendo algunos de sus territorios en escenario de enfrentamientos entre cárteles. Lo anterior ha provocado que algunos indígenas hayan optado por esconderse en cuevas,<sup>576</sup>

---

<sup>574</sup> En el documental *Trabajo de campo en tiempos violentos* dirigido por Victoria Novelo y Andrés Villa (México, 2011), Sariego expresa su profunda preocupación sobre los graves efectos que tienen las nuevas manifestaciones de violencia no solo para el quehacer académico, sino en general en las condiciones de vida de las poblaciones (11:42”-12:39”).

<sup>575</sup> “En las comunidades serranas ya es común que los niños y jóvenes consuman droga y se involucren en la siembra de enervantes, denunciaron indígenas de más de 10 pueblos”. Patricia Mayorga, “La Tarahumara, bajo el yugo del narco”, en *Proceso*, 23 de setiembre de 2016. Recuperado de <http://www.proceso.com.mx/456094/la-tarahumara-bajo-yugo-del-narco>

<sup>576</sup> J. L. Sariego, *Trabajo de campo...*, *op. cit.*, 8:38-9:08”.

mientras que otros han preferido migrar hacia otras ciudades de la entidad, o bien, a otros estados. El tejido social de las comunidades rarámuri se ha ido resquebrajando, haciendo difícil (a veces imposible) la realización de rituales y reuniones comunitarias.

A lo largo de este estudio, me propuse documentar quiénes y por qué se ocuparon por dejar registro visual de estos indígenas. Se trata de un tiempo que presenta particularidades interesantes que permiten introducirnos indirectamente, a través de la fotografía, en el mundo rarámuri. Surgen así algunas interrogantes: ¿cómo es posible que en pleno siglo XXI tenemos que “rescatar” esas imágenes del pasado? Y más aún, ¿por qué éstas cayeron en el olvido?

Este trabajo aspira a contribuir con un grano de arena para tratar de superar el “analfabetismo visual” tan presente en nuestras sociedades a pesar de que están repletas de imágenes, tanto fijas como en movimiento. Si bien vivimos rodeados de imágenes, con frecuencia no sabemos “leerlas”, ni interrogarlas adecuadamente. Desconocemos entonces que las imágenes producidas, por ejemplo, por viajeros del siglo XIX, pueden informarnos de convenciones tanto individuales como colectivas, dando cuenta de “las actitudes mentales, los valores y los prejuicios decimonónicos”.<sup>577</sup>

La lectura fotográfica de las imágenes estudiadas, me ha permitido desglosar una serie de hallazgos en relación con las formas como fueron representados visualmente los rarámuri entre 1892 y 1911. En términos generales, espero hacer un aporte a la historia de la fotografía etnográfica en México, documentar el trasfondo técnico y editorial que acompañó la transformación de las imágenes durante la vuelta del siglo XIX al XX, para poner en evidencia la enorme carga que conlleva la visión racista que por entonces prevaleció hacia

---

<sup>577</sup> Peter Burke, *Visto o no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 234-235.

los rarámuri, la cual lamentablemente aún persiste en nuestros días. De igual forma, se pretendió enriquecer la discusión sobre las imágenes de “lo indio” en la cultura nacional, sobre todo en una entidad tan colmada de particularidades –empezando por su condición de ser frontera con los Estados Unidos-, como lo es Chihuahua.

Específicamente, el estudio identificó diversas miradas a través de las cuales fueron representados visualmente los tarahumaras. La primera de ellas vendría a ser la del teniente Frederick Schwatka, seguida por la del jesuita belga Aquiles Gerste, la del noruego Carl Lumholtz, así como por los miradas fotográficas plasmadas en los dos proyectos editoriales analizados: *Revista de Chihuahua* y *Revista Chihuahuense* y, por último, aquellas que dejaron evidencia de la participación de hombres rarámuri en la Toma de Ciudad Juárez en las filas maderistas, quedando así documentando que algunos de estos indígenas también habían llegado a tomar partido en esta importante coyuntura y que eran capaces de hacer uso tanto de la tecnología tradicional (arcos y flechas) como acceder a la moderna. Parece pertinente subrayar que si bien el texto de la Ley Creel no contiene ninguna fotografía, sin duda dejó constancia del provecho que los intelectuales involucrados en su elaboración sacaron de la información reunida tanto por Aquiles Gerste como por Carl Lumholtz.

Se ha procurado dejar en claro que no fue solo Lumholtz quien se interesó por conocer quiénes eran, dónde y cómo vivían los tarahumaras en el ocaso del porfiriato. Evidentemente, el acervo fotográfico del noruego es el que más ha sido estudiado desde el punto de vista de la historiografía y de la antropología. No obstante, tal legado visual convivió e incluso fue precedido por otros. Ello a pesar de que el hábil investigador intentara borrar en su obra *México desconocido...* la evidencia de esos otros expedicionarios contemporáneos suyos.

En el caso de Schwatka se puede concluir que su proyecto tenía el propósito de llamar la atención acerca de este “pueblo primitivo” del que tan poco se conocía hasta entonces. Dado que con anterioridad no había sido estudiado a profundidad el relato del estadounidense, así como tampoco los grabados (de Landeau) y las litografías (Munro) que acompañan su relato, no se había podido apreciar su valioso aporte al conocimiento de los tarahumaras a quienes consideraba “los últimos cavernícolas”. Las representaciones visuales en el libro *In the Land of Cave and Cliff Dwellers* muestran, en términos generales, a los rarámuri formando parte, de manera estrecha, del paisaje natural. De modo que, éstos prácticamente llegan a mimetizarse con el paisaje. Dichas ilustraciones pusieron especial énfasis en que estos indígenas eran habitantes de cuevas y acantilados.

En relación con el análisis de las fotografías de Aquiles Gerste, de su expedición a la Sierra Tarahumara a inicios de 1892 y del informe que sobre ella publicara desde Roma, Italia en 1914, es posible sostener que Gerste no solo cumplió el encargo del Museo Nacional de México, sino que aprovechó los resultados de esta expedición para abogar para que la Compañía de Jesús pudiera volver a ocuparse de las labores de evangelización de los tarahumaras. Queda en evidencia que este jesuita detectó el potencial que tenían estos indígenas para alcanzar la civilización, toda vez que habían sido capaces de mantener alguna noción del catolicismo.

Los conocimientos de Gerste sobre los tarahumaras fueron aprovechados en el contexto de la elaboración de la Ley Creel, cuando en 1906 fue consultado mediante intercambio epistolar por Victoriano Salado Álvarez, secretario del gobierno de Chihuahua, con respecto a cuál era la situación en la que se encontraban los rarámuri. La extensa respuesta del jesuita fue importante para sustentar dicho documento legal y sirvió de base para que, años después, elaborara su informe sobre dicho recorrido. Las fotografías del jesuita

no enfatizan la idea de que los tarahumaras sean los últimos cavernícolas, sino más bien tienden a presentarlos como potenciales cristianos e individuos civilizados.

En este sentido, se debe subrayar que el propósito del fotógrafo aficionado Gerste no era el mismo que perseguía Lumholtz, quien se esmeró para que sus fotografías cumplieran con los requerimientos de objetividad científica. La mirada de Gerste puso en evidencia un componente de intervención entre la población rarámuri (quienes debían ser evangelizados por los jesuitas). En cambio, la de Lumholtz carecía de un propósito similar. En términos generales, los hallazgos relacionados con el noruego coinciden con los de estudios anteriores, en el sentido de que fue uno de los investigadores de la otredad más importantes del siglo XIX en México y que sus aportes al desarrollo de la etnografía y a la fotografía etnográfica fueron notables. Otro aspecto novedoso, tal y como ya se ha mencionado, apunta al hecho de que su obra, *El México desconocido...* haya sido tomada como referencia durante el proceso de elaboración de la Ley Creel y que, incluso, fuera citada en la *Exposición de motivos*.

Un hallazgo más tiene que ver con el análisis cuantitativo y cualitativo de las fotografías que Lumholtz tomó de los rarámuri y de su entorno, gracias al cual ha sido posible detectar que su repertorio fotográfico fue mucho más diverso de lo que se creía y que dentro de éste las imágenes antropométricas no fueron las más numerosas. El noruego dejó testimonio visual de temas de los que no se habían ocupado ni Schwatka, ni Gerste y que, en cambio, a partir de la década de 1920 serían de central importancia, por ejemplo: los rituales, la faceta de los rarámuri como excepcionales corredores y portadores de una admirable resistencia física, el uso de tecnología moderna por parte de los tarahumaras, las fotografías más espontáneas y de corte esteticista.

En el caso de la *Revista de Chihuahua*, los hallazgos dan cuenta del interés que la élite chihuahuense mostró por abrir un espacio para incluir fotografías de hombres

tarahumaras (mas no de mujeres rarámuri) tomadas al interior de un estudio fotográfico, cuya autoría corresponde a una firma estadounidense, la Franklin Co. Chicago. Se trata de fotografías capturadas que reflejan que para este proyecto editorial no existía interés etnográfico alguno. En las páginas de esta revista, los rarámuri son mostrados como aborígenes que dejaron de ser amenazantes (no se hace ninguna alusión a las cuevas). Tal pareciera que la finalidad de estas imágenes era mostrar a los tarahumaras como salvajes, exóticos e inofensivos. Aunque también surge la siguiente pregunta: ¿estos indígenas estaban siendo neutralizados con la intención de convertirlos en parte del folclor local? Queda la impresión de que la *Revista de Chihuahua* tenía el interés de “acomodar” o “reubicar” a los tarahumaras dentro del proyecto de modernización chihuahuense. En consecuencia, trataron de ubicarlos en un sitio que impidiera verlos como una amenaza.

Los hallazgos encontrados a partir del análisis de la única imagen de tarahumaras que se publicó en la *Revista Chihuahuense* así como de los artículos de Luis Vargas Piñera dan cuenta de un cambio significativo que pareciera estar preparando el terreno para lo que habría de venir, desde el punto de vista de la representación fotográfica de los tarahumaras, a partir del periodo posrevolucionario. La imagen publicada en esta revista y en la que aparece un nutrido grupo de tarahumaras, y que transmite la idea de la “masa”, es un tipo de fotografía que estará muy presente en la fotografía indigenista.

Algo similar sucede con las fotografías que aluden a la participación de los tarahumaras en la Toma de Ciudad Juárez y en las cuales aparecen haciendo uso de rifles, o bien, en la que aparece una edificación de la cual emana humo. Ambas imágenes rompen con el rasgo de atemporalidad que caracterizó a las demás fotografías (a excepción de dos fotos de Lumholtz en las que justamente aparecen hombres rarámuri haciendo uso también de rifles). El reducido registro fotográfico de esta participación vino a engrosar el vasto universo

constituido por la fotografía olvidada de la Revolución mexicana. Estas últimas fotos dan cuenta de miradas distantes de las anteriores, dejando ver que estos indígenas tomaron partido en un momento crucial de la historia política del país.

El trabajo realizado representa un modesto aporte a la comprensión de una temática relevante, pero aún escasamente abordada como lo es la representación visual de un pueblo indígena -en este caso el rarámuri- a través del tiempo y de las diversas miradas que se ocuparon por dejar registro fotográfico de él. Quizá, este es el punto donde radica la originalidad del estudio, a lo largo del cual se pretendió demostrar que -siguiendo a Pierre Francastel- el conocimiento tanto del origen como de las leyes de las imágenes constituye una de las claves para comprender nuestro tiempo. O como lo señala Peter Burke, las imágenes pueden contribuir a reconstruir “la sensibilidad colectiva de una época pretérita”.<sup>578</sup> Por lo tanto, el análisis de las imágenes estudiadas a través de nuevos ojos e interrogadas a partir de preocupaciones del presente, abre la puerta al propósito de superar el analfabetismo visual ya citado, al tiempo que contribuye en la reconstrucción de la historia de manera más integral y acorde con nuestros desafíos presentes.

Tomando en cuenta que las fotografías son una pieza clave de la comunicación de masas y que conviene discutir sus contenidos, toda vez que son artefactos culturales capaces de consolidar estereotipos y prejuicios, es factible pensar que la presente investigación podría servir como referente o punto de arranque para el desarrollo de posteriores esfuerzos enfocados en dar respuesta a interrogantes tales como: ¿qué pasó con la representación fotográfica de los rarámuri durante la posrevolución?, ¿qué tanto ésta determinó o influyó el posterior desarrollo de la representación cinematográfica de este pueblo indígena? Y, ¿qué

---

<sup>578</sup> *Idem.*

tipo de imaginario surgió, por entonces, de los rarámuri a partir de las imágenes y de los textos aquí estudiados?

Conviene reconocer que las fuentes localizadas, mismas que sustentan este estudio, sólo nos permitieron conocer la visión masculina y “blanca” de las cosas, impidiéndonos así “escuchar” la propia voz de los tarahumaras. Ello generó, en palabras de Pratt, una “distorsión enorme”.<sup>579</sup> Sin embargo, los libros de viajes, las revistas, las tarjetas postales y los informes dejaron constancia de qué tanto el público lector –ya fueran europeos, estadounidenses y mexicanos- llegó a experimentar: “un sentido de propiedad, derecho y familiaridad respecto de las remotas partes del mundo en las que se invertía y que estaban siendo exploradas, invadidas y colonizadas”.<sup>580</sup>

.....  
Al respecto habría que agregar que la élite chihuahuense y sus intelectuales dejaron constancia también de su “necesidad obsesiva de presentar y re-presentar continuamente para sí mismos a sus periferias y sus ‘otros’ súbditos”.<sup>581</sup> La influencia de la “conciencia planetaria”, a la que se refiere Pratt, alcanzaba a las élites latinoamericanas que, de igual forma, dejaban constancia de sus intereses por explorar y explotar el interior de sus territorios, habitantes originarios incluidos. En este sentido, cabe advertir que la élite chihuahuense de finales del siglo XIX e inicios del XX destacó marcadamente.

Concluyo advirtiendo sobre otro propósito que persigue esta investigación: el de ser un recordatorio de que es preciso localizar y conservar las imágenes fotográficas como los valiosos registros de memoria que son, las cuales deben ser estudiadas, interrogadas,

---

<sup>579</sup> Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, México, Fondo de Cultura Económica, p. 27.

<sup>580</sup> *Ibidem.*, p. 24.

<sup>581</sup> *Ibidem.*, pp. 25-26.

contextualizadas e incluso comparadas con las producidas en otras latitudes. De esta manera, podrán ser reconocidas en su complejidad las miradas que se encargaron de capturar cada uno de esos instantes de luz provenientes del mundo indígena, los cuales pueden, deben y merecen ser historizados, citando a Alejandra Moreno Toscano ya “no como objetos de investigación etnográfica, herederos de culturas pasadas, sino como contemporáneos nuestros, que buscan caminos diferentes para durar y cambiar, para vivir su tiempo sin dejar de parecerse a sí mismos”.<sup>582</sup>

---

<sup>582</sup> Alejandra Moreno Toscano, “Identidad perdida”, en Armando Bartra, Alejandra Toscano y Elisa Ramírez Castañeda, *De fotógrafos y de indios*, México, Tecolote, 2000, p. 17.

## **Archivos y bibliotecas consultados**

Archivo Histórico, Centro de Información del estado de Chihuahua (CIDECH)

Archivo México Indígena, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM

Archivo Porfirio Díaz, Universidad Iberoamericana

Biblioteca Arturo Agüero, Sede de Occidente, Universidad de Costa Rica

Biblioteca Bonfil Batalla, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Unidad Chihuahua

Biblioteca Daniel Cosío Villegas, El Colegio de México

Biblioteca Nacional de México (BNM)

Fondo Reservado de la Hemeroteca (FR)

Biblioteca Digital (BD)

Sección de Historia (SH)

Biblioteca Nettie Lee Benson (BNLB)

Colección Latinoamericana (CL)

Rare Books (RB)

Centro de Estudios de Historia de México (CEHM)

Fondo Enrique C. Creel (FEC)

Fototeca Chihuahua

Fondo Siervas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Pobres

Fototeca Nacho López, Comisión para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas

Colección Carl Lumholtz

Colección Centro Coordinador Tarahumara-Tepehuano

Sistema Nacional de Fototeca Nacional, Instituto Nacional de Antropología e Historia (SINAFO)

Fondo Étnicos

Serie indígenas del nortes y tarahumaras

## Bibliografía general

Aboites, Luis, “*Nómadas y sedentarios en el norte de México. Elementos para una priorización*”, Marie-Areti-Hers et al. (eds.), *Nómadas y sedentarios en el norte de México. Homenaje a Beatriz Branniff*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas–Instituto de Investigaciones Estéticas–Instituto de Investigaciones Históricas, 2000.

Aboites, Luis, *Breve historia de Chihuahua*. 2da. ed. México, Fondo de Cultura Económica–Colegio de México–Fideicomiso de las Américas, 2006.

Aguilar Mora, Jorge, “La pólvora y su claridad”, en *Una muerte sencilla, justa, eterna. Cultura y guerra durante la Revolución Mexicana*, México, Era, 1990.

*Álbum de Chihuahua. Chihuahua, Gobierno del Estado de Chihuahua y la Junta Porfirista, ofrecen este álbum al Sr. General Don Porfirio Díaz, en recuerdo de su visita a la Capital del Estado de Chihuahua*, Chihuahua, octubre 13 y 14, 1909.

Almada, Francisco, *La imprenta y el periodismo en Chihuahua*, México, Imprenta Óptima, 1943.

Almada, Francisco, *Diccionario de historia, geografía y biografía chihuahuense*, Chihuahua, Talleres Gráficos del Gobierno de Chihuahua, 1950.

Altamirano, Graziella y Guadalupe Villa (comps.), “*Del tutelaje a la libertad*”, en *Chihuahua. Una historia compartida 1824-1921*. México, Chihuahua, Gobierno del Estado de Chihuahua–Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora–Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1988.

Arguedas, Alcides, *Pueblo enfermo. Contribución a la psicología de los pueblos hispanoamericanos*. Barcelona, Editores Vda. de Tasso, 1909.

Arguedas, Alcides, *Pueblo enfermo. Contribución a la psicología de los pueblos hispanoamericanos*. 6ta. ed., Bolivia, Ediciones Puerta del Sol, 1977.

Baranda, Joaquín, “El concurso de México á la Exposición histórico-americana de Madrid”, *Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Tabasco*, 30 de diciembre de 1891, p. 1.

Baranda, Joaquín, s.t., *Periódico Oficial del gobierno del estado de Tabasco*, 30 de diciembre de 1891, p. 1.

Basauri, Carlos, “*Importancia de los estudios de lingüística indígena en México*”, en *El Demócrata*, 14 de enero de 1925.

Basauri, Carlos, *Monografía de los Tarahumara*. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1929.

Bemecker, Walther L., Literatura de viajes como fuente histórica para el México decimonónico: Humboldt inversiones e intervenciones, en *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*. Morelia, México, julio-diciembre, núm. 038, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Recuperado de <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfred.jsp?iCve=89803803>

Bennett, Wendell C. y, Robert M, Zinqq, *The Tarahumara. An Indian tribe of northern Mexico*. Glorieta Nuevo México. The Rio Grande Press, 1976.

Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de lamodernidad*. México, Siglo XXI.

Bernabeu Albert, Salvador, *1892: El IV Centenario del descubrimiento de América en España: coyuntura y conmemoraciones*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1987.

Berumen, Miguel Ángel, “Ciudad Juárez vista por los fotógrafos estadounidenses, 1881-1913”, en *Alquimia*, núm. 22, año 8, setiembre-diciembre, 2004.

Berumen, Miguel Ángel, *Pancho Villa: la construcción del mito*. México, CuadroXCuadro–Océano, 2007.

Berumen, Miguel Ángel, *1911. La batalla de Ciudad Juárez en imágenes*. México, Océano, 2009.

Berumen, Miguel Ángel, “Disparando desde todos los frentes. Los fotógrafos que documentaron la revolución”, en Miguel Ángel Berumen y Claudia Canales (eds.), *México: fotografía y revolución*, México, Lunweg-Fundación Televisa, 2010.

Berumen, Miguel Ángel, “La disputa por el liderazgo moral de la revolución. De San Luis Missouri a San Luis Potosí y de Los Ángeles a Casas Grandes”, ponencia presentada en el Coloquio Académico y exposición fotográfica: La imagen cruenta: Centenario de la Decena Trágica, México, D.F., Dirección de Estudios Históricos/INAH, 7 de febrero de 2013.

Bonfil Batalla, Guillermo, *México profundo: Una civilización negada*. México, Random House Mondadori, 2008.

Breach Velducea, Miroslava, “Destierra el narco a centenares de familias de la sierra de Chihuahua”, en *La Jornada*, 6 de agosto de 2016. Recuperado de <http://www.jornada.unam.mx/2017/03/24/politica/003n1pol>

Brown, Bernard, *El papel de Adolph Francis Bandelier en la arqueología y antropología de Chihuahua en el México desconocido: Cien años después*. Eduardo Gamboa Carrera (coord.). México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996. (Serie Historia).

Burke, Peter, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona: Crítica, 2001.

Bustamante, Jesús, “La conformación de la antropología como disciplina científica, el Museo Nacional de México y los Congresos Internacionales de Americanistas”, en *Revista de Indias*, vol. LXV, núm. 234, 2005.

Bustamante, Jesús, “Presentación”, en *Revista de Indias*, vol. LXV, núm. 234, 2005.

Calderón-Mólgora, Marco Antonio, “Frederick Starr por el sur de México”, en *LiminaR*, vol. 11, no. 1, enero-junio, 2013.

Campbell, Ysla y María Rivera (comps.), “Introducción”, en *Textos para la literatura Chihuahuense*. Chihuahua, Universidad Autónoma de Juárez, vol. 5, 2002. (Colección conmemorativa. Quinto centenario del encuentro de dos mundos).

Canales, Claudia, “La densa materia de la historia. Notas sobre la fotografía olvidada de la revolución”, en Miguel Ángel Berumen y Claudia Canales (eds.) CHECA SI ELLA ES EDITORA O COLABORADORA, *México: fotografía y revolución*. México, Lunweg–Fundación Televisa, 2009.

Canales, Claudia, *El barón trashumante Alexander Von Humbolt*. México, CONACULTA-PANGEA, 1994.

Casanova, Rosa, “El indio exhibido”. Inédito.

Castillo, Alberto del, “La historia de la fotografía en México, 1890-1920. La diversidad de los usos de la imagen”, en Emma C. García (coord.) *Imaginario y fotografía en México 1839-1970*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes–Instituto Nacional de Antropología e Historia–Lunweg, 2005.

*Chihuahua. Reseña geográfica y estadística*. México, Librería de la viuda de C. Bouret, 1909.

Ceballos, Manuel, *El catolicismo social: un tercero en discordia. Rerum Novarum, la “cuestión social” y la movilización de católicos mexicanos (1891-1911)*. México, El Colegio de México, 1991.

*Centenario de Colón. Presidencia del Consejo de Ministros*, Ed. Oficial, Madrid, M. Minuesa de los Ríos, 1888.

Charnay, Désiré, *The ancient cities of the New World Being Travels and America from 1857 1882*. London, Chapman and Hall, 1887.

Cramaussel, Chantal, “*De cómo los españoles clasificaban a los indios. Naciones y encomiendas en la Nueva Vizcaya Central*”. En Marie Areti Hers et al. *Nómadas y sedentarios en el norte de México*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.

Debroise, Olivier, *Fuga mexicana un recorrido por la fotografía mexicana*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 2005.

Decorme, Gerard, S. J. *Historia de la Compañía de Jesús en la República Mexicana durante el siglo XIX*. Chihuahua, Ediciones Conisio, T. III, 1959.

Delgadillo, Willivaldo, *Las corresponsables*. Recuperado de [http://docentes2.uacj.mx/museodigital/willi/cap\\_2.htm](http://docentes2.uacj.mx/museodigital/willi/cap_2.htm)

De Ajofrín, Francisco, *Diario del viaje que hizo a América en el siglo XVIII el P. Fray Francisco de Ajonfrín*. México, Instituto Cultural Hispano Mexicano, 1964.

Del Paso y Troncoso, Francisco, “Introducción. Reseña de los trabajos de la Junta Colombina de México”, *Exposición Histórico-Americana de Madrid, Catálogo de la Sección de México, Tomo I*, Madrid, Est. Tip. “Suscriptores de Rivadeneyra”, Impresores de la Real Casa, Paseo de San Vicente, 20, 1892. Recuperado de <http://archive.org/stream/catbalogosecc02mexirich#page/6/mode/2up>

De Lameiras, Brigitte B., *Indios de México y viajeros extranjeros*. México, Secretaría de Educación Pública, 1973, (Sepsetentas).

De los Reyes, Aurelio, “*Nafragios de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca. ¿Novela, crónica, historiografía?*”, en Marie-Areti Hers et. al, *Nómadas y sedentarios en el norte de México*, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.

De Velasco Rivero, Pedro J., S. J., *Danzar o morir. Religión y resistencia a la dominación en la cultura Tarahumara*, México, Universidad Iberoamericana, 1987.

Dorotinsky Alperstein, Déborah, “*La construcción del indio en la fotografía 1910-1950*”, en La vida de un archivo “México Indígena” y la fotografía etnográfica de los años cuarenta en México, tesis para optar por el grado de doctora en Historia del Arte, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.

Dorotinsky Alperstein, Déborah, “*La puesta en escena de un archivo indigenista: el archivo México Indígena del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM*”, *Cuicuilco*, Vol. 14, Núm. 41, septiembre-diciembre, 2007.

Dorotinsky Alperstein, Déborah, “Imagen e imaginarios sociales. Los indios yaquis en la revista Hoy en 1939”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, Vol. XXXI, Núm. 94, 2009.

Dube, Saurabh, “*Sujetos de la modernidad*”. En *Boletín de Antropología*, Medellín, Colombia, Universidad de Antioquía, vol. 20, núm. 037.

Enríquez Hernández, Jorge, Análisis geoeconómico del sistema regional de la Sierra Tarahumara, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988.

Estrada Gutiérrez, María Armida y Estrada Ordoñez, Enny, “Aprendizaje de la lecto-escritura en la población tarahumara”, *Boletín de Antropología y Educación*, año 5, núm. 7, 2014, p. 9.  
Recuperado de <http://antropologia.institutos.filo.uba.ar/sites/antropologia.institutos.filo.uba.ar/files/n7a1.pdf>

Fernández, Silvia, “La transición del diseño gráfico colonial al diseño gráfico moderno en México (1777-1850)”, en Laura Beatriz Suárez de la Torre (coord. gral.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.

Fagan, Brian, *Precusores de la arqueología en América*. México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

Foucault, Michel, *Vigilar y castigar*. México, Siglo XIX, 2009.

Freund, Gisèle, *La fotografía como documento oficial*. Barcelona, Gustavo Gili, 2008.

Galindo y Villa, Jesús, *Exposición Histórico-americana de Madrid de 1892: algunos datos relativos de la República Mexicana*. México, ed. de la Sociedad Alzate-Impronta del Gobierno Federal en el Ex-Arzobispado, 1893.

Gassan, Arnold, *A chronology of photography*. Athens, Ohio, Handbook Company, 1972.

Gemelli Carreri, Giovanni Francesco, *Viaje a la Nueva España*. México, Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1983.

Gerste, Aquiles, *Rapport sur un voyage d’exploration dans la Tarahumara (Mexique Nord-Ouest)*, Roma, Italia, Tipografía Pontificia, Nell’ Istituto Pio IX, 1914.

Gerste, Aquiles, S. I, *Informe sobre un viaje de exploración en la Tarahumara (Noroeste de México)*, Dizán Vázquez y María Esther Montanaro (eds.), Chihuahua, Gobierno del estado de Chihuahua-Secretaría de Cultura, 2018.

Giraudó, Laura, “‘Para la redención de la raza indígena’ entre México y Bolivia y desde la capital hacia regiones indígenas. Una comparación entre los proyectos de escuelas especiales para indígenas en la primera mitad del siglo XX”, ponencia presentada en el S. XVI Congreso Internacional de AHILA (Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos), San Fernando, Cádiz, 2011.

Giordano, Mariana. *Indígenas en la Argentina. Fotografías 1860-1970*. Editorial Ardena, Buenos Aires, 2012.

González H., Carlos y Ricardo León G., *Civilizar o exterminar. Tarahumaras y apaches en Chihuahua, siglo XIX*. México, Centro de Investigaciones y Estudios en Antropología Social–Instituto Nacional Indigenista, 2000.

González Rodríguez, Luis, *Tarahumara. La Sierra y el hombre*. México, Camino, 1994.

Gorbach, Frida y Cházaro, Laura, "De enfermedades y monstruos: una reflexión en la medicina del siglo XIX", en Mechthild Rutsch y Carlos Serrano (eds.), *Ciencia en los márgenes*, México, UNAM, 1997.

Granados García, Aimer, *Debates sobre España: el hispanoamericanismo en México a finales del siglo XIX*. 2 ed., México, El Colegio de México–Universidad Autónoma Metropolitana–Unidad Cuajimalpa, 2010.

Greaves L., Cecilia, “El mundo indígena en los libros de texto gratuitos”, en Pilar Gonzalbo Aizpuru (dir.), *Historia de la vida cotidiana en México*, Aurelio de los Reyes (coord.) V. Siglo XX. Campo y ciudad. Vol. 1, México, Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México, 2006.

Gregg, Josiah, *Commerce of the prairies, the Journal of a Santa Fe Trader, during eight expeditions across the great western prairies, and a residence of nearly nine years in northern Mexico*, 2 vols., New York, H.G. Langley, 1844.

Gutiérrez Castillas, José, S. J. *Jesuitas en México durante el siglo XIX*. México, Porrúa, 1972.

Heras Quesada, Margot. *El pueblo rarámuri*. México, Doble Hélice, 2005.

Hernández Espejo, Octavio, “La fotografía como registro etnográfico”, en *Cuicuilco*, Nueva Época, vol. 5, núm. 13, mayo-agosto, 1998.

Iturriaga de la Fuente, José, *Viajeros en el estado de Chihuahua*, México, Chihuahua, Instituto Chihuahuense de la Cultura, 2009.

Jáuregui, Jesús, “Lumholtz en México”, en *Carl Lumholtz. Montañas, duendes, adivinos...*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1996.

Katz, Friederich, *Pancho Villa*. México, Era, 2004, 2 vols.

- Knigh, Alan, *La Revolución mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Lartigue, François, *Indios y bosques: políticas forestales y comunales en la Sierra Tarahumara*. México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1983.
- León García, Ricardo, *Misiones jesuitas en la Tarahumara, siglo XVIII*, México, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1992.
- Leoncio López Ocón Cabrera, “La América Latina en el escenario de las exposiciones universales del siglo XIX”, *ProcesoS. Revista Ecuatoriana de Historia*, No. 18, 2002, Corporación Editora Nacional. Recuperado de [http://www.academia.edu/4805611/La\\_Am%C3%A9rica\\_Latina\\_en\\_el\\_escenario\\_de\\_las\\_exposiciones\\_universales\\_del\\_siglo\\_XIX](http://www.academia.edu/4805611/La_Am%C3%A9rica_Latina_en_el_escenario_de_las_exposiciones_universales_del_siglo_XIX)
- Lerner, Jesse, “Charles Flechter Lummis en Chihuahua,” en *Alquimia*, septiembre-diciembre, año 8, núm. 22, 2004.
- Linati, Claudio, *Trajes, militares y religiosos de México, 1828*. México, Porrúa, 1979.
- Lira Larios, Regina, “Carl Lumholtz y la objetualización de la cultura indígena de la Sierra Madre Occidental,” en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 50, 2015.
- López Valles, Concepción y Payán Franco, Humberto, *Más allá del Conchos*, México, Chihuahua, Instituto Chihuahuahense de la Cultura, 2008. (Colección Solar, Serie Jardines Colgantes).
- Lumholtz, Carl, *El México desconocido. Cinco años de exploración entre las tribus de la Sierra Madre Occidental; en la tierra caliente de Tepic y Jalisco y entre los Tarascos de Michoacán*. Trad. De Balbino Dávalos, 3ra. ed., México, Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, 2006.
- Lumholtz, Carl, *Montañas, duendes, adivinos..., otros autores* Ramírez Morales, César; Lépez Vela, Jorge; Vázquez, Mario R.; Jáuregui, Jesús. México, Instituto Nacional Indigenista, 1996.
- Lummis, Charles F, *The Awakening of a Nation. Mexico of To-day*. New York and London, Haper & Brothers Publishers, 1898.
- Martínez, José Luis, “México en busca de su expresión”, en *Historia general de México*, El Colegio de México, 2000.

Mayorga, Patricia, “La Tarahumara, bajo el yugo del narco”, en *Proceso*, 23 de setiembre de 2016. Recuperado de <http://www.proceso.com.mx/456094/la-tarahumara-bajo-yugo-del-narco>

Medina, Andrés. “Etnografía y fotografía. Experiencias con la cámara en el trabajo de campo”, en *Cuicuilco. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, Nueva época, Vol. 5, Núm. 13, Mayo/Agosto, 1998.

Medina, Andrés, “La línea difusa: etnografía y literatura en la antropología mexicana”. Prólogo en María Teresa Valdivia Dounce, *Entre yoris y guarijíos. Crónicas sobre el quehacer antropológico*. México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 2007.

Mendiola, Francisco, *Las texturas del pasado. Una historia del pensamiento arqueológico en Chihuahua*. México, Chihuahua, ENAH–CONACYT–INAH, 2008.

Mendoza Soriano, Reidezal, *Cazadores de la Sierra. Historia militar de la revolución en Chihuahua (1910-1911)*. Ciudad Juárez, s. p. i., 2010.

Meyer, Jean, *Presentación*, en Leon Diguét, *fotografías del Nayar y de California 1893-1900*. México, Instituto Nacional Indigenista–Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1991.

Molinari Medina, Claudia, “Diamantes en bruto”, en Eduardo Gamboa (coord.), *El México desconocido, cien años después*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996. (Serie historia).

Molinari Medina, Claudia, *Protestantismo y explotación forestal en la Tarahumara*, Tesis para optar por el grado de licenciada en Antropología Social, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 1998.

Molinari Medina, Claudia, “El protestantismo en la Tarahumara”, en *Dimensión Antropológica*. Recuperado de <http://www.dimensionantropologica.inah.gob.mx/?p=1508>

Montanaro, María Esther, *¿Exclusión o integración? Promulgación de la Ley Creel en la Sierra Tarahumara*. México, El Colegio de Chihuahua, 2010.

Montanaro, María Esther, “Olvido y memoria: Tomóchic de Heriberto Frías”, en *Pacarina del sur*, Núm. 2, febrero de 2010. Recuperado de <http://www.pacarinadelsur.com/home/oleajes/58-olvido-y-memoria-tomochic-de-heriberto-frias>

Montanaro Mena, María Esther, “Miradas sobre la otredad en el norte de México: los tarahumaras en imágenes (1899-1906)”, en Patricia Alvarenga Venutolo, Mauricio Menjívar Ochoa y María Esther Montanaro Mena, *Miradas tramposas. Visiones*

*antropológicas de viajeros por Centroamérica y México, siglos XIX y XX*, San José, Costa Rica, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2018.

Morales Moreno, Luis Gerardo, *Orígenes de la museología mexicana. Fuentes para el estudio histórico del Museo Nacional, 1780-1940*, México, Departamento de Historia, Universidad Iberoamericana, 1994.

Moreno Toscano, Alejandra, “Identidad perdida”, en Armando Bartra, Alejandra Toscano y Elisa Ramírez Castañeda, *De fotógrafos y de indios*, México, Tecolote, 2000.

Moszowski Van Loon, Aäron Ramses Ra, *Los ojos imperialistas de un coleccionista mercenario: Carl Sofus Lumholtz y el México desconocido*. Tesis para optar por el grado de Maestro en Filosofía de la Ciencia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.

Museo Nacional, “Cuarto Centenario del descubrimiento de la América”, *La Patria*, México, 8 de mayo de 1897, p. 2.

Nava Diosdado, Liliana, *Carl Lumholtz: etnógrafo y fotógrafo al acecho del indio mexicano de mediados del S. XIX. Historia gráfica de una visión extranjerizante*. Tesis para optar por el grado de licenciada en etnohistoria, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2008.

Negrete, Claudia, “Arquitectura y fotografía: complicidades ideológicas”, en *Alquimia*. México, septiembre-diciembre, año 3, núm. 7, 1997.

O’Crowley, Pedro Alonso, *Idea compendiosa del reyno de Nueva España (manuscrito de 1774)*. México, Talleres Gráficos de Contabilidad Ruf, 1975.

Ober, Frederick A., “*Travels in Mexico and life among the mexicans*”. Boston, Estes and Lauriat Publishers, 1884.

Orozco Orozco, Víctor, *El Estado de Chihuahua en el parto de la Nación 1810-1831*. México, Plaza y Valdéz, 2007. p. 47. (Colección Francisco Almada).

Ortega y Medina, Juan Antonio, *Zaguán abierto al México republicano (1820-1830)*. México, Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Históricas, 1987.

Ortelli, Sara, *Trama de una guerra convincente. Nueva Vizcaya y la sombra de los apaches (1754-1790)*. México, El Colegio de México, 2007.

Paz Soldán, Edmundo, “Alcides Arguedas y la narrativa de la nación enferma”, en *Red Voltaire*, 17 de julio de 2002. Recuperado de <http://www.voltairenet.org/article120458.html>

- Pratt, Mary Louise, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Pérez Salas, María Esther, *Costumbrismo y litografía en México: un nuevo modo de ver*. México, Universidad Nacional Autónoma de México–Instituto de Investigaciones Estéticas, 2005.
- Pichardo, Hugo “La comisión francesa y sus exploraciones en el territorio insular mexicano, 1864-1867”, en *Política y Cultura*, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, otoño, núm. 016, 2001. Recuperado de <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/267/26701605.pdf>
- Pintado, Ana Paula, *Tarahumaras*. México, Comisión para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, 2004.
- Ponce de León, José María, *Chihuahua y sus distritos. Datos geográficos y estadísticos del Estado de Chihuahua*.
- Ponce de León, José María; Aguilar Sáenz, Manuel y Rocha y Chabre, Manuel (eds.), *Álbum del centenario. Chihuahua en 1910*, Chihuahua, México, Imprenta del Gobierno, 1910.
- Powell, T. G., “Los liberales, el campesinado indígena y los problemas agrarios durante la Reforma”, en *Historia mexicana*, vol. XXI, núm. 4, abril-junio, 1972.
- Powell, T. G., *El liberalismo y el campesinado en el centro de México (1850 a 1876)*. Secretaría de Educación Pública, 1974.
- Quesada Avendaño, Florencia, *La modernización entre cafetales. San José, Costa Rica, 1880-1930*. Finlandia, Universidad de Helsinki–Publicaciones del Instituto Renvall, 2008.
- Quijada, Mónica, “América Latina en las revistas europeas de antropología, desde los inicios hasta 1880. De la presencia temática a la participación académica”, en *Revista de Indias*, vol. LXV, núm. 234, 2005.
- Ramírez Losada, Dení, “La Exposición Histórico-Americana de Madrid de 1892 y la ¿ausencia? de México”, en *Revista de Indias*, 2009, Vol. LXIX, núm. 246. Recuperado de: <http://revistadeindias.revistas.csic.es/index.php/revistadeindias/article/view/687/758>
- Ramírez Castañeda, Elisa, “Espejismos”, en Armando Bartra *et al.*, *De fotógrafos y de indios*. México, Tecolote, 2000.
- Rascón Banda, Víctor Hugo, “Apaches”, en *Intolerancias. Tres obras de teatro*. México, Universidad Nacional Autónoma de México–Casa Juan Pablos, 2005.
- Riego, Bernardo, *Interpretando las imágenes: el grabado informativo y la fotografía del siglo XIX como documentos para la Historia*. Recuperado de

<https://bernardoriego.files.wordpress.com/2016/09/libro-interpretacion-3b3n-imc3a1genes-histc3b3ricas-siglo-xix.pdf>

Rocha Islas, Martha E., *Defensas Sociales en Chihuahua*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988.

Rodríguez, José Antonio, “Práctica de la fotografía en el noroeste mexicano”, en *Alquimia*, septiembre-diciembre, año 8, núm. 22, 2004.

Rodríguez Hernández, Georgina, “Recobrando la presencia fotográfica indigenista mexicana en la Exposición Histórico-Americana de 1892” en *Circuito*, Nueva Época, vol. 5, núm. 13, mayo-agosto, 1998.

Rodríguez López, Abel, *Gramática tarahumara*, Ciudad Juárez, Chihuahua, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2010.

Salado Álvarez, Victoriano, *Memorias. Tiempo viejo-Tiempo nuevo*, vol. II México, Ibero Americana Publicaciones, 1946.

Sandoval Pérez, Margarito, *Arte y folklore en Mexican Folkways*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Estéticas, 1998.

Schwatka, Frederick, “Frontispicio”, *The Children of the Cold*, 1899. Recuperado de <http://ia600202.us.archive.org/19/items/childrenofcold00schwrich/childrenofcold00schwrich.pdf>

Schwatka, Frederick, *In the Land of Cave and Cliff Dwellers*, New York, The Cassell Publishing Co., 1893. Recuperado de <https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=yale.39002005870564;view=2up;seq=10>

Schwatka, *In the Land of Cave and Cliff Dwellers*, Boston-New York-Chicago-San Francisco, Educational Publishing Company, 1899.

Schwatka, Frederick, *A Dictionary of Canadian Biography*. Recuperado de [http://www.biographi.ca/en/bio/schwatka\\_frederick\\_12E.html](http://www.biographi.ca/en/bio/schwatka_frederick_12E.html)

Starr, Frederick, *Indians of Sothern Mexico an Ethnographic Album*. Chicago, 1899. pp. 7-8. (Rare Books, Nettie Lee Benson Latin American Collection).

Starr, Frederick, “Prefacio”, *In Indian Mexico: a Narrative of Travel and Labor*, Chicago: Forbes & Company, 1908.

Starr, Frederick, *En el México indio. Un relato de viaje y trabajo*, pról. Beatriz Scharrer, trad. Gloria Benuzillo, CONACULTA, 1995. (Mirada viajera).

Stephens, John y Cathetwood, Frederick. *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatán*". New York, 2 vol., 1841.

Stephens, John Lloyd, *Incidentes de viaje en Chiapas*, Juan C. Lemus traducción y nota preliminar, México Porrúa, 1989.

Suárez de la Torre, Laura, "Una imprenta floreciente en la calle de la Palma número 4", en Laura Beatriz Suárez de la Torre (coord. gral.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.

Suárez y López Guazo, Laura Luz, *Eugenesia y racismo en México*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.

Taracena Arriola, Arturo, *De la nostalgia por la memoria a la memoria nostálgica. El periodismo literario en la construcción del regionalismo yucateco*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.

Tenorio Trillo, Mauricio, *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*. Trad. por Germán Franco. México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

Teixidor, Felipe (comp.), *Cartas de Joaquín García Icazbalceta a Fernando Ramírez, José María de Agreda, Manuel Orozco y Berra, Nicolás León, Agustín Fischerer, Aquiles Gerste, Francisco del Paso y Troncoso, copiladas y anotadas por Felipe Teixidor, prólogo de Genaro Estrada*. México, Porrúa, 1937.

*Trabajo de campo en tiempos violentos*, dirigido por Victoria Novelo y Andrés Villa, México, CIESAS, 2011.

Urías Horcasitas, Beatriz, *Historia de una negación: la idea de igualdad en el pensamiento político mexicano del siglo XIX*. México, Instituto de Investigaciones Sociales – Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.

Urías Horcasitas, Beatriz, *Indígena y criminal. Interpretaciones del derecho y de la antropología en México 1871-1921*. México, Universidad Iberoamericana, 2000.

Urías Horcasitas, Beatriz, "De la inferioridad a la desigualdad: el estudio etnológico de las razas en la sociedad indianista mexicana (1910-1914)", en Yael Bitran (coord.), *México: historia y alteridad: perspectivas multidisciplinares sobre la cuestión indígena*. México, Universidad Iberoamericana, 2011.

Urteaga, Augusto, "Antropología y estereotipo de lo indígena en la Tarahumara", en Panorama de la Cultura Chihuahuense. *Colección Jornadas Culturales José Fuentes Mares. Memoria Segundas Jornadas*, s.a., México, Gobierno del Estado de Chihuahua, 1992.

Urteaga, Augusto, “Aspectos culturales del sistema político rarámuri”, en Esteban Krotz (comp.), *El estudio de la cultura política en México: perspectivas disciplinarias y actores políticos*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes–Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1996.

Urteaga, Augusto, “Escenarios etnográficos de un viajero profesional”, en Eduardo Gamboa (coord.), *El México desconocido: cien años después*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996.

Utrera Gómez, Reyes, “Libros ilustrados con fotografías originales en la Real Biblioteca”, en *Reales Sitios: Revista del Patrimonio Nacional*, núm. 171, 2007. Recuperado de <http://patrimonionacional.es/getdoc/46c92451-1646-40dg-bf1d-a79cbelle557/art171-4.aspx>

Valdivia Dounce, María Teresa, *Entre yoris y guarijíos. Crónicas sobre el quehacer antropológico*. México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 2007.

Váldez Marín, Juan Carlos, “El daguerrotipo en la ciencia”. *Alquimia*, mayo-agosto 1999, núm. 6, año 2.

Vargas Valdés, Jesús, “179 años de la imprenta en Chihuahua”, III parte, en *Boletín de la Unidad de Estudios Históricos y Sociales–Extensión Chihuahua*, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, núm. 31, enero-febrero de 2005.

Vargas Piñera, Luis, *Chihuahua. Geografía escolar*, Sociedad de edición y librería Franco-Americana, S. A. (Antigua librería de Ch. Bouret y el Libro francés unidos), 1930.

Vázquez Loya, Dizán, “Fundación de la Diócesis de Chihuahua y su primer obispo”, I Encuentro de Historia y Cultura Regionales, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez–Escuela Nacional de Antropología e Historia–El Colegio de Chihuahua, 2008.

Vázquez Loya, Dizán, “¿Quién fue Aquiles Gerste?”, en A. Gerste S. I., *Informe sobre un viaje de exploración en la Tarahumara (Noroeste de México)*, Dizán Vázquez y María Esther Montanaro (eds.), Chihuahua, Gobierno del Estado de Chihuahua, Secretaría de Cultura, 2018.

White, Leslie A. e Ignacio Bernal, *Correspondencia de Adolfo F. Bandelier*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1960.

Yujnovsky, Inés. “La conquista visual del país de los araucanos (1879-1881), en *Takwá* 14, otoño, 2008. Recuperado de [http://148.202.18.157/sitios/publicacionesite/ppperiod/takwa/Takwa14/ines\\_yujnovsky.pdf](http://148.202.18.157/sitios/publicacionesite/ppperiod/takwa/Takwa14/ines_yujnovsky.pdf)

Zabel, Rudolf. *Das Heimliche Volk. Erlebnisse eines Fortchungsreisenden am Lagerfeuer und vor den höhlen des Urvolks der Tarahumare-Indianer*, Berlín, Deutsche Buch-Gemeinschaft, 1928.

## ANEXO No. 1

### Listado de artículos de Luis Vargas Piñera sobre la “raza tarahumara” en la *Revista Chihuahuense* (1909-1911)

1. “Invocación a la Raza Tarahumara. A propósito del fotograbado que la representa”, en *Revista Chihuahuense*, tomo I, Chihuahua, México, 15 de abril de 1909, pp. 13-18.
2. “Sobre la enseñanza de los tarahumares. ¿Dónde están los indios, cuáles escuelas requieren y en qué lugares deben abrirse?” I parte, en *Revista Chihuahuense*, tomo I, núm. 2, 30 de abril, 1909, pp. 14-18.
3. “Sobre la enseñanza de los tarahumares. ¿Dónde están los indios, cuáles escuelas requieren y en qué lugares deben abrirse?” II parte, en *Revista Chihuahuense*, tomo I, núm. 3, 15 de mayo, 1909, pp. 18-22.
4. “Lo primero por enseñar y lo primero por gastar. ¡Vaya una bicoca en cuenta de millones!”, en *Revista Chihuahuense*, tomo I, núm. 4, 31 de mayo 1909, pp. 14-20.
5. “El segundo libro de lectura y de tres asignaturas más. ¿Cómo sabrá el indio quién es, dónde está y qué compone?”, en *Revista Chihuahuense*, tomo I, núm. 5, 15 de junio, 1909, pp. 18-24.
6. “De la preparación del indio para el trabajo. ¡Vayan en prenda esos cuarenta mil pesos!”, en *Revista Chihuahuense*, tomo I, núm. 7, 15 de julio, 1909, pp. 5-12.
7. “Entre Santa y Santo...”, en *Revista Chihuahuense*, tomo I, núm. 9, 15 de agosto, 1909, pp. 5-10.
8. “Laica, pero no atea”, en *Revista Chihuahuense*, tomo I, núm. 11, 15 de septiembre, 1909, pp. 4-10.
9. “La resurrección de las autoridades indígenas. Un gastito en memoria de los millones”, en *Revista Chihuahuense*, tomo I, núm. 12, 30 de septiembre, 1909, pp. 9-13.
10. “Apunte usted, señor escribano...”, en *Revista Chihuahuense*, tomo I, núm. 14, 31 de octubre, 1909, pp. 16-22.
11. “Las escuelas de indígenas, reducidas a días, horas y minutos”, en *Revista Chihuahuense*, tomo I, núm. 16, 30 de noviembre, 1909, pp. 7-13.
12. “Donde, con paciencia, se sabrá al fin todo lo que se enseñará al indio”, en *Revista Chihuahuense*, tomo 2, núm. I, s.f., pp. 4-10.
13. “El fracaso de la Instrucción para la redención del indígena”, en *Revista Chihuahuense*, tomo II, núm. 24, 31 de diciembre, 1910, pp. 15-21.
14. “Malajos la luz sin ojo”, en *Revista Chihuahuense*, tomo II, núm. 10, 31 de mayo de 1910, pp. 9-14.

15. “La verdadera regeneración del indio: aunque nos anonade su precio”, en *Revista Chihuahuense*, tomo III, núm. 2, 31 de enero de 1911, pp. 15-23.

## ANEXO 2

Luis Vargas Piñera, “Convocatoria á todos los maestros de la República para la escritura de una guía del profesor y texto del alumno, para la enseñanza de la Escritura-Lectura de tarahumares”, en *Revista Chihuahuense*, t. 1, núm. 10, 31 de mayo de 1909, pp. 18-20.

Señor Gobernador del Estado:

El primer aprendizaje que requiere todo hombre ignaro para iniciarse en la senda de la civilización, es sin duda alguna, saber leer para entender los sentimientos é ideas de los demás hombres en todo escrito, principalmente de imprenta; y saber escribir, ó sea, expresar su propio sentir y pensar, para que le comprendan á su vez los demás hombres. Por lo tanto, el primer paso en la cultura de los indios debe ser la enseñanza de la Lectura y la Escritura. Se ha acordado que ambas se enseñen de manera simultánea y solidariamente, sirviendo la segunda de medio de aprendizaje á la primera. Al par que este acuerdo pedagógico, se ha tomado este otro: la enseñanza debe ser fonética, es decir: las letras no se darán a conocer por el nombre, sino por el sonido. Sentadas estas dos bases, en la actualidad sólo se siguen por razones universalmente reconocidas, dos caminos para enseñar á escribir y leer: el camino sintético y el analítico, á saber, partir del conocimiento del sonido y escritura de cada letra á la lectura y escritura de la palabra, ó bien, conocida la palabra, descomponerla en todos sus elementos hasta llegar al sonido de la letra, escribirla y escribir la palabra. Ambos métodos son usados con igual aceptación en Alemania, que se ha conceptuado como fuente ejemplar pedagógica. La síntesis y el análisis se combinan en algunas metodologías, -seguramente para aunar sus correspondientes ventajas y su ser subjetivo- resultando de su unificación los métodos mixtos, sintético-analítico y analítico-sintético; ambos aún más usados porque parecen reproducir en uno sólo los dos fenómenos mentales: de la escritura (descomponer mentalmente una palabra en sonidos y representarlos sucesivamente) y de la lectura [componer la plabra por la sucesiva pronunciación de sus elementos]. Por el camino de la síntesis se llega á la palabra; por el análisis se parte de la palabra; de modo que ya sea al fin ó al principio, la palabra no debe faltar. ¿Cuál debe ser ella? Todos están de acuerdo en que sea del dominio común del lenguaje del alumno y que llenando determinados requisitos fonéticos sirva de norma en la enseñanza; por lo que se la denomina palabra normal. Ahora bien, -dada la particular condición mental del indígena y su completa ó grandemente parcial ignorancia del idioma castellano, que debe ser el lenguaje escolar, -¿cuál debe ser la palabra á que se le haga llegar desde el sonido en cada lección, ó cuál la que se descomponga para enseñarle el mismo sonido? -¿Y cuál ha de ser el camino de la enseñanza, teniendo en cuenta las mismas particulares condiciones del indio, del sonido á esa palabra ó de ella al sonido. Seguramente que ambas cuestiones sólo podrían resolverse por un estudio atento de la psicología del lenguaje con aplicación á la mentalidad del indígena, la que habrá de mostrarse grandemente diferenciada de la del niño común de nuestras escuelas, patentizándose la necesidad de metodizar especialmente para él la enseñanza de le escritura-lectura. Por otra

parte, aún suponiendo (sin conceder) que se avenga á la enseñanza de los indígenas el método seguido en alguna de las obras modernas sobre la materia, habríamos de eliminar del libro de lectura correspondiente, el vocabulario que en él se usa, porque no es el del medio del indio, como tampoco son propios de él los asuntos á que se refieren las lecturas, así como las ilustraciones; ya que hablan de un medio en que el indígena no ha vivido, que nada dice á su mente ni á su corazón, si no es á la figuranza de aquélla, y el tal medio debe serle tan extraño como á nuestros niños comunes el que les pintara un texto alemán, simplemente traducido al castellano. Por ésto, no sólo importa determinar el método de enseñanza por las condiciones psico-verbales del indio, sino que importa juntamente la escritura de un texto de lectura de índole especial á su ser y á su medio. Por otra parte, el indio requiere aprender bastante más en el mismo tiempo que el niño común, ó sea, el lenguaje castellano y la lectura y escritura de él; y nada le esforzaría más y aún le cansaría y retardaría tanto en su aprendizaje como un método y libro correspondiente que no se ajusten al curso natural de su mentalidad, pues que habríamos de extraviar la dirección de ésta y aplicarla torcida, y por tanto insegura y débil, á nuestro objeto. Seguramente que un maestro inteligente y dedicado (que sin esta cualidad nada vale aquélla) podría servirse bastante bien de sus conocimientos y aún de los libros de los niños comunes, para enseñar el idioma castellano y la escritura-lectura á los indígenas, pero éstos no están llamados á contar para su civilización con tan salientes mentores, dado que se hallan esparcidos en el Estado, formando raquíuticos y múltiples grupos que requerirán numerosos mentores, y así tan excelentes, que sólo podrían ser hallados con la linterna de la alta retribución, equivalente al desembolso de millares de millares de pesos, imposible aún de hacer. Por tanto, mentores adocenados serán los de las escuelas de indios, en fatal compensación á humildes sueldos. ¿Y qué podrán hacer, ó habrán hecho maestros de este jaez, para enseñar el castellano y la escritura-lectura, luchando los tales con su ignorancia, y aún más, ofuscada ésta con su discurrir por las metodologías modernas, el uso de las cuales equivale al fusil en manos de un inocente? De aquí que el estudio psicológico que se haga del indio para hallar la metodología de la enseñanza de la escritura-lectura; la guía del método que se adopte y el texto de lectura, deban ser de fácil acceso y de sencilla aplicación, para los maestros más pobres de saber pedagógico; ó sea, hasta para los mismos improvisados mentores. ¿Quién podrá poner su inteligencia y su pluma al servicio de este estudio, de esa guía del método y del texto de lectura correspondiente, que deben ser tan sencillos como fácilmente practicables? El Ejecutivo no carecería de persona ilustrada, inteligente y empeñosa que se diera a la obra por simple comisión, en la que el honor sería bastante. Pero la ilustración, la inteligencia y la dedicación, no están exentas de error, y á más hay muchos otros profesionales en quienes concurren esas cualidades y que podrían tener un pensamiento mejor que el del sólo designado. Por tanto, para no resignar en una sola individualidad la mejor solución de tan delicado é importante problema escolar y para dar cabida á todas las cultas personalidades pedagógicas; estimo que deba abrirse un concurso público sobre la materia. Y como ella debe ser objeto de consideraciones reposadas y habrá de requerir el acopio de observaciones y datos sobre el indio que se trata de beneficiar, creo que el concurso debe abrirse por el lapso aproximado de ocho meses, contados desde el próximo Diciembre al último de Julio del año venidero, para que los trabajos que se presenten sean examinados en un mes más y dictado el fallo. Así contaremos con la bse principal de acción escolar para el establecimiento de los cinco planteles de tarahumares, proyecto que está en estudio para realizarlo en conmemoración altamente culta, y significativa del Centenario de nuestra Independencia Nacional, como que no es posible tratar de la mejoría del indígena sin que se asocie á nuestras ideas el aliento del alma santa de Hidalgo, y surja su recuerdo en nuestra

mente, rodeado de indígenas en los tallercitos de Dolores, que creados fueron por él para favorecer la condición de los entonces esclavos; y también le rememoremos lanzándose a la lucha por la libertad; aguijoneado en su sentir por el cruel sufrimiento indio, y en Guadalajara florezca esa alma filantrópica, decretando la liberación de los esclavos que tales eran esos mismos indios.

He aquí las bases que propongo á usted, para la apertura del concurso:

- I. El Ejecutivo del Estado de Chihuahua, abre un concurso pedagógico para todos los maestros de la República, con objeto de premiar la mejor guía, y libro correspondiente de lectura, que se presenten juntos para enseñar simultáneamente y fonéticamente la escritura-lectura en castellano, á niños tarahumares en el primer año de instrucción que se les dé en las escuelas especiales que para ellos se abrirán.
- II. El concurso queda abierto desde hoy hasta el 31 de Julio de 1910.
- III. La doctrina de la guía deberá escribirse con sencillez suma de lenguaje y de ideas, y los ejercicios prácticos de la enseñanza deberán poder ser aplicados fácilmente por cualquiera persona de menos de mediana cultura que ejerza el magisterio entre los indios.
- IV. La doctrina comprenderá principalmente las siguientes partes: Psicofisiología de la facultad del lenguaje, en general y con aplicación al sujeto tarahumara; estudio sobre la ignorancia del idioma castellano por el indígena y medios de armonizarla con la enseñanza de la escritura-lectura; teoría del método, formas y procedimientos que se deban seguir para la enseñanza de la escritura-lectura; manera de practicarlos, de servirse del texto de lectura, y lecciones de modelos.
- V. El libro correspondiente de lectura deberá servir simultáneamente para ambos sexos, y comprender principalmente: 1. lecciones típicas, con sus ilustraciones correlativas, para la enseñanza fonética y representación manuscrita de cada sonido, y sus múltiples combinaciones con los elementos fonéticos conocidos, hasta la escritura y lectura cualesquiera palabras y pequeñas frases usuales; 2. lecciones típicas para la enseñanza de la letra impresa ó romana; 3. pequeños trozos de lectura corriente, propios del medio indígena y del fin de la escuela, á saber, sumar la raza tarahumara á la vida nacional por el sentimiento de confraternidad patriótica.
- VI. La guía y el libro de lectura deberán presentarse escritos en máquina y en papel de tamaño oficio.
- VII. No habrá más que un premio.
- VIII. La obra premiada será de propiedad del Gobierno del Estado de Chihuahua, quien la editará por su cuenta cuando lo estime conveniente.
- IX. La bondad de las obras que se envíen á concurso fallada en juntas generales del período regular de sesiones de Julio y Agosto de 1910, por el Consejo Superior de Instrucción Pública del Estado.
- X. Cada concursante deberá enviar su estudio, bajo cubierta cerrada y en blanco, al Secretario del citado Consejo (Chihuahua, Palacio de Gobierno) acompañándose el envío de otro sobre, también cerrado, que ampare el

- nombre y dirección del autor, sólo señalado exteriormente por lema igual al que subscriba el trabajo que encierre el otro sobre.
- XI. En la primera sesión del Consejo, en el período citado, el Secretario dará cuenta de los trabajos recibidos, y sólo entonces se abrirán los sobres sin lema, y se pondrán á disposición y acuerdo de la asamblea para su estudio y discusión.
  - XII. En la última sesión del período de referencia ó en la prórroga de labores que acordase el Ejecutivo, designada ya por la asamblea la obra premiada se abrirá el sobre que le corresponda por el lema que la subscriba, y se declarará el nombre del autor, á quien comunicara el fallo.
  - XIII. Los demás sobres que amparen el nombre y dirección de los autores desechados serán destruidos en la misma sesión final, quedando sus trabajos en el archivo del Consejo, sin lugar á devolución.
  - XIV. El premio que el Ejecutivo acuerde será en numerario y se entregará personalmente al autor ó se hará pública declaración del giro á su favor, el día 16 de Septiembre de 1910, en el acto principal de las festividades patrióticas del Centenario de nuestra Independencia Nacional.

Tal es el proyecto que me permito someter á la filantrópica y progresista consideración de usted, á fin de obtener una guía sencilla y practicable y el libro correspondiente, para la primera enseñanza de la lectura y de la escritura en las escuelas de tarahumares.

Protesto á usted mi leal subordinación y afecto.

Chihuahua, Noviembre 13 de 1909. L. Vargas Piñera.

Acuerdo del Gobernador del Estado: Se aprueba la iniciativa, fijando un premio de \$500.00 (quinientos pesos) publíquese, y expídase la convocatoria para el concurso. Srio., Gmo. Porras. (1)

- (1) La convocatoria fue expedida de conformidad en un todo con las bases propuestas por el iniciador Sr. Prof. Luis Vargas Piñera, Jefe de la Sección de Instrucción Pública de la Secretaría de Gobierno.

